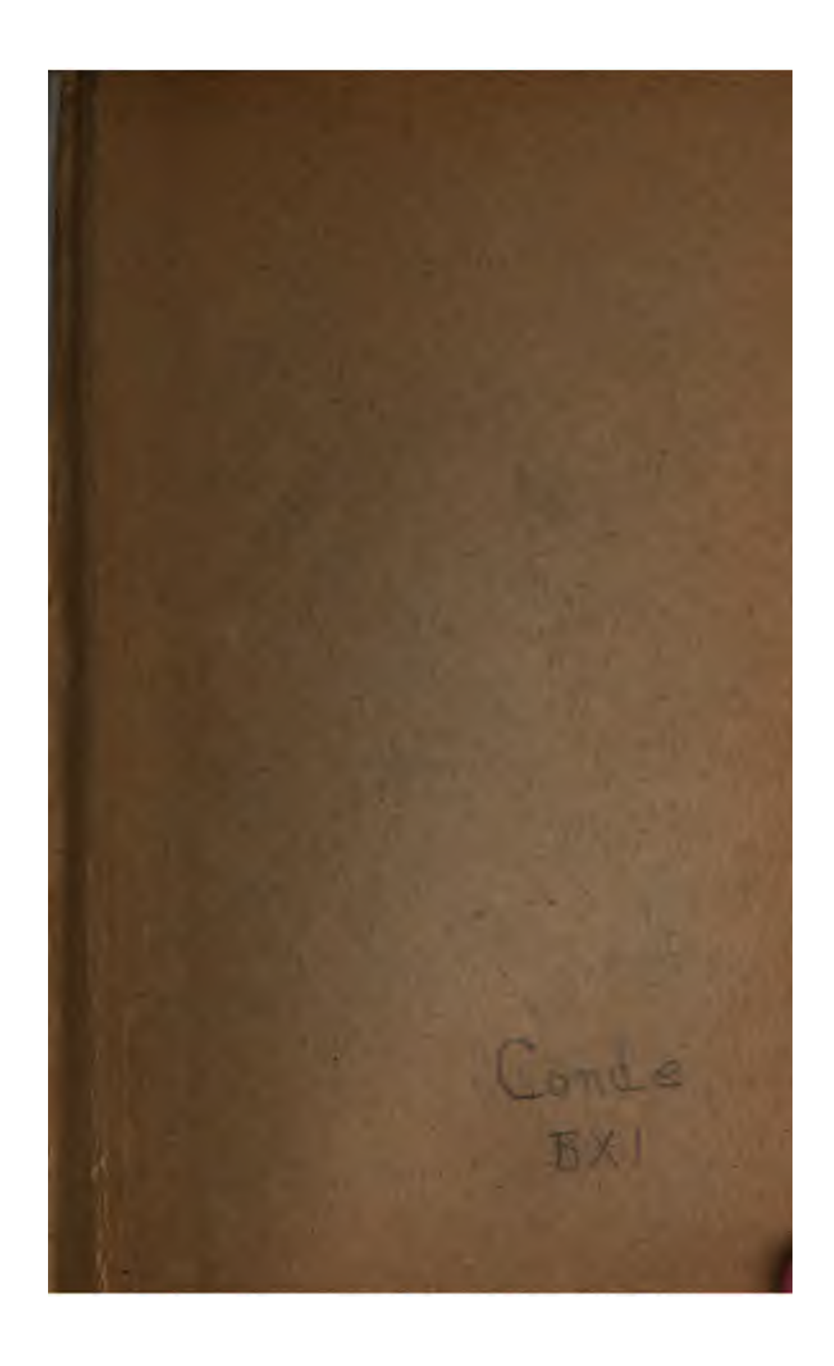

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 08157871 2




Conde
BX1

419.

HISTORIA

DE LA

DOMINACION DE LOS ARABES EN ESPAÑA,

SACADA DE VARIOS MANUSCRITOS Y MEMORIAS ARÁBIGAS

POR EL DOCTOR

D. José Antonio Conde.

Del gremio y claustro de la Universidad de Alcalá: individuo de número de la Academia Española, y de la de la historia; su anticuario y bibliotecario: de la Sociedad Matritense; y corresponsal de la Academia de Berlin.

NUEVA EDICION.

Con las inscripciones de varios monumentos.

TOMO I.



Barcelona.

IMPRENTA DE D. JUAN OLIVERES, EDITOR,
CALLE DE ESCUDELLERS, N. 53.

1844.



El Editor.

Cuando publicamos la historia de los *Arabes* y *Moros de España* por Luis Viardot, anunciamos los motivos que nos indujeron á preferir esta obra á la de Conde, que trata del mismo asunto. Sin embargo, siendo el Tesoro de Autores Ilustres una coleccion de las mejores obras así nacionales como extrangeras, en que deben incluirse los autores mas célebres antiguos y modernos de la república literaria, era evidente que no podia faltar en ella la obra de Conde.

Guardándonos la publicacion de esta para mas adelante, dímos á luz desde luego la de Viardot como mas adaptada á la generalidad de los lectores, la que antes gusta de una historia clara y exacta que de un libro profundo ó minuciosamente fundado en datos históricos. Pero el Tesoro cuenta entre sus suscriptores gran número de hombres de vasta ilustracion, de aquellos que prefieren buscar en sus manantiales los conocimientos de la historia, y algunos nos han solicitado que publicásemos la de los Arabes de Conde, antes de la época en que habiamos determinado darla á luz. Deseosos por tanto de complacerles no hemos titubeado en acceder á sus deseos.

Por último, esta materia es tan interesante para los Españoles que no será por demas el que les pongamos á la vista dos obras ambas de primer órden á fin de que puedan acrisolar la verdad de los sucesos por medio del cotejo, y estudiar mas á fondo las glorias de nuestra patria.

PRÓLOGO.

Parece fatalidad de las cosas humanas que los mas importantes acaecimientos de los pueblos, mudanzas de los imperios, revoluciones y trastornos de las mas famosas dinastías hayan de pasar á la posteridad por las sospechosas relaciones del partido vencedor. Los Romanos escribieron la historia de su engrandecimiento, de sus rivalidades y sangrientas guerras con los de Cartago : y los escritores Griegos que trataron de este mismo asunto, dependian del pueblo Romano, y así no escasearon las adulaciones. Parécenos que Escipion un héroe admirable porque su historia es obra de sus elogiadores y apasionados ; mas sin embargo comparece grande el ínclito Aníbal aun en las relaciones de sus mortales enemigos. Y si el odio implacable, y ambiciosa política de los Romanos, no hubiera abrasado las memorias Púnicas no tendríamos á este famoso capitan africano por tan cruel y bárbaro como nos le presenta Livio. Nuestro Cid Roy Diaz, el célebre Campeador, no aparece en los escritos de los Arabes tal como cuentan nuestras cronicas. En estas tan humano como valiente, acoge y lleva en sus hombros al Gafo : en aquellas pérfido y cruel, quema vivo al rendido gobernador de Valencia, atropellando los concertados pactos. Pero una sana y justa crítica pide que no nos contentemos con los testimonios de un solo partido, y que comparemos las relaciones de ambos con imparcialidad y discrecion, y con solo el ánimo de hallar la verdad.

Por eso me dediqué á ilustrar la Historia de la dominacion de los Arabes en España, compilándola de las memorias y escritos arábigos, de manera que pueda leerse como ellos la escribieron; y se vea el modo con que refieren los

acontecimientos de esta época tan memorable. Diré con sinceridad que he puesto en este mi trabajo todo el estudio y diligencia de que soy capaz, no perdonando ningun género de fatiga; y tratando de superar las dificultades en cuanto he podido, y aprovechándome de todas las ocasiones y auxilios que se me han proporcionado. Y bien ha sido necesaria toda la constancia que he puesto al intento; porque no es negocio fácil el haber de indagar y referir con sencillez y sin afectacion, y siguiendo el órden de los tiempos y de los sucesos, así los orígenes de una nacion célebre, como su incremento, sus conquistas y acciones famosas, las costumbres con que se distinguia, su cultura y los acaecimientos y vicisitudes de su poder en la dilatada série de ochocientos años. El haber de coordinar cosas tantas y tan varias, recogiéndolas de diferentes escritores, el comparar sus referencias, y el tomar partido en la incertidumbre de sus relatos, es sin duda un trabajo ímprobo y arduo: al que se allega el de traducir todo esto de la lengua de los Arabes á nuestra castellana; y no de libros impresos y correctos, sino de antiguos y maltratados manuscritos. Mas sin esta fatiga no podian rectificarse los hechos, ni aclararse las cosas como fueron, sino á la luz de las memorias arábigas.

En los siglos de la mayor ignorancia de Europa, y cuando en ella solo sabian leer los obispos y los abades eran doctos los Arabes así de Oriente, como de Africa y de España. Bien conoció esta verdad el rey Don Alfonso el Sabio, cuando en el año de 1254 ordenó que se estableciesen en Sevilla estudios generales de latin y arábigo. Y á este insigne rey se debieron muchas preciosas traducciones de obras arábigas, por la mayor parte astronómicas, segun el gusto de aquella edad, y de algunas de medicina y química. Pero siguiéronse tiempos desgraciados de ignorancia; y hasta la restauracion de los buenos estudios en Europa, no fué estimada la literatura de los Arabes, ni se pensó en unir sus preciosos restos. Las bibliotecas de España debieran de haber sido las mas copiosas y escogidas en esta clase de manuscritos; pues además de las preciosidades

que pudo proporcionar la conquista de Granada, hubiera habido no pocas ocasiones de aumentarlas con motivo de la jornada de Túnez, y la ocupacion de Oran, Ceuta y otras plazas de Africa. Mas cuando la conquista de Granada estaba en desprecio el nombre y la literatura de los Arabes: y la estraña opinion de aquel tiempo, en el cual todo escrito arábigo se tenia por un alcoran, ó libro de errores y supersticion musulmana, los condenó á todos sin exámen; y el fuego consumió millares de volúmenes, á pesar de la diligencia de los Moriscos en ocultarlos y llevarlos á Africa. Leon Africano dice que se hospedó en Argel en casa de un comisionado de aquella ciudad, que habia llevado á ella mas de tres mil libros de los moriscos de Granada. Si en tiempo de Felipe III se resarció en algo esta falta con la presa de una nave, en que iba la recámara y librería de Muley Zidan, príncipe de Marruecos, la fatalidad que persigue á las letras hizo que desgraciadamente en el año de 1671 consumiese un incendio en el Escorial mas de ocho mil volúmenes, la mayor parte arábigos. ¡Pérdida irreparable! porque bien sabido es que despues de la expulsion de España los Arabes fueron decayendo en su literatura, hasta hallarse en el dia en una lastimosa ignorancia así los de Oriente como los de Africa. Sus buenos y apreciables libros son los antiguos: mas las copias de estos no se multiplican, y los originales perecen. La biblioteca del Escorial, á pesar de las calamidades que ha sufrido, conserva todavía magníficos restos de lo que fue; pero las obras mas grandes y preciosas están por la mayor parte incompletas. No se ha reparado esta pérdida por falta de atencion y diligencia en promover el estudio de la literatura arábiga, tan conveniente y necesario para ilustrar nuestra historia y geografía, como indispensable para conocer bien la índole de nuestra lengua, y los orígenes de muchas y muy floridas y elegantes locuciones suyas. Nunca se han aprovechado las ocasiones de adquirir manuscritos arábigos, trayéndolos de Africa, donde fueron á parar las obras de nuestros Andaluces, y donde van pereciendo olvidadas y desconocidas de sus bárbaros dueños. Por cierto que no hemos imitado la dili-

gencia y esmero de los sabios de Holanda, Francia é Inglaterra en traer de Oriente y de Africa, cuantos manuscritos han podido adquirir; allegando estas riquezas literarias, que son ahora el principal ornato de sus bibliotecas.

Mas, sin insistir en este asunto, ello es cierto que para mi propósito era indispensable consultar las memorias que nos han quedado de los Arabes. Lo poco que hasta ahora sabíamos de su larga dominacion en nuestro suelo, está tomado de las ligeras noticias de nuestras antiguas crónicas: las cuales así por la rudeza de su estilo, demasiada brevedad é inexactitud, como por la injuria de los tiempos han llegado á nosotros faltas, y oscuras aun en lo perteneciente á nuestras cosas; y en lo poco que de los Arabes contienen no hay sino especies confusas y alteradas. Por otra parte se deben considerar como relaciones sospechosas de enemigos que escribian cuando el odio era mas vehemente; cuando no tenian entre sí otra comunicacion que la terrible y sangrienta de las armas; y cuando en su dominacion siempre odiosa, no veian en ellos sino sus tiranos. De aquí han procedido las especies falsas, desfiguradas ó mal entendidas que contaminan y oscurecen nuestra historia en esta parte tan principal de ella. De aquí proviene que se crea comunmente que los Moros, cuando hicieron la entrada en España, eran innumerables y no tanto guerreros valientes y afortunados, cuanto bárbaros crueles, sin cultura ni policía alguna. Que todo lo llevaban á sangre y fuego; é inhumanos y sin género alguno de piedad no perdonaban edad ni sexo, ni dejaban piedra sobre piedra en las poblaciones. Y en suma, que delante de ellos huia despavorida la cristiandad, atropellada del furor de las bárbaras huestes; y detrás de las sangrientas vencedoras tropas no quedaba sino horror, desolacion y Moros. Estas ideas que imprimió el espanto de las rápidas y asombrosas conquistas que los Arabes hicieron en Persia, Siria, Africa y España, y sus sangrientas entradas en las Galias, perpetuadas por la tradicion en la oscuridad y tinieblas de los tiempos bárbaros, se descubren mejor tales como fueron en los antiguos escritos de ellos; y se ve como un ejército

de fanáticos aguerridos entró en Andalucía, corriendo y talando los malguardados campos de Lusitania; y venciendo un numeroso ejército de mal avenidos Godos, sojuzgó en poco tiempo la España toda. Mas las condiciones que imponian á los vencidos eran tales, que los pueblos en vez de opresion hallaban comodidad en ellas; y si comparaban su suerte con la que antes tenian se consideraban harto venturosos. El libre ejercicio de su religion, la conservacion de sus templos, y la seguridad de sus personas, bienes y posesiones, recompensaba la sumision y el tributo que debian pagar á los vencedores. Y la fidelidad de estos en guardar sus pactos, y mantener justicia igual con todas las clases, sin distincion alguna, ganaba la confianza de los pueblos, así en comun como en particular. Y en estas prendas, generoso ánimo y hospitalidad eran extremados los Arabes de aquellos tiempos.

Si la historia es la escuela práctica de los hombres debe respetarse en ella la verdad, y no desfigurarla con falsedades y calumnias. La imparcialidad es el requisito mas esencial en un historiador, y sin esta prenda ¿que fé pueden merecer sus relaciones? No es mi ánimo el deprimir el mérito y utilidad de las historias que han precedido á esta que ahora publico, trato solo de indicar que para la época de nuestros Arabes son de poco provecho las que hasta ahora tenemos.

El Cronicon de Isidoro de Beja, conocido por el Pacense, es el único contemporáneo á la venida de los Arabes y sus primeras conquistas en España. Esta Crónica es muy concisa y de muy corto tiempo: y por otra parte tan deprabada, que solamente conserva los desfigurados nombres de los amires, ó primeros caudillos Arabes que mandaron en España, hasta el año séptimo de Jucef el Fehri: esto es, hasta el año 754 de Jesucristo. Si por desgracia no se hubieran perdido las obras que este diligente escritor dice haber compuesto, tal vez no seria tan oscura y desconocida la historia de aquella edad calamitosa. En lo poco que dice, aunque no tan rudo é inculto como los que escribieron despues, se conoce que es harto ponderativo y decla-

mador ; y ofrece pocas ideas de la policía y gobierno de los Arabes vencedores.

Los que le siguieron, copiaron de él con poca exactitud: y en lo que añadieron de sus tiempos no fueron tan diligentes como él; y sí mucho mas bárbaros, concisos y apasionados. Entre estos los mas conocidos y acreditados son Sebastiano Samalticense; á quien se atribuye la Crónica que llega hasta el año 886 de Jesucristo: el Cronicon Abeldense, que añadió el monge Vigila, y llega al 975. A este siguió el Cronicon de Sampiro Asturiense hasta el 982 : y luego el de Pelagio Ovetense que acaba en 1109. En todos estos no se halla sino alguna leve noticia de las cosas de los Arabes : el suceso de una batalla; la nueva de una entrada ó rompimiento ; el nombre desfigurado de algun caudillo; y todo ello oscuro y tenebroso. No hay que buscar la serie de los reyes Muslimes, ni especie cierta de su gobierno ó de sus costumbres. Los anales Complutenses que llegan al año 1119; los Compostelanos al 1248, y los Toledanos al 1290, son todos rudos, áridos y concisos, y no merecen sino el nombre de apuntamientos, en que se nota el dia ó año de una batalla ó encuentro de los enemigos, ó algun acaecimiento de los mas notables. Los mas importantes sucesos se cuentan en dos palabras. Por ejemplo : la batalla que los Arabes llaman de Zalaca, por el sitio en que se dió cerca de Badajoz, que fué muy célebre y sangrienta, y en la que nuestro rey don Alfonso Sexto peleó contra todo el poder de los reyes árabes de España, y las fuerzas reunidas de los Moros Almoravides, que habian venido de Africa para auxiliarles; la cuentan asi estos anales. Los Complutenses dicen : *In Era* MCXXIV. DIE. VI. X. KAL. NOVEMBRIS. *die SS. Servandi et Germani , fuit illa arrancada in Baduzo , id est, Sacralias : et fuit ruptus Rex domnus Adefonsus*. Los Compostelanos: *Era* MCXXIV: *fuit illa die Badajoz*. Los Toledanos: *Era* MCXXIV, *arrancaron Moros al Rey don Alonso en Zagalla.*

De estos Cronicones, y de algunos escritos arábigos formó don Rui Jimenez, arzobispo de Toledo, su historia de los Arabes : la primera latina que vió la Europa de aque-

llos célebres pueblos de Oriente. Este docto prelado vivió entre Muzárabes, entre quienes era vulgar y comun la lengua arábiga, que el arzobispo hablaba como la suya propia. Aunque su historia es harto preciosa, no tiene la extension y claridad conveniente en la sucesion de las dinastías arábigas de España: y además de ser escasa y oscura no pasa del año 539 de los Arabes, esto es 1140 de Jesucristo. Este escritor comparó mal la correspondencia de los años de la era de Cesar con los años lunares de los Arabes. Error que extravió á célebres escritores de nuestras cosas, y pusieron la entrada de los Moros en España en el año 713, y la batalla de Jerez en noviembre de 714.

La historia que se dice del Moro Rasis, y que se supone traducida del arábigo por Maestre Mahamad, y Gil Perez, clérigo, de órden de don Donis, rey de Portugal, es una mezquina compilacion de los bárbaros Cronicones antiguos, con algunas noticias tomadas de malos libros arábigos: toda llena de errores, y fábulas absurdas. Unicamente merece alguna consideracion en la parte geográfica, que aunque muy depravada sirve en este punto para el conocimiento de aquel medio tiempo. Es asimismo tan escasa, como bárbara y ruda; y no contiene mas que los nombres de algunos reyes de Córdoba: y de un reinado de cincuenta años, tan célebre, como es el de Abderraman III, solo dice, que reinó cincuenta años: é fué muy granado en sus fechos; é dejó fijos é fijas, é fué elegido por mandado de Amirabomelin. Y despues de esta aridez y falta de exactitud y verdad no pasa del hijo de este Abderraman en el año 366 de los Arabes. Con la autoridad y nombre de este historiador arábigo Iza ben Ahmed Razif, que ciertamente escribió historia de España, que citan muchos escritores árabes, se han esparcido no pocas fábulas en las Crónicas castellanas.

La que se intitula *Crónica general* es obra llena de excelentes cosas, de nobles descripciones y discretos conceptos; y es, á mi parecer, la mas elegante y culta que en lengua vulgar se escribió en Europa por aquellos tiempos. Pero no por eso deja de abundar en fábulas y ridículas consejas de Moros y Judíos. Por mas que el sábio rey don

Alfonso diga que fizo facer este libro despues que ovo ayuntados todos los antiguos libros, et todas las crónicas, et todas las hestorias del latin, et del hebrayco, et del arabigo, que eran ya perdidas et caidas en olvido; sin embargo no mejoró, ni fué mas conocida y cierta la historia de nuestros Arabes.

Lo mismo acaeció en las Crónicas particulares, recopiladas en tiempo de Alonso el onceno, y en las posteriores; en las que solo se mencionan aquellas pocas cosas que tienen relacion con los sucesos de nuestros reyes; y no se detienen á referir lo que pasaba entre los Moros.

Todos los historiadores, aun los mas doctos y críticos, no han reparado esta parte de nuestra historia; y esto ha sido sin duda alguna por falta de erudicion arábiga; pues sin ella era imposible hacer otra cosa que copiar lo poco que de esto dicen los antiguos, y conjeturar sobre ello: lo que en realidad no es mas que palpar tinieblas, y andar á oscuras y desatinados. No merece mencionarse la absurda fábula, que con título de traduccion de la historia de Tarif Aben Taric, publicó el morisco Miguel de Luna, que la fingió, manifestando su ignorancia en la materia, y su impudente osadía literaria.

Cuanto he dicho hasta aquí, exponiendo mi juicio, acerca de nuestros antiguos escritores de la historia de esta época, no ha sido con ánimo de deprimirlos, ni de ensalzar á su costa á los escritores arábigos. Debo ser imparcial; y acerca del mérito de estos diré mi parecer con igual franqueza.

Los Arabes han tenido siempre gran copia de escritores; porque en esto no les aventajan las naciones mas cultas, antiguas ó modernas. Y si desde sus buenos tiempos, y cuando ya no escribian solo poesías, y canciones de amores, y de aventuras y valerosos hechos, sino que se dieron al estudio de las ciencias físicas, y trasladaron á su lengua todo lo bueno que de ellas habia en Grecia; si con el mismo fervor se hubiesen entonces aplicado á leer y traducir las historias griegas y latinas, hubieran imitado los buenos ejemplos que dieron ambas naciones. Y ahora en vez de

impertinentes y pueriles biógrafos, secos analistas, y vanos autores de Hadices, ó historias tradicionales, llenos de pompa, y de lascivas gracias de estilo, tendríamos en ellos buenos historiadores; pues los Arabes ni en lengua ni en ingenio ceden á ninguna otra nacion.

Hadgi Chalfa cuenta mas de mil y doscientos historiadores en su biblioteca oriental; pero los mas de ellos son compiladores y abreviadores de diez ú doce principales: y como ni aun estos estan libres de preocupaciones y errores, por falta de crícita y de conocimiento de las naciones, de sus leyes y costumbres, los modernos, con menos sabiduría y disposicion para escribir de cosas antiguas, los han copiado sin reflexion; y han propagado muchas fábulas, que dan ocasion á las disputas y desconfianzas de los críticos.

Algunos de sus autores, como Aben Ishak Tabari, Aben Omar el Wakedi, el Mesaudi, Seif Alezdi, Aben Kelbi, Novairi y otros, tratan en sus historias de muchas naciones y de tiempos diferentes. Algunos se han reducido á ciertos pueblos y ciertas épocas: otros á los sucesos de su país ó de sus contemporáneos. Así Aben Regig, ó Rechic, se limitó á la historia de Africa; y Aben Hayan, el mejor historiador de las cosas de España, se ciñó á este asunto, y á los reinados de los Omeyas en Córdoba. Los infinitos escritores, que han venido despues no han hecho sino copiar á su modo, y apropiarse las noticias de los antiguos en sus compilaciones con mas ó menos discrecion y crítica. Y no pocos, por un amor excesivo á lo maravilloso, no se contentaron con repetir los sucesos antiguos como los hallaron, sino que los presentan enriquecidos con adornos de su imaginacion, llenando la historia de circuntancias fingidas: llegando la mania de algunos á desfigurar y disfrazar los acaecimientos de que fueron testigos y participantes. Pero el gusto mas comun de los Arabes es epitomar á los antiguos, así historiadores como geógrafos; de manera que han hecho por lo comun de la historia y geografía un esqueleto, que solo contiene nombres de pueblos y de reyes, y de épocas impertinentes y minuciosas: llegando la ridí-

cula prolijidad de algunos á contar hasta las horas de la vida, ó del reinado de los príncipes; cuando pasan por alto circunstancias y sucesos de los mas importantes. Los Arabes antiguos son mas puntuales y exactos, y tienen mas conformidad en sus relaciones : los modernos, á excepcion de algun otro, como Abulfeda , y ben Chaledun , son inconexos y desiguales ; unas veces concisos , y otras prolijos, y redundantes en descripciones, especialmente de aquellas batallas en que fueron venturosos; y con dos palabras refieren aquellas en que quedaron vencidos, tal vez con horrible mantanza. Tal es el genio de estos escritores por lo comun; pues ya he significado que esta censura no comprende á todos , porque hay algunos buenos historiadores que no deben confundirse con la turba de escritores de poco mérito.

Los autores arábigos , conocidos en Europa , y publicados en ella por los doctos Seldeno, Pocok, Erpenio, Golio, Schultens y Reische, son de muy corta utilidad para nuestra historia. Ni en la de las dinastías de Abulfaragi, ni en los Anales de Aben Batrik de Alejandría se hace mencion de nuestras cosas. En los anales de Elmacin, abreviacion de los de Tabari, hay una ligera relacion de la conquista de España, en que se nota el año en que acaeció, y el fallecimento de los principales omeyas, reyes de Córdoba; y todo esto en dos palabras. Los Anales muslímicos de Abulfeda ni siquiera notan la entrada de los Arabes en España, ni mencionan sus primeros amires ó prefectos, ni sus guerras. Unicamente dicen algo del último tiempo de los Omeyas , la muerte de algunos y su fisonomía : alguna cosa de los Hamudes de Málaga y Edrises ; pero todo en extremo oscuro y superficial. La *Historia sarracénica* que publicó en inglés Simon Ocley , tomada del Wakedi y de otros, no pasa de la conquista de Siria y algo de Egipto. Y así para nuestro asunto no es de provecho.

El señor Cardonne escribió en francés una historia de las conquistas de los Arabes en Africa y en España , que han traducido los Alemanes y los Ingleses. Pero este escritor no consultó otros historiadores arábigos, que los que habia

extractado nuestro sabio arzobispo don Rodrigo, algo de las notas de Herbelot, en que se halla lo que refiere el Novairi, y lo que leyó en nuestro Castellanos acerca de los sucesos del reino de Granada. Incurrió en el error cronológico del ya dicho arzobispo, á quien copia, en cuanto al año de la entrada de los Arabes en España Llama á Taric ben Zeyad con el nombre de Taric ben Malic el Meafir: y como si fuese diferente persona el caudillo árabe le llama en la página siguiente Tarid ben Ziad ben Abdullah. Hace entrar á Muza en España en el año 97 de la hegira, ó sea 715 de nuestro cómputo, cuando ya en aquel año habia salido de España para Siria de órden del califa. Habla de la conquista de Murcia como si la hubiese hecho Taric, cuando los escritores árabes refieren la capitulacion de Turiola hecha por Abdelaziz en el año de 94. Y copia sin discrecion las relaciones de nuestras crónicas, los milagros y otras soñadas proezas, de que no hay mencion en los escritores árabes. Y sus descuidos llegan hasta el punto de señalar la entrada de Jelid ben Hatim en Fez, cuando todavía no existia esta ciudad; porque Fez no se fundó hasta el año 192.

El señor Deguigues, en su historia de los Hunos, abrazó mucha erudicion Tártara y China; pero de nuestros Arabes no trae mas que algunos nombres, y noticias superficiales, con errores notables y extrañas equivocaciones. Por ejemplo: dice que el rey Hixem II fué depuesto por su primer Hagib, ó Ministro, Almanzor en el año 399. Es notable error y falsedad: porque este célebre Almanzor fué muy leal toda su vida, y la empleó y la perdió por engrandecer el estado de su rey Hixem. Y despues de veinte y cinco años de gloriosos servicios y grandes pruebas de acendrada lealtad, murió peleando por su rey en el año 392: esto es, siete años antes que el rey Hixem fuese depuesto, segun el errado cómputo del señor Deguignes. Y otra prueba bien clara de la lealtad de Almanzor es que sus dos hijos le sucedieron en el cargo de Hagib: y sirvieron al rey Hixem II con la misma fidelidad, si no con la misma fortuna que su padre.

La historia de los Arabes del señor de Marigni apenas

menciona las conquistas de estos en Africa y en España.

En nuestros dias han creido algunos que se podia formar la historia de los Arabes de España sobre los fragmentos históricos que publicó Casiri en su obra de la Biblioteca Escurialense. El Ingles Morphy y nuestro crítico Masdeu lo han hecho así, sin otra guia. No hablaré del mérito de estas dos obras; pero el amor á la verdad me obliga á decir que los fragmentos traducidos por Casiri han sido para las tinieblas de nuestra historia como la luz de los relampagos, que deslumbran y desatinan mas que aclaran ó ilustran. Hay en dichos fragmentos frecuentes equivocaciones de personas, lugares y tiempos, que no puede corregir el que no consulte los originales que leyó Casiri, y copió y trasladó con precipitacion, con muchos vacíos, y expresando á las veces cosas muy diversas, y aun contrarias de lo que en ellos se dice. Seria menester un largo discurso para notar tantos errores históricos y cronológicos: bastará en prueba de la verdad apuntar algunos. Dice en la página 65 del tomo 2°. que los Beni Alaftas empezaron á dominar en Badajoz, año de la hegira 561; y despues extendieron su imperio á Zaragoza y otras ciudades de España. En esto hay notable error; porque la dinastía de los Beni Alaftas dejó de existir el año de la hegira 487; y por consiguiente no pudo principiar setenta y cuatro años despues de su extincion. Tambien es absolutamente incierto que esta familia, que solo dió cuatro reyes al Algarbe, tuviese dominio en Zaragoza y otras ciudades. Y solo un Labid ben Alaftas, hermano del primer rey de Badajoz, fué wali ó gobernador de Tortosa; pero nunca fueron reyes en la parte Oriental. En la página 103 nombra cuatro personajes, reyes de España y de Sevilla; los tres primeros de la dinastía de los Beni Abed, y el cuarto rey de Sevilla de otra familia diferente. Mas esto es una confusion. El que llama Abu Chaled fue hijo del rey Abulcasem, pero no llegó á reinar en parte alguna. El Abulcasem es el mismo que Muhamad Almostamed, rey de Sevilla, á quien sucedió en el reino su hijo Abu Amru, apellidado Almotamed Bila; y á este su hijo Muhamad, apellidado Almotamed Bila, que

fué el último de los Beni Abed, y uno de sus muchos hijos fué el Abu Chaled Jezid el Radhi, á quien su padre dió el gobierno de Algeziras; y fué el que en el año 484 recibió á Juzef cuando vino á auxiliar á los reyes de España; y luego pasó á Ronda, donde le asesinó Carur, caudillo de los Almoravides. El Abu Muhamad Omar ben Almodafar jamás reinó en Sevilla: fué sucesor de Gehwar en Córdoba, y perdió la ciudad y el estado que ganó el rey de Sevilla: En la página 104 introduce un Almanzor, rey de Calat Hamad (que Casiri traduce Alamedilla); pero no hubo tal cosa ni tal rey en España. Calat Hamad era un fuerte en el estado de Magreb el Wast, ó medio; esto es, en el reino de Tunez; y es un absurdo lo de Alamedilla. En la página 112 dice que los Benimerines de Africa principiaron en el año 672 de la hegira; y es otro error. Segun todos los historiadores los Benimerines principiaron el año 610 de la hegira en la parte occidental de Africa; y se apoderaron de Fez contra los Almohades: y en 667 ocuparon á Marruecos. Hay en la misma obra equivocaciones no menos extrañas, como el llamar rey de los Almoravides á Jacub Juzef que fué rey de los Almohades; el confundir á los walies con los reyes, á los hijos con los padres, atribuyendo á los unos las acciones y empleos de los otros, como á don Sancho las conquistas del rey de Granada Muhamad II: equivocar los Galos con los Gallegos, la ciudad de Málaga con la de Ronda, á Cosutia con Ecija, y al Cid Campeador con el emperador don Alonso, estropeando para esto una relacion muy importante que trae Ben Besam, excelente escritor, á quien copió mal, y no pudo traducir bien. Haciendo de esta manera que desaparezca de la historia arábiga de España el héroe de Castilla, de quien hacen frecuente mencion los autores árabes; y dando ocasion á los críticos para que miren como fábulas las crónicas enteras, y los famosos hechos del Cid, y hasta su existencia, como si fueran patrañas y consejas, ó como los romances de los doce Pares, ó bandos de Zegries y Abencerrages de Gines Perez de Hita. No basta por cierto el conocimiento de la lengua arábiga sin crítica y erudicion en la historia para hacer útiles y oportu-

nos extractos de los libros en que están esparcidas las noticias sin órden ni concierto. Un historiador mas moderno suele abreviar ó desfigurar un suceso ó relacion que escribió exactamente otro mas antiguo; y el que sin estudio y justa reflexion extracta á la ligera y copia sin discernimiento está expuesto á incurrir en muy graves errores.

Por lo dicho hasta aquí es fácil conocer que he procurado estudiar cuantos libros y autores han llegado á mi noticia de los que podian tener conexion con mi asunto. Fuerza ha sido examinarlos todos para aprovecharme de sus noticias y compararlas y rectificarlas con imparcialidad. Y lo mismo he hecho con los escritores arábigos, cuyas obras nombraré despues al dar razon de los manuscritos de que me he valido.

Esta historia de la dominacion de los Arabes en España está compilada de varias memorias y libros arábigos escogidos, antiguos y acreditados; y me he propuesto decir lo que ellos refieren, y lo hago casi siempre con sus propias palabras fielmente traducidas. Así, al mismo tiempo que se ven los hechos de aquella nacion, se puede conocer el genio y estilo de que usan para historiarlos. He omitido si las referencias tradicionales en que los Arabes fundan sus narraciones, por escusar la molesta y prolija cadena de sus historiadores, sus nombres, apellidos, patrias y demás circunstancias que expresan ellos á la larga y á cada paso.

Los lectores pues deben ponerse en el caso de leer este libro, cual si estuviera escrito por un autor árabe: porque en efecto es un extracto y traduccion fiel de muchos de ellos. Y así no deberán extrañar la diferencia notable entre las narraciones de esta historia y las de nuestros libros: ni la poca noticia que se da de nuestros reyes ó caudillos, de sus proezas y su gobierno. Este libro es como el reverso de nuestra historia, y así como en ella se dice bien poco ó nada de la sucesion y órden de las dinastías arábigas y de las costumbres moriscas, así en esta se habla muy poco de las de Leon y Castilla. Y si fuese de otro modo deberia parecer increible. Los nombre de Ruderico, Teodomiro, Atanaildo, Alfonso, Ramiro, Ordoño y Veremundo son los

únicos que se mencionan en los antiguos libros árabes. Y en los tiempos posteriores los Alfonsos, Fernandos, Garcías, Sanchos, Remondos, Armengaudos, Gacumes, Condes de Barcelona, Ruderico el Campidor, Albarhanis, el Conde de Gomis y Almanring. En términos que para ellos ha sido tan desconocida y oscura nuestra historia, como para nosotros la suya.

De propósito he conservado en arábigo castellanizadas las terminaciones, y ciertos nombres, dignidades y empleos políticos y militares, que traducidos suelen ofrecer una significacion vaga y en general menos clara y distinta de la que les conviene en las costumbres arábigas. Así se hallarán á cada paso amires, walies, wacires, cadies, alcaydes, jeques, hagibes, almucademes, arrayaces, etc., y otros nombres de expediciones y conquistas, como Algihe, Algara, que distinguen el intento y fin de la guerra, entrada, tala, correría ó conquista Porque los escritores arábigos distinguen con prolijidad cada cosa de estas. Sin embargo procuro que no causen oscuridad en el contexto. Asimismo conservo en los primeros tiempos las depravaciones que los Arabes hacian de los nombres de nuestras ciudades y provincias: porque esto puede ayudar á conocer los orígenes de muchos de los nombres que ahora tienen y rastrear los primitivos. Tambien algunas veces he usado los nombres que ellos dan á sus horas ó divisiones del dia: como hora de azohbi, hora del alba: hora de adoha, de dia claro: de adohar, al medio dia, alazar, de media tarde: almagrib, á puesta del sol: alatema ó alajá, al anochecer, al oscurecer, ya entrada la noche; porque esto, una vez entendido, no produce confusion, y expresa sus costumbres religiosas de dividir el tiempo por las horas de sus oraciones ó azalaes.

Como la erudicion y la poesía eran una parte principal de la educacion caballeresca de nuestros Arabes, y sirven tanto para notar su ingenio y sus costumbres, no he querido privar á mi historia de este ornato de gusto arábigo: pues no hay entre ellos historia alguna de mérito que no esté adornada de versos con mas ó menos profusion. Por

eso he insertado los que me han parecido mas característicos, y que por lo regular tienen relacion con los sucesos históricos. Aun en esta parte he querido imitarlos en la traduccion, haciéndola en nuestros versos de romance; que es género de composicion la mas usada en la métrica arábiga, de donde procede sin duda. Y los he hecho imprimir como ellos los escriben: porque cada dos versos de nuestros romances equivalen á uno arábigo, que ellos dividen en dos partes. Y así nuestro primer verso equivale á la primera mitad ó primer hemistiquio árabe, que ellos llaman sadrilbait ó entrada del verso. Y nuestro segundo verso al otro hemistiquio árabe que llaman ogzilbait ó cabo del verso; y ambos hemistiquios son de igual número de sílabas. La cafia ó consonancia está en ogzilbait, ó cabo del verso. De modo que una estrofa de nuestros romances, compuesta de cuatro versos, corresponde á cuatro hemistiquios ó sean dos versos arábigos. He debido notar esto porque no se estrañe la novedad en el modo de imprimir los versos castellanos. Lo he hecho así porque salte á los ojos esa prueba material del orígen arábigo de nuestra métrica. Cuando pueda publicar una traduccion que tengo hecha de varias poesías árabes, probaré en un discurso preliminar la gran influencia de la poesía arábiga en la castellana.

En todo el discurso de la historia uso de las fechas y años arábigos, y al márgen se nota el correspondiente año de Jesucristo. En general se debe tener presente que cada año arábigo coincide con dos de la era cristiana; esto es con algunos meses del principio ó del fin de cada año. No siempre he reducido los meses y idias por evitar esta prolijidad, que por otra parte es negocio fácil para quien tenga interés de verificar fechas: sabiendo que el año de los Arabes es lunar, y tiene el año comun 354 dias y el intercalar 355. Por eso sucede que su principio varía, retrocediendo cada año hácia enero diez dias ú once. Y cuando concurre el año comun árabe con el intercalar nuestro retrocede doce dias. De suerte que en el espacio de 34 años corre el principio de su año por todos nuestros meses. Así que conviene saber en que dia y mes nuestro principia en cada año

el primer mes de los Arabes. El órden de sus meses, que llaman lunas, es el siguiente: muharram, Safer, Rabié primera, Rabié segunda, Giumada primera, Giumada segunda, Regeb, Xaban, Ramazan, Xawal, Dylcada, Dilhagia. Cada mes se cuenta desde la aparicion de una luna nueva hasta la aparicion de otra nueva luna: y este intervalo nunca excede los treinta dias, ni baja de veinte y nueve; y así los computan alternadamente. Pero el último mes, Dylhagia, en el año intercalar tiene siempre treinta dias.

Las mas antiguas épocas de los Arabes, dice Homaidi, que fueron tomadas de los acaecimientos memorables ó de las grandes sequías ó de las extraordinarias lluvias. Despues computaron desde la fundacion de la Caaba ó casa cuadrada, que es el templo antiquísimo de la Meca, que creen fundado por Abraham ó por Ismael. Luego contaron desde la época de la guerra Etiópica, esto es, de la expedicion del Señor del Elefante, y por eso á esta época llamaban de Alfil ó del Elefante. Por último con ocasion de Mahoma y de su hegira, fuga ó retirada de Meca á Medina, principiaron á contar por ella; y es el cómputo que siguen. Segun los mas acertados cálculos convienen los cronólogos en que la hegira principió á 16 de junio del año 622 de Jesucristo.

En cuanto al estilo en que va escrita esta historia, siendo una traduccion de varios escritores, deberá notarse alguna desigualdad, aunque no tanta á mi entender, que repugne á la índole de nuestro idioma ó á la variedad que permite muy bien la narracion histórica. Pero mi principal conato ha sido el mostrarme fiel y exacto; y dar á la obra el carácter que le corresponde, siendo como es una compilacion arábiga. Otro con mayor inteligencia y manejo en el castellano hubiera hecho en esta parte mucho mas: así lo confieso, porque así lo conozco. Pues nuestra rica lengua debe tanto á la arábiga, no solo en palabras, sino en modismos, frases y locuciones metafóricas que puede mirarse en esta parte como un dialecto arábigo aljamiado. El estilo y expresion de la Crónica general de Don Alfonso X, el libro del conde Lucanor, y algunas otras obras del Infante

Don Juan Manuel,como la historia de Ultramar están en sintáxis arábiga; y no las falta sino el sonido material de las palabras para tenerlas por obras escritas en muy propia lengua árabe.

Resta decir y señalar los escritores, y las obras arábigas que me han servido para formar esta historia. Este es un requisito esencial para responder á los lectores de mi buena fe y de mi veracidad: pues no bastaria protestar con palabras la sinceridad de mi ánimo, ageno de la disimulacion y supercheria. Y es razon que otros instruidos ya en el árabe, ó que se instruyan en adelante, puedan cotejar los originales, y ponerse en estado de juzgar de mi trabajo y corregir mis yerros é imperfecciones, ilustrando mas y mas el asunto con utilidad y provecho de todos. Básteme á mí la sola satisfaccion que pueda caberme de haber dado principio á la empresa.

Los manuscritos de que me he valido son los siguientes:

La obra de Abu Abdala Muhamad ben Abi Nasr, el Homaidi de Córdoba, que contiene una breve crónica de la conquista de España, sucesion de los amires ó prefectos de ella: la serie de los Beni Omeyas, reyes de Córdoba; y vidas de varones ilustres de España. Escribia este autor por los años 450 de la hegira: y continuó esta obra Ahmed ben Yahye ben Ahmed ben Omeira, Eddobi de Mallorca, que llegó hasta el año 560. El Homaidi, además de ser harto antiguo, cita á Abdelmelic ben Habib Zalemi, á Abdala ben Junes, á Abdala ben Wahib, á Alaitz ben Saad, y á Abul Casem Abderahman ben Abdala ben Abdelhakem: todos los cuales fueron escritores de los primeros tiempos de los árabes; y trataron de sus conquistas en Occidente. Es un tomo en folio escrito en papel moreno y grueso.

Asimismo me ha servido para los sucesos de la conquista, gobierno de los walies y amires, la época de la primera dinastía, y medios tiempos de la dominacion arábiga, la historia de Aben Alabar, el Codai, Valenciano: y el suplemento á la misma obra de varones ilustres de España y de Africa. Este escritor era muy docto; y extractó y copió mucho de la célebre historia de España de Abu Meruan

ben Hayan ben Chalf, el mas diligente y famoso historiador de la dinastía de los príncipes Beni Omeyas. Y tambien se sirvió de los anales de Abul Hasan, ben Besam, y de otros autores de menos nombre, entre otros de Iza ben Ahmed ben Muhamad ben Muza el Razif, del Mocri Abu Abdala ben Abdelaziz ben Saad Axati; y de Mohamad Abu Becar ben Jucef ben Casem Jelbi en su historia de Aben Abcd, rey de Sevilla. Y tambien me ha servido un precioso fragmento de historia de España, que hay al fin de este códice del Codai, en que se refieren la entrada y primer tiempo de los Arabes. En este fragmento se cita á Ahmed ben Abi Alfeyadh. Son tres tomos en folio, escritos en papel; y la copia mas antigua que he visto no pasa de nuestro siglo XV.

Para el medio tiempo de la dominacion arábiga me he valido tambien de la obra de Meraudi, intitulada *Prados aureos*: pues este célebre y antiguo historiador, que trató de los sucesos de todas las naciones en su tiempo, refiere en unos breves artículos sobre España importantes acaecimientos del año 327 de los Arabes, y la expedicion de Abderraman III, talas y conquistas recíprocas de Zamora por las tropas del rey de Córdoba, y los Cristianos acaudillados por el rey Radmir de Galicia. Llegan sus noticias hasta el año de 336, en que florecia este autor: el cual menciona á los reyes de Galicia Odron y Adfons, esto es, Ordoño y Alfonso de Leon, que ellos comprendian bajo el nombre de Galicia. Son dos tomos en cuarto gruesos, y de mediana antigüedad, copia Africana.

Para los sucesos de la guerra civil, que se suscitó despues de acabada la dinastía de los Omeyas, en España, entre los diferentes régulos, ó reyes de Taifas que ellos dician, independientes y confederados unos contra otros, y que se dividieron las provincias de España, me ha servido la *Historia de varones ilustres Españoles* de Abul Casem Chalaf ben Abdelmelic ben Bascual de Córboba, que comprende lo acaecido desde el primer siglo de la hegira, hasta el quinto en que vivió el autor. Un tomo en folio, escrito en papel acartonado antiguo.

Por lo que hace á la época de los Moros Almoravides, y

de los Almohades me ha servido enteramente la historia de Fez de Abdel Halim de Granada, escritor diligente del año 726, que vió y estractó los principales historiadores de Africa y de España, y muchas veces cita los registros de las cámaras régias, documentos muy auténticos para los sucesos de los reyes. Es un tomo en cuarto escrito en papel; copia africana de mediana antigüedad. Este autor en su obra extractó entre otras la de Ali ben Muhamad ben Ali Zerich ó sea Zara, que dicen otros manuscritos, intitulada *Libro del Amigo apacible en el jardin de Cartás, de los sucesos de los Reyes de Occidente, é historia de la ciudad de Fez.*

En cuanto al último período de la dominacion arábiga he consultado las obras de Lizan-Edin ben Alchatib Asalemaní, secretario de los reyes de Granada. Sus principales escritos, y de los que me he aprovechado, son la historia de las dinastías de Africa y España en verso, y con notas suyas en prosa. La historia de Granada, que intituló *Plenilunio de la dinastía Nasrina en Granada.* Y tres tomos en folio de Memorias biográficas. Copias todas de mediana antigüedad.

Asimismo me he valido para las cosas de Granada de la historia de sus reyes, escrita por Abdala Algiazami de Málaga. Y tambien de la que escribió Ahmed Almaxarsi del reinado del augusto de Granada, el rey Jucef Abul Hagiag. Y de la de los Beni Merines, escrita en verso y prosa por Ismail ben Jucef, amir de Málaga, intitulada *El Olor de la rosa.* Copias todas de poca antigüedad.

He consultado los anales de Abulfeda, los de Jakiki y del Fesani· códices incompletos; pero de harta antigüedad, y los anales de Aben Sohna; copia muy elegante.

He extractado tambien de la obra de Abu Teib de Ronda, que entre las historias y anécdotas de varios poetas, y de príncipes generosos con ellos, ofrece algunos sucesos, y noticias muy curiosas de nuestros Arabes.

Por último haré mencion de la obra rara de Abdalá Ali ben Abderahman ben Huzeil de Granada, que trata de las expediciones sacras, ó guerras contra Cristianos: de arte militar, de hacer frontera, de ardides y estratajemas de

guerra, armas, máquinas y caballería. Este autor me ha suministrado muchas noticias de sucesos militares y trances de batallas, que no mencionan otros escritores: y es muy curioso en los usos y costumbres de los Arabes españoles. Un tomo en folio, escrito en papel moreno y grueso de harta antigüedad.

La mayor parte de estos manuscritos están en la biblioteca real pública de Madrid, y en la del Escorial: y algunos pocos son mios y de mis amigos.

En prueba de mi deseo y eficacia de mejorar mi obra en lo posible, añadiré que en el año de 1807 hice una reverente súplica al señor don Cárlos IV, para que se mandase sacar una copia exacta de un manuscrito arábigo, que existe en la biblioteca real de París, á fin de aprovecharme de las noticias que contiene. La obra es historia de España y su descripcion, por Ahmed el Mocri Almagrebi. Tuvo la dignacion S. M. de mandar que se hiciese dicha copia, costeando generosamente los gastos. Cuidaron de este trabajo y de su correccion los dos sabios orientalistas franceses, los señores Sacy y Langles: baja cuya direccion no podia menos de salir la copia con la mayor exactitud. Sabiendo yo que estaba concluido este trabajo insté, y logré que en 1818 se remitiera á Madrid por la embajada de París, á cuyo cargo había corrido la empresa, y que la habia desempeñado tan completamente. Pero al fin no he podido aprovecharme de esta preciosa copia, ni verla, ni aun indagar su paradero, para indicarlo en provecho de otros que puedan ser mas felices.

Como era preciso guardar órden y método en la larga narracion de esta historia, la he dividido en cuatro partes. La primera trata de la entrada de los Arabes en España, y la sucesion de los amires ó caudillos de la conquista, dependientes de los califas de Oriente. La segunda contiene el establecimiento de la monarquía de los Beni Omeyas, y la sucesion de estos reyes. La tercera comprende la guerra civil y division de los reinos en España: venida de los Moros Almoravides y Almohades; y la sucesion de estas dinastías. Y la cuarta es toda del reino de Granada: último período de la dominacion arábiga en España.

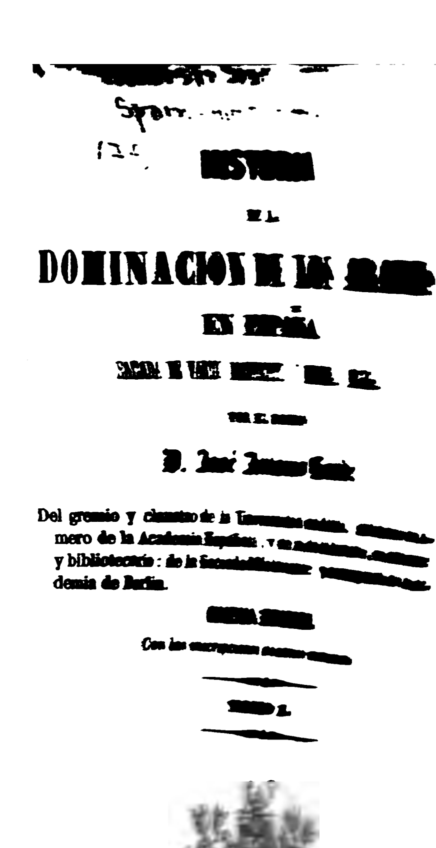
PARTE PRIMERA.

HISTORIA DE LA DOMINACION DE LOS ARABES EN ESPAÑA.

Es mi ánimo escribir la Historia de la dominacion de los Arabes en España, desde su entrada y conquista de ella: larga serie de acaecimientos grandes y de circunstancias memorables, en gran parte desconocidas, mezclada la verdad con tradicionales fábulas, que autorizó el tiempo y la popular ignorancia; pero antes de venir al principio de estas cosas será bien decir de los Arabes que gente eran, y cuales sus costumbres: que causa les movió á salir de los campos del Yemen y conducir las vencedoras insignias del Islam (1) hasta los extremos de Oriente y Occidente, y la opinion y nombre que por sus maravillosas conquistas tenian entonces, para decir despues como sojuzgados los mora-

(1) Islam, así se llama la creencia de los Mahometanos: la voz significa y se declara por confianza, seguridad y resignacion en la voluntad de Dios, manifestada en su Alcoran; y de esta voz nace el llamarse Muslimes los sectarios de Mahoma.


ÑA.
mo 1º
419.



DO INACIO

Del gremio y claustro de la

mero de la Academia Española

y bibliotecario : de la

demia de Berlin.

Barcelona.

stado de los
entre las na-
iperio estaba
pal familia de
o reyes, se-
s en los tiem-
os moradores
s: los de las
nbras y plan-
dustria y trá-
blos. Los rús-
mpos y anda-
de la leche y
ban buscando
dos, y los ar-
sus tiendas en
ar de andar así
bre en las tem-
nida del invier-
l campo se mu-
a, y á los con-
l tiempo de su
nodidad, llevan-
cias de la esta-

es, pues Homiar
isam la estrella
de Júpiter, Tay
ra al Obur, Asad
en las alturas de
s habia algunos
iertos, y decian
ello ó su caballo
de lo que mas se

ciertas prácticas de limpieza y purificacion, y oracion diaria, limosna, ayuno en el mes de ramazan, y peregrinacion religiosa al templo Alharam.

Logró Mahomad destruir la idolatría de Arabia en poco tiempo: reunió las tribus divididas, inspirando á sus secuaces el fanatismo del Islam y el ardiente deseo de extender su creencia en todo lo descubierto de la tierra. Contaban los Arabes poco antes de Mahomad sus años desde la época de la guerra etiópica, que llamaban la entrada del Señor del Alfil, ó del Elefante (1); pero despues de la célebre hegira, fuga ó retirada de Mahomad y de los suyos de Mecca á Medina Yatrib (2), principiaron á contar sus años desde este famoso acaecimiento: tenia entonces Mahomad cincuenta y cuatro años (3), pues habia nacido á la hora
Año de J. C. 572. del alba del dia mártes, ocho de la luna de Rebie primera, correspondiente en los meses de los Cristianos al dia veinte y dos de Nisan, del año ochocientos ochenta y dos de Alejandro: de suerte que segun los mas acertados cómputos cronológicos principió la cuenta de la hegira á diez y seis de julio del año seiscientos veinte y dos de nuestro Señor Jesucristo.

(1) En esta guerra acaudillaba á los Arabes Abdelmotaleb, abuelo de Mahoma, que defendió su pais y destruyó el ejército del rey de Etiopia. Las circunstancias de esta guerra, que se menciona en el Alcoran, las escribieron varios autores, y entre ellos con mucha elegancia Jusuf ben Said de Illora en su comentario al poema Elborda, *ms.*

(2) Este era su antiguo nombre: despues se llamó Medinatalnabi, ciudad del Profeta; y por excelencia Medina.

(3) Asi dice Tabari; pero en verdad no tenia sino cincuenta años.

CAPITULO III.

De las expediciones militares de los primeros califas contra Griegos y Persas.

Habia fallecido Mahomad, año 11 de la hegira en dia lúnes á 12 de la rebie primera, sin dejar declarado sucesor de su imperio, y los principales Muslimes de comun acuerdo nombraron seis electores, que eligieron sucesivamente los cinco primeros califas ó suce-
632 sores de Mahomad. Abu Becre, que fué el primero, no menos celoso que el legislador de propagar la ley alcoránica, se determinó á enviar sus gentes fuera de la Arabia, para llevar á otros pueblos el conocimiento de Dios, y hacerlos tributarios de su imperio. Apaciguadas algunas desavenencias domésticas, y resuelta la expedicion, escribió al califa una proclama en Medina y se envió á todas las provincias de Arabia: decia así: « en tu nombre, ó Dios hacedor de cielos y tierra, Señor misericordioso y clemente: Abdala Athic ben Abi Cohafa Abu Becre, á todos los Muslimes seguidores de la ley de Dios, salud y prosperidad: loado sea Dios, y engrandezca las perfecciones de su siervo: esta carta es para que sepais que he determinado enviar á Siria gentes escogidas de vosotros para sacar aquel país de poder de infieles; y quiero que sepais tambien, que trabajando por la propagacion del Islam obedeceis á Dios, seguís las intenciones del enviado de Dios, y todos vuestros pasos serán recompensados del Señor con abundantes premios en el Paraíso. »

Convocados los Arabes para la guerra acudieron sin

dilacion y como á porfia de todas las tribus, así los habitantes de las ciudades, como los moradores del campo, atravesando las arenosas llanuras del Hegiaz, dejando sus rancherías y aduares los de los valles del Yemen, y los pastores de las montañas de Oman: cuantos calienta el sol desde la punta septentrional de Belis sobre el Eufrates, hasta el estrecho de Babelmandeb al Mediodía, y desde Basora sobre el Golfo Pérsico á la parte del Oriente, hasta Suez y confines del mar Rojo al Occidente: vinieron muchedumbre sin cuento, todos voluntarios, y pobres todos de armas y vestidos; pero llenos de fervor y religioso celo: todos alegres y confiados en los venturosos sucesos de las primeras guerras del Profeta, y animados de sus promesas. Se reunieron en poco tiempo innumerables tropas de á pie y de á caballo en Medina, y acamparon al contorno de la ciudad.

Los habitantes de la ciudad salieron todos á presenciar el alarde de estas numerosas huestes; y en presencia de ellas el califa Abu Becre encargó el mando general de sus huestes á Iezid ben Abi Sofian, y delante de todos le mandó pasar á la conquista de Siria. Hizo una breve oracion rogando á Dios que amparase á los suyos, y les diese esfuerzo y moderacion, y no los dejase caer en manos de sus enemigos. Despues habló á Iezid en voz alta, que todos oyeron con maravilloso silencio: « Iezid, á tu cuidado confio la expedicion de esta santa guerra, y te encargo el mando y acaudillamiento de nuestra gente: no la oprimas, ni trates con altanería ni aspereza; mira que todos son Muslimes: entiende que van en tu compañía prudentes y esforzados caudillos, consúltalos en las ocasiones, no presumas demasiado de tu parecer, aprovéchate de sus consejos, y cuida siempre de obrar sin precipitacion, no como

temerario y sin juicio. Con todos has de ser justo, que quien no fuere justo y cabal, no prosperará. A las tropas dijo: Cuando encontreis en la pelea á vuestros enemigos, haced como buenos Muslimes, acordaos de ser dignos descendientes de Ismael: en la ordenanza y disposicion de las huestes, y en las batallas, seguid vuestras banderas, seguid y obedeced á vuestros caudillos: no cedais ni volvais la espalda á vuestros enemigos, pues peleais por la causa de Dios, no os lleven otros viles deseos: así nunca temais entrar en las peleas, ni os espante el excesivo numero de los contrarios. Si Dios os diere la victoria, no abuseis de vuestro vencimiento ni ensangrenteis vuestras espadas en los rendidos, ni en los niños, ni en las mugeres y débiles ancianos: en las entradas y paso por tierra de enemigos no hagais talas de árboles, ni destruyais sus palmas y frutales, ni estragueis ni quemeis sus campos ni sus casas; y de ellos y de sus ganados tomad cuanto os convenga. No destruyais ninguna cosa sin necesidad, ocupad las ciudades y fortalezas, y destruid aquellas que pueden ser asilo á vuestros contrarios. Tratad con piedad á los rendidos y humillados, y así Dios usará con vosotros de su misericordia. Oprimid á los soberbios y rebeldes, y á los que sean pérfidos á vuestras condiciones. No haya falsía ni doblez en vuestros convenios y tratos con los enemigos, y siempre seais con todos fieles, leales y nobles; y mantened constantes vuestra palabra y prometimiento. No turbeis la quietud de los monges y solitarios, ni destruyais sus moradas; pero tratad con rigor de muerte á los enemigos que resistan armados las condiciones que les impongamos. »

Dividió estas tropas en dos grandes ejércitos: partió el primero á Siria, y dió el mando del segundo á Chalid ben Walid, y con las mismas prevenciones salió

para las Iracas y confines de Persia. Hizo Dios venturosas estas expediciones, y dió á los Muslimes repetidas y muy señaladas victorias de los Griegos y Persas. Entraron por fuerza de armas en las ciudades de Tadmor, Hira, Hauran, Bosra, Hemesa, Damasco y Balbec: la fama de estas conquistas infundia general terror en los enemigos, de suerte que ni los mas numerosos ejércitos, ni la fortaleza de las ciudades resistian el ímpetu de las huestes muslímicas. Siempre peleaban con gentes atemorizadas y dispuestas á la fuga; y por el contrario, los Arabes acometian seguros de la victoria, despreciando los peligros y horrores de las batallas. En el año trece de la hegira al mismo
634 tiempo que la antigua y populosa ciudad de Damasco se habia entregado á los dos caudillos de las tropas árabes, Abu Obeida y Chalid; despues de largo y sangriento cerco, el califa Abu Becre falleció, imperó dos años, tres meses y nueve dias.

Fué elegido por califa ó soberano sucesor Omar ben Alchitab, que tambien fué dueño de la fortuna, y quiso Dios que en su tiempo pusiesen los Muslimes sus vencedoras banderas sobre los soberbios alcázares de los poderosos reyes de Persia, y destruyeron aquella antigua y famosa monarquía. Conquistada toda la Siria, el caudillo Amru ben Alas entró por órden del califa en Egipto el año veinte de la hegira, y despues
640 de muy gloriosas hazañas se apoderó de la gran ciudad de Alejandría y de todas las otras ciudades de aquella region feracísima, llena de maravillosos monumentos de la sabiduría y del poder de los antiguos Egipcios y Griegos: hizo tributarios seis millones de Coftos, sin contar los Judíos, que eran muchos. El celo, la frugalidad y rigorosa disciplina de los caudillos y tropas muslimes hicieron inútiles todos los esfuerzos de los

Griegos para oponerse y contener el ímpetu de tan rápidas conquistas. Seria necesario un gran libro para referir las proezas y extraños hechos de armas de algunos esforzados caudillos, aun de los menos famosos.

CAPITULO IV.

Entrada de los Arabes en Africa y conquista de la Cirenaica.

Despues de la muerte del califa Omar ben Alchitab, acaecida en la luna de dilhagia, año veinte
643 y tres de la hegira, en el califado de Otman ben Afan, el año veinte y nueve de la misma entró en Africa el caudillo Abdala ben Saad ben Abi Serah, el Carsi: pocos años despues Moavia ben Horeig Azocuni hizo tres expediciones de conquista en Africa, la pri-
653 mera el año treinta y tres de la hegira antes de la muerte del califa Otman, y la segunda y tercera algunos años despues de este califa. En el año treinta y cuatro entró Moavia con mucha gente ilustre de los Muhageríes y Alansaríes (1), y fué en su compañía el ínclito Abdelmelic ben Meruan, y conquistaron ciudades y grandes alcázares, y la antigua ciudad de Cirene; y allegaron muy grandes riquezas y despojos en aquella tierra. Para que no se cansaran de los afanes de la santa guerra habia cedido el califa Otman á Moavia ben Horeig y á los demas caudillos el quinto que le pertenecia en los despojos, que era muy grande, para que pudiesen gratificar y premiar á los Mus-

(1) Muhageries, los que salieron con Mahoma en su fuga; y Alansaries sus auxiliares.

limes que se distinguian en ocasiones de batallas y en
655 otros servicios de importancia. El año treinta y
cinco de la hegira murió el califa Otman á manos de conspiradores, habiendo reinado cerca de doce años.

660 En el año cuarenta envió este sabio caudillo al
noble Abdelmelic ben Meruan con una poderosa hueste de ochenta mil hombres á Gelula, y la conquistaron, haciendo en esta expedicion admirables proezas; y no fué menos señalado en victorias el año cuarenta y
665 cinco. En el siguiente de cuarenta y seis entró en
Africa acaudillando diez mil caballos el famoso Ocba ben Nafe, el Fehri, y recuperó la ciudad de Cirene que habia sacudido el yugo de los Muslimes, confiada en la fortaleza de sus muros y muchedumbre de sus habitantes. En el cerco arruinó Ocba ben Nafe muchos antiguos y grandes edificios que habia en aquella ciudad, que era la principal y cabeza de toda la tierra. Edificó en ella mezquitas, y estableció escuelas para enseñar la lengua y las doctrinas de la ley á los niños y mancebos, que andaban antes perdidos y sin amparo.

CAPITULO V.

Conquista de Berbería y fundacion de Cairvan.

Mientras en esto se ocupaba el ínclito Ocba ben Nafe, el califa Moavia ben Abi Sofian unió el gobierno de Egipto y de Africa, como si fueran dos pequeñas provincias, y dió el mando á Muhegir Dinar, el Ansari. Envidioso este caudillo de la gloria y pública estima-

cion que merecia Ocba ben Nafe al ejército y á los pueblos escribió contra él al califa, y por sus artes y sugestiones mandó el califa á Muhegir que depusiese á Ocba del gobierno de Cirene. El wali Muhegir envió á este fin á Muslama ben Machlad, encargándole que le tratase con atencion y mucha honra, porque recelaba que las tropas intentasen alguna resistencia por el mucho amor y respeto que le tenian. Llegó Muslama al campo donde estaba Ocba y le presentó la carta del califa: mandábale en ella que luego que la recibiese se pusiese en camino y fuese á su presencia: dióle tambien Muslama otra carta del wali Muhegir que le ordenaba que obedeciese sin escusa alguna, autorizando en ella á Muslama y á los otros caudillos para que le prendiesen si no la obedecia. Partió Ocba sin entrar en su casa, y al llegar á Alcazaralme descansó é hizo allí oracion, y al acabarla dijo en voz alta: Señor Alá, no me quites la vida hasta que manifiestes mi honradez, y me defiendas de Muhegir ben Om Dinar. Cuando llegó esto á noticia del wali no dejó de temer los efectos de esta oracion.

Cuando entró Ocba en tierra de Egipto le salió á recibir Muslama ben Machlad, que se habia adelantado á Ocba para avisar de su llegada, y con él salieron muchos caballeros y principales caudillos, que le hicieron mucha honra, y le aposentaron y trataron con atencion y respeto. Allí le fué ordenado hacer declaracion de su conducta en el gobierno, de lo que habia hecho y habia mandado hacer, y que diese razon de sus comunicaciones con Muhegir, y de las diferencias que entre ellos habian ocurrido. Salió pocos dias despues para presentarse al califa Moavia, y cuando le recibió en su corte delante de sus consejeros y caudillos le dijo el noble Ocba ben Nafe: conquisté pueblos y

regiones de infieles, llevando á ellas el conocimiento de Dios y de su santa ley: edifiqué mansiones y mezquitas; y en premio de estos servicios envias á Abdel Ansar para que me prenda: si esto no es á sin razon, tu justicia lo diga. Moavia le respondió: ya estoy informado de la causa de estos agravios: Ya sé quien es Muhegir, y quien es Ocba. Yo estoy muy contento de tu celo y de tu justo y noble proceder. Ordenó el califa que volviese á tomar el mando de la conquista; si bien algunos dicen que quien le restituyó al mando fué Iezid,
679 el hijo de Moavia, despues de la muerte de su padre, que acaeció el año sesenta; y esto es lo mas cierto.

El califa Iezid distinguió y honró mucho á Ocba, y le dijo: Ya tienes tu provincia, ve á ella, yo quiero que repares tu agravio. Partió Ocba con mucha diligencia para Africa: durante su ausencia Muhegir, por envidia y odio á sus cosas y memoria, habia mandado destruir un lugar que Ocba habia cercado, y habia trasladado la poblacion á dos millas de donde pasa el camino para Tunez, y habia mandado edificar y cercar una ciudad allí en Audan, que todavía quedan rastros de ella: destruyó todas las obras de Ocba haciendo salir la gente de Cairvan. Llevaba Ocba la deposicion de Muslama de órden del Califa Iezid, y cuando se la comunicó le mandó quedar en Fustat de Egipto, y esto fué ya entrado el año sesenta y dos. Pasó Ocba en Africa y depuso á Muhegir, y le puso en prisiones. No extrañó Muhegir estas providencias, que ya esperaba despues de la muerte del califa Moavia su favorecedor. Asimismo mandó Ocba que no siguiese la puebla de Muhegir, y que los moradores tornasen á Cairvan, haciendo de ella ahora mas cuenta que habia hecho en su anterior gobierno. No falta quien diga que Cairvan

fue poblada por el wali Moavia ben Horeig, que al llegar al sitio de Cairvan de ahora, que era un valle de muy espesa arboleda, acogida de salvages fieras, leones, pardos, tigres y serpientes, dijo con altas voces: Salid de este lugar, fieras que morais en este valle, salid, dejad este bosque y espesa selva; y lo dijo tres veces ó en tres dias, y no quedó allí fiera, leon, onza ó sierpe, que no dejase luego aquel bosque. Mandó á su gente cercarlo de altos muros, y fijó en medio su lanza y les dijo: Este es, este es vuestro Cairvan. Cuando acabó Ocba estas cosas pasó á la conquista de Sus, llevando consigo en fierros á Muhegir. Sojuzgó aquella tierra, y llegando á la orilla del mar se metió en él con su caballo hasta tocar el agua en las cinchas, y dijo: ¡Oh, Señor Alá! si estas profundas aguas no me detuvieran yo seguiria para llevar mas adelante el conocimiento de tu ley y santo nombre.

Estaba Ocba en Sus y le avisaron que los Berberíes de Africa se habian rebelado: dió órden á su hueste, y tornó con mucha diligencia hácia Africa: el caudillo de los Berberíes Aben Cahina, que poco antes huía á los desiertos de las tropas Muslimes, siguió la marcha de la hueste de Ocba, y mataba á los Muslimes que se rezagaban ó salian de sus compañías. Como á su llegada á Cairvan hallase sosegada y allanada la rebelion, dividió Ocba su ejército y lo repartió en las comarcas para mayor comodidad de los pueblos y de su gente. Con un campo volante de caballería corrió Ocba la tierra de Zab y ocupó un lugar llamado Téhuda: allí fué acometido de innumerable muchedumbre de Berberíes y Cristianos. Dispuso y ordenó su gente en batalla, hizo sus oraciones y exhortó á sus Muslimes á la pelea: mandó quitar las prisiones á Muhegir, que luego vino á su presencia, y le dijo Ocba: Hoy, amigo, es dia de libertad, de martirio y de ganancia, la mas preciosa

para los Muslimes; no quiero que pierdas tan buena ocasion: así es la verdad, respondió Muhegir, y te doy gracias porque me concedes esta oportunidad, que cierto deseo la misma ventura. Mandóle Ocba dar un buen caballo y armas; y luego cada uno de ellos rompió la vaina de su espada, y todos los caballeros Muslimes hicieron lo mismo. Trabóse entre ambas huestes atroz pelea, y fue horrible la matanza: casi todos los Muslimes murieron allí como buenos, que rodeados de la multitud de los enemigos muy pocos escaparon. Quedaron prisioneros Muhamad ben Aus, el Ansari, y Iezid ben Chalaf y pocos caballeros mas, que rescató de los enemigos Aben Mesad, Señor de Cafisa, y los envió á Zohair ben Cais, el Balui, que le habia dejado Ocba ben Nafe en el gobierno de Cairvan cuando su salida á la conquista de Sus, y á Omar ben Ali, el Coreisi, caudillos ambos de valor y de mucha autoridad. Fué esta sangrienta batalla de Téhuda
682 el año sesenta y tres.

El Berberí Aben Cahina, muy ufano y envanecido de esta victoria, vino con sus huestes hácia Cairvan: salieron contra él los caudillos Zohair y Omar. Traia el Berberí mas de treinta mil hombres; pero con el favor de Dios vencieron los Muslimes, y huyó Aben Cahina y los suyos en desórden, perseguidos de siete mil caballos, que era toda la gente de Zohair. Esta victoria animó á los Muslimes, y acreditó mucho mas á este noble caudillo: le escribió Abdelaziz ben Meruan, que era wali de Egipto, dándole gracias á él y á todo el ejército por su constancia y valor, y á nombre del califa le encargó el mando de la conquista de Africa, y le envió gente y armas para reforzar aquel ejército, que no podia atender á la conquista y sosegar las inquietudes y revueltas de los Berberíes. Entretanto Zohair allegó la gente que estaba en Atrabolos, y con

esta y la que llegaba de Egipto salió de Barca, donde se habian reunido y se puso en marcha. Cuando llegaron estas tropas á Cunia les salió al encuentro una hueste innumerable que parecia una inundacion. Tuvo Zohair consejo con los caudillos y principales caballeros, y dijo á las tropas: O compañías de Muslimes, ya vuestros amigos se os han adelantado, y gozan las delicias del Paraiso: ya otra vez el Señor á quien adoramos os franquea las puertas de la bienaventuranza, asi que no temais el inmenso gentío de estos bárbaros, que hoy peleando como valientes ó tendrémos la apetecida victoria, ó el Paraiso y su triunfal corona. Se opuso á la resolucion de entrar en batalla Abu Sagea, y gran parte de la caballería egipcia siguió á este caudillo, y no quisieron arriesgarse, y en el momento que Zohair y sus valientes acometian á los enemigos, esta caballería se retiró del campo con precipitada marcha. Los Arabes honrados de Zohair pelearon con maravilloso valor, pero fueron vencidos de los inumerables enemigos, y la hueste de los Muslimes se dispersó por diferentes partes, y Zohair con algunos pocos tornó á Barca, año sesenta y cuatro, y mantuvo con mucha constancia aquella frontera. Con esta victoria los Berberíes ocuparon aquella comarca de Cairvan, y se apoderaron tambien de la ciudad.

Con noticia de este desman vino á Africa Abdelmelic ben Meruan, encontró en Barca á Zohair ben Cais, y juntas las tropas de ambos hicieron cruda guerra á los Berberíes, y recuperaron la ciudad de Cairvan, y allanaron aquellas gentes. Continuó gobernando la provincia de Barca el wali Zohair, y fue muerto en una celada por los Cristianos con muchos de los suyos. Hasan ben Naaman, el Gasani, era wali de Egipto cuando la muerte de Zohair; y le mandó Abdelmelic que siguiese la conquista de Africa: para esta empresa

allegó la gente de aquella frontera, y reunió cuarenta mil hombres de muy escogida gente. Con esta hueste se dirigió contra la ciudad de Cartagena la antigua, que era la principal de Africa, y la cercó y apuró tanto que al cabo de largo sitio la entró por fuerza, destruyó sus muros, mató en ella muchos Cristianos y Griegos que la defendian: muchos de sus habitantes se pasaron á Sicilia y á España perdiendo sus bienes. En este tiempo vino con gran poder contra él la reina de los Berberíes que se llamaba Cahina, que en aquellas partes era muy poderosa: mantuvo la guerra con varia fortuna por algunos años: pero al fin en una sangrienta batalla la vencieron los Muslimes y la hicieron prisionera con los principales de su corte: las tropas que la cautivaron la dejaron con vida por ser muger y reina, y la llevaron á presencia del caudillo Hasan: propuso á Cahina las condiciones que aseguraban la quietud de la tierra, la obediencia y tributos á los califas, y la exhortó á que siguiese la verdadera creencia: se negó á toda propuesta, y la mandó descabezar, y así se hizo, y puso la cabeza canforada en una preciosa caja, y la envió á Abdelmelic ben Meruan con las nuevas de esta insigne victoria y muy ricos presentes.

Poco tiempo despues excitado de la fama de las grandes riquezas que los Muslimes hallaban en las ciudades de Africa quiso venir á ella el hermano de Abdelmelic, y este condescendió á su deseo, y lo envió al gobierno de Barca en lugar de Hasan ben Naaman, á quien depuso del mando de aquella provincia. Entró en Africa Abdelaziz ben Meruan, y luego que llegó á Barca despojó al wali Hasan de cuanto tenia, y lo tomó para sí: Hasan no mucho despues adoleció, y de puro pesar y despecho murió.

CAPITULO VI.

Conquistas de Muza en Almagreb ó Mauritania.

Por órden del wali Abdelaziz ben Meruan corria las tierras de Almagreb el caudillo Muza ben Noseir, y se distinguió mucho su valor y prudencia el año setenta
697 y ocho de la hegira, y adelantó las conquistas á las regiones de Poniente y hasta los desiertos de Mediodia: envió á Abdelaziz ben Meruan muy preciosos despojos, y esclavos y esclavas de mucha hermosura, y muy escogidos caballos, sabiendo su condicion avara. Logró persuadir á los Berberíes, que eran Aulad-Arabi, ó hijos de los Arabes; y tratándolos con blandura, de su propia voluntad pidieron que les diese lugar en sus tropas, y reunió de los mas valientes doce mil del pais de Gadam y Zab. Muy complacido de esto escribió Abdelaziz ben Meruan al califa celebrando el valor y la prudencia del caudillo Muza ben Noseir, y refiriendo sus grandes servicios.

702 Venido el año ochenta y tres de la hegira, bien informado el califa de las excelentes prendas del caudillo Muza ben Noseir, le dió el mando de las tropas muslimes de africa y el encargo de la conquista de Almagreb, y le nombró amir de Africa: este inclito capitan fue aquel héroe que entrando en España abrió tan glorioso campo á las victoriosas armas de los Arabes. Para mantener en obediencia los pueblos subyugados, y adelantar sus empresas, allegó numerosas tropas así de Siria y Egipto, como de Barca y de Cartagena la antigua, y del pais de los Berberíes. Con estas huestes allanó las tribus rebeladas, venció y apaciguó las be-

licosas gentes que moraban en Dara, Sahra, y Tefilet. Para evitar que estas tribus fuesen incitadas á la rebelion y ayudadas de las de Sus y otras de los desiertos, envió á su hijo Abdelaziz con diez mil caballos á correr la tierra y mantener frontera contra aquellos pueblos. Era Abdelaziz, aunque muy jóven y en la flor de su edad, muy apacible y de harta prudencia en sus pocos años, y así logró ya con suavidad y persuasion, ya con propio valor, domar aquellas tribus bárbaras y guerreras.

CAPITULO VII.

Imperio del califa Walid ben Abdelmelic.

705 El año ochenta y seis murió el califa Abdelmelic, y le sucedió en el imperio su hijo Walid ben Abdelmelic, que confirmó á Muza ben Noseir en el mando de las tropas de Africa y gobierno de ella. Apellidábase el califa Walid Abulabas, la madre que le parió se llamaba Abbasia, hija de Alabas: el tiempo de este califa fue de los mas venturosos para los Muslimes por las muchas conquistas que hicieron en Grecia y Mawaralnahar: su hermano Muslema, y su sobrino Coteiba, hijo de Muslema hicieron muy felices expediciones en Sogda, Fergana, Bochara y Pagras contra los Turcos: Cotaiba entró en Samarcanda y quemó los ídolos que estaban adornados de clavos de oro: hizo paz con ellos y se allanaron á las condiciones del tributo de mil millares de doblas al año. Por otra parte Muhamad el Tsakifi entró en la India y Sindia, y venció al rey Daharo; y los Muslimes le cortaron la cabeza. En el
705 año ochenta y seis mandó Walid edificar la grande aljama de Damasco, y siendo necesario el espacio

que ocupaba una Iglesia que tenian los Cristianos, les mandó pagar por ella cierta suma de dinero, y como ellos no quisiesen venderla, la mandó derribar de propia autoridad sin darles nada: trabajaban en la obra doce mil pedreros; pero no se acabó este edificio en su tiempo, sino en el de su hermano Suleiman. Envió por gobernador de Egipto á su hermano Abdala, que impuso tributo á los monges de un dinar (1) al año, y este fue el primer tributo que pagaron los Monges.

Con igual ventura hacian la guerra Muza ben Noseir y su hijo Abdelaziz en tierras de Almagreb, rompiendo las taifas innumerables de los Berberíes á caballo, que intentaban echarlos de su pais, sujetaron las principales alcabilas de ellos; y despues de larga y obstinada guerra con los de la tribu zeneta se avinieron con ellos, y se pacificaron, y tomó Muza rehenes de las tribus moras de Masmuda, Zanhaga, Ketama y Hoara, que eran las mas antiguas y mas numerosas de la tierra. Así él como su hijo Abdelaziz trataban bien y con blandura á los sometidos, y los defendian de las incursiones y algaras de los rebeldes. De esta manera ganaron los ánimos de aquellas gentes bárbaras. Envió Muza á su hijo Meruan á tierra de Tanja (2) para mantener allí frontera, y puso un fuerte presidio en ella de diez mil hombres, todos Arabes y Egipcios, mandados por el caudillo Taric ben Zeyad el Nefeci, que era de su mayor confianza; y este corria toda la tierra de Algarbe hasta las fuentes del rio Moluya y los montes de Aldaren. Cuidaba con ardiente celo el wali Muza de instruir á las tribus berberíes en la ley alcoránica, que abrazaban sin repugnancia, que así lo queria Dios,

(1) Dinar, así llaman la moneda de oro: cada dinar es de valor de veinte dirhames ó monedas de plata.

(2) Tanja, la antigua Tingis, que llamamos Tanger.

porque saliesen de su ignorancia y barbarie, y tambien fue bien recibida de muchos Cristianos infieles que moraban en Azile, Tetewan y Tanja: pero otros muchos se pasaron á España perdiendo sus bienes, segun las avenencias concertadas en la entrada de sus ciudades. En pocos años toda aquella tierra de Almagreb quedó sujeta y tributaria, sin deseo ni esperanza de otra mejor suerte.

Despues de la muerte de Abdala puso el califa Walid por gobernador de Egipto á Corraho ben Jaric, que fue cruel y avaro; pero dúró poco tiempo su tiránico gobierno, y respiraron los pueblos que con inhumanidad oprimia y desesperaba: al contrario en Africa los pueblos bendecian el gobierno y la justicia de Muza ben Noseir y de sus hijos, que mandaban en dilatadas provincias. Las tribus berberíes por la mayor parte habian abrazado el Islam; y siendo naturalmente belicosas é inquietas, seguian voluntarias la vida de los Arabes, y no querian otra ocupacion que la de la guerra. Los moradores pacíficos de las ciudades y de las aldeas, y los del campo, contribuian con sus frutos y ganados, y daban á las huestes muy hermosos caballos, que volaban como águilas en aquellos dilatados desiertos.

CAPITULO VIII.

Propuesta é intentos de pasar á España.

En este tiempo algunos Cristianos de Gezira Alandalus, que es la península de España, ofendidos (1) de su

(1) Debió de ser esta ofensa la de los amores del rey Don Rodrigo con la Caba, hija del conde Don Julian, como se refiere en la crónica general que mandó escribir el rey Don Alfonso el Sabio.

rey Ruderic, que era señor de toda España desde la Galia Narbonense hasta dentro de la Mauritania ó tierra de Tanja, vinieron á Muza ben Noseir, y le incitaron á pasar con tropas á España, apartada de Africa por un estrecho de mar llamado Alzacac, ó de las angosturas: representábanle aquella empresa como fácil y segura, y ofrecieron que le ayudarían en ella con todas sus fuerzas: tanto puede el deseo inconsiderado de venganza. Era Muza emprendedor ambicioso; pero tan prudente como amante de gloria, no despreció la propuesta, y disimuló con ellos algun tiempo sus intenciones: informóse con secreto del estado de España, de su gente y calidad de la tierra, de las divisiones de su gobierno, del poder del rey, y de los bandos y desavenencias que á la sazon habia entre sus señores. Se cuenta que un principal Cristiano de Tanja le refirió con mucha verdad cuanto convenia saber de la condicion y estado de los pueblos, del mal gobierno del rey Ruderic, de su falta de justicia, y como por esta causa era muy poco amado de sus gentes, que todos le tenian por un injusto usurpador del reino de los Godos.

Excitaban el ánimo de Muza para emprender esta conquista las apacibles descripciones que hacian de España los moradores de Tanja y otros Africanos: hablaban de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la sucesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias, sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades. En suma, que las ame-

Los nombres de la Caba, de su doncella Alifa, y toda la série de este cuento descubre que fue ficcion morisca, fundada en las hablillas y canciones vulgares que corrian entre Moros y Cristianos.

nidades de España no las puede igualar ni expresar el mas elegante discurso, ni en la carrera de sus excelencias hay quien se la adelante, que en esta competencia aventaja á todas las regiones de Oriente y Occidente: que España es Siria en bondad de cielo y tierra, Yemen ó feliz Arabia en su temperamento, India en sus aromas y flores, Hegiaz en sus frutos y producciones, Catay ó China en sus preciosas y abundantes minas, Adena en las utilidades de sus costas: que en ella hay ciudades y magníficos monumentos de sus antiguos reyes y de los Jonios que fueron siempre pueblo sabio, y que todavía se conservan restos de ellos en España, como de Hércules el grande en la estatua de Gezira Cadis, y el ídolo de Galicia, y las grandes ruinas de Mérida y Tarracona, que no se ha visto cosa semejante.

Persuadido Muza, y resuelto con la esperanza de tan rica y gloriosa conquista, escribió al califa y le propuso la importancia de esta empresa: decíale como con ayuda de Dios habia hecho tributarios á los Zenetes y otras tribus berberíes, de Zab y Derar, Sahra, Mazamuda, y Sus; que los vencedores Muslimes tremolaban las banderas del Islam en las torres de Tanja, que de esta ciudad hasta la opuesta costa de Andalucía, no hay mas que un estrecho de mar de doce millas, que con su licencia y mandamiento haria pasar en España los conquistadores de Africa, para llevar á ella el conocimiento de Dios y la ley alcoránica. El califa aplaudió este intento, fundado así en las tradiciones que habia del enviado de Dios, que prometia la estension de la ley en el último Occidente, y la conquista de las últimas regiones, como en la confianza de su constante fortuna.

CAPITULO IX.

Entrada de Taric en España.

Habida licencia del califa, ordenó Muza ben Noseir, que el caudillo Taric ben Zeyad con escogida caballería desembarcarse en la opuesta costa de Andalucía, para reconocer la tierra y asegurarse de lo que habia informado el señor de Tanja. Con ayuda y consejo de este, pasó Taric con quinientos caballeros árabes en cuatro barcos grandes de Tanja á Sebta, y de esta á Andalucía, y el paso fue muy venturoso: (1) entraron en su compañía con otros nobles caudillos Abdelmelic el Moaferi de Wasit, que se estableció despues en Gezira Alhadra, y Almondar ben Measemai de Hemesa y Zaide ben Kesid el Sekseki. Corrieron estos valientes Muslimes aquella tierra de las marismas de Andalucía, tomaron algunos ganados y gente sin que nadie se les opusiese. Con esta presa y feliz suceso tornó Taric á Tanja con sus caballeros, y fueron recibidos con general contento: fue esto en la luna de ramazan, año noventa y uno.

Consideró Muza esta entrada como feliz presagio de la futura prosperidad de sus armas en España, y con la mayor diligencia y presteza, aderezadas las barcas necesarias para pasar un buen ejército, encargó su mando al caudillo Taric ben Zeyad, dejando en su lugar en el presidio de Tanja á su propio hijo Meruan ben Mu-

(1) Esta primera entrada ó reconocimiento que hizo Taric en España fue en el mes de julio del año 710: el Edobi maltrado en esta parte de su historia no menciona sino la entrada del año 92, y á este copiaron los mas de los historiadores arabes.

za. Todos los Arabes querian pasar á la expedicion, y todo dispuesto atravesaron venturosamente el estrecho, y desembarcaron en Gezira Alhadra, la Isla verde, que con su situacion favoreció el desembarco. Opusieron los Cristianos alguna resistencia por impedir el que desembarcáran; pero fueron vencidos y se retiraron atemorizados. Fortificóse Taric con su gente en el monte de la punta de Gezira Alhadra, que desde entonces en honor suyo y para perpetua memoria se llamó Gebal Taric ó monte de Taric, y tambien monte de la Victoria ó Entrada, por la que felizmente se abrió por allí á la conquista de España: fue esto el dia jueves cinco de la luna de regeb del año noventa y dos, y cuenta Jerif

711 Edris que Taric quemó sus navíos para quitar á sus tropas toda esperanza de fuga: defendian aquel monte y paso mil y setecientos Cristianos mandados por el caudillo Tadmir, que era de los principales caballeros del rey Ruderic, y con esta gente hubo algunas escaramuzas en los tres primeros dias; pero vencidos y puestos en fuga no osaron ya presentarse contra los Muslimes.

Cuentan que Tadmir escribió entonces á su rey Ruderic para que le socorriese, diciéndole: « Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de Africa, yo no sé si del cielo ú de la tierra: yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada; pero me fue forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra: ruegoos, señor, pues tanto os cumple que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se pueda allegar: venid vos, señor, en persona, que será lo mejor. » Llenó de espanto á Ruderic esta inesperada nueva, y mandó llamar sus gentes de consejo y de guerra, y envió delante de sí la flor de la caballería de los Godos: partió esta hueste con mu-

cha presteza, y se reunió á la que mandaba el caudillo Tadmir, y se adelantaron contra los Muslimes, y hubo entre ambas huestes algunas sangrientas escaramuzas; pero siempre con notable pérdida y grave daño de los Godos. Mandaba la caballería delantera de los Muslimes Mugueiz el Rumi, insigne caudillo que se habia distinguido en las peleas y conquista de Africa. En tanto Ruderic allegaba sus gentes de todas las provincias, y venia con todo su poder contra los Muslimes: Taric corria la tierra de Algezira y Sidonia, y hasta riberas del Guadiana, difundiendo terror y espanto en aquellos pueblos, que ni tiempo ni ánimo tenian para la defensa. Por todas partes vagaban tropas de caballería que atemorizaban los pueblos, talaban y quemaban los campos.

CAPITULO X.

De la batalla de Guadalete.

Llegó Ruderic á los campos de Sidonia, con un ejército de noventa mil hombres con toda la nobleza de su reino. No intimidó á Taric esta numerosa hueste, que parecia un mar agitado; pues aunque sus Muslimes eran muy inferiores en el número, tenian gran ventaja en las armas, destreza y valor. Venian los Cristianos armados de lorigas y de perpuntes en la primera y postrera gente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra gente ligera con arcos, saetas, hondas y otras armas, segun su costumbre, hachas y mazas y guadañas cortantes. Los caudillos Arabes reunieron sus banderas, y se congregaron las tropas de caballería que corrian la tierra. Juntos los Muslimes ordenó Taric sus escuadrones, los preparó y llenó de

confianza para dar batalla á los Cristianos. Avistáronse ambas enemigas huestes en los campos que riega el Guadalede un dia domingo, dos dias por andar de la luna del ramazàn. Temblaba debajo de sus pies la tierra y se estremecía, y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafires, y con el sonido de guerreras trompas, y con el espantoso alarido de ambas huestes. Acometiéronse con igual ánimo y saña, aunque muy desiguales en número, pues habia cuatro Cristianos para cada muslin. Principió la batalla al rayar el dia, y se mantuvo con igual constancia por ambas partes, y sin ventaja alguna duró la matanza hasta que la venida de la noche puso treguas á los sangrientos horrores. Pasaron ambas huestes sobre el campo de batalla, y esperaban con impaciencia el punto del alba para renovar la atroz pelea. Venido el dia, con enemigo furor principió la batalla, y el horno del combate permaneció encendido desde la aurora hasta la noche.

Como al tercero dia de la sangrienta lid viese el caudillo Taric, que los Muslimes decaían de ánimo y cedian campo á los Cristianos, se alzó sobre los estribos, y dando aliento á su caballo les dijo: « O Muslimes, vencedores de Almagreb, ¿á donde vais? ¿á donde vuestra torpe é inconsiderada fuga? El mar teneis á las espaldas, y los enemigos delante; no hay mas remedio que en vuestro valor y en la ayuda de Dios: haced, caballeros, como veréis que haré. » Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo, y atropellando á derecha y á izquierda cuantos se le ponian delante llegó á las banderas de los Cristianos, y conociendo al rey Ruderic por sus insignias y caballo le acometió y le pasó de una lanzada, y el triste Ruderic cayó muerto, que Dios le mató por su mano, y amparó á los Muslimes: á ejemplo de su caudillo rompieron y desbarataron á los Cristianos, que con la muerte de su rey y de otros de sus

principales caudillos se desordenaron y huyeron llenos de terror. Los Arabes siguieron el alcance con su caballería, y la espada muslímica se cebó en ellos por mucho espacio, y murieron tantos, que solo sabe cuántos Dios que los crió: acabóse la batalla y alcance de Guadalede dia cinco de la luna de jawal, y quedó aquella tierra cubierta de huesos por largo espacio de tiempo.

Tomó Taric la cabeza del rey Ruderic, y la envió á Muza, dándole parte de sus venturosos sucesos, así en el paso de Alzacac, como en las victorias sucesivas; y largamente le refirió la sangrienta y peligrosa batalla de Guadalede, en que habia vencido todo el poder del rey y de los Godos y sus numerosas huestes, y le contaba como el rey entraba en la batalla los primeros dias en un carro bélico, adornado de marfil, tirado de dos robustos mulos blancos, que llevaba su cabeza ceñida de una corona ó diadema de perlas, con una clamide de púrpura bordada de oro: que en el tercero dia de la sangrienta pelea Dios habia dado á sus Muslimes cumplida victoria, y él habia muerto por su mano al rey Ruderic, cuya cabeza le enviaba. Decíale asimismo los caballeros muslimes que mas se habian señalado en los dias de batalla, y cómo se habia seguido el alcance otros tres dias, sin que se alzase la espada de los Muslimes de sobre ellos.

El caudillo que llevó estas nuevas al wali Muza ben Noseir le dió las cartas de Taric, y de palabra le refirió el suceso del paso del estrecho para llegar á tierra de España, como habian desembarcado en Gezira Alhadra, y á pesar de los Cristianos se habian apoderado del monte grande de Gebal Alfeth, que ya llamaban Gebal Taric del nombre del ínclito caudillo que habia derrotado la gente que defendia el paso y monte, en quien esperaban los Cristianos: que allí era su caudillo Tadmir que habia pedido socorro al rey de los Cris-

tianos Ruderic, informándole de las gentes que habian llegado á sus tierras: que el rey habia venido en su ayuda con noventa mil Cristianos: que Taric habia salido contra ellos, y que en la delantera de la caballería estaba el caudillo Mugueiz el Rumi, siervo de Walid: que la batalla fue bien mantenida por ambas huestes tres dias: que el tercero vió Taric á cuantos hombres estaban con él: que ya les faltaba esfuerzo, y que les habló á caballo, y los alentó á pelear con valor, y les exhortó á morir peleando como buenos Muslimes, y ofreciendo á todos grandes premios; y que entonces les dijo: «¿Dónde pensais tener asilo? el bravo mar detrás de vosotros, los fatigados enemigos delante: no hay para nosotros mas remedio que valor: haced como haré yo; Gualá (1) que acometeré á su rey, y si no le quito la vida yo moriré á sus manos.» Que se afirmó en su caballo, y rompiendo los enemigos, como conocia el caballo y las insignias del Rey Ruderic, hizo como decia, y Dios mató á Ruderic por su mano, y despues hicieron cruel matanza en los enemigos, y de los Muslimes no murieron muchos, que los Cristianos huyeron en desórden, y los siguieron tres dias: que Taric mandó cortar la cabeza de Ruderic, y que se la enviaba. Muza oyó estas nuevas con mucho placer, y dijo que enviaria al califa Walid la cabeza del triste rey, que tal desgracia aviene á los reyes que toman lugar señalado en las peleas.

(1) Gualá, es como decir por Dios: se usa para afirmar, negar ó encarecer alguna cosa.

CAPITULO XI.

De la entrada de Muza en España y conquistas de Taric en Andalucía.

Envidioso Muza de las glorias del caudillo Taric, no celebró en su ánimo estos venturosos sucesos como debiera, y luego escribió á Taric que no pasase mas adelante, que le esperase en el lugar que le llegara su órden, para continuar con mas fuerzas y seguridad tan importante empresa: al mismo tiempo envió sus cartas al califa Walid, dándole cuenta de las victorias alcanzadas en España, diciéndole que las batallas habian sido terribles como el dia del juicio, y envió tambien canforada la cabeza del rey Ruderic: atribuíase Muza en sus cartas toda la felicidad de esta venturosa expedicion. Luego sin tardanza ordenó las cosas de Africa: allegó tropas, dicen que diez mil caballos y ocho mil peones entre Árabes y Africanos: puso en su lugar para el gobierno de Africa en Cairvan á su hijo (1) Abdelaziz, y en la luna de regeb del año noventa y tres pasó el estrecho del mar, y saltó en España acompañado de sus hijos Abdelola y Meruan, de quien tomó despues nombre el palacio que está al poniente de Córdoba sobre su rio.

Asimismo entraron con Muza en España muchos caballeros de la tribu Coraix y otros Árabes muy principales, como Almonazir, Ali ben Rebie Lahmi, Hayut

(1) Dice Alabar que dejó en Africa á su hijo mayor Abdala: Edodi dice que Abdelaziz, y al otro llama Abdelola: el Ifriki dice que tardó Muza cuatro meses en venir á España.

ben Reja Temami, Hanas ben Abdala Asenani, que despues fundó la grande aljama de Saracusta.

Entre tanto que este ejército acampaba en las marismas de Andalucía hácia el Guadiana, Taric con sus vencedores Muslimes corria toda la tierra, llenando de espanto á sus moradores; y lo que no esperaba, le vinieron las cartas de Muza que le ordenaban no pasar adelante hasta que el wali se juntase con él. Hubo luego su consejo con los principales caudillos, y todos manifestaron disgusto de tan inoportuno mandamiento; ¿cómo era posible detenerse en tan favorable ocasion? Entendió bien Taric de dónde procedia aquella resolucion, y sin manifestar que penetraba la envidia declarada de Muza, dijo á los caudillos, que viesen lo que les parecia conveniente hacer en tan importante ocasion. A todos pareció que no era bien perder tiempo tan precioso: entre otros habló Julian el Cristiano, y aconsejó á Taric diciéndole: «Puesto que ya venciste el grande ejército de los Godos, y los principales señores cristianos que asistieron con su rey en la batalla de Guadalede se han esparcido, no debes perder este tiempo en que todavía llevan en sus corazones el terror de tus armas: persíguelos ahora sin darles espacio ni lugar; porque si se recobran, fácil cosa es que se rehagan y alleguen nuevas gentes, y se concierten y animen las atemorizadas tropas: así que sin tardanza debes penetrar á las provincias y ocupar las principales ciudades, que en siendo dueño de ellas, y en especial de la capital, ya nada hay que temer.»

A todos parecieron bien estas razones, y las esforzaron tanto, que Taric que no deseaba otra cosa, ordenó luego las haces y distribuyó las banderas, y mandó pasar alarde de su hueste, y alabando su valor por lo pasado; y exhortándolos á nuevas victorias, ordenó que las tropas se abstuviesen de ofender á los pueblos pa-

cíficos y desarmados: que solo persiguiesen á los que tuviesen armas, favoreciesen y tomasen parte en la guerra y obstinada defensa del pais: que no robasen ni apañasen despojos sino en campo de batalla, ó en entrada por fuerza en las ciudades enemigas.

Dividió Taric el ejército en tres cuerpos: el primero confió á Mugueiz el Rumi, y lo envió á Córdoba: el segundo encargó á Zayde ben Kesadi el Sekseki para que caminase á tierra de Málaga; y el tercero acaudillado por él mismo partió á lo interior del reino por tierra de Jayen á Tolaitola (1), que era la capital de los reyes de España: antes que á ella llegase se le juntó la hueste de Kesadi, que solo halló alguna resistencia delante de Estija; pero las tropas muslímicas vencieron á los Cristianos á vista de su ciudad, y los moradores atemorizados se allanaron á pagar tributo, y tomadas rehenes de los principales de ella continuó el ejército su marcha hasta juntarse con el de Taric, como estaba concertado. Siguieron el ejemplo de Estija las ciudades de Málaga y Elvira. Mugueiz el Rumi acampó delante de la ciudad de Córdoba, muy principal y antigua: envió á decir á los moradores que se rindiesen á las condiciones y seguridades que ofrecia el Islam, que sujetos al tributo estaban seguros en sus personas y en sus posesiones: que el tributo era leve, y el furor y la saña de las tropas vencedoras seria terrible: que no se obstinasen en su resistencia con vanas esperanzas: que hiciesen como otras muchas ciudades que se habian entregado á la generosidad de los Arabes, redimiendo á poca costa el derramamiento de su sangre: que no esperasen socorro de ninguna parte,

(1) Tolaitola, así desfiguraron los Árabes el nombre de Toledo, depravacion de « urbs toletana » que oirian á los Cristianos: así como de Astigi hicieron Estija por Ézija ; y de Cæsaragusta Saracusta por Zaragoza; y de Spali Esbilia por Sevilla.

que ya todo estaba en manos del vencedor. No quisieron dar crédito á estas propuestas, engañados de algunas tropas, restos de la batalla de Guadalede, que se habian refugiado á esta ciudad y confiaban poder defenderla. ¿Pero de qué les servian sus muros ni el valor de sus tropas, si la fortuna estaba declarada contra ellos? Informado Mugueiz de la poca gente que defendia la ciudad, y de que la muralla tenia fácil entrada por la parte del rio, aprovechando la oscuridad de una lluviosa noche, pasó á nado el rio con mil caballos que llevaban á la grupa mil peones; y con el posible silencio y diligencia se apoderaron de aquella parte de la muralla, y degollando las guardias de aquellas puertas abrieron á los mil caballeros, y se facilitó la entrada á gran parte del ejército, que ocupó la ciudad antes de venir el dia: el gobernador con cuatrocientos hombres se acogió á un templo, y se fortificaron en él: los vecinos imploraron la clemencia del caudillo Mugueiz, y se pusieron bajo la fe y amparo de los Árabes. Mandó Mugueiz combatir el templo, y los Cristianos se defendieron con obstinado valor hasta que todos perecieron peleando. La ciudad se allanó á la condicion del tributo de sangre, y tomó rehenes á su contento; y dejando sosegada la ciudad, y encargado el gobierno de ella á los mas principales, partió de ella con su ejército á correr los pueblos de la comarca, para mantener en ellos el terror de la invasion y de la victoria. Así los enemigos estaban maravillados del valor y ligereza de las tropas árabes, que á un mismo tiempo estaban en diferentes y apartadas provincias.

CAPITULO XII.

De la conquista de Toledo y de sus comarcas.

Llegó Taric á la ciudad Tolaitola, capital de España, ciudad antigua y fuerte, rodeada del rio Tajo, habiéndole precedido la fama de sus rápidas y continuadas victorias y el espanto de las tristes reliquias del derrotado ejército de su rey Ruderic: el temor de los vencidos en Guadalede ponderaba el valor de las tropas árabes, y acrecentaba sobre la verdad su número y el valor y ligereza de su caballería. Los principales señores que habian seguido á su rey en la guerra habian muerto en la batalla, ó andaban errantes y fugitivos: los que habian quedado en la ciudad, con la nueva de la desgracia del ejército y de la direccion de los Muslimes, habian huido con sus familias; de suerte que la ciudad tenia muy poca gente de guerra ni de importancia. Aunque la fortaleza del sitio de la ciudad, que es un alto y escarpado monte ceñido de un rio grande, les podia dar confianza y proporcion para defenderse, faltos de ánimo, de inteligencia y práctica de cosas de guerra, á cabo de pocos dias, faltos de provisiones y de esperanza de ser socorridos, vinieron á tratar sus avenencias con Taric, que los recibió con bondad y firmeza. Concertaron su entrega con estas condiciones: que habian de entregar todas las armas y caballos que hubiese en la ciudad: que se pudiesen retirar libres de la ciudad los que no quisiesen quedar en ella, perdiendo sus bienes: que los que permaneciesen en ella serian dueños pacífica é inviolablemente de sus casas y

posesiones: todos sujetos á un moderado tributo gozarian el libre ejercicio de su religion, el uso y conservacion de sus iglesias; pero que no edificarian otras sin licencia del gobierno: que no harian procesiones públicas: que se gobernarian por sus leyes y jueces; pero no impedirian ni castigarian al que se quisiese hacer Muslim. Los de la ciudad entregaron armas y rehenes, y entraron algunas tropas y los caudillos árabes en la ciudad.

Ocupó Taric con su guardia el alcázar del rey, que estaba en una altura sobre el rio: la casa era grande y labrada á maravilla, y en ella halló Taric muchos tesoros y preciosidades. En una apartada estanza del alcázar real encontró veinte y cinco coronas de oro guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, pues era costumbre que despues de la muerte de cada rey que reinaba en España se colocaba allí su corona, y escribian en ella el nombre de su dueño, su edad, y los años que habia reinado; y veinte y cinco habian sido los reyes godos de España hasta el tiempo de esta conquista.

CAPITULO XIII.

De la conquista de Mérida, y venida de Abdelaziz á España.

Cuando el wali Muza desembarcó con su ejército en las costas de Algarbe de Andalucía, luego supo que Taric habia continuado la conquista contra su mandamiento: pesóle de ello y se llenó de saña contra él, y propuso en su corazon perderle: se informó del camino que habia llevado, y halló entre los Cristianos guias fieles que le enseñaron la tierra, y nunca le extraviaron

ni fueron pérfidos. Cuando la providencia te pone en la mano la cuerda de la felicidad, todas las criaturas concurren á hacerte feliz, tus mismos enemigos te ayudan, y si se ofrece alguna dificultad, la fortuna cuida de vencerla y de allanarte el paso. Determinó Muza seguir la conquista por partes donde Taric no hubiese estado, y en seguidas marchas corrió la tierra de Esbilia, y delante de esta ciudad y en su comarca estuvo un mes: entregóse la ciudad por avenencia y con las condiciones del Islam, tomó rehenes á su contento, y dejó en ella por gobernador al caudillo Isa ben Abdila el Towail de Medina, con alguna tropa por la importancia de la poblacion, y asistencia de los Muslimes enfermos. Continuó su marcha, y ocupó de paso la ciudad de Carmuna, que aunque fuerte por su sitio y antiguas murallas, se rindió á ejemplo de Esbilia y otras de Andalucía.

Llevaba Muza en su hueste diez y ocho mil caballos con poca gente de peones, que iba dejando en las ciudades, como para recíproca confianza y seguridad de los rehénes que tomaba en ellas, y por tantear el corazon de los naturales. No halló resistencia en ninguna parte; así inflamado su ánimo y deseoso de nuevas conquistas le pareció campo estrecho el de Andalucía, y pasó á la Lusitania, que es el Algarbe de España. Se le entregaron al paso las ciudades de Libla, Ossonoba, Mirtilis, Beja y otras, y llegó sin dar batalla alguna á la grande ciudad de Mérida. Cuando vió Muza aquella magnífica ciudad dijo á sus caudillos: parece que todos los hombres han reunido su arte y poderío para engrandecer esta ciudad: venturoso el que logre rendirla. Envió á la ciudad su intimacion para que se sometiesen á las condiciones acostumbradas; pero los de la ciudad, confiados en sus altos y torreados muros, respondieron con altanería y salieron á impedir que

los Árabes pusiesen su campo; pero fueron rechazados, y se retiraron á su ciudad.

Viendo Muza que la ciudad era grande y fuerte á maravilla, para combatirla con acierto la rodeó por el contorno de sus muros, y conoció que seria forzoso detenerse en aquella empresa; y para seguir la conquista envió á llamar á su hijo Abdelaziz, para que viniese con mucha diligencia con cuanta gente pudiese allegar, para llevar el terror á todas partes y asegurar la conquista. Entre tanto cada dia daba un recio combate á la ciudad por diferentes partes, y los de ella salian con mucho valor á pelear con los Muslimes; pero se les llevaba y retraia malparados á sus muros, y desde ellos se defendian y hacian daño á los cercadores. Habia visto Muza que á cierta distancia de la ciudad estaba una honda caba cortada en peña, y en ella escondió de noche mucha gente de á pie y de á caballo. A la hora del alba, como tenia de costumbre, salió de su campo para combatir los muros, y asimismo los Cristianos, que ya estaban acostumbrados á sus rebatos y alboradas, salieron á estorbar sus combates. Mandó Muza á los Muslimes hacer una bien fingida retirada, de suerte que cargando la gente de los cercados se fueron arredrando los Muslimes hácia su emboscada. Los Cristianos empeñados en la pelea y en seguir á los Árabes con la ventaja que creian obra de su esfuerzo, llegaron peleando y maltratando á los Muslimes mas adelante de la celada que estaba al costado de la pelea: de súbito salió aquella gente, y acometió con grande ímpetu y vocería: los Muslimes antes fugitivos hicieron frente á sus contrarios con denodado ánimo, y se trabó una recia pelea que duró muchas horas hasta que los Cristianos acabaron despedazados, que muy pocos escaparon de la muerte; pero vendieron muy caras sus vidas. En adelante los de la ciudad no osaron ya salir

á pelear con los Árabes. Como en un asalto hubiesen ocupado los Muslimes una fuerte torre, los Cristianos se esforzaron por echarlos de ella, y pelearon con tan bárbaro valor, que no escapó ninguno de los valientes Muslimes que entraron en ella; y los Árabes la hubieron de perder con gran matanza, y así llamaron despues á aquella torre Borg-Axuhuda, Torre de los Mártires.

Llegó en este tiempo Abdelaziz ben Muza con siete mil caballos africanos, y gran ballestería de los Berberíes: como los de la ciudad viesen que el campo de los Arabes se acrecentaba con nuevas tropas, y que en la ciudad faltaba gente de guerra y escaseaban las provisiones, que esperanza de socorro no habia ninguna, que la gente menuda y la mayor parte del pueblo murmuraba y pedia que se tratase de avenencia. Los principales tuvieron su consejo, y acordaron enviar sus mensageros á pedir paz al caudillo Muza. Fueron presentados en su pabellon, y le vieron con su larga y cana barba muy respetable. Hicieron su propuesta, y Muza les ofreció condiciones mas generosas que las que merecia su resistencia: mandóles venir otro dia á la misma hora: aquella tarde acordó Muza con los caudillos muslimes las condiciones que se debian dar á los de la ciudad: aleñó Muza aquella noche su barba y la enrojeció, y cuando venido el dia entraron en su presencia los enviados de Mérida apenas creian que fuese el mismo, y se maravillaron mucho de su barba negra que tiraba á roja: propúsoles sus condiciones, y ellos tornando á la ciudad decian á sus gentes: ¿por ventura peleareis con hombres que rejuvenecen cuando quieren en su vejez? pues sus reyes así lo hacen, y nosotros los hemos visto mozos, despues que los habíamos visto canos viejos: así que salid y conceded cuanto os pidieren si quereis ser salvos. Fueron las condiciones

convenidas entre ellos: entregar las armas y caballos, los bienes de los fugitivos de ellos á Galicia, los de los muertos en la celada, los de los que se retirasen de la ciudad, las alhajas y riquezas de los templos, los vecinos seguros en sus personas y en sus bienes, y entregar rehenes á contento de los Muslimes. Entonces abrieron las puertas de la ciudad, y entró Muza en ella dia de alfitra (1) en principio de jawal del año noventa y tres, y maravillóse mucho de la grandeza de la ciudad y de sus magníficos edificios: tomó en rehenes la juventud mas principal de la ciudad con la reina goda, muger del rey Ruderic, y otras gentes y mancebos de la primera nobleza que allí se habian acogido.

En tanto que esto pasaba en la Lusitania, Taric despues que ocupó los alcázares y fortalezas de Tolaitola, y la aseguró, trató de correr aquella tierra, y perseguir algunas derramadas tropas que andaban en ella. Encontró ciertas compañías de ellas en una ciudad que estaba tras los montes, y la rindió con facilidad, que el temor peleaba por los Muslimes, y no habia entre los Cristianos caudillo que los reuniese ni animase, y por todas partes la gente de armas huia sin confiar en campo ni en poblado. Esta ciudad se llamó entonces la ciudad de Taric, del nombre del caudillo conquistador. Envió desde aquí parte de sus tropas á Tolaitola, y con el resto siguió sus marchas y llegó á Guadilhigiara, y pasó este rio, y tomó el monte, y lo atravesó por un valle que se llamó entonces Feg-Taric de su propio nombre. Ocupó una pequeña ciudad que estaba tras el monte; y como en ella se hallase una preciosa mesa guarnecida de verdes esmeraldas y jacintos, se llamó Medina Almeida, ciudad de la mesa,

(1) Alfitra, la pascua de salida del ramazan.

que decian la mesa de Suleiman. Luego siguió su camino á Medina Maya: en esta encontró muchas alhajas, oro y piedras preciosas; y cargado de ricos despojos tornó á Tolaitola.

CAPITULO XIV.

De la venida de Muza á Toledo y de las desavenencias de ambos caudillos.

Cuando Muza ben Noseir estaba ocupado en el cerco y conquista de Mérida, la gente menuda del pueblo de Sevilla, con inconsiderada temeridad, acometieron á los Muslimes que allí estaban bien descuidados, y mataron de ellos como treinta hombres; que los demas lograron librarse de sus pérfidos enemigos, y llegaron al ejército de Muza por caminos extraviados. Sin tardanza ordenó el wali que su hijo Abdelaziz con un cuerpo de caballería muy numeroso partiese para Sevilla, y castigase con severidad á los culpados. La gente principal de la ciudad no habia tenido culpa en aquella inútil temeridad, cuando llegó la hueste de Abdelaziz querian salir á ofrecerse al caudillo, y escusarse de la alevosía; pero el pueblo mandaba, y cerró las puertas, y quiso defenderse á todo trance. Acometieron los Muslimes con el ardiente deseo de venganza, y forzaron las puertas, y saciaron sus espadas sedientas de vidas, haciendo en el pueblo gran matanza: por desgracia suele ser comun el castigo de la culpa de algunos pocos. Pacificó Abdelaziz la ciudad, y avisó de ello á su padre, que le envió órden para que continuase la conquista á la parte meridional de España.

Dispuestas las cosas de la seguridad y quietud de

nombre se conocia por tierra de Tadmir. Era este príncipe muy esforzado, y se habia distinguido en varias ocasiones contra los Muslimes, y en especial manifestó su ánimo y prudencia en la batalla de Guadalede, cuando desbaratados los Cristianos reunió y retiró este Tadmir las reliquias de su gente, y las libró de las espadas de los vencedores. Cuando entendió Tadmir ben Gobdos, que Abdelaziz se encaminaba á sus tierras, salió á defender el paso con las tropas que pudo allegar; y aunque no osaba presentar su gente en campo raso ni venir á batalla con los Árabes, temiendo con razon la ventaja de la caballería, con mucha inteligencia ocupaba los montes y los pasos difíciles, y acometia en los desfiladeros, y en donde con pocos y sueltos incomodaba y hacia grave daño á los escuadrones y tropas numerosas. De esta manera, peleando con varia fortuna, fue avezando á los suyos á pelear y contener el ímpetu de los Árabes. Abdelaziz y su caudillo Habib procuraban todas las ocasiones de dar batalla; pero Tadmir, con mucha destreza y conocimiento de la tierra, las evitaba y salia por donde menos se pensaba. En fuerza de su constancia fueron internándose hasta los campos de Lorca, y aquí lograron dar á los Cristianos una sangrienta batalla, en que los rompieron y desbarataron: la caballería los siguió, alanceándolos con mucha ventaja. Huyeron los Cristianos, y se acogieron á la ciudad de Auriola, única fortaleza en que pudieron ampararse. Viendo Tadmir la pérdida de su gente de pelea, para engañar á los Muslimes, y que creyesen que habia muchas tropas en la ciudad, dispuso que las mugeres se disfrazasen y vistiesen como varones, y subiesen armadas á las torres y muros, con sus cabellos cruados porque pareciesen barbas.

Este engaño salió bien á Tadmir, y los Árabes pusieron cerco á la ciudad con todas las precauciones con-

venientes, como suele hacerse delante de una numerosa guarnicion. Dispuso Abdelaziz sus gentes para combatir la ciudad, y entonces salió de ella un caballero enviado de Tadmir, que se acercó y pidió seguro, y le fue concedido. Presentóse á Abdelaziz, que le recibió muy bien, y este mensagero á nombre de Tadmir y de la ciudad pidió seguridad y paz, porque se allanaban á entregarse con buenas condiciones, conforme á la generosidad de los caudillos muslimes y á la nobleza del príncipe, que las pedia por bien de sus pueblos. Dijo este caballero que venia autorizado á concluir el concierto y avenencia que otorgase; y se escribió en esta forma. Escritura y convenio de paz de Abdelaziz ben Muza ben Noseir con Tadmir ben Gobdos, rey de tierra de Tadmir. « En el nombre de Dios, clemente y misericordioso. Abdelaziz y Tadmir hacen este convenio de paz, que Dios confirme y proteja: que Tadmir haya el mando de sus gentes, y no otro de los Cristianos de su reino: que no habrá entre ellos guerra, ni se les tomarán cautivos sus hijos ni mugeres: que no serán molestados sobre su religion, ni se les incendiarán sus iglesias, sin otros servicios ni obligaciones que las aquí convenidas: que esta avenencia se entienda tambien sobre siete ciudades Auriola, Valentila, Lecant, Mula, Bocsara, Ota y Lorca; que él no recibirá nuestros enemigos, ni nos faltará á la fidelidad, ni ocultará trato hostil que entienda: que él y sus nobles pagarán el servicio de un dinar ó aureo cada año, y cuatro medidas de trigo, y cuatro de cebada, y cuatro de mosto, y cuatro de vinagre, y cuatro de miel, y cuatro de aceite; y los siervos ó pecheros la mitad de esto. Fue escrita en cuatro de regeb, año noventa y cuatro de la hegira. Testificaron sobre esto Otzman ben Abi Abda, Habib ben Abi Obeida, Edris ben Maicera y Abulcasim el Mezeli.»

Despues que firmaron el convenio, declaró el mensagero de los Cristianos que él era el mismo Tadmir, y Abdelaziz fue muy contento, y se holgó de su franqueza y noble proceder, y le hizo mucha honra, y comieron juntos como si de luengo tiempo fuesen amigos. Tomó Tadmir á la ciudad aquella noche, y ordenó que al dia siguiente á la hora del alba se abriesen todas las puertas de la ciudad; y él con los principales de ella salieron, venida la mañana, á recibir á Abdelaziz, Habib y otros principales muslimes, que con escogida gente de á pie y de á caballo entraron en la ciudad. Maravilláronse mucho de ver en ella tan poca gente de armas, y preguntó Abdelaziz á Tadmir: ¿qué has hecho de tus tropas las que coronaban los azuores ó muros de esta ciudad? y Tadmir le refirió su estratajema, que pareció muy bien á todos. El Cristiano los obsequió tres dias, y luego partió Abdelaziz sin hacer daño ni correr la tierra. Pasó la hueste á las comarcas de las sierras de Segura, y entró en Batza, y en Acxi, y en Jayen, y en Elvira, y en Garnata, que tenian los Judíos, y en Anticaria, y entró en Málaga y otras ciudades de la costa del mar, sin hallar resistencia en ninguna parte: le acompañaron en esta expedicion los caudillos Otzman ben Abi Obeida el Carsi, que fue siempre compañero de Muza ben Noseir, su padre, y así fue el primero que confirmó la escritura de paz y convenio con Tadmir ben Gobdos el cristiano, rey de la parte oriental de Andalucía: su propio nombre de este era Obeida: tambien le acompañó Abdala ben Maicera el Fahemi, que asimismo era compañero de Muza ben Noseir, y confirmó la escritura de paz con Tadmir el cristiano, y Habib, su amigo, hijo de otro amigo de su padre Muza, que confirmó la paz, y Abulcasim el Mezeli y otros mas jóvenes.

En este tiempo llegaron á Muza órdenes del califa,

mandándole restituir á Taric el mando de las tropas que tan gloriosamente habia conducidó, diciéndole que no inutilizase una de las mejores espadas del Islam. Aunque á su pesar Muza obedeció, sin manifestar su disgusto, la órden del califa; le puso en libertad, y aquel dia comieron juntos, y le restituyó en público el mando de sus tropas: fue general el aplauso y alegría de todos los Muslimes, por la satisfaccion dada á tan digno caudillo. Dispuso Muza que luego sin dilacion partiese Taric con su hueste hácia España oriental, y él mismo dió sus órdenes para seguir con su gente la conquista. Mandó que todas las tropas fuesen muy descargadas y á la ligera, la caballería con su piel y saco de provision, y su hortera de cobre, y sus precisas armas, y la infantería sin mas embarazo que las armas. Las provisiones de cada taifa en acémilas bastantes divididas por el número de banderas, y estos bagages conducidos por pocos hombres, de suerte, que no se inutilizasen brazos vigorosos para las armas, ni se empleasen aparatos que estorban los progresos de las rápidas marchas, ni gente y bestias sobradas, que solo sirven para consumir las provisiones y forrages de la tierra. Ambos caudillos repitieron á sus tropas la prohibicion de robos y pillage con pena de la vida, solo permitido despues de las batallas en el campo enemigo y en entradas por fuerza de ciudades, cuando les fuese dada licencia.

CAPITULO XVI.

Conquistas de Taric en la España oriental y de Muza en tierras del norte de España.

Siguió Taric al Oriente buscando las fuentes del Ta-

jo, atravesó las ásperas sierras de Arcabica, Molina y Segoncia, y descendió á las vegas y campos que riega el rio Ebro. Muza pasó tras las sierras á Sentica y Salmantica, que se entregaron sin resistencia, y allanó la tierra hasta Astorica, y volvió subiendo por las corrientes del rio Duero á la parte oriental de España; y descendiendo al rio Ebro llegó al cerco de Medina Saracusta, que tenia en mucho estrecho el ejército de Taric. Habia ya ocupado esta hueste todas las ciudades de la comarca; pero en esta ciudad se habia reunido mucha gente de toda España: el rigoroso cerco y los combates la tenian ya muy apurada, y cuando llegó Muza decayeron de todo punto de ánimo los Cristianos, y luego salieron á proponer su entrega con buenas condiciones. Muza sabia que allí estaban depositadas muchas riquezas de todos los pueblos de España oriental; y sabiendo el triste estado en que se hallaban por falta de provisiones, les impuso sobre las condiciones ordinarias una muy grave exaccion, que debian pagar el dia de la entrada en la ciudad: esta era la contribucion de sangre, porque con ella se redimian de las violencias de la espada del vencedor. La necesidad los forzó á todo y allegaron y recogieron todas las alhajas de los vecinos poderosos y de los templos, para cumplir la gran cuantía que pidió Muza ben Noseir: asimismo tomó rehenes á su contento de la juventud noble de esta ciudad: puso en ella un buen presidio con escogida gente, dando el gobierno á Hanax ben Abdala Asenani, que poco despues edificó allí una mezquita magnífica y una principal aljama.

Continuó el ejército su expedicion, y entró sin resistencia en las ciudades de Wesca, Turiazona, Calagurra, Ilerda, Taracona, hasta los montes de Afranc: al mismo tiempo que Taric desde los montes descendió por el Ebro á Tortuxa, á Murbiter, á Valencia,

Jativa y Denia, que todas se sujetaron á las condiciones del Islam, quedando los moradores, bajo la fe y amparo de los Muslimes, dueños pacíficos de sus bienes. El ejército de Muza ben Noseir puso en obediencia del Islam las ciudades de Barciluna, Gerunda y Empuria, y otras de los montes orientales. Cuenta Novairi que pasó á tierra de Afranc, y ocupó Medina Narbona; y halló allí siete ídolos de plata á caballo, que estaban en un templo. Luego se tornó á España, y caminó al Guf ó norte de ella hácia Galicia por Asturica, y entró en Lugidania (1), y en todas partes sacó muchas riquezas, que no partia con nadie. Taric en su conquista seguia otra via y otra conducta: los despojos y contribuciones repartia con los Muslimes, sacando el quinto que reservaba para el califa con mucha justicia; y no comunicaba á Muza sus empresas, sino escribia al califa, y censuraba la codicia y exaccion del wali, que era insaciable. Por su parte Muza vituperaba los procedimientos de Taric, y se quejaba al califa de cuanto perjudicaba á la union de los Muslimes y al ejemplo de subordinacion y buena disciplina la conducta absoluta y la prodigalidad de Taric. De estas quejas infirió el califa Walid ben Abdelmelic que convenia poner aquella conquista en otras manos, y llamar á Siria á estos dos caudillos.

CAPITULO XVII.

De la partida de Muza y Taric de España para Damasco.

Escribió el califa sus cartas á Muza y Taric ben Ze-

(1) Así depravaron el nombre de Lusitania, que fueron despues olvidando.

yad para que sin dilacion partiesen á Damasco, ordenando á Muza que dejase en el gobierno de España y de Africa personas de confianza. Pesó mucho á Muza de esta determinacion; pero esperando todavía que lograria volver á esta conquista, se dispuso para la partida. Mandó que su hijo Abdelaziz quedase por amir ó gobernador de España durante su ausencia: encomendó las tropas de frontera al caudillo Naaman ben Abdala, y con una buena compañía de caballos tornó por Toledo á Córdoba y Sevilla, recogiendo al paso los tesoros que tenia allegados: dejó en Sevilla á su hijo Abdelaziz; y para que le ayudase con su prudencia y valor dejó allí en su compañía á su sobrino Ayub, hijo de su hermana, caudillo muy estimado de todos los Muslimes; y á Isa ben Abdala el Towail de Medina, su intendente de presas y despojos. Asimismo ordenó Muza, que partiesen con él á Siria cuatrocientos varones de las familias regias godas que tenia en rehenes, que llevaban sobre sus cabezas diademas de oro, y cintos tambien de oro ceñidos. Partió el wali Muza ben Noseir de España con muchas riquezas que sacó de ella, y aportó en Africa con mucha felicidad. Era en este tiempo almirante del mar para las comunicaciones y paso de España á Africa Muhamad ben Umen ben Thabita, y fue el que pasó las tropas de Taric y Muza para la conquista, segun cuenta de él Abu Said, autor de la historia de Egipto; y el año ciento y dos todavía estaba sobre el mar de Túnez, segun Abdala ben Abdelhakem en su historia. Allí mandó que su hijo Abdelola quedase por gobernador de Tanja y de Almagreb, y en Cairvan otro hijo suyo que se llamaba Meruan, y
713 con las riquezas de estas regiones de occidente entró en Siria el año noventa y cinco de la hegira.

El caudillo Taric, que habia recibido la misma ór-

den del califa para pasar á Damasco, partió poco antes que Muza, y su hueste quedó encargada á Habib ben Abi Obeida para que hiciese la conquista de Galicia y Lusitania. Cuando Taric llegó á Damasco no estaba allí el califa, y pasó á Dair Marun, en donde á la sazon se hallaba. Walid le recibió con mucha honra, y holgó mucho de ver al célebre conquistador de España, y le aseguró que estaba bien persuadido de su buena conducta; pero que habia sido forzoso que viniese para saber de su boca la verdad de sucesos tan importantes, y por evitar otros inconvenientes que podian resultar quedando en Africa ó en España, en donde eran tan poderosos los hijos de Muza, que cierto no era su amigo: dió cuenta Taric de sus hechos todos y concluyó diciendo: Señor, los Muslimes honrados de tus huestes, que me han conocido en Africa y en España, pueden decirte cual he sido en todas ocasiones, y aun nuestros enemigos los Cristianos dirán si he sido cobarde, si cruel, si avaro. Quedó Walid muy pagado de las razones de Taric, y le respondió que todo lo sabia, y estaba muy satisfecho de sus buenos servicios.

Entre tanto Abdelaziz que estaba en Sevilla, donde habia puesto la corte y aduana (1) de los Arabes, por estar mas cercana á las comunicaciones de Africa, tenia en su compañía una muger goda que habia sido muger del rey de España Ruderic, era muy hermosa, se llamaba Ayela, y Abdelaziz la amaba, y la persuadió á que fuese su muger: celebraron sus bodas con grandes fiestas en Sevilla, y fue su nombre Omali-

(1) Aduana entre los Arabes es la casa del senado, ó del consejo donde se congregan los mejewares ó consejeros: asimismo daban nuestros Arabes este nombre á la casa donde se llevaba la cuenta y razon de las rentas públicas, y donde se depositaban: entre Turcos todavía se llama divan el consejo.

714 trera, año noventa y seis. Su sobrino Coteiba, hijo de Muslema, se intentó rebelar en Corasan; pero los fieles Muslimes le resistieron y le quitaron la vida. Puso Suleiman por wali de aquellas conquistas á Jezid ben Mahlabi ben Abi Sofra, que adelantó las conquistas al Taberistan y Giorgian, y puso aquellas regiones en tributo y obediencia. Su hermano Muslema llegó contra los Griegos hasta Costantinia, su capital. Habia fallecido el gobernador de Egipto Corraho, y envió en su lugar Suleiman á Asama, que fue muy cruel exactor, y obligaba á los moradores de sus provincias á llevar consigo manjur ó cédula de paso, y para obtenerla pagaba cada uno diez dinares, y el que era hallado sin manjur, albara ó cédula de libre paso, tenia pena de ser marcado con fuego, y así nadie osaba estar sin su manjur hasta que quiso Dios que acabó este cruel amir. Reparó ó mas bien hizo construir este Asama la medida de las crecientes del Nilo, porque la que habia antigua en Hulwan se habia arruinado, y con licencia de Suleiman se construyó la que hay en la isla entre el rio de Fostat (1) y el rio de
715 Giza, obra maravillosa que se acabó el año noventa y siete.

En España adelantó Abdelaziz la conquista hasta los extremos de Lusitania á la costa del gran mar Océano, y sus caudillos corrieron toda la tierra Alguf (2), y Pamplona, y montes Albaskenses; y allegaron muchas preciosidades. Ordenó Abdelaziz enviar las rentas de estos pueblos de España á Siria, y noticia del es-

(1) Fostat, esto es pabellon ó tienda de campaña: se dió este nombre á un sitio de la antigua Menfis, donde estuvo acampado Amru ben Alas, el conquistador de Egipto: luego fue parte del Gran Cairo, segun Edris y Elmacin.

(2) Alguf ó Algufia es la parte norte, Alquibla la de mediodía, Ajarkia la de oriente, y Algarbe ó Algarbia la de poniente.

tado de las conquistas: nombró para esto á Muhamad ben Habib ben Abi Obeida el Moaferi, Assama ben Melic el Chulani, y á Ismail ben Abi Abdala de Beni Mahrum, con otros principales caudillos, en todos diez varones: solian juntarse las rentas de las provincias de España con las de Africa, y en una sola caja debia todo recaudarse por los Mechtisebes ó contadores y recibidores de cada provincia. Allegóse en esta conducta de España inmensa suma, que llevaron á Siria estos diez diputados, y entraron en Damasco el año
715 noventa y siete. Fueron muy bien recibidos del califa, y mandó volver á España á ocho, de ellos, otros dicen cinco: de ellos Assama, Ismail, Habib y Naaman, con órden secreta del califa para que luego que llegasen á Africa depusiesen de sus gobiernos á los hijos de Muza ben Noseir, que estaban en Cairvan y en Tanja: ordenándoles que despues de privados del mando, les quitasen la vida. Lo mismo previno en sus cartas á los cinco principales caudillos de las tropas de España: receloso del poder de la familia de Muza, que consideraba ofendida, no quiso dejar ninguno de ella. Extraño premio dió la suerte á los distinguidos servicios de esta noble gente.

CAPITULO XIX.

De la muerte de Abdelaziz y gobierno de Ayub.

El primero que abrió y leyó estas crueles órdenes en España fue el fiel amigo de Muza ben Noseir, y compañero de Abdelaziz su hijo, el caudillo Habib ben Obeida el Fehri, y lo mismo se prevenia al caudillo Ze-

yad ben Nabaa, que era tambien amigo de ambos: quedaron suspensos, y las cartas con el temblor les cayeron de las manos, y dijo Habib: es posible que tanto puede la envidia y enemistad de los contrarios de Muza, que hacen olvidar tan gloriosos servicios, tan felices empresas! Pero Dios es justo, y nos manda obedecer á nuestros soberanos. Estaba entonces Abdelaziz en una alquería cerca de Sevilla, que se llamaba Kenisa Rebina, donde habia mandado edificar una mezquita, y en ella se congregaba el pueblo á la oracion. En esta alquería pasaba el tiempo con su familia el wali Abdelaziz. Recelosos los encargados de cumplir las órdenes del califa, temiendo que las tropas se alborotarían, y defenderían á Abdelaziz, que era muy amado de ellas, para evitar que resultase inquietud ni division entre los Muslimes, acordaron de calumniarlo de mal muslim, y que por influjo de la muger goda Ayela favorecia mucho á los Cristianos, y aun el vulgo añadió, que su muger queria hacerlo rey, y que le ceñía diadema, y que los Cristianos confiaban en que por su medio se alzarian con la tierra. Esparcidas estas hablillas entre la gente menuda, y en el vulgo de los Muslimes, ya todo fue fácil, se hicieron públicas las órdenes del califa, y á todos pareció muy justa providencia, y todos querian tener el mérito de la ejecucion. Con todo eso querian algunos oponerse á esta resolucion, y fué necesaria toda la firmeza y valor del caudillo Zeyad ben Nabigat el Temimi para contener á las tropas mas afectas á Abdelaziz, que intentaban á todo riesgo defenderlo. Era la hora de la oracion del alba, y estaba Abdelaziz en ella cuando entraron en confuso tropel en su estancia, y lo asesinaron á porfia: cortaron su cabeza, y el cuerpo fue sepultado en el patio de su casa. Hubo algun movimiento y disgusto entre sus guardias y algunos de sus parciales; pero la voz general y la órden del califa sosegó

á todos. Fue la muerte de Abdelaziz en fin del año noventa y siete (1) de la hegira; y quedó España sin amir ó gobernador nombrado por el califa cerca de un año. Salieron los comisionados para llevar la cabeza de Abdelaziz al califa, y partió con ellos Habib ben Obeida el Fehri. Envió en esta misma ocasion Tadmir sus mandaderos al califa, suplicándole que confirmase los tratados de paz y proteccion que tenia concertados con los Muslimes, y el califa los mandó guardar, y le alivió los impuestos que antes pagaba; así tornaron muy contentos á España.

715

Los caudillos y Muslimes principales tuvieron su consejo, y de comun acuerdo eligieron por wali ó gobernador interino al caudillo Ayub, primo hermano del desgraciado Abdelaziz, por su autoridad y general concepto que le daba siempre el primer lugar entre todos los Muslimes de España. Mudó Ayub la aduana y corte de los Arabes de Sevilla á Córdoba, por estar mas en lo interior para atender al gobierno de las demas provincias de España. Ordenadas las cosas de Andalucía, partió con su hueste á visitar la España oriental, y visitó de paso la ciudad de Toledo, y se detuvo en ella oyendo quejas y descargos de los pueblos y de los gobernadores. Pasó los montes y entró en Zaragoza, donde gobernaba Hanax ben Abdala ben Amru ben Hantala ben Fehid ben Kenan ben Thalbe ben Abdala ben Thamir Asafei el Senani, conquistador de Egipto, de Africa, Almagreb y de España, en donde hizo grandes proezas, compañero de Muza ben Noseir, habia construido una gran mezquita en Zaragoza: allí murió en este tiempo, y fue enterrado con mucha honra, y su sepulcro y el de Muza ben Ali ben Rebah están en un

(1) Hay algun escritor que dice que fue muerto el año noventa y ocho.

mismo sitio á la puerta Alquibla ó del mediodía, saliendo de la ciudad cerca del muro, y á lado de los sepulcros de ambos está el de Abu Amer Ahmed ben Muhamad ben Derag. Mandó Ayub reparar las ruinas de una antigua ciudad, y construyó en ella un fuerte que se llamó de su nombre Calat-Ayub. Pasó á las ciudades del extremo de Afranc, y en esta expedicion aseguró aquellas fronteras de los montes de España oriental.

Cuando los comisionados que llevaban la cabeza de Abdelaziz á Siria, la presentaron al califa Suleiman canforada y en una preciosa caja, tuvo la crueldad de manifestarla á Muza ben Noseir, que con otros caudillos habian entrado á visitarle; y descubriéndola delante de todos ellos le dijo: ó Muza, ¿conoces esta cabeza? y respondió Muza sinceramente y con indignacion, apartando su cara: si, bien la conozco, la maldicion de Dios sea sobre quien asesinó á quien era mejor que él: y sin decir otra cosa se salió del palacio lleno de dolor, y luego se partió á Merat Dheran, ó á Wadilcora, y allí falleció de gran melancolía en aquel año de las muertes de sus hijos. Otros dicen que este suceso y su muerte acaeció habiendo salido á la peregrinacion de Meca con el califa, el cual falleció tambien poco
716 despues, ya entrado el año noventa y nueve, y Muza ben Noseir al fin del año noventa y ocho.

Poco antes de la muerte de este califa se acabó la obra de la grande aljama de Damasco, y se gastaron en su fábrica cuarenta cestas de á catorce mil doblas de oro cada una: se pusieron en ella seiscientas lámparas, pendientes de cadenas de oro, y era tanto el resplandor de sus luces á las horas que se encendian, que no se podia orar: con el humo se oscurecieron, y el califa Omar las mandó quitar en su tiempo, y puso

otras de menos valor, llevando las cadenas de oro al tesoro del estado. Suleiman habia declarado futuro sucesor del imperio á su hijo Ayub; pero este mancebo falleció poco despues, y declaró para futuro sucesor á Omar ben Abdelaziz ben Meruan. Era el califa Suleiman muy hermoso; y como cierto dia se mirase á un espejo, diciendo á sus esclavas: yo soy el rey de la juventud, una doncella le dijo estos versos:

Eres bello, ¿quien lo niega?
A no tener la hermosura
Esta sola tacha tienes
Que pasa cual sombra leve,
no fuera presuncion vana,
de ser instable la falta:
el ser tu belleza humana,
como flor del campo acaba.

Despues estuvo melancólico algunos dias y á poco tiempo falleció Suleiman en veinte y uno de safar año noventa y nueve, en Merg-Dabic de tierra de Kinsarina: imperó dos años y ocho meses.

CAPITULO XX.

Del imperio del califa Omar ben Abdelaziz, y gobierno de Alhaur en España.

Sucedió á Suleiman en el imperio su primo Omar ben Abdelaziz: la madre que le parió se llamaba Omasima, hija del gran califa Omar I: se apellidó Abu-Hafas: el primer dia de su mando prohibió la costumbre de maldecir á Ali en los púlpitos de las mezquitas al fin de la oracion pública: esta mala práctica habia desde el tiempo de Moavia ben Abisofian, primer califa de los Omeyas, que lo mandó en el fervor de sus rivalidades y guerra civil; pero este Omar la prohibió

diciendo: Dios manda la justicia y la benificencia. Sabiendo el califa Omar las crueles exacciones del wali de Egipto Asama, envió por gobernador á Ayub ben Sarhabil, con órden de enviar preso y encadenado á Asama; y así lo hizo echándole una pesada argolla de hierro al cuello, y murió en el camino de pura fatiga. Mandó Omar que se dejase á los Cristianos en pacífica posesion de sus templos, conforme á las estipulaciones que hubiesen intervenido, sin que ningun Muslim los inquietase con ningun pretesto; y así se observó en todas las provincias. Confirmó en el gobierno de Africa á Jezid ben Abi Muslema, y era parte de su amelia ó gobernacion la España, que encargaba á walíes de su confianza: este fue el encargado por Suleiman para deponer de sus gobiernos de Africa á los hijos de Muza ben Noseir, y lo mismo de España, como ya hemos referido; y cuando supo que Ayub era tambien de la familia de Muza escribió para que dejase el mando, y lo encargó en su lugar á Alhaur ben Abderraman el Caisi, caudillo muy acreditado en ella. Estas órdenes, y las comunicaciones que se ofrecian entre España y Africa, las conducia el wali de las naves de España Ayax ben Jerahil el Homiari. Fue pues Ayub amir de España siete meses, y procedió con mucha prudencia en todas las cosas, y como irreprensible no halló en su conducta donde morder el venenoso diente de la malignidad.

El amir Alhaur codicioso de gloria y de riquezas partió á las fronteras de España oriental, y con buena hueste penetró en la Galia Narbonense, que es tierra de Afranc. Conquistó la ciudad de Narbona, y corrió y sojuzgó todas sus comarcas, sacando de ellas muchos tesoros y cautivos, niños y mugeres. Era este amir duro, inflexible y tan cruel para los enemigos como para los Muslimes. La mas leve licencia castigaba con pena de la vida, y todos temblaban en su presencia. En tanto

que él esparcia el terror de sus algaras en las tierras que riega el rio Garuna al otro lado de los montes de Albortat (1), llegó á España la triste nueva de la muerte del virtuoso califa Omar ben Abdelaziz, que falleció
719 en Hasira dia veinte y cinco de regeb año ciento y uno: imperó dos años y cinco meses. Parece fatalidad que persigue las cosas humanas, que por lo comun los buenos príncipes duran poco tiempo. Fue llorado aun de los enemigos de su familia, y decia Jarif el Musawi: «ó hijo de Abdelaziz, si humanos ojos debiesen llorar por alguno de los Omeyas, los mios te hubieran plañido á tí: tú nos libraste de la infamia de la maldicion, y si posible fuera á tí te libraria de ella.

CAPITULO XXI.

Del imperio del califa Jezid ben Abdelmelic, y gobierno de Alsama.

Sucedióle en el imperio Jezid, hijo de Abdelmelic y de Atica, hija de Jezid ben Moavia, no por disposicion de su primo el califa Omar, sino porque así lo habia mandado Suleiman su hermano: fue proclamado el dia que murió el virtuoso califa Omar, á seis de la luna
719 de regeb del año ciento y uno. Este mismo año se rebeló en Basra el gobernador Jezid ben Mahlab ben Abi Sofra, se le allegó mucha gente y entró en Cufa; pero el califa Jezid envió contra él á su hermano Muslema y á su sobrino Abas ben Walid con la gente

(1) Llamaron Gibal-Albortat, montes de las puertas, á los Pirineos, arabizando el nombre latino bárbaro portas: así nosotros llamamos puertos á las angosturas de los montes y pasos por ellos de unas regiones á otras, como las célebres Termopilas, las puertas Caspias, Cilicias y Armenias.

de Siria: se encontraron ambas huestes, y huyeron derrotados los rebeldes, y el caudillo Jezid cayó en manos de Muslema y le cortó la cabeza, que envió al califa. Moavia, hijo del rebelde, entró por sorpresa en Wasit y mató al gobernador Adi y á treinta y dos de sus guardias: luego pasó á Basra, y se embarcó y pasó á Candabil en Sindia: Muslema envió contra él á Helal ben Achor el Mazani, que persiguió al rebelde y sus parciales; y habiendo caido en sus manos, los envió al califa, que los mandó matar con ignominia. Dió Jezid el gobierno de la Iraca y del Corasan á su hermano Muslema. En este año depuso el califa Jezid del gobierno de Egipto á Ayub ben Sarhabil, y puso en su lugar á Baxar ben Sefuan el Kelbi: habiendo este pasado poco despues á Africa, dió el gobierno de Egipto al hermano de este, Hantala ben Sefuan.

En España el amir de ella Alhaur continuaba sus escursiones sacando á los pueblos cuanto tenian: en vez de hacer justicia para remediar la opresion y los robos, la hacia para ser solo el cruel exactor: á todos oprimia á los Cristianos, á los que habian abrazado el Islam, y á los mas antiguos caudillos muslimes, que osaban advertirle del disgusto y escándalo que daba á todos los buenos con su conducta. Encarceló á muchos alcaides y caudillos halíes de provincias, con pretesto de que ocultaban los tesoros y productos de las rentas de sus pueblos. Por esta causa muchos se retiraban de los ejércitos de frontera, y abandonaban la propagacion del Islam. Todas estas cosas fueron representadas con mucha claridad y energía al gobernador de Africa, y este lo comunicó al califa, y le envió las cartas que sobre esto le habian escrito el caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, Naaman ben Abdala el Hadrami, y otros ilustres Muslimes. El califa mandó que Alhaur saliese de España, y se encargase del mando de aquella con-

quista el wali Alsama ben Melic el Chulani, que acaudillaba parte de aquel ejército: por este medio lograron los pueblos de España verse libres de las vejaciones de tan avaro y cruel amir. Fue la deposicion y salida
721 de España de Alhaur ben Abderhaman el Caisi, año ciento y tres de la hegira (1).

Sin tardanza partió el amir Alsama á la frontera de la tierra de Afranc, acompañado de todos los principales caudillos muslimes de España oriental, y con numerosa hueste corrió la comarca de Narbona, Carcasona y Tolosa, y puso cerco á esta ciudad, la combatió con porfiado empeño, y la tenia ya en grande apuro: las tropas muslimes se preparaban para entrarla por fuerza, cuando llegó aviso al campo de que venia en socorro de los cercados el señor de Afranc con innumerable gentío. No se atemorizó Alsama con esta nueva: ordenó su batalla y animó sus tropas. La multitud de los enemigos era tanta, que el polvo que levantaban sus pies obscurecia el cielo con densas nubes. Saliólès al encuentro el ejército muslime, y los enemigos hicieron igual movimiento: esforzó Alsama á sus caballeros, y les dijo: no temais la multitud que viene, que si Dios está con nosotros ¿quién será contra nosotros? Los dos ejércitos se acometieron con el ímpetu que los torrentes que bajan de las cumbres, y se trabaron con igual ánimo sosteniéndose los unos y los otros como montes, la pelea y matanza fue atroz, y estuvo dudosa la batalla largo tiempo por ambas partes. Corria Alsama á todas partes como bravo leon y animaba á los suyos en lo mas árduo y sangriento de la matanza: si no se oian sus palabras, se veian sus obras, hazañas increibles: sus brazos destilaban enemiga sangre que fluia al levantar su espada; pero una

(1) El Edobi dice que fue depuesto el año ciento y seis, si no es error de copia, que así me parece.

enemiga lanza le atravesó por un costado hallándose bien adelante entre sus enemigos, y cayó muerto de su caballo. Este fatal acaecimiento desmayó á la caballería árabe, y todo el ejército cedió el campo á los enemigos, dejándolo cubierto de cadáveres y bañado en sangre: fue esta cruel batalla dia attarviya (1) de dil-
721 hagia, luna última del año ciento y tres: murieron en esta batalla muchos principales caudillos del ejército, entre ellos Naaman ben Abdala el Hadrami, que fue de los primeros conquistadores de España. Tambien murió este dia peleando como bueno Naim ben Abderahman ben Moavia el Tegibi, y otros muy nobles caballeros. El ejército muslime se retiró á Narbona: allí los caudillos de la frontera oriental dieron el mando de las tropas á Abderahman ben Abdala el Gafeki, por su valor muy acreditado entre los soldados, así por sus hazañas en diferentes ocasiones, como en especial en esta última batalla, y en la retirada de Tolosa, en que hizo prodigios de valor: tenia ademas una prenda muy de soldado, que era una estremada liberalidad y generoso desprendimiento, que le daba gran opinion entre las tropas, y así todos le amaban, y aplaudieron su eleccion.

Luego que se supo en España este desman, se pusieron en movimiento las tropas muslimes de todas las provincias por órden de Ambisa ben Sohim, que habia quedado encargado del mando por disposicion del amir Alsama al tiempo de su partida á la frontera. Cuando llegó la nueva al gobernador de Africa aprobó la eleccion de amir, que habian hecho las tropas de

(1) Es el dia nueve de esta luna, y por otro nombre se llama dia de mina, porque en él los peregrinos en la Meca visitan con varias ceremonias y vanas observancias el valle de mina, y es dia de ayuno y de gran mérito para los Muslimes, segun su calendario, como si diesen mil caballos para la santa guerra.

España en el ínclito caudillo Abderahman ben Abdala
722 el Gafeki: y en este mismo año ciento y cuatro dió el califa el gobierno de Egipto á su propio hermano Muhamad ben Abdelmelic, que permaneció en él hasta que murió el califa Jezid en Har-
723 ran á veinte y cinco de la luna jaban del año ciento y cinco, habiendo imperado cuatro años y un mes. Fue Jezid muy hermoso y muy dado á sus pasiones, juegos y espectáculos: gastaba mucho con sus esclavas, y tenia dos llamadas Hebaba y Selima, á las que amaba mas que á si mismo. Habiendo muerto Hebaba, la conservó sin enterrar hasta que ya no pudo sufrir el cadáver: reprendíale su hermano esta debilidad, y le respondió: todos me lo dicen; pero no hay mas remedio en mi pena que la muerte, y por esta yo iré tambien de hoy á mañana á la mansion eterna. Dicen que despues de enterrada, impaciente la sacó del sepulcro, y mirándola lleno de tristeza y como estúpido, murió pocos dias despues, siendo de veinte y nueve años: otros dicen que de treinta y tres.

En España el amir Abderahman ben Abdala no solo contuvo á los Cristianos de la Galia Narbonense, sino que tambien allanó y sojuzgó á los Cristianos de los montes de Afranc, que se habian rebelado por las ventajas de los de Narbona; y á unos y otros obligó á pagar sus tributos, y hubo de ellos muchos tesoros y preciosidades en oro, jacintos y esmeraldas; y reservado el quinto para el califa, todo lo demas repartia entre sus soldados: esta liberalidad hacia que sus tropas le amasen, y para ellas lo mismo eran cuestas que llanos, y en nada hallaban dificultad por servirle.

CAPITULO XXII.

Del imperio del califa Hixem, y gobierno de Abderahman y de Ambisa en España.

Sucedió á Jezid en el imperio su hermano Hixem ben Abdelmelic, su madre fue Fátima, hija de Hixem el Mahrumi: se apellidó Abulwalid, fue proclamado
723 el dia veinte y cinco de jaban del año ciento y cinco, el mismo dia de la muerte de su hermano. Estaba en Rusafa entonces, y al instante se vino á Damasco. Depuso del gobierno de Egipto á su hermano Muhamad, y puso en su lugar á su primo Hasan ben Jusuf ben Yahye.

En España envidiaban algunos caudillos la gloriosa fama y popularidad que en ella tenia el amir Abderahman ben Abdala, y en especial Obeida escribió contra él al gobernador de Africa: no negaba su valor y excelentes prendas militares; pero acusaba su administracion descuidada, y su indiscreta liberalidad, que viciaba las costumbres frugales y sencillas de los Muslimes. El mismo aseguraba que no estaba en su mano dejar de ser tan liberal, y que aunque temblasen cielos y tierra, despues de una victoria, nada negaria á sus soldados. Con tanta diligencia y empeño se hacian estas representaciones contra Abderahman, que lograron que se le reemplazase en el mando y gobierno de España, y se le encargó al caudillo Ambisa ben Sohim el Kelbi, que ademas de sus propios méritos era de la tribu y familia del gobernador de Africa Baxar ben Hantala ben Sefuan el Kelbi. Era Ambisa caudillo muy

estimado por su valor y prudencia, y el depuesto Abderahman de tan noble corazon, que no se ofendió de esto, y se contentó con el antiguo mando de tropas que antes habia tenido en España oriental, y cumplimentó y dió su enhorabuena al nuevo amir Ambisa con muy sinceras expresiones y protestas de amistad.

El amir Ambisa vino á Córdoba, donde estaba la aduana de los Arabes de España desde el tiempo de Ayub, y dispuso y ordenó la recaudacion de las rentas de las provincias, y repartió tierras á los Muslimes sin ofender á los Cristianos; pero aplicó la mayor parte de los valdíos, y todavía quedó mucha de que disponer. Impuso la contribucion de un quinto á los pueblos que se habian conquistado por fuerza, y un diezmo á los que de su voluntad se habian puesto bajo la fe y amparo de los Muslimes. Mandó reedificar el puente de Córdoba, y luego partió á visitar las provincias interiores de España. En todas partes hacia justicia igual con todos, no distinguia del Muslim, ni del Cristiano ni Judío: así era de todos muy respetado. En España oriental se rebelaron algunos pueblos de la comarca de Turiazona: fue á ella con suma diligencia, y entró en la ciudad por fuerza, y arrasó sus muros, y castigó á los fomentadores de la inquietud, y les dobló la contribucion á los pueblos segunda vez sojuzgados. Por medio de sus caudillos hizo entradas en tierra de Afranc, que talaron y robaron la tierra, quemando algunos pueblos, matando hombres y cautivando niños y mugeres: cosas que no aprobaban Ambisa ni los buenos Muslimes, ni les fue fácil remediar, porque la mayor parte decia que era justo y conveniente.

El califa Hixem dió el gobierno de las provincias de Africa á Obeida ben Abderahman, sobrino de Abu el Awar el Lahmi, caudillo de la caballería en Safair de Africa; y depuso á Baxar ben Hantala ben Sefuan el

Kelbi: sintió esta novedad todo el bando de los Yemaníes, Arabes de Yemen, y entre otros el caudillo Husam Abulchatar, que habia venido á Cairvan, que no tenia muros hasta que se los mandó hacer Baxar ben Sefuan, que cuando llegó Obeida no hizo mas que ponerse la clámide y decir á las gentes: este es vuestro nuevo amir que viene, y que añadió: no hay gloria ni poderío sino en Dios, y que se retiró del ayuntamiento, y se fue á donde Dios quiso. Luego que tomó Obeida el gobierno hubo grandes revueltas en Africa contra los Kelebíes y otros del Yemen: que todos se disgustaron de la conducta de Obeida, porque tomó los bienes de Baxar ben Sefuan y de sus parciales, y los persiguió, y encarceló á Husam Abulchatar. Ofendido este caudillo de estas injusticias, y de la arbitrariedad del amir en la distribucion de los despojos tomados á los Berberíes, escribió aquellos célebres versos, que dicen:

Cual si el prado de Rahita   nunca de vos fuese visto,
Ni los que allí fueron buenos   nunca hubiérades sabido!
Allí nuestro pecho y lanza   y de nuestra espada el filo
Vuestro cuello aseguró   de los bravos enemigos:
No tuvisteis mas peones   ni caballos que los mios.
Y cuando el punto llegó   en que nosotros vencimos,
Y os dimos de la victoria   los aromáticos vinos,
Ya fuisteis para nosotros   sin ojos y sin oidos:
Vos hicisteis vuestro fecho   ante nuestros ojos limpios:
Mas como en la lid trabada   nosotros en remolino
Los contrarios derrocamos   por alzaros al olimpo,
Así, no dudeis, tal vez   hará fortuna lo mismo,
Y caerá de alta rueda   el pie mas alto subido.

Estos versos que parecian aplicables á las intrigas de Africa, y como si se hubiesen hecho al suceso de la batalla de Merg-Rahita, llegaron á noticia del califa, y le agradaron cuando los oyó, y preguntó quién los habia compuesto; y habiéndole informado Said ben el Walid el Abrax el Kelbi que eran del caudillo Husam

ben Dhirar Abulchatar el Kelbi, no se olvidó de él y le premió oportunamente, como verémos.

En este tiempo los Judíos que habia en España, que eran muchos y muy ricos, así de los antiguos como de los que habian pasado de Africa despues de la entrada de los Muslimes, se alborotaron porque les vino nueva de que en Siria se habia aparecido un cierto Zonaria, impostor, que se decia ser su Mesiah, y rey prometido que ellos esperan; y todos los Judíos de España y Galia partieron á Siria abandonando sus bienes. El amir Ambisa aplicó todos sus bienes, casas y posesiones al estado. Ordenadas las cosas de España pasó á la frontera de Afranc con numerosa hueste, y corrió y taló toda la tierra de Narbona, y mas adelante de allá del Ródano, tomando muchos despojos y cautivos; y en aquella entrada, peleando valerosamente contra Cristianos, fue herido de muy graves heridas, y á pocos dias despues falleció. Encargó antes de morir el mando de las tropas al wali Hodeira, para que las acaudillase en tanto que Obeida ben Abderahman el Caisi
724 nombrase amir de las provincias de España: acaeció su muerte en fin del año ciento y seis.

CAPITULO XXIII.

Elecciones y destituciones de varios amires de España.

Tenia entonces el gobierno de Africa Obeidala ben el Hagiag, y cuando le comunicaron la muerte de Ambisa ben Sohim nombró por sucesor en el gobierno de España á Yahye ben Zalema, que remplazó á Hodeira ben Abdala el Fehri al principio del año ciento y sie-

te: era Yahye excelente caudillo, tan práctico en las cosas de la guerra como prudente y justo, pero demasiado severo: hacíase temer así de los Muslimes como de los Cristianos, por su mucho rigor. Luego pasó á visitar las fronteras y tierra de Alguf y montes Albaskenses, y mientras en esto se ocupaba, recorriendo los pueblos sojuzgados, los Arabes, descontentos de su severidad, consiguieron del nuevo gobernador de Africa Coltum, que depusiese al amir Yahye ben Zalema, y encargase el gobierno de España al caudillo Otman ben Abi Neza, que andaba en las fronteras de Afranc, y se distinguia por su mucho valor. Esta novedad fue muy grata á los émulos de Yahye ben Zalema, que eran muchos y poderosos. Tomó el mando Otman año ciento y ocho: en el mismo año que Hasan ben Jusuf ben Yahye, primo del califa, abdicó su gobierno de Egipto, y puso en su lugar Hixem á Hafas ben Walid el Hadrami.

Muy pocos meses tuvo el mando el nuevo amir de España Otman. Los mismos que le habian elevado, poco satisfechos de su correspondencia, y frustrados en sus intentos y vanas esperanzas, llevaron repetidas quejas contra él á Coltum ben Aam, y este escribió al califa Hixem para que nombrase amir de España al caudillo Hodaifa ben Alhaus. La inconstancia y venalidad de los que gobernaban en este tiempo en Africa, daba oidos á las impertinentes solicitudes y maquinaciones de los ambiciosos, que aspiraban en España á los cargos y gobiernos. Así fue, que el amir Hodaifa no tuvo lugar ni espacio para hacer cosa memorable en el corto tiempo de su gobierno, pues á pocos meses creyó el amir de Africa que era necesario deponerle, y así lo escribió al califa, dando entretanto el mando interino á
727 Otman ben Abi Neza el Chemi, año ciento y nueve. No duró á este caudillo el mando lo que él quisiera, pues á los seis meses llegó la provision que

hizo el califa Hixem para amir de España en Alhaitam ben Obeid el Kenani. Este Siro se puso luego en posesion, y principió á descubrir su natural cruel y avaro. Envió á las fronteras de Afranc al caudillo Otman ben Abi Neza (1), y él quedó en Andalucía para oprimir á los pueblos con todo género de vejaciones. Los mas principales Muslimes, viendo su crueldad y condicion avara, procuraron perderle, y tramaron sus conjuraciones; pero descubiertas por Alhaitam se enfureció contra ellos, y con diversos pretestos encarceló á muchos, y les quitó sus bienes, y todavía no satisfecha su venganza contra algunos de ellos les hizo morir con extraños tormentos. Entre los ofendidos y encarcelados estaba uno llamado Zeyad ben Zaide, hombre principal y de grande ingenio: con el favor de sus amigos logró que el califa leyese sus quejas, y la referencia de las crueldades de Alhaitam, sus exacciones voluntarias, y violentamente sacadas á los pueblos, que los oprimidos eran infinitos, que el descontento y aversion era general, en daño y descrédito grande del gobierno, y de la causa del Islam: concluia diciendo: Señor, vuelve por los tuyos, que al lado de esta tigre no tienen un instante de seguridad. Luego que el califa Hixem leyó esta queja mandó que pasase á España Muhamad ben Abdala para averiguar con imparcialidad y discrecion la conducta de Alhaitam, y castigarle como merecian sus excesos, y en tal caso poner en el gobierno de España á la persona de mayor crédito y confianza que hallase entre los caudillos que en ella estaban.

Cuando Muhamad vino á Córdoba averiguó con mucho secreto la conducta, lo que hacia y mandaba el

(1) Este Otman ben Abi Neza es el que en nuestras antiguas crónicas y en las de Francia se llama Munuza: fue fácil depravar el Abu-Neza en Munuza; en algunas copias arábigas se le llama Abu Tezza.

amir Alhaitam; y no tardó en apurar la verdad de las quejas que contra él habia. Manifestó la carta del califa, le depuso del mando, y le encarceló despues de haberlo paseado por las plazas y calles sobre un asno por afrenta: confiscó cuanto tenia, puso en libertad á los encarcelados por él sin causa, y de sus tesoros restituyó cuanto estos alcanzaron á los que él habia despojado. Poco despues le envió á buen recaudo
727 á Africa. Tambien depuso el califa el año ciento y nueve á Hafas el Hadrami del gobierno de Egipto, y puso en su lugar á Abdelmelic ben Rafie. Dos meses gobernó en España Muhamad ben Abdala, que no tardó mas en tener conocimiento del mérito y valor del caudillo Abderahman ben Abdala el Kelbi el Gafeki, y le nombró amir de España en virtud de las facultades que tenia del califa. Todos los Muslimes de España alabaron esta eleccion, y la miraron como el sello de la integridad y justicia de Muhamad ben Abdala: solo quedó ofendido y mal contento el wali Otman ben Abi Neza, que se creia merecedor de la autoridad de amir, y desairado en no haberla obtenido. Muhamad ben Abdala se retiró adonde Dios quiso acabada su comision. Esto fue entrado el año ciento y diez de la hegira.

CAPITULO XXIV.

Gobierno de Abderahman ben Abdala, y muerte de Otman ben Abi Neza.

Abderahman ben Abdala el Gafeki, luego que obtuvo el cargo de amir de España, hizo una visita de to-

das sus provincias para deshacer las injusticias que se habian introducido en el tiempo de Alhaitam. Oia las quejas de los pueblos con afabilidad, y con igual interés por los Muslimes que por los Cristianos: removia de sus alcaidías á los que habian sido injustos opresores de sus pueblos: ponia gente de conocida probidad; y á todos guardaba sus derechos. Restituyó á los Cristianos las iglesias que les habian quitado, conforme á las estipulaciones de la conquista: destruyó las que se habian levantado en algunos pueblos por connivencia interesada de algunos gobernadores. Entre tanto no
731 dejaba de solicitar que se reforzase el ejército de España con nuevas tropas de Egipto y de Africa; y á este fin escribió muchas veces al gobernador de Africa. Empleó los dos primeros años de su gobierno en reconocer y visitar las provincias interiores de España; y habiendo llegado de Africa numerosas tropas escogidas y voluntarias, que envió Coltum el año ciento y trece, Abderahman, que no las queria tener ociosas, las dirigió á la parte oriental de España. Insaciable de gloria, que parece que no tenia la vida sino para exponerla intrépido á los mayores peligros de armas y combates, meditó hacer una expedicion en tierras de Afranc, y ordenó á los caudillos de las fronteras allegar una poderosa hueste.

Mandaba en la frontera de los montes de Albortat, en confines de tierra de Afranc, el caudillo Otman ben Abi Neza, hombre de valor y de nobles prendas; pero émulo de la reputacion y gloria de Abderahman, y envidioso ahora de su autoridad: este caudillo en una cabalgada que habia hecho en tierra de Afranc cautivó una doncella, hija del conde (1) de aquella comarca:

(1) Este conde, cuyo nombre no mencionan los libros arábigos, era Eudon, duque soberano de Aquitania, de la estirpe de los antiguos reyes merovingianos: las crónicas francesas dicen que su hija la esposa de Munuza se llamaba Lampegia.

por sus amores con esta Cristiana tenia concertadas paces por cierto tiempo con los Cristianos. Cuando entendió la determinacion del amir Abderahman le escribió disuadiéndole del intento de la expedicion en aquella frontera, por las treguas que tenia concertádas con el conde de aquel país, que no era justo atropellarlas. Pesóle mucho de esto á Abderahman, y como algunos le informasen de todo lo que pasaba, y del verdadero motivo de estas avenencias y amistad de Otman con los Cristianos, diciendo que no debia haber otorgado estas treguas sin licencia del amir, pues las habia concertado despues de la eleccion de Abderahman; en suma que no debia suspenderse la expedicion: escribióle el amir con gran enojo, y le decia: que sus avenencias otorgadas sin su conocimiento y permiso no valian: que lo manifestase así á los Cristianos de su frontera, y estuviese prevenido con su gente para la entrada: que entre los Muslimes y los de Afranc no habia ya mas razon que la espada. Otman, que en su corazon aborrecia al amir, viéndose desairado y atropelladas sus treguas avisó al conde que se apercibiese para defender sus tierras; que por él no faltaba á la tregua, ni por su persona pelearía nunca contra él. Todo esto fue comunicado al amir Abderahman, que sin dilacion envió á Gedhi ben Zeyan con tropas para que se asegurasen de cuanto hiciera el caudillo Otman, y si hiciese algun movimiento en favor de los Cristianos que le prendiesen y matasen. La llegada de los adalides y campeadores de Gedhi ben Zeyan á la ciudad de Albab (1), donde estaba Otman, fue tan improviso que

(1) El nombre de Medina Albab es en castellano ciudad de la Puerta ó del Puerto: varios escritores árabes llaman á los Pirineos montes Albortat, por ser los puertos ó puertas para entrar en Francia por los estrechos valles del Pirineo: tal vez esta ciudad estuvo donde Puigcerdá. El Pacense la llama Castrum Libiæ in Cerritania.

no tuvo tiempo este caudillo sino para huir con su familia. Entró Gedhi en la ciudad, y sabiendo que en ella no se ocultaba mandó seguirle por los pasos mas difíciles de los montes. Descansaba Otman con su amada cautiva por hallarse muy fatigados del camino y del ardor del sol, y reposaban á par de una fuente, que de unas altas quebradas se derrumbaba, formando en el valle un verde y florido prado: allí estaba Otman mas cuidadoso de su cautiva que de su propia vida, y aunque hombre tan animoso, temblaba entonces aun del ruido del agua que se precipitaba entre las peñas. Parecióles á los de su familia que oían el paso de los que los perseguian, y no fue vano el recelo de sus corazones, que de improviso fueron rodeados de los de Gedhi: todos los suyos huyeron, que el temor les puso alas en aquella ocasion: buscaba Otmam algun lugar donde ocultar su cautiva, cuando se vió por todas partes acometido de soldados: intentó en vano defenderla con su espada como si todo su valor y esfuerzo bastára contra tantos; pero fue herido de muchas lanzas, y allí espiró el triste. Apoderados de la Cristiana cortaron la cabeza al desangrado cuerpo de Otman. Cuando Gedhi presentó la cautiva y la cabeza á Abderahman, dijo el amir: Gualá, que tan preciosa caza no se hizo nunca en estos montes! y mandó cuidar con mucho esmero aquella doncella, para enviarla á Damasco.

CAPITULO XXV.

Expedicion de Abderahman á las Galias.

En este mismo tiempo conquistó Muslema, hermano del califa, algunas tierras de los Turcos; y sus dos hi-

jos Moavia ben Hixem y Suleiman ben Hixem dieron batalla al rey de los Griegos Costantin, y lo vencieron y tomaron prisionero en la fuga: dicen que fue este año ciento trece. Los de Afranc en las fronteras
731 de España luego supieron la desgracia de Otman, y el gran poder de los Muslimes que venia contra ellos. Preveníanse para defender su tierra, y escribieron sus cartas á muchas provincias pidiendo que viniesen á socorrerlos. El conde de aquella frontera allegó sus gentes y salió contra los Muslimes, y peleaban con varia fortuna; pero siempre Abderahman los arredraba, y ocupaba sus pueblos: envanecidos con las contínuas ventajas, y llenos de confianza en el valor y práctica militar del amir, no deseaban sino batallas, y las daban cada dia muy sangrientas atropellando á sus enemigos. Pasaron el rio Garuna y talaron sus campos, y quemaron los pueblos, y hacian innumerables cautivos. Por todas partes iba este ejército como una tempestad desoladora. La prosperidad en los sucesos de las armas hace insaciables á los guerreros. Al paso del rio venció Abderahman el ejército del conde de aquella comarca, y se retiró á su ciudad; luego la cercaron y combatieron los Muslimes, y la entraron por fuerza, que todo cedia á sus espadas robadoras de vidas. En la defensa murió el conde, y le cortaron la cabeza, y salieron cargados de despojos, que tocó á cada uno oro, topacios, jacintos y esmeraldas. Todos los pueblos de Afranc temblaron de este terrible ejército: recurrieron á su rey Caldus (1) dándole noticia de los estragos de estas

(1) Así está desfigurado el nombre de Carlos Martel: es indecible la depravacion de los nombres propios que se halla en los libros arábigos, en siendo de lengua extraña para ellos: en Mesaudi casi todos los reyes de Francia se llaman Colorio y Lodorio: casi todos los de España Lodron ú Odron; pero no están con mas correccion los nombres árabes en nuestros cronicones

algaras muslímicas, que ocupaban y corrian libremente toda tierra de Narbona, Tolosa y Bordhal, y le refirieron la muerte de su conde. Consoló el rey de Afranc á estos pueblos ofreciéndoles su auxilio. En el
732 año ciento y catorce montó á caballo, y sacó innumerable gentio contra los Muslimes. Llegaban estos á Medina Towrs, y la querian entrar por fuerza, cuando supo Abderahman la poderosa hueste que contra ellos venia. Veia Abderahman y otros prudentes caudillos el desórden de las tropas muslimes que estaban cargadas de despojos y riquezas; pero por no descontentarlas no quiso mandar que todo se abandonase, para atender solo á las armas y caballos de batalla; y así confiado en su constante fortuna, y en el valor de su gente despreció la multitud de los enemigos y llenó de vana confianza á los demas caudillos; pero este descuido y falta de disciplina siempre fue fatal á los ejércitos. Con la codicia de los despojos apretaron tanto el cerco y combates de la ciudad, que la entraron por fuerza casi en presencia del ejército enemigo. El furor de los Muslimes aquel dia fue de tigres rabiosos, y así hicieron horrible matanza en los moradores de la ciudad; por eso parece que Dios los castigó, y la fortuna les volvió las espaldas.

En las riberas del rio (1) Ovar se avistaron las dos enemigas huestes de Muslimes y de Cristianos de diferentes lenguas: temieronse unos á otros: Abderhaman confiado en su fortuna acometió el primero con horroroso ímpetu de su caballería: mantúvose la pelea con igual esfuerzo por los Cristianos, y se mantuvo sangrienta todo el dia, y la noche se interpuso entre las dos enemigas huestes. Venido el dia siguiente, á la hora del alba se acometieron con furor: los caudillos muslimes

(1) Fue en los campos de Poitiers, y sobre los rios que van al Loira.

sedientos de sangre y de venganza, penetraron en los espesos escuadrones enemigos; pero en lo mas ardiente de la pelea, viendo Abderhaman que gran parte de su caballería salia corriendo de la batalla á defender su campo, y que este movimiento ponia en desórden y confusion su gente, corrió á todas partes, pero no le fue posible contenerlos y peleando con los mas esforzados, cayó con su caballo pasado de infinitas lanzas. Fue cediendo el campo todo con harta confusion, y á favor de las tinieblas de la noche se retiraron del horrible campo de batalla. Los Cristianos siguieron su victoria y los persiguieron algunos dias, peleando á veces y caminando entre contínuos horrores hasta llegar á Narbona. Fue esta funesta batalla y la muerte del ínclito caudillo el año ciento y quince. El rey de
733 Afranc puso cerco á Medina Narbona; pero los Muslimes la defendieron con tanto valor, que le fue forzoso levantar el cerco y retirarse á sus tierras con mucha pérdida de sus gentes.

CAPITULO XXVI.

De la eleccion de Abdelmelic ben Cotan para amir de España, y su venida á ella.

Cuando se supo en España la desgraciada batalla y muerte de Abderhaman, se pusieron en movimiento todas las tropas muslimes de las fronteras para acudir á donde fuese necesario. Se pidieron socorros de Africa, y vino nombrado por amir de España Abdelmelic ben Cotan el Fehri: envióle Obeida el Kisi, gobernador de Africa, con mucha diligencia y con un buen cuer-

po de tropas de á pie y de á caballo. Escribió al califa esta desgracia, y le dió tambien noticia del nombramiento provisional de amir que habia hecho; y el califa lo confirmó, y escribió á Abdelmelic ben Cotan exhortándole á vengar la sangre derramada de sus Muslimes. Luego que entró en España, pasó con mucha diligencia á las fronteras de Afranc, y le siguieron á marchas forzadas las tropas que se juntaron de las provincias. Halló Abdelmelic ben Cotan muy intimidados á los Muslimes, los procuró esforzar y recordarles que sus mejores dias habian sido los de las batallas y sangrientos combates de la santa guerra; que esta era la escala del Paraiso, que el enviado de Dios se preciaba de ser hijo de la espada, que reposaba á la sombra de las banderas y en los campos de batalla: que las victorias y la muerte y las derrotas están en la mano de Dios, que las da como quiere, y hoy persigue y triunfa el que ayer fue vencido. A pesar del valor y pericia militar de este amir, la guerra fue poco favorable á las armas muslimes en Afranc, y los Cristianos recobraron algunas ciudades, y fue cada dia mas difícil la empresa de mantener la conquista de aquella tierra, que en vano se cansa quien trabaja contra los eternos decretos.

Estaba en este tiempo en Egipto el wali ben Alhegag Aseluli el Caisi, y de órden del califa pasó á Africa
734 en rebie postrera del año ciento diez y seis, y dejó en ella á sus hijos, á Alcasim en Barca y á Ismail en Sus, y nombró para amir de España á Ocba ben Alhegag su hermano, que se detuvo en Africa dos años y medio por las grandes revueltas que allí se suscitaron. Amer ben Abdala el Muradi, gobernador de Tanja, causaba grandes vejaciones á los de la ciudad y su comarca: los Berberíes se rebelaron y se apoderaron de la ciudad acaudillados de Museir, caudillo

de mucho valor. Los Muslimes mandados por Ocba Alhegag les dieron batalla y los derrotaron : se acogieron á la ciudad, y furiosos contra su caudillo los bárbaros lo despedazaron, atribuyendo á falta suya su derrota. Eligieron en su lugar para que los mandase á Chalid el Zaneti, que todavía quiso encargarse de acaudillarlos un hombre de valor. Salió este con sus Berberíes; y acometieron á los Muslimes y los rompieron y desbarataron, y se esparcieron por los campos. Los mas nobles Arabes murieron en esta batalla. Por esta ocasion no fue posible ayudar al amir de España Abdelmelic ben Cotan como convenia. Los caudillos que habia en España no estaban bien avenidos entre sí: los que pasaban de Africa eran mas codiciosos de riquezas que ambiciosos de honra, y las tropas participaban de estos mismos vicios, y se habian hecho crueles enemigos de los pueblos.

Con todo eso pasó los montes de Albortat el amir Abdelmelic, y entró en tierra de Afranc el año ciento
736 diez y ocho, y peleó con muy buena suerte; pero siendo muy adelantada la estacion de las lluvias volvió á España, y en los pasos y asperezas de aquellos montes padeció el ejército muslim una derrota impensada y sangrienta. Las repetidas desgracias del ejército se atribuyeron al amir Abdelmelic ben Cotan, y como si en mal punto fuese nacido, todos sus intentos se miraban como infaustos. Así lo representó al califa Hixen el wali de Africa, y mandó que fuese á España el amir Ocba ben Alhegag.

En este año ciento diez y ocho murió el gobernador de Egipto Aben Rafic, y puso el califa en su lugar á Abderahman ben Chalid ben Tabit el Fahemi, y en el mismo año lo depuso, y dió el gobierno á Hantalá ben Sefuan el Kelbi.

CAPITULO XXVII.

Gobierno de Ocba ben Alhegag.

Temblaron todos los gobernadores de España á la venida de Ocba ben Alhegag á ella: la fama de su severidad y de su justicia llenaba toda la tierra, y no bien entró en Andalucía cuando se sintieron los buenos efectos de su influjo: quitó de sus alcaidías á los caudillos acusados de crueles ó de avaros, oia con benignidad á los desvalidos, y hallaban en él amparo y proteccion cuantos la merecian. Era igual su celo por la religion y por la justicia: llenó las cárceles de malversadores de las rentas públicas, y de injustos exactores de fardas y tributos arbitrarios: era para Ocba el delito mas grave en los encargados del gobierno, cuando por su interés particular y por su codicia afligian á los pueblos y hacian detestable la autoridad que regentaban. Estableció cadíes ó jueces en todas las ciudades principales de cada provincia, y otros en las poblaciones mayores de cada comarca, para que oyesen y conciliasen las quejas y desavenencias que se ofrecen entre los hombres, y con su autoridad y discrecion se conservase la quietud de las familias y la paz pública. Ordenó que los walíes de provincia enviasen sus kaxiefés (1) para perseguir á los ladrones que anduviesen en ellas, y evitar las violencias y maldades que se cometian por los bárbaros en los campos y des-

(1) Kaxiefes eran como indica el nombre descubridores, gente armada que buscaba y descubria los malhechores, como los cuadrilleros de la Santa Hermandad.

Desembarcó con gran ventura en ella, y la sujetó y allanó; y tornó á Africa en la luna de giumada prime-
740 rá, año ciento veinte y tres. ¡Cuán incierta es la suerte de los hombres! Este caudillo Habib, que salió venturosamente de tantas batallas en España, que volvió á Siria con no poco riesgo de perder la cabeza por amigo de Muza y de sus hijos, que tornó á mandar peligrosas expediciones en Africa y en Sicilia, murió el año ciento veinte y tres en batalla contra los Berberíes: nadie huye del tiro del destino. En este año dejó Oveidala el gobierno de Africa, y se partió á Egipto: era este amir mas dado á las letras que á las armas y cuidados políticos, y fue muy elegante escritor de las conquistas de los Arabes, y en Tunez edificó la aljama y una darsena para construir y reparar las naves. El año anterior ciento veinte y dos murió Muslema ben Abdelmelic ben Meruan, el ínclito héroe de los beni Omeyas, fue gran caudillo, sábio, de buen consejo, y muy esforzado, que no tuvo semejante en su familia, ni en su tiempo, en ninguna parte.

CAPITULO XXVIII.

De la vuelta de Ocba á España y de su muerte.

741 En el año ciento veinte y cuatro envió Hixem al gobernador de Egipto Hantala ben Sefuan al gobierno de Africa, y puso en su lugar á Hafas ben Walid, que permaneció allí hasta la muerte del califa: para la tierra de Magreb ó poniente de Africa envió á Coltum ben Zeyad, que habia tenido antes el gobierno de esta parte de Africa. Mandó Coltum que lue-

go pasase á España el amir Ocba ben Alhegag con sus gentes.

Halló Ocba muy revueltas las cosas de España, que los walíes estaban entre sí desunidos, que Abdelmelic ben Cotan era el único que habia preferido las atenciones del bien público á su conveniencia particular. Escribió Ocba á Abdelmelic dándole gracias por su celo y buenos servicios, acudiendo tan oportunamente á las inquietudes de las fronteras, le aseguró que habia escrito al califa para que le confirmase en el gobierno de España que merecia, y esperaba que así lo haria el califa. Le envió gente de á pie y de á caballo para ocuparla en mantener la frontera de Afranc. En este tiempo enfermó en Córdoba el virtuoso amir Ocba ben Alhegag, y de aquella dolencia falleció, año ciento veinte y cuatro, que fue muy grave pérdida para los Muslimes de España, y mas por no haber tenido tiempo de componer las desavenencias de los walíes ó caudillos principales, que la tenian dividida en bandos y parcialidades.

CAPITULO XXIX.

De la rebelion de los Berberíes de Africa contra los Arabes, y entrada de Baleg en Andalucía.

En Africa se reunieron otra vez los Berberíes, comandados por Chalid el Zaneti: salió contra ellos el amir Coltum ben Zeyad, y se dió sangrienta batalla en los campos de Tanja: el caudillo Chalid rompió y desbarató á los Arabes, y en lo mas ardiente de la pelea murió Coltum el amir y otros caudillos muy señalados,

y en ambas huestes fue atroz la matanza. Llegó la nueva de esta derrota de los Arabes á Egipto, y con la mayor diligencia se puso en marcha el nombrado gobernador de Africa Hantala ben Sefuan con un ejército muy numeroso: entraron en ella en la luna
742 de regeb del año ciento veinte y cinco. Los rebeldes que supieron la venida de esta poderosa hueste, doblaron sus esfuerzos, muy confiados en sus buenos sucesos y pasadas victorias. Allegaron innumerable gentío de todas sus cabilas, así de á pié como de á caballo: acaudillaban esta multitud Chalid el Zaneti, Acach de Masamuda y Abdelwahib de Zanhaga, todos caudillos moros de los mas acreditados y aguerridos. Pusieron su campo en riberas del rio Masfa, y parecian sobre aquellas arenosas llanuras á las inmensas bandas de langostas: tantos y tales aparecian los negros combatientes de Sus y Masamuda. Las tropas árabes venian acaudilladas de Thaalaba ben Salema el Ameli y de Baleg ben Baxir: el primero conducia las gentes de Siria y de Arabia, y el segundo las de Egipto y de Barca: Hantala ben Sefuan mandaba las tropas provinciales de Almagreb, reliquias ilustres de los conquistadores del pais.

Ordenadas sus haces se acometieron estas huestes en aquel abrasado desierto con espantoso alarido: nubes de polvo y de saetas hicieron aquel dia oscuro, y dieron horrible sombra á los hijos de la guerra. Las tostadas lanzas, sedientas de sangre, se embeodaron en profundos lagos de ella: todos pelearon con igual furor, y no parecian hombres que peleaban, sino fieras tigres ó leones que rabiosos se despedazan. Los caballos árabes no pudieron resistir el calor ardiente de la pelea y del dia, y cedieron á los caballos moros el sangriento campo: estos incansables y duros los rompieron y desbarataron á la mitad del dia, volvieron brida

y fueron perseguidos, y parte fue degollada en los desiertos, parte que era de los prácticos del pais se acogió á los fuertes y sitios defendidos, otra gran parte de los mas valientes se retiró peleando hácia la costa del mar con sus caudillos Baleg y Thaalaba, y desde ella, atravesando el estrecho Alzacac, se vinieron á España en la mitad del año ciento veinte y cinco.

742 Habia poco antes recibido Abdelmelic ben Cotam la confirmacion de su cargo de amir de España, y la nueva de la muerte del califa Hixem que habia fallecido en Rusafa dia seis de rebie postrera del año ciento veinte y cinco, era de edad de cincuenta y tres años, y habia imperado diez y nueve, siete meses y once dias: fue de mediana estatura, de muy buen gobierno, pero muy exactor de tributos: gastaba mucho en cosas inútiles: tenia la manía de hacerse infinitos vestidos, cuentan que se podian cargar seiscientos camellos; y no los gastaba sin economía, los tenia tan guardados que apenas se halló uno para envolverle y amortajarle, porque tenia puestos sellos á sus armarios y depósitos.

CAPITULO XXX.

Guerra civil de Baleg y Aben Cotan en España.

Habia puesto Abdelmelic en Córdoba por gobernador de ella á Abderahman ben Ocba, y en Toledo puso á su hijo Omeya ben Abdelmelic, y él se hallaba en Zaragoza cuando fue avisado del paso de Baleg ben Baxir y de Thaalaba ben Salema, pesóle mucho de ello, así por la desgracia del ejército muslime como porque

recelό que esta entrada suscitase inquietudes en España. Luego se puso en camino para venir á Andalucía, y escribió á estos caudillos que no debian separarse de la costa para estar mas prontos para tornar á Africa, donde sus personas y gente hacian mucha falta. Los desafectos de este amir, que eran muchos, tomarón de aquí ocasion para enemistarle con los walies Baleg y Thaalaba y suscitar novedades: escribiéronles que todos serian de su bando, que no creyesen las propuestas de Abdelmelic, que solo queria el mando absoluto, y que le estorbaban todos los buenos. Sin perder tiempo estos revoltosos quisieron apoderarse de las ciudades de Córdoba y de Toledo: los primeros que hicieron armas fueron á cercar á Toledo, la que defendió bien Omeya ben Abdelmelic mas de un mes: otros fueron á sorprender á Abderahman ben Ocba en Córdoba; y muchos se reunieron para juntarse con los venidos de Africa. Avisado Abdelmelic de estos movimientos apresuró sus marchas y fue á socorrer al wali de Toledo, que ya estaba en gran estrecho, y los sitiadores sabiendo su venida levantaron el cerco precipitadamente. El wali Omeya, conociendo la causa de su fuga, salió de la ciudad y les dió un impensado y sangriento rebato, que los desordenó y persiguió matándoles mucha gente. Sabiendo el triunfo de su hijo, guió Abdelmelic su hueste contra los de Córdoba, que ya habian sido derrotados por el hijo de Ocba, que se empeñó en seguirlos y acabarlos. Lograron estas tropas dispersas y fugitivas reunirse á las que habian venido de Africa, y sabiendo que Abdelmelic les iba á los alcances salieron juntas en numeroso ejército á encontrarle. Avisados de sus adalides y descubridores fueron sobre el cuerpo de tropas de Andalucía, que mandaba Abderahman ben Ocba, y con poca resistencia fue atropellado y puesto en fuga por la caballería de Baleg ben Baxir, y se disper-

saron sin direccion por varias partes. Caminó el ejército vencedor á la parte de Algarbe, para salir al paso á la hueste de Abdelmelic, que venia por Mérida para allegar de paso las gentes de guerra de la Lusitania: encontráronse los campeadores de ambas huestes en Mertula: ordenaron sus haces en batalla, y con enemig ánimo, como si fueran gentes de diferente ley, lengua y costumbres, pelearon gran parte del dia sin ventaja ni desigualdad: á la tarde los caballos de Africa rompieron y desbarataron á los Muslimes andaluces; y la derrota fue general poco antes de la noche. Huyeron durante ella por diferentes partes, y Abdelmelic con parte de su caballería se acogió á Córdoba. Luego escribió Abdelmelic ben Cotan una carta á los caudillos Baleg y Thaalaba, en que les manifestaba cuan sin razon abrigaban á los revoltosos Muslimes de España, y como convenia, como pueblos de una misma ley y de una misma nacion, avenirse y concertarse sin dar lugar á que entretanto que ellos inconsideradamente se destruian, los rebeldes de Africa sacasen ventaja de su guerra civil, y que considerasen que los pueblos de España acababan de ser sojuzgados por fuerza de armas, y que podian muy fácilmente, á ejemplo de los Berberíes, procurar su venganza, y recobrar su libertad y señorío. Proponíales que se contentasen con ocupar el territorio de Gezira Saltis, y esperar allí que se facilitase su vuelta á Africa, como era necesario: en fin, concluia con manifestarles sus disposiciones pacíficas, y que todo lo que habia precedido era obra diabólica de los revoltosos. No persuadieron estas razones á Baleg ni á Thaalaba, y de sus palabras inferian sus temores y pocas fuerzas, y puesta la mira en su interés y deseo de venganza caminaron con toda su gente á Córdoba.

Los de Córdoba, temerosos de la tempestad que les

amenazaba, por evitar los escesos de los Bárbaros y Africanos, y la crueldad de Baleg: creyeron templar la saña del vencedor entregándole á su amir Abdelmelic, y así lo hicieron. Presentáronle atado á un palo á la entrada del puente, y herido con cañas: luego le mandó cortar la cabeza el caudillo Baleg, y la pusieron en un garfio á la puerta del puente. Así acabó este noble amir
742 Abdelmelic ben Cotan en fin del año ciento veinte y cinco de la hegira.

Los de Córdoba y el ejército proclamaron por amir de España á Baleg ben Baxir en el tumulto y desórden del dia de su entrada en la ciudad: esto no agradó al caudillo Thaalaba ben Salema; antes ofendido de que Baleg permitiese aquellas populares muestras de preferencia á su persona, dijo á sus gentes: que Baleg no era sino su igual: que la eleccion de amir pertenecia al califa, y de su órden y especial confianza al gobernador de Africa Hantala ben Sefuan; que todo lo que allí pasaba era un alboroto y licencia popular muy vituperable, y mas en los que pudiendo reprimirla no lo hacian: que porque no pareciese que con su presencia autorizaba el desórden, que en aquel dia se ponia en marcha con los que le quisiesen seguir. Así lo hizo y partió con gran parte de la gente de guerra de su mando, que pocos le faltaron, y con ellos pasó hácia Mérida acrecentando cada dia su parcialidad. Por otra parte Omeya ben Cotan, el hijo de Abdelmelic, en lo de Toledo y en toda España oriental tenia gran partido, porque los alcaides y gobernadores de las ciudades eran amigos y hechuras de su padre; y entre los caudillos principales el insigne Abderahman ben Ocba, que estaba jurando por cielos y tierra que habia de vengar la muerte del amir Abdelmelic, y ayudar con todas sus fuerzas á su hijo. A este fin reunió las tropas que andaban dispersas en Andalucía, y allegó un buen

ejército, y fue el primero que se opuso á Baleg ben Baxir. La salida de Thaalaba ben Salema habia debilitado con su separacion las fuerzas de Baleg, así que solo tenia como doce mil hombres, y con ellos salió á encontrar la gente de Abderahman ben Ocba.

Encontráronse ambas huestes en los campos de Calat-Rahba: animó Baleg á los suyos, diciéndoles: que despreciasen el número de sus enemigos que eran gentes allegadizas, miserables reliquias del ejército que antes habian atropellado: que todavía estaban temblando de sus cortantes espadas, y los mas tenian todavía sin cicatrizar sus heridas. Acometieron con desesperado furor, y los de Abderahman ben Ocba los recibieron con increible esfuerzo: la pelea fue sangrienta, y mantenida con teson por ambas huestes: el caudillo Baleg, atropellando á sus contrarios á derecha é izquierda, como un bravo leon entre la tropa de los cazadores, andaba buscando á voces al hijo de Ocba, que le salió al encuentro no menos animoso, y le dijo: yo soy, yo soy el hijo de Ocba que buscas; y arremetieron el uno contra el otro, y se dieron crueles botes de lanza, y revolviendo con mayor presteza el caballo el hijo de Ocba fue tan feliz que pasó de banda á banda de una lanzada á Baleg ben Baxir, que cayó en tierra muerto. Sus tropas no tardaron en sentir la falta de tan esforzado caudillo, y fueron desbaratadas y puestas en huida, dejando el campo cubierto de cadáveres y de sangre. Por esta victoria dieron á su caudillo Abderahman ben Ocba el título de Almanzor: acaeció esta batalla
742 el año ciento veinte y cinco.

Las tropas fugitivas de esta batalla no fueron mucho tiempo perseguidas, y se acogieron al ejército de Thaalaba ben Salema y al de Abderahman ben Habib, que entró con Baleg ben Baxir, y hacia parte de la division de Thaalaba ben Salema, que caminaban hácia

Mérida: juntas estas tropas llegaron delante de la ciudad, y su wali no les permitió que entrasen en ella, y lo intentaron por fuerza, y la cercaron como enemigos.

CAPITULO XXXI.

Del imperio del califa Walid ben Jezid, y del califa Jezid ben Walid.

En Siria el califa Walid ben Jezid ben Abdelmelic fue proclamado el dia seis de la luna rebie postrera, el mismo dia en que murió su tio Hixem: era ya de mas de cuarenta años: apartó del gobierno de Egipto á Hafas ben Walid, y puso en su lugar á Isa ben Abi Ata. Era este califa Walid impío y menospreciador de la religion: se bañaba en vino, abusaba en todo de su poder, entró en territorio de Meca con perros de caza: hacia muy buenos versos y gustaba de la música; pero era destemplado en sus pasiones. En el año ciento vein-
743 te y seis estando bien descuidado de lo que le amenazaba, recreándose con sus esclavas y cantores, los pueblos de Siria de comun acuerdo proclamaron califa á su primo Jezid ben el Walid ben Abdelmelic. Este príncipe, aprobando la conmocion popular, ofreció cien mil doblas de oro á quien viniera con la cabeza de Walid. Hallábase el califa en Basra en Tel-Rahita, cerca de Damasco: sus guardias le abandonaron al acercarse la turba de los amotinados, y llegándose mucho gentío escalaron las murallas, y entrando donde estaba Walid le despedazaron inhumanamente, y llevaron sus manos y cabeza á Damasco, y las clavaron en las puertas de la ciudad: los despedazados

miembros del califa fueron conducidos al cementerio de la puerta de los Huertos, y allí los enterraron; sus dos hijos Hakem y Osman fueron encarcelados, al parecer, por librarlos del furor del populacho: esto fue el año ciento veinte y seis.

Fue proclamado Jezid ben Walid ben Abdelmelic en la insurreccion popular contra su primo el califa
743 Walid el dia veinte y ocho de la luna giumada postrera, año ciento veinte y seis: fue su madre Jahferinda, hija de Firuz, nieta de Jezdegird rey de Persia. La violenta muerte del califa Walid llenó de turbacion y anarquía todas las provincias del imperio. Los ambiciosos son como el mar que con todo viento se altera: unos con pretesto de indignacion por la deslealtad de los pueblos de Siria, se pusieron en armas, y otros por aprovechar la ocasion de las revueltas y confusion del estado, para saciar su codicia y deseos de venganza vagaban de unas ciudades á otras robando y matando indistintamente á todos: así ha sucedido siempre y sucederá entre los hombres mientras su naturaleza sea la misma. Los de Hemesa se amotinaron y cerraron las puertas de la ciudad, y se resistieron á la obediencia de Jezid tratándole de usurpador. Envió Jezid contra ellos un ejército, y fue rechazado por los de la ciudad. Suleiman ben Hixem ben Abdelmelic, que estaba encarcelado, salió de su prision y se puso al frente de los descontentos, y entró en Naamana, y la saqueó para recompensar á sus tropas el celo y lealtad y los buenos servicios que hacian al estado, y luego fue con ellos contra Damasco. Tambien se levantaron este año con el mismo pretesto los de Jardana y Palestina, y dieron muerte á sus gobernadores. Depuso Jezid á Jusuf ben Omar del gobierno de la Iraca, y puso en su lugar á Manjur ben Giamhor. Al mismo tiempo Meruan ben Muhamad se manifestó tam-

bien contra Jezid, socolor y pretesto de vengador de la sangre de Walid: se hallaba en Armenia y allegó mucha gente, y se disponia á venir contra Jezid; pero este le propuso por medio de sus parciales que le dejaria los gobiernos de Gezira ó Mesopotamia, Armenia, Mosul y Aderbijan á condicion de que le reconociese, y así lo hizo Meruan, y le juró obediencia en Harran. Disminuyó Jezid el estipendio de los soldados; y esta medida, aunque fuese justa, fue muy inoportuna, pues sin otra razon muchos abandonaron su partido, y dejaron sus banderas allegándose á los que le negaban obediencia: por esto le llamaban Nakis ó disminuidor. A los cinco meses de su imperio y cuarenta de su edad murió de peste: oró por él su hermano Ibrahim.

CAPITULO XXXII.

De las revueltas de Africa sosegadas por Hantala ben Sefuan.

Toda España estaba dividida en bandos y parcialidades por las desavenencias de los caudillos, sin que pudieran remediar estos males las diligencias y prudentes consejos de los buenos Muslimes que en ella estaban. Contribuian á estos desórdenes las revueltas de Africa, y las inquietudes y turbulencias de oriente sobre el califazgo, de que hemos hablado. En Africa el amir Hantala ben Sefuan ben Nufal el Kelbi, gobernador de Africa y del Magreb por el califa Hixem, y confirmado por sus sucesores, á fin de sujetar á los rebeldes Berberíes quiso probar por sí mismo si las armas serian ya mas felices en sus manos que en las de sus caudillos, y reuniendo un poderoso ejército de cua-

renta y cinco mil hombres de á pie y de á caballo, vino á buscar á los rebeldes. Estos por su parte cuidaron de allegar toda su gente, y el caudillo Acach partió á encontrarlos antes que llegasen á Cairvan, y Abdelmelic, otro rebelde, fue por tierra de Negiana á tomarlos por la espalda: los campeadores de la hueste de Hantala veloces como águilas le avisaron de la marcha de estas tropas enemigas, que intentaban rodearle y pelear contra él en un mismo dia y en un mismo lugar. Conoció Hantala cuanto convenia pelear con ellos separados: ordenó sus haces, y con precipitada marcha anduvo toda la noche: encargó la delantera de batalla al caudillo Husam ben Dhirar, y vinieron antes de rayar el dia á herir en los de Acach, que no esperaban esta alborada y estaban harto descuidados: antes que tuvieran tiempo de ordenarse en batalla fueron derrotados con gran matanza por los de Hantala, debiéndose esta victoria al esfuerzo y diligencia de Ben Dhirar, que no esperó la luz del dia para acometer á los Moros rebeldes. Conseguida esta ventaja, sin perder tiempo y sin mas descanso que el forzoso para respirar de la fatiga de la pasada refriega, el amir Hantala siguiendo el carro de la victoria se adelantó hácia Cairvan, recelando que se le adelantase Abdelwahib, otro caudillo de los rebeldes que venia con innumerable chusma á unirse á los demas Berberíes. Esta segunda batalla fue mas sangrienta que la primera y mas venturosa para los Muslimes, pues rompieron y desordenaron á sus enemigos haciendo en ellos gran matanza: aquella noche, que puso treguas á los horrores de la pelea, pasaron los vencedores árabes sobre el campo de batalla, oyendo los gemidos de los heridos y moribundos bárbaros: el número de los que perecieron aquel dia Dios lo sabe; entre estos el valiente caudillo Acach se encontró cubierto de heridas, y mandó Hantala cortarle

la cabeza, que se llevó en una pica por el campo: tambien pareció muerto Abdelwahib. La division del rebelde Abdelmelic, avisada por los fugitivos de la primera y segunda derrota de sus compañeros, se dispersó por los montes. Con esta insigne victoria quedaron sosegados los movimientos é inquietudes de Almagreb, y toda la tierra quedó sojuzgada. Conociendo Hantala el genio inquieto y belicoso de estos pueblos procuró hacerlos soldados útiles del Islam: les repartió armas y caballos á los que quisieron pasar á España, porque pensaba enviar á ella un amir que la tranquilizase y deshiciese los bandos y desavenencias que la tenian á punto de perderse: reunió hasta quince mil Mogrebinos voluntarios de las cabilas de Zenetes, Masamudes y Azuagos, gente muy esforzada.

CAPITULO XXXIII.

De la eleccion de Husam ben Dhirar para amir de España, y de su gobierno en ella.

Los honrados Muslimes de España le pedian un caudillo que reuniese las voluntades discordes de aquellas facciones que habia de Yemaníes, Alabdaris, Syros, y Egipcios: que fuese de tal prudencia, valor é integridad, que no se inclinase á ningun partido, que se llamase declarado enemigo de toda parcialidad, y solo atendiese al bien general de los Muslimes y de los pueblos sometidos. Pareció al wali Hantala ben Sefuan que aquella era ocasion de valerse de las conocidas prendas y valor del caudillo Husam ben Dhirar ben Suleiman el Kelebi conocido por Abulchatar, ya antes propuesto para este cargo por el califa Hixem, cuan-

do le recitaron sus versos. Hay quien dice que la eleccion del amir Husam ben Dhirar fue el año ciento veinte y dos, y que fue el catorceno de los que gobernaron en España, que tuvo este cargo cuatro años y nueve meses; pero en verdad no entró en España hasta ahora con escogidas tropas africanas.

Cuando entró este amir en Andalucía se habia apoderado de Mérida el caudillo Thaalaba ben Salema, y tenia puesto cerco á la ciudad de Córdoba, y en sus marchas hacia estragos en los pueblos, y á todos los trataba con mucha crueldad cuando en algo se le resistian, ó no le llevaban las provisiones y servicios que les imponia. Temerosos los de Córdoba de experimentar su mucha crueldad, le entregaron la ciudad con buenas condiciones; pero habiendo allí tomado mil prisioneros de Albarbar, por aterrar á las gentes mandó sacar al campo aquellos mil cautivos y degollarlos delante del pueblo en dia de juma. Ya estaba congregada la multitud para tan cruel espectáculo, cuando fue avisado de la súbita venida de Husam ben Dhirar, que se habia adelantado con mil caballos. Este inesperado anuncio lo suspendió, y mandó retirar aquellos cautivos, y luego salió con otros caudillos á recibir al amir Husam ben Dhirar, y por obsequiarle puso á su disposicion aquellos prisioneros para que dispusiese de ellos lo que quisiese. El amir se lo agradeció, y en el mismo dia los mandó poner en libertad; y que se agregasen voluntarios á las banderas de Berberíes, ó se retirasen á su tierra. Fue aplaudido Husam de todos los Muslimes por su generosidad: y en el mismo dia mandó prender á Thaalaba ben Salema, y que partiese á buen recaudo para Africa. Sosegadas las tropas de Thaalaba, y ordenado lo conveniente para el gobierno de Córdoba, partió pocos dias despues con su escogida gente á Toledo, y obligó á salir de allí al cau-

dillo Abderahman ben Habib, compañero de Thaalaba y de los que se llamaban amires de España de propia autoridad. Los del partido de Aben Cotan, sin resistencia alguna, antes muy de su propio movimiento, vinieron á ofrecerse al servicio del amir: sin dilacion corrió las otras provincias, y en todas partes ganó á los Muslimes mas con su prudencia y su bondad natural, que con la fuerza ni opinion de los valientes africanos que le acompañaban.

Consideró como la primera y mas importante providencia de su gobierno el evitar toda ocasion de discordia, y asegurar la quietud de los Muslimes en España: á este fin hizo repartimiento de tierras á las tribus de Arabia y de Siria, que eran las mas poderosas en España, y competian entre si pretendiendo todas ellas apoderarse de las comarcas de la capital de Córdoba, que no les podian bastar. Para terminar sus desavenencias repartió á los Siros y Arabes Veledíes establecidos en el pais moradas y tierras en regiones semejantes á las suyas, y con mayor anchura que la de aquellos pueblos: repartió en tierra de Ocsonoba y de Beja á los de Egipto y primeros veledíes, y á los demas Arabes de estos en tierra de Tadmir (1): en las comarcas de Sevilla y de Libla á las gentes de Hemesa, que eran tambien muy principales: repartió moradas y posesiones en tierra de Sidonia y Algezira á los Palestinos, y en las comarcas de Rayata á los de Alordania,

(1) Este repartimiento de las tierras de Tadmir, esto es de Murcia, acredita lo que refiere el Pacence cuando dice: que despues de la muerte de Teodomiro le sucedió Atanaildo, que fue noble y valeroso, rico y liberal aun en aquellos tiempos; pero poco despues el rey Alhozza Alchatar acometiendo la España le hizo muchas injurias y le condenó en graves tributos. Este rey Alhozza es el wali Huzam Abulchatar, que sin creerse obligado á los pactos convenidos con Tadmir, que fueron con él y no con sus sucesores, repartió sus tierras.

en las de Elbira á las gentes de Damasco: en tierra de Jayen á los de Quinsarina: en las comarcas de Cabra á las gentes de Wacita, y en las provincias mas apartadas á los de las Iracas, y á los de Cairvan: asignóles tambien alimentos en la tercia parte de lo que rentaban los bienes de los colonos siervos de los (1) Agemíes, dejando á los Arabes Veledíes de la primera gente con lo que tenian en su poder de sus bienes, que no se les privó de nada de ello. Cuando vieron las tierras señaladas tan semejantes á las de su pais en calidad de frutos, disposicion del terreno y anchura, se holgaron mucho, y dieron gracias á Dios de su venturoso estado, y no cesaban de bendecir á los caudillos Muza ben Noseir y á Baleg ben Baxir, que tantos bienes y fortuna facilitaron á las gentes de ambas naciones.

Quedaron, sin embargo, algunos descontentos de las remociones y mudanzas de gobernadores de ciudades y provincias que fue forzoso hacer para que los pueblos quedasen contentos y libres de los opresores, de quien se habian quejado al amir. Entre otros se dió por agraviado Samail ben Hatim ben Jamri el Kelebi el Dhabei, que se apellidaba abu Gaisi: fue su abuelo Jamri de los mas nobles de Cufa, y uno de los que asesinaron á Husein, hijo de Ali, y el que presentó su cabeza á los pies de Jezid ben Moavia; por esto cuando las venganzas de esta muerte se huyó Jamri con su familia á confines de Siria, y allí le mató el vengador Mathar. Los hijos de Jamri huyeron y entraron en Africa con Coltum ben Ayad, y el jóven Samail vino á España con los principales de Siria en la entrada de Baleg ben Baxir, que mandaba una parte del ejército de Coltum: era muy esforzado y de mucha prudencia, y se habia hecho en España cabeza de la faccion egip-

(1) Los Agemíes pueden ser los Godos.

cia, y opuesto á la Yemeniya, ó de Arabes de Yemen, que favorecia muy á las claras el amir Husam ben Dhirar, segun decian los descontentos: aunque de ilustre prosapia, como Samail se habia criado en tiempo de revoluciones, y de fugas y estrañamientos, era muy sin letras, que no leia ni escribia; pero de mucha prudencia, y práctico en los conocimientos de la guerra y gobierno de pueblos. Cuenta de él Abu Becre ben Alcutia, que se acompañaba siempre de hombres sabios y los consultaba, y admitia el consejo aun de gentes humildes: este Samail ben Hatim se manifestó como el mas ofendido de Husam ben Dhirar, porque no le dió el gobierno de Zaragoza que le tenia ofrecido Baleg, y suscitó discordias con sus parciales: al principio fueron secretas quejas y murmuraciones, que pasaron á desprecios y desobediencia. Procuró Husam apagar estas chispas antes que prendiese y se dilatase el fuego de la sedicion en toda España; pero se le anticiparon los caudillos y fomentadores de la faccion egipcia y de los Alabdaris, levantaron tropas y corrieron la tierra.

CAPITULO XXXIV.

Del imperio del califa Ibrahim y de la guerra civil en Siria.

En Oriente el califa Ibrahim sucedió en el imperio á su hermano Jezid el dia despues de id aladheha ó fiesta de las víctimas, fue su madre Noama: fue proclamado por los parciales de su hermano, sin pretension ni repugnancia de su parte; pero el breve tiempo de su imperio fue turbulento y sin ventura. El año

744 ciento veinte y siete vino Meruan ben Muhamad con su ejército á Quinsarina, con ánimo de seguir á Damasco y ocupar el imperio: estaban en Quinsarina Baxar y Mansur, hijos de Walid ben Abdelmelic, y Baxar salió con sus tropas contra Meruan, pero sus soldados le abandonaron y se pasaron al ejército de Meruan, y fueron presos Baxar y Mansur y encarcelados. Luego pasó á Hemesa, y los de la ciudad le recibieron bien y le juraron obediencia: allí se le juntaron á Meruan mas de ochenta mil hombres. Salió el ejército de Ibrahim acaudillado de Suleiman ben Hixem ben Abdelmelic, que era de ciento y veinte mil hombres, y se dirigió contra Meruan: divulgó este príncipe que su intento era vengar la muerte de Walid, y poner en libertad á los dos hijos del desgraciado califa, Osman y Hakem, que estaban en Damasco; pero Suleiman despreció sus proclamas, y se dieron sangrienta batalla: murieron muchos de ambas partes: Suleiman y los suyos huyeron vencidos, y en la fuga muchos cayeron en poder del vencedor. Meruan exigia de los prisioneros el juramento de obediencia á los dos príncipes Hakem y Osman, y sin otra condicion daba libertad á sus cautivos. Vuelto Suleiman á Damasco, de acuerdo con el califa Ibrahim, hizo dar muerte á los príncipes en su prision: luego tomó todo el oro que habia en el erario y tesoro del califa, y repartiéndolo á sus soldados para que siguiesen su fortuna se retiró de la ciudad. Entró en ella Meruan, y hallando muertos á los príncipes Hakem y Osman los enterró con mucha pompa: hizo sacar de la prision á Muhamad Jeibani, que habia estado preso con ellos, y al llegar á la presencia de Meruan le saludó llamándole califa, y lo mismo hizo Jezid, hijo de Suleiman. Dijo el Jeibani que el príncipe Hakem y su hermano le habian declarado sucesor, diciendo Hakem: si yo muriese y

mi socio futuro sucesor, que Meruan sea amir amumenin, ó gobernador de los fieles. El mismo califa Ibrahim ben Walid lo reconoció por su señor, y abdicó y se declaró depuesto del imperio, y lo mismo hizo todo el pueblo de Siria proclamándole. Imperó Ibrahim dos meses y algunos dias, y vivió hasta el año ciento treinta y dos, en que le quitó la vida Nubuno; otros dicen que murió ahogado en un rio huyendo de la batalla en que Abdala el de Alabas venció á Meruan. Era Ibrahim de poco talento y descuidado: los suyos unas veces le llamaban califa, otras amir.

CAPITULO XXXV.

De la guerra civil entre los caudillos Samail, Thueba y Husam ben Dhirar.

En España los Alabdaris y Egipcios, secuaces de Samail, corrian la tierra como enemigos, y exigian contribuciones de sangre en los pueblos que no venian á ofrecerles su obediencia y servicios: entre los caudillos descontentos apareció Thueba ben Salema el Hezami, que habia hecho grandes proezas en Africa contra los Berberíes. Andaba Husam ben Dhirar en tierra de Beja, en Algarbe de España, cuando le avisaron de las levas de gente y correrías que se hacian en la tierra, en desobediencia de sus mandamientos y desprecio de su autoridad: le dijeron que Samail y Thueba le habian depuesto de su amirazgo, y revolvian contra él todas las provincias: que ganaban los soldados fieles con falsas acusaciones contra él, y á otros con la licencia y libertad de robar los pueblos: recibió cartas de algu-

nos honrados Muslimes que le prevenian que anduviese con mucho cuidado y desconfianza, porque sus enemigo le buscaban la muerte por todas vias. Quiso Husam ben Dhirar venir á Córdoba y asegurarse en ella: para esto dispuso su marcha con poca compañía de caballeros fieles, y por caminos extraviados venia con mucha diligencia; pero su partida no pudo ser tan secreta que no la supiesen gentes entregadas á sus contrarios: así fue, que al paso de unos montes cayó sobre ellos un celada de los Alabdaris que los sorprendió y llevaron á Samail y á Thueba. Queria Thueba que sin dilacion se le descabezase, pero Samail no lo consintió, y acordaron ponerle encarcelado en una torre de Córdoba, divulgando en el pueblo que eran órdenes que se habian recibido del califa, que estaba informado de sus excesos y tiranía. Fue la prision de Abulchatar Husam ben Dhirar el año ciento veinte y siete.

744 Los caudillos descontentos, por su propia autoridad, eligieron á Thueba ben Salema por amir de España: era Thueba el Hezami de Cabila Yemeni, muy esforzado y buen caudillo. En la frontera oriental estaban Aben Cotan y Aben Ocba con poca gente y no bien avenida: por la distancia de aquella frontera de España oriental no sabian de las cosas que pasaban en Andalucía, sino lo que querian los Alabdaris y Egipcios; y cuando supieron la prision de Abulchatar Husan ben Dhirar, no sabian á que atribuirla sabiendo por otra parte su rectitud, prudencia y buen gobierno. Deseando saber lo cierto, recelosos de las maquinaciones de los Alabdaris, enviaron á Córdoba un caballero de su confianza para que averiguase lo que pasaba, y las verdaderas causas de la prision de Husan ben Dhirar. Luego entendió aquel enviado que la ambicion de Samail, y los deseos de venganza de Thueba ben Salema, y la codicia y maldad de los que ansiaban la licen-

cia de las correrías y extorsiones que autoriza el estado de guerra y de revueltas, eran las ciertas razones de la desobediencia al amir Husam, y de su violenta deposicion del amirazgo. Volvió á la frontera y refirió á los walíes Aben Cotan y Aben Ocba lo que habia averiguado; y como por las pocas tropas que tenian no estuviesen en estado de adelantar ni de intentar empresa alguna, acordaron que Aben Cotan fuese secretamente á Córdoba y procurase por medio de sus amigos y parciales poner en libertad á Husam ben Dhirar, y si no lograse algun partido en Andalucía, que no era de esperar, retirarle á las fronteras orientales, donde ellos tenian autoridad y partido. Llegó con rápidas marchas Aben Cotan á Córdoba, y fue á hospedarse en casa de Abderahman ben Hasan, caudillo de mucho valor y amigo de Aben Cotan. Conferenciaron sobre la libertad de Husam, y confiando su intento á treinta valientes soldados de su confianza, aguardaron una noche que toda la ciudad estaba en profundo sosiego, y acometieron á los que guardaban la torre en que Husam estaba preso, y á los mas degollaron, y otros huyeron y se ocultaron: sacaron á Husam, y á la hora del alba corrieron las calles y se apoderaron de las puertas de la ciudad, que sabiendo que habia sido puesto en libertad se declaró en su favor, y se armó la juventud para guardarle y defenderle. Los fugitivos de la torre, y otros del bando de los Alabdaris, llevaron esta nueva á Samail, que pasados pocos dias vino con muy buena hueste sobre Córdoba. Habia salido Aben Cotan á tierra de Toledo para buscar algunos auxiliares que favoreciesen el partido de Husam ben Dhirar. Entretanto los de Córdoba mantenian el cerco, y se defendian de los combates que daban los de Samail. Toda la tierra de Córdoba padecia los estragos de la caballería y gente que enviaba Thueba para entrar la ciu-

dad. Los buenos Muslimes confiaban en los socorros que allegaria Aben Cotam, y aconsejaban que se mantuviese el cerco. La juventud acalorada é impaciente murmuraba que el amir habia perdido en la prision el valor y la inteligencia en cosas de guerra: le ofendieron estas hablillas, y por acreditar su valor salió con pocos y escogidos Yemaníes: acometieron á las de Samail, que no esperaban esta salida, y rompieron y desbarataron cuantos se les pusieron delante, dejando el campo cubierto de heridos y muertos. Con esta salida los de la ciudad se envanecieron y se ofrecieron voluntarios á otra muchos Arabes, Siros y Africanos; y por manifestar Husam cuan bien sabia menear las armas quiso tambien salir acaudillando esta inconsiderada juventud. Habia Samail dispuesto que á la parte que hiciesen salida, las tropas cediesen campo fingiendo retirarse peleando, y preparó escogida gente de caballería, que les tomase el costado y les cortase la retirada. Así acaeció; la gente de Husam, siguiendo á su amir, atropellaron á los cercadores, que se fueron retrayendo hasta que llegó el punto de salir la caballería preparada, que envolvió á los de Husam: peleaba este con maravilloso esfuerzo, revolviendo con destreza á todas partes su caballo, y en lo mas ardiente de la refriega cayó pasado de una lanzada. Pocos pudieron volver á la ciudad de los que estaban á su lado, que los mas murieron peleando; y otros llevaron la desgraciada nueva de la muerte de Husam y la flor de su caballería: así acabó el amir Husam ben Dhirar al
745 fin del año ciento veinte y siete, ó ya entrado el ciento veinte y ocho, como dicen otros. Los de Córdoba abrieron las puertas á Samail, atribuyendo la resistencia á los parciales de Abulchatar, y entre otros al caudillo Abderahman ben Hasan y al wali Aben Cotan, que fueron buscados para entregarlos á Samail, pero no estaban en la ciudad ni volvieron á ella.

CAPITULO XXXVI.

Gobierno de Thueba y eleccion de Jusuf el Fehri.

Desde este dia continuó sin rival en su amirazgo Thueba ben Salema el Hezami: Samail fue á su gobierno de Zaragoza y España oriental, y entre ambos gobernaban toda la península, con mas atencion á mantener sus parcialidades que á dilatar las fronteras, ni fomentar el bien general del estado. Los buenos Muslimes veian el abandono de estos caudillos: que á su ejemplo los gobernadores de las provincias y los caudillos de las fronteras miraban sus pueblos como rebaños que les pertenecian, y los despojaban con voluntarias estorsiones, sin otra ocupacion que vagar armados para sacarles tributos y desusadas contribuciones. Los Muslimes pacíficos padecian poco menos que los Cristianos, y el descontento era general, y cada dia era mas insufrible la gobernacion militar. Los caudillos de cada provincia querian ser dueños independientes de cuanto sus tierras producian: los walíes de Andalucía pretendian ser obedecidos de los de Toledo y de Mérida: estos no reconocian superioridad legítima en los de Córdoba ni en los de Zaragoza: todos procuraban acrecentar su partido ganando con franquezas y libertades los ánimos de los alcaides y capitanes de frontera, y todos se disponian á conservar sus pastos y rebaños á fuerza de armas contra quien quisiese invadirlos. Así estaba España dividida entre Yemaníes ó Arabes del Yemen, Egipcios, Siros y Alabdaríes, y sin un amir con autoridad legítima que los gobernase y man-

tuviese los pueblos en justicia: por las revueltas de Oriente y de Africa no se podia esperar que de allí viniese el remedio de estos males. Los mas nobles Arabes Cahtanies y otros del Yemen, y algunos Egipcios, viendo las calamidades que amenazaban estas divisiones de los que gobernaban, y las locas pretensiones de algunos caudillos, propusieron que se celebrasen juntas pacíficas, para tratar en ellas lo que convenia á la seguridad y bien general de los pueblos. Muchos por sus intereses particulares no querian que se hiciesen estas congregaciones ó ayuntamientos, porque no se estableciesen en ellos ordenanzas ó nuevas autoridades que perturbasen su absoluta gobernacion. Despues de muchas dificultades se congregaron los walíes y principales caudillos, y persuadidos por los ancianos Cahtanis y Egipcios se convinieron en que debia elegirse un amir que tuviese autoridad sobre todos, que los walies y caudillos le obedeciesen, que él proveyese los gobiernos de las provincias y ciudades, y el mando de las tropas de frontera en quien quisiese, y por el tiempo que estimase conveniente: que él solo tuviese la suprema autoridad, el interés y el cuidado del bien y seguridad de todos los pueblos, y que todos le ayudasen á mantener el órden, la sumision y la justicia: que fuese hombre de valor y prudencia, que no hubiese sido cabeza de ningun partido, ni ferviente parcial de ninguno de los bandos que tenian divididas las gentes. Por comun consentimiento fue nombrado amir de España Jusuf ben Abderahman ben Habib ben Abi Obeida ben Ocba ben Nafe el Fehri: era de la alcabila Coraixi; y segun Muhamad ben Huzam en su libro intitulado Universal de linages, Ocba ben Nafe, el conquistador de Africa, fue padre de Obeida; y Obeida fue padre de Habib, el que mandaba en España cuando se quitó la vida á Abdelaziz ben Muza ben Noseir,

y este Habib fue padre de Abderahman, que fue cau dillo en Africa, y padre de Jusuf el Fehri, que vino España, y por sus virtudes y nobleza fue muy estim do en ella y respetado de todos, así de los Muslim como de los Cristianos. Nunca llevó la voz de ningu bando, ni era contrario ni enemigo particular de nin gun caudillo. Cuenta Aben Hayan que se celebró es junta general, en que nombraron á Jusuf el Fehri am de España, en la luna de rebie segunda, añ

746 ciento veinte y nueve.

Toda España aplaudió tan acertada eleccion, y de cansó llena de buenas esperanzas. Thueba ben Salé ma habia fallecido poco antes de estas juntas y elec cion en fin del año ciento veinte y ocho: Sama y Amer ben Amru el Coraixi, cabeza de los Alabda ríes, y amir del mar de las costas de España, aunqu en su corazon se sentian ofendidos, no lo manifestaron porque las excelentes prendas de Jusuf eran como la luces del sol, que á su vista desaparecen y se oculta las estrellas. Dió Jusuf el gobierno de Toledo á Samai y el de Zaragoza al hijo de Samail, por consideracio á sus méritos, nobleza y opinion general, y por tem plar el disgusto interior que podian tener con est muestra de honra y de estimacion. Como las comuni caciones con Africa y Siria estaban cortadas, suprimi el cargo de amir del mar que tenia Amer ben Amru y le dió el gobierno de Sevilla. Preciábase Amer de biz nieto de Mosab, alferez del Profeta en la batalla d Bedre: era muy poderoso y habia construido un mag nífico palacio en Córboba, fuera de sus muros, á la parte de poniente de la ciudad, y un espacioso cemen terio que se llamó de su nombre á la misma parte y enfrente de la puerta de aquel lado: grandes eran sus riquezas y muchos sus parciales, y todavía mayor su ambicion, y así no tardó mucho tiempo sin principiar

á perturbar la apacible calma establecida, que tanto convenia al gobierno de España; porque los ambiciosos son como el mar, que siempre está en movimiento, y el mas leve viento lo inquieta.

CAPITULO XXXVII.

Gobierno de Jusuf el Febri, y division de las provincias de España.

Visitó Jusuf las provincias, oyó las quejas de los pueblos, puso nuevos gobernadores donde convenia, removió de sus cargos á muchos por injustos y crueles. Mandó restituir los caminos militares de Andalucía á Tolaitola (1), á Mérida, á Alisbona y á Asturica, y á Saracusta y Tarracona: reparó los puentes derribados, y aplicó para estas obras y para las aljamas la tercia parte de los productos de cada provincia. Empadronó todos los pueblos de España, y la dividió toda y las ciudades de ella en cinco provincias de seis que solian ser en tiempo de los Godos, como habia antes hecho el amir Ocba ben Nafe. La primera provincia Andalucía, que antes decian Beitica del Beti, rio de Córdoba, desde su nacimiento hasta que entra al mar Océano, y de lo que este rio ciñe, y lo que está del otro lado de él hasta la embocadura del Guadiana en el mar, y las tierras contenidas como bajan las vertientes de los montes hasta el mar entre ambos rios: sus principales ciudades Córdoba, Esbilia, Carmona, Estija, Tafica,

(1) Ha parecido conveniente dejar aquí los nombres de las ciudades con las alteraciones que recibieron de los Arabes: en el índice geográfico están declaradas.

ciudad cerca de Esbilia, antigua casa real de los Eparcos de España, Sidonia, Arcos, Libla, Málaga, Elbira, Jayen, Arjona, Castolona, Alturja, Cabra, Bulcona (1), Astaba, Ossona, y otras pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion de las principales. La segunda provincia de Tolaitola, que decian antes de Cartagena, dilátase esta provincia desde la falda oriental de las sierras de Córdoba y de Castolona, estendida por grandes espacios intermedios, y del otro lado al Guf ó parte boreal de Gibal Axarrat, detras las sierras de Guadaramla, llegando hasta las montañas del otro lado del rio Duero, como bajan á él todas sus vertientes, y hácia oriente hasta las sierras en donde este rio nace, extendiéndose hácia el Mediodia hasta la costa del mar de Siria: sus principales ciudades Tolaitola, Ubeda, Boyeza, Mentiza, Wadiacix, Basta, Murcia, Bocastra, Mula, Lorca, Auriola, Elixe, Jatiba, Denia, Lucante, Cartagena, Valencia, Valeria, Segovia, Segobrica, Ercabica, Wadilhijara, Secunda, Ocxima, Colounia, Cauca, Balancia, y otras poblaciones pertenecientes á las comarcas de las principales. La tercera provincia de Mérida, que se decia antes de Lugidania y de Galicia, estiéndese á la parte de Algarbe, del lado occidental del Guadiana hasta el mar Océano, donde el sol se pone, y hácia el Guf ó Norte por toda Lugidania y Galicia hasta las costas que baña el mar Británico, y como bajan todas las vertientes de los montes del Bergido al rio Duero, y de los montes de Galicia al rio Minio y al mar de Poniente, y al del Guf ó de Britania: sus principales ciudades Mérida, Beja, Baracara, Dumio, Alisbona, Portocale, Tude, Auria, Luco,

(1) Bulcona, ahora Porcuna, esto es de Obulcona, que oyeron decir á los naturales, derivacion de Obulco, sin necesidad de delirar con inscripciones romanas y sacrificios de puercos para indagar el orígen de su nombre.

Astorica, Samora, Iria, Vetica, Ossonoba, Egitania, Colimbiria, Beseo, Lamico, Caliabria, Salamántica, Abela, Elbora, Iabora, Cauria, y otras menos considerables pertenecientes á las comarcas y jurisdiccion de las principales. La cuarta provincia de Saracosta, que antes llamaban Celtiberia, se estiende desde la falda oriental de los montes de Ercabica y del otro lado de las sierras, donde nace el rio Tajo, por todas las tierras de España oriental, cuyas vertientes descienden de ambos lados al rio Ebro hasta dentro en los montes de Albortat y montes Albaskenzes: sus principales ciudades Saracusta, Tarracona, Gerunda, Barciliona, Egara, Empuria, Ausona, Urgelo, Lérida, Tortusa, Wesca, Tutila, Auca, Calahorra, Bambolona, Tarazona, Barbastar, Acoscante, Amaya, Jacca, Segia, y otras pertenecientes á las comarcas de las principales. La quinta provincia de Narbona, que está en tierras de Afranc y se dilata desde la falda oriental de los montes de Albortat, como descienden las vertientes hácia el mar de Damasco, entre los montes y la costa del mar hasta el rio de la ciudad Nemauso, que entra en el rio Ródano: es tierra de frontera contra las gentes de Afranc: sus principales ciudades Narbona, Nemauso, Carcasona, Caucoliberi, Betieras, Agada, Macalona, Lotuba, Elena, y otras de menos nombre que pertenecen á sus comarcas.

Envió Jusuf el Fehri á su hijo Abderahman, llamado Abulaswad, con escogida gente de á pie y de á caballo á las fronteras de Afranc con el Ocaili, primo de Samail, que era caudillo de la gente de Siria, y con Suleiman ben Jiheb, que mandaba tropas egipcias, para contener á los rebeldes que habian inquietado las fronteras aprovechando la ocasion de las desavenencias de los Muslimes de España.

CAPITULO XXXVIII.

Del imperio del califa Meruan, último de los Omeyas en Oriente.

Loado seas, señor Dios, dueño de los imperios, que das el señorío á quien quieres, y quitas el señorío á quien quieres, y honras á quien quieres, y humillas á quien quieres, en tu mano está el bien y el mal, y tú eres sobre todas las cosas poderoso. Ordenado estaba en los eternos decretos que acabase en Oriente la felicidad y el reinado de los Beni-Omeyas. Los últimos califas de esta dinastía, Jezid y Meruan, despreciaron, que no debieran, las pequeñas centellas de rebelion que abrigaban los Beni-Alabas con políticos disimulos, desestimando aquellos avisos que en excelentes versos envió el caudillo Nasir ben Seyar al califa Meruan, diciéndole:

Entre la ceniza fria vi lucir leves centellas,
Yo temo que han de llegar á ser llamas descubiertas:
Si acaso no las apaga con tiempo mano discreta,
Lo que estas llamas abrasen no será monte ni selva,
Sino gente, que la vida entre sus incendios pierda:
Dije viendo tal vision, con admiracion de verla:
¡Oh, quién á menos distancia ahora saber pudiera
Si la sucesion de Omaya duerme á sueño suelto ú vela!

Así fue, que encendidos los ánimos con las sugestiones de Abu Muslema, ardió el estado en discordias y descubierta guerra civil. Para dar mayor impulso á la ruina de esta alta casa de Omeya, cayó tambien su apoyo y principal columna el wali Nasir ben Seyar, y con él todas las esperanzas del estado: esto fue año

748 ciento treinta y uno, y en ocasion tan peligrosa depuso el califa Meruan del gobierno de Egipto á Guayara ben Sahli, y puso en su lugar á Abdala ben Magbara, que murió poco despues. Envió en su lugar á Abdelmelic, hijo de Muza ben Noseir, y confirmó al amir de Africa Abderahman ben Habib, que tenia este gobierno por su propia autoridad. Asimismo aprobó y confirmó la eleccion de amir hecha en España en Jusuf el Fehri, ó fuese confianza, ó disimulo por no poderlo impedir. En todas las provincias se le rebelaban los gobernadores, y los que se querian oponer á los desleales quedaban vencidos. Los gobernadores de las ciudades, siguiendo el viento de la fortuna que soplaba, las entregaban al vencedor y rebelde Asefah aun antes que intentase tomarlas, y todos se le ofrecian y se ponian de su bando. Así facilitaron á Abdala Abulabas Asefah la violenta subida al trono de los califas.

Por industria y valor de su waizir Abu Muslema fue Abdala proclamado; y sin perder tiempo, tan precioso en estas ocasiones, envió á su tio Abdala con numerosa hueste á perseguir al califa Meruan. Encontráronse ambas huestes en Turab, cerca de Musul, la batalla fue muy sangrienta, y mas de treinta mil hombres murieron á lado de Meruan. Huyó el vencido califa y las pocas tropas que escaparon de la espada del vencedor se ahogaron en el (1) Forat: este dia y en este paso del rio murió ahogado Ibrahim, el califa depuesto. Fatalidad de los eternos decretos, que muriese Ibrahim peleando por conservar el imperio al que le habia despojado de él. El sin ventura Meruan llegó á Quinsarina, y Abdala le siguió con la flor de su caballería. No creyéndose allí seguro Meruan, que no lo es-

(1) Forat, el rio Eufrates, que nace en las sierras de Armenia y va al golfo Pérsico.

tá el infeliz aunque se esconda y encarame en los nidos de las águilas, sobre las altas rocas, ni evitará la saeta de la poderosa mano del hado, aunque se suba á las estrellas, partió á Hemesa. Los de la ciudad al principio le hicieron buena acogida; pero cuando entendieron las circunstancias de su derrota, y el mal estado de sus cosas, le obligaron á salir de su ciudad, y se declararon por su enemigo. Llegó á Damasco, y sin confiar en esta su ciudad, pasó á Palestina, y cerca de Alardania le alcanzó Abdala que le seguia como el hambriento pardo á la tímida gazela. Trabóse una sangrienta escaramuza, en que se retiraron vencidos los de Abdala: tanto puede el desesperado valor. Desairado y ofendido de este revés de su fortuna quitó el califa Abdala Asefah el mando de las tropas á su tio Abdala, y lo encargó á su hermano Saleh.

Meruan, perseguido siempre de su contraria fortuna, huyó á Egipto con las tropas que todavía le quisieron seguir, que no eran muchas: iba Saleh en su alcance, y en unas alquerías de Saida, que llaman Busir-coridas,
749 alcanzaron su campo el dia veinte y siete de dilhagia año ciento treinta y dos: acometieron los de Saleh con ventaja, y la resistencia de los del califa duró poco tiempo, porque Meruan cayó muerto en los primeros encuentros. Cuéntase que un vil soldado, que antes vendia granadas en la plaza de Cufa, le cortó la cabèza y la presentó á Saleh: mandó este desmeollarla para enviarla canforada á su primo el califa Asefah, que ya habia ocupado el palacio de los califas en Cufa. Como para prepararla y embalsamarla hubiesen arrancado su lengua, una fuina la arrebató: lo que se tuvo por castigo divino por las impiedades que Meruan solia decir. Así lo referia Saleh en su carta y versos, que con este motivo escribió á su primo el nuevo califa.

Dios te dió triunfo y victoria en las batallas de Egipto,
Y la muerte á Meruan por temerario é impío:
Mira cual su lengua paga cuantas blasfemias ha dicho,
Pues la arrastra y la devora vil fuina de cortijo:
Aquí vimos á las claras cómo el Señor del destino
A los impíos tiranos les da su justo castigo.

Despues Saleh se volvió á Siria, y dejó en el gobierno de Egipto al caudillo Abu Aunila. Cuando presentaron al califa Asefah la cabeza de Meruan en Cufa se postró y dió gracias á Dios por la muerte de su enemigo. Los hijos del rey Meruan se salvaron huyendo á Etiopia, donde los negros peleando contra ellos mataron á Obeidala: su hermano Abdala escapó con alguna gente y anduvo vagando á diversas partes, hasta que en el califado de Almehdi cayó en manos del gobernador de Palestina Nasru ben Muhamad ben Alaxat, que lo envió al califa Almehdi. La familia de Meruan, sus hijas, mugeres y esclavas fueron presentadas á Saleh, y mandó que las llevasen á la ciudad de Aarran, donde Meruan solia tener su corte parte del año. Las desgraciadas al entrar en aquella hermosa ciudad, y ver sus alcázares y deliciosos jardines, ya no suyos, lloraron con lastimosos lamentos, y se quejaron en vano de su enemiga fortuna. Tenia Meruan cuando murió sesenta y dos años; habia reinado cinco, diez meses y quince dias: era blanco de color, de ojos garzos, la cara magestuosa, barba densa y bien puesta, y de mediana estatura, de grande ánimo, muy valiente, de entendimiento y consejo muy agudo: sino que ya se habian acabado su imperio y fortuna con los dias de su felicidad, y se habian de acabar en infortunio y desgracias; por eso no aprovecharon su buen consejo y agudeza. Fue su sobrenombre Abu Abdelmelic y Alhemaru, y tambien le decian el Giadi porque seguia la opinion de los Algiades, que eran los que decian que el Alco-

ran y el Hado eran criaturas: su madre era de nacion Curda. Este fue el último califa de los Omeyas, que todos fueron catorce.

No será inoportuno abreviar aquí sus nombres, y el tiempo que duró el califado de cada uno. El primero se llamó Moavia ben Abi Sofian; duró su imperio diez y nueve años, tres meses y veinte y siete dias. Este solia decir: que los príncipes son la fortuna buena y mala de los hombres en este mundo porque levantamos y engrandecemos á quien queremos, y abatimos y humillamos á quien se nos antoja. El segundo fue Jezid, hijo de Moavia sobredicho; duró su imperio tres años y seis meses. El tercero se llamó Moavia, hijo de Jezid ben Moavia; reinó tres meses, otros dicen cuarenta dias. El cuarto se llamó Meruan ben Hakem; fue califa nueve meses y diez y ocho dias. El quinto se llamó Abdelmelic, hijo de Meruan; reinó trece años y cuatro meses menos siete dias. El sexto se llamó el Walid, hijo de Abdelmelic ben Meruan ben Alhakem, que fue muy venturoso en sus cosas, en su tiempo se conquistó la España, engrandeció la ciudad de Damasco con magníficos edificios; y duró su venturoso imperio nueve años y siete meses. El séptimo se llamó Suleiman, hijo de Abdelmelic; fue califa cuatro años y ocho meses. El octavo se llamó Omar ben Abdelaziz, fue califa dos años y cinco meses. El nono fue Jezid ben Abdelmelic; reinó cuatro años y un mes. El décimo se llamó Hixem ben Abdelmelic; reinó diez y nueve años, nueve meses y dias: los hijos de este califa pasaron á España perseguidos por los califas de Beni Alabas, y establecieron en ella su imperio. El onceno se llamó el Walid, hijo de Jezid ben Abdelmelic ben Meruan; reinó un año y tres meses. El duodécimo se llamó Jezid, hijo de Walid ben Abdelmelic, fue llamado el Nakis por los soldados; reinó cinco meses y doce dias. El décimotercio se lla-

mó Ibrahim, hijo de Walid ben Abdelmelic, hermano de Jezid el Nakis; reinó cuatro meses, otros dicen setenta dias, pues fue depuesto, y años siguientes murió ahogado en el rio Azabo cuando perdió la batalla el califa Meruan, como ya hemos dicho. El décimoeuarto y último de los Omeyas se llamó Meruan, hijo de Muhamad ben Meruan ben Alhakem, que le llamaban el Giadi; reinó cinco años, diez meses y quince dias, murió peleando en Egipto, donde perdió su ejército.

CAPITULO XXXIX.

De otros sucesos trágicos de los Beni Omeyas despues de la muerte de Meruan.

Ahora dirémos el suceso de los Beni Omeyas despues de la muerte del califa Meruan, las persecuciones y muertes de ellos, siguiendo el órden del tiempo. Cuentan los historiadores que despues de la muerte de Meruan, acabado el imperio de los Omeyas, quedó de esta familia Soliman, hijo de Hixem ben Abdelmelic, el décimo de estos califas, el cual con su hermano Abderhaman alcanzaron del califa Asefah no solo seguridad, sino estimacion y honras especiales, y estaban bien recibidos en la corte, si no hubiera influido la malignidad de algunos cortesanos contra ellos, entre otros uno llamado Sodaif, que por algun antiguo agravio que habia recibido de los Omeyas, ó por lisonjear al califa y á sus parientes, le entró un dia diciendo estos versos:

A tus ojos nunca creas, que la apariencia es falaz,
Y tal vez bajo del brazo puede ocultarse gran mal:
Con la espada se repara, que por eso al lado está,

Y da de mano al azote porque no suele bastar :
Hasta que de todo el orbe en el ámbito capaz
De gentes de Beni Omeya no quede rastro ú señal.

Cuando el califa oyó estos versos, como su corazon estaba ya muy dispuesto á esta crueldad, mandó matar á Seliman ben Hixem, y su hermano se libró por estar ausente. Tambien estaban algunos caballeros de la familia de Omeya refugiados y con seguro y muy honrados en la corte de Abdala ben Ali, tio del califa Asefah: cuentan que eran hasta noventa caballeros, los cuales habiendo sido convidados á un festin, y estando para comer con el tio del califa, entró en la sala de la concurrencia Jiabil ben Abdala, liberto de los Beni Haxiam, y dijo estos versos al príncipe :

Sobre los mas altos montes á este reino amanecia
Su clara y feliz estrella que lo bañó en luz benigna :
De los nobles Alabazes llegó á su cumbre la dicha.
Que todo el mundo anhelaba y Abdelhaxiam (2) merecia :
Y despues que su inconstancia mostró la suerte enemiga,
Cuando de sus pies los alza y otra vez los acaricía,
Injusta será, si á un tiempo su faz muestra compasiva
Con hijos de (1) Abdelxiamsi, con esa prosapia impia.
Eso no es de recelar que en saña airada los mira,
Y con tristes contratiempos su justa venganza indica.
Luego sus cercena y corta de raiz la planta altiva,
Y della no quede rama que pueda dar sombra un dia.
Acaben tambien al golpe los que su bando seguían :
Con halagüeño semblante hoy tus umbrales visitan:
Sabe que contra tí son acicaladas cuchillas,
Que cortan sin compasion y están sedientas de vidas.
Ahora yo, que te quiero, y los que tu riesgo excita
Sienten verlos en tu alcázar pisando tus alcatifas,
Y que en él se ven honrados con tal regalo y estima :
Pues que Dios los humilló, ¿ por qué tú no los humillas ?
Salgan luego de tu casa, no tengas dellos mancilla,

(1) Este era el abuelo ú tronco de los Alabaces ó Abasidas.
(2) Este fue el abuelo ú tronco de los Omeyas.

De Albusein (1) y Zaydi (2) no olvides la muerte indigna,
Ni á quien en su propia cama robaron la dulce vida:
Y aquel ínclito (3) varon que en Harran amanecía
Por las calles arrastrado, muerto con alevosía,
Y olvidado entre estrangeros, venganza, venganza, grita.

Entonces Abdala, tio del califa Asefah, mandó azotar hasta que muriesen á los noventa caballeros de la familia de Omeya, y luego se hizo, y cayeron desfallecidos en el suelo, y entonces hicieron estender los estrados sobre ellos, y las gentes comieron sobre aquellas alfombras, oyendo los gemidos de aquellos sin ventura hasta que murieron. No contento de esto hizo Abdala que abriesen los sepulcros de los califas que estaban sepultados en Damasco, y sacaron los huesos de Moavia ben Abi Sofian con los de Jezid, su hijo, y los de Abdelmelic ben Meruan, y los de Hixen, su hijo, que hallaron su cadáver sano, y lo mandó poner en un palo: despues lo mandó quemar y esparcir sus cenizas al viento. ¡Inhumana venganza contra los muertos! Persiguió á todos los de esta familia y real casa de Ome ya, hasta intentar que no quedase de ella ni chico ni grande: por otra parte los perseguia con la misma crueldad Soliman ben Ali, otro tio del califa, que hizo morir muchos de ellos en la ciudad de Basra, y los hizo echar al campo, y que nadie los enterrase para que los perros los comiesen y las aves carnívoras. Los que pudieron se huyeron disfrazados, vagando por diversas partes del mundo.

(1) Alhusein fue hijo de Ali, hijo de Abi Taleb, tio del Anabi Mahomad y hermano de Abas, progenitor del califa Asefah: este Husein fue asesinado por órden de Jeziz, segundo califa de los Omeyas: le cortaron la cabeza, y el cadáver fue arrastrado y pisado de la gente y caballos en las calles.

(2) Zaydi, hijo de Husein, vencido en batalla y muerto por órden del califa Hixem ben Abdelmelic: su cadáver estuvo puesto en un palo mientras reinó aquel califa de los Omeyas.

(3) Este fue Ibrahim, el hermano del califa Asefah, muerto en su prision.

CAPITULO XL.

De la guerra civil de los caudillos árabes en España.

En este tiempo en España el amir Jusuf el Fehri se hacia temer de todos por su severidad y justicia, aunque los descontentos ó émulos de su poder decian que no era su justicia sino contra sus rivales ó estraños, que para los de su casa y sus amigos su copa era de miel, y para los demas de amargos ajenjos. El que se manifestaba mas libre y mas desafecto fue Amer ben Amru el Coraixi, caudillo que era cabeza de los Alabdaríes, y por sus muchas riquezas y grandes alianzas con los mas poderosos de España nada temia: se habia enemistado con Samail wali de Toledo y con su hijo, que tenia el gobierno de Zaragoza, y de esto estaba ofendido: solicitó alguno de estos principales mandos, y desairado en sus pretensiones principió á fomentar la
749 sedicion y discordia civil; ya desde el año ciento treinta y dos andaba inquietando los ánimos, ganando á los alcaides de algunas comarcas con dádivas y promesas.

El amir de España receloso de su conducta, y avisado de las maquinaciones sediciosas de Amru, no se descuidó en seguirle sus pasos y averiguar sus intentos, temiendo que su mucho crédito y riquezas viniesen á ser fatales á los pueblos de España. Llegó á manos de Jusuf el Fehri una carta que Amer ben Amru habia confiado á un Siro su ahorrado, gente leve é infiel cuando los estimula su natural codicia con alguna nueva

esperanza de logro: este le entregó la carta, y bien pagado fingió su viage pasando al Egipto. Escribia Amer al califa de Damasco, diciéndole: que Jusuf gobernaba la España como absoluto dueño de ella: que él y sus amigos la tenian repartida entre sí como si fuese herencia propia: que no se oia el nombre del califa en España, ni de quien se preciase de serle obediente: que llevado de su celo y respeto á la autoridad del amir de los fieles y legítimo califa se lo participaba para que providenciase el conveniente remedio: que contase con su obediencia y la de sus parciales, que eran muy poderosos: que no confiase en Samail ni en su familia, que estos tenian parte en la tiranía y mal gobierno de Jusuf el Fehri. Dió parte de esta carta á Samail y á su hijo, y acordaron que era menester asegurarse de Amer ben Amru, y procurar su muerte si no habia otro remedio.

Estaba en este tiempo Samail en su casa, que tenia en la ciudad de Secunda (1); y sabiendo que Amer ben Amru pasaba con algunos sus parciales cerca de esta ciudad, intentó Samail que algunos caballeros de su compañía saliesen como acaso al camino, y lo prendiesen ó llevasen con engaños á Secunda. Salieron los de Samail, y viendo que los que acompañaban á Amer ben Amru eran en mayor número, los saludaron, y con muestras de amistad los convidaron con sus casas y hospedage. Lo aceptó Amer bien ageno todavía de que sus maquinaciones fuesen sabidas en España: recibidos en Secunda, cuando en el palacio de Samail cenaba este con sus principales secuaces, se oyeron las voces de los que primero se habian adelantado á desarmar su gente: con maravillosa presteza saltó Amer de la mesa, y con su espada se abrió paso como un rayo, y mez-

(1) Puede ser Sigüenza.

clado en la confusion de los que se resistian y peleaban en los patios se salvó con pocos de los suyos, que allí quedaron muertos la mayor parte de ellos. En vano los buscaron y persiguieron los de Samail, que mas ligero suele correr el perseguido. Luego fue abierta la guerra y descubierta la parcialidad. Allegó Amer sus gentes, y ardiendo todos en deseos de venganza corrieron por todas partes á las armas. Cuentan algunos que Amer fue prevenido de lo que contra él se intentaba aquella noche un poco antes por su alcatib ó secretario, que se llamaba Alhebab, que era de Beni Zahira, que oyó palabras de sospecha entre la familia de Samail. Por todas partes andaban los agentes de Amer excitando á la venganza de la sangre de los nobles Arabes derramada alevosamente en la ciudad de Secunda, que fué desde este dia un monumento de horror y de compasion para los honrados Muslimes. Como esta perfidia era pública, y los intentos y maquinaciones de Amer ben Amru secretos y desconocidos, gran parte de los Arabes, Yemaníes y Cahtaníes se declararon en su favor, y engruesaron sus compañías. Cuanto se publicaba por el amir Jusuf y por Samail se tenia por falso y como vanas escusas de su maligna intencion frustrada contra sus esperanzas: todos lo atribuian á la envidia y antigua enemistad de Samail y de los suyos contra Amer ben Amru.

Con sus muchas riquezas y el favor de Husein Ocaili y de otros caudillos yemaníes y berberíes allegó Amer una buena hueste, y entró en tierras de España oriental, y se dirigió á las comarcas de Zaragoza, donde menos recelaban sus enemigos. Luego fue avisado Samail del golpe que amenazaba á su hijo, y con la caballería que de presto, pudo juntar fue contra los alabdaríes: supieron estos su marcha, y con mucha diligencia salieron á encontrarle; aprovecháronse de la as-

pereza de la tierra por donde Samail debia pasar, pelearon con él en las sierras donde su caballería no hacia efecto alguno, y fatigada de las largas marchas cuando salió de las fragosidades ya estaba sin brio y muy disminuida. Así á pesar del valor y de la destreza los alabdaríes quedaron vencedores, y fué forzoso á Samail encerrarse en Zaragoza. Cercaron la ciudad los alabdaríes con grandes esperanzas de rendirla; pero Samail la defendia con igual valor y con mucha inteligencia. Los combates eran frecuentes: en los rebatos y salidas hizo Samail mucho daño á sus enemigos, y como las provisiones fuesen escaseando en la ciudad, determinó salir de ella dejando á su hijo la gente mas apropósito para la defensa, en tanto que llegaba el auxilio que esperaba de Toledo y de Córdoba. Salió de la ciudad Samail con su gente y muy buena caballería: pelearon con los de Amer ben Amru, que no pudieron contener su impetuosa salida, y aunque en el desórden recibieron harto daño, luego vieron que el intento habia sido dejar la ciudad, y confiaron entrar en ella sin mas resistencia. Todavía mantuvo la ciudad el hijo de Samail defendiéndola con mucha constancia. El campo de los alabdaríes se dividió, y mientras Amer ben Amru continuaba en el cerco, su hijo Wahib y el caudilio de los cahtaníes Husein ben Adegiam el Ocaili partieron siguiendo á su primo Samail, con quien trabaron algunas escaramuzas en su retirada. Entretanto, apurados los recursos de la ciudad, y dilatándose el sitio, reducidos á mucho estremo los defensores se dispusieron á dejar la ciudad en manos de sus enemigos: con mucho secreto prepararon su salida valiéndose de la oscuridad de la noche, cuando los fuegos de los que cercaban la ciudad estaban casi apagados. Fue la salida á la tercera vela de la noche: todo estaba descuidado en el campo y en la ciudad. Caminaron con mu-

cho silencio hasta llegar á las fosas que rodeaban las avenidas de la ciudad: allí acometieron con ímpetu; y degollaron cuantos se ofrecieron al paso, y con harta felicidad rompieron la circunvalacion sin perder un hombre. Amru á la venida del dia fue recibido por los habitantes que le manifestaron que no habian tenido parte en la resistencia ni defensa, sino como forzados por su wali; y Amer ben Amru los aseguró y les ofreció su fe y amparo siéndole obedientes. Fue la entrada
753 de Alabdari en Zaragoza el año ciento treinta y seis. Dió el gobierno de ella á su hijo Wabib, y luego avisó á sus parciales esta ventaja. Salió á reunirse con Husein para perseguir juntos á Samail y á su hijo, que se habia retirado á los montes. Cuando Jusuf el Fehri esperaba que Samail destruyese á sus comunes enemigos los Alabdaríes, quedó espantado y lleno de saña al saber que habia abandonado la ciudad, y toda la España oriental; así con la mayor diligencia partió en su ayuda con mucha caballería. Fue en este tiempo cuando aparecieron en Córdoba tres soles muy pálidos (1), y á la parte del Guf ó boreal una terrible guadaña de fuego, y todo el cielo como color de sangre, que ponía espanto á las gentes que la veian. Señales ciertas y presagios de las desolaciones que se siguieron, y de las sangrientas guerras que afligieron estas tierras.

Se unieron en Toledo á las tropas del amir Jusuf las que ya estaban dispuestas por órden del wali de ella Samail, que habia enviado sus cartas á sus alcaides y gobernadores de sus ciudades: toda España se puso en armas, y los caudillos muslimes que estaban en las fronteras ya dirigian sus banderas á lo interior de la

(1) Este fenómeno de los tres soles es cosa natural, y en diez y nueve de enero del año mil setecientos ochenta y siete se vió en la villa de Caspe en Aragon por la mañana.

península para destruirse en horrorosa guerra civil, divididos en contrarias parcialidades. Amer ben Amru y Husein el Ocaili allegaron numerosas huestes, y Wahib el hijo de Amer se adelantó á pelear en las sierras contra las tropas de Andalucía. Los habitantes de las poblaciones las abandonaban, y se huian sin saber adonde ir: las tropas de ambas huestes abrasaban las poblaciones para quitar toda comodidad á sus contrarios, y en esta sangrienta guerra civil desaparecieron algunas de que solo restan las ruinas ó cenizas.

Así estaban divididos los gobernadores de España y sus pueblos llenos de esperanzas y temores: de esta desavenencia y cruel guerra civil procedió la union y buen consejo de los principales muslimes, el bien comun de los pueblos de la península y el establecimiento en ella del imperio de los Beni Omeyas.

En cuarenta y cinco años que habian pasado desde la conquista España fue gobernada por veinte amires ó caudillos principales, segun cuentan nuestros ancianos, cuyos nombres ya he referido, si bien en el tiempo y duracion del mando de cada uno hay en los historiadores algunas diferencias. El tiempo que de ellos hemos referido es de cuarenta y cuatro años y siete meses; y aun en esto hay alguna leve discordancia en nuestras memorias. Entró Taric ben Zeyad el Sadfi, y mandó solo en España un año: entró Muza ben Noseir el Becri, y mandó él y su hijo Abdelaziz casi tres años y estuvo España sin amir casi (1) dos años, hasta que las tropas hicieron su adelantado ú caudillo á Ayub ben Habib el Lahmi, que era hijo de la hermana de Muza ben Noseir, y mando seis meses: entró en España Alhaur ben Abderahman el Thakefi, y mandó un año y siete meses: entró Alsama ben Malec el Chulani, que

(1) Edobi dice que estuvo España sin amir casi un año, y así otros escritores.

mandó por órden del califa Omar ben Abdelaziz dos años y siete meses: entró Ambisa ben Sohim el Kelebi, y tuvo el mando cuatro años y cerca de cinco meses: entró Yahye ben Salema, y mandó en España un año y cerca de seis meses: hubo luego el gobierno Hodeifa ben Alhaus, y mandó cerca de seis meses: despues hubo el gobierno Otman ben Abi Nezá el Chemi, y mandó un año y cerca de seis meses: luego hubo el gobierno Alhaitam ben Obeid el Kenani, y mandó cerca de cuatro meses: despues de él hubo el mando Abderahman ben Abdala el Gafeki, que gobernó dos años y cerca de siete meses: gobernó luego Abdelmelic ben Cotan el Fehri y estuvo en el mando tres años y dos meses: despues entró Ocba ben Alhegag el Seluli, que gobernó cinco años y dos meses: luego se alzó Abdelmelic ben Cotan el Fehri contra Ocba, y le depuso, y mandó un año y casi un mes: luego entró Baleg ben Baxir el Caisi, y mandó cerca de seis meses; despues hubo el mando Thaalaba ben Salema el Ameli, y gobernó cerca de cinco meses: luego fue amir Abulchatar Husam ben Dhirar el Kelebi, que mandó dos años y ocho meses: despues hubo el mando Thueba ben Salema el Hezami, que gobernó un año y meses, y al mismo tiempo con otro varon (1), que mandó nueve años y once meses (2): dicen qué hubo en el gobierno otro varon; pero no sé en verdad sino la historia y sucesion de estos veinte: Dios lo sabe, no hay gloria ni poder sino en Dios Todopoderoso y glorioso.

(1) Este fue Jusuf ben Abderahman el Fehri, y el otro que indica este fragmento puede ser Samail ben Hatim, que mandó al mismo tiempo, ó alguno de los dos interinos que omite.

(2) Segun Hayan y Abu Becre ben Alcutia gobernó Jusuf en España nueve años y nueve meses.

Série de los califas de Oriente que fueron señores de España en esta época.

Walid ben Abdelmelic ben Meruan.
Suleiman ben Abdelmelic.
Omar ben Abdelaziz.
Jezid ben Abdelmelic.
Hixem ben Abdelmelic.
Walid ben Jezid.
Jeziz ben Walid.
Ibrahim ben Walid.
Meruan ben Muhamad ben Meruan.

Amires ó gobernadores de España por los califas de Damasco desde el principio de la conquista hasta el año ciento treinta y siete de la hegira, séptimo del gobierno de Jusuf el Fehri.

Taric ben Zeyad el Sadfi.
Muza ben Noseir el Becri.
Abdelaziz ben Muza.
Ayub ben Habib el Lahmi.
Alhaur ben Abderhaman el Tzakefi.
Alsama ben Malic el Chulani.
Ambisa ben Sohim el Kelebi.
Hodeira ben Abdala el Fehri.
Yahye ben Salema.
Hodeifa ben Alhaus.
Otman ben Abi Neza el Chemi.
Alhaitam ben Obeid el Kenani.
Muhamad ben Abdala.
Abderrahman ben Abdala el Gafeki.
Abdelmelic ben Cotan el Fehri.
Ocba ben Alhegag el Seluli.
Abdelmelic ben Cotan, segunda vez.

Baleg ben Baxir el Caisi.
Thaalaba ben Salema el Ameli.
Husam ben Dhirar el Kelebi.
Thueba ben Salema el Hezami.
Jusuf ben Abderrahman el Fehri.

Los principes cristianos de España y Francia que se mencionan en esta época.

Ruderic, rey godo de España.
Tadmir, señor de tierra de Murcia.
Atanaildo, sucesor de Tadmir.
Eudon, duque de Aquitania.
Cárlos Martel, maire de la casa real de Francia.

PARTE SEGUNDA.

CAPITULO I.

De Abderahman ben Moavia errante entre los Alárabes del desierto.

Bendito sea aquel Señor en cuyas manos están los imperios, que da los reinos, el poderío y la grandeza á quien quiere, y quita los reinos, la potestad y la soberanía á quien quiere : Señor Alá, tu imperio solo es eterno y sin vicisitudes, y tú solo eres sobre todas las cosas poderoso. Estaba escrito en la tabla reservada de los eternos decretos que á pesar de los Beni Alabas, y de sus deseos de acabar con toda la familia de los Beni Omeyas, ya despojada del califado y soberanía del imperio muslímico, todavia se habia de conservar una fecunda rama de aquel insigne tronco, que se estableceria en Occidente con floreciente estado. Abderahman ben Moavia ben Hixem ben Abdelmelic ben Meruan, mancebo de veinte años, pues habia nacido el año ciento y trece en el campo de Damasco, se halló, por fortuna, ausente en Zeitun cuando fue la órden del califa Asefah para darle muerte á él y á su primo Suleiman ben Hixem ben Abdelmelic, que ambos vivian sobreseguro y honrados en la corte. Luego fue avisado de la muerte de su primo, y de la mucha diligencia con que buscaban su cabeza. Proveyéronle de joyas y caballos

sus fieles amigos : se disfrazó, y desconfiando de pod estar desconocido en Siria, huyó de aquella tierra p caminos extraviados: salió de su patria, abandonan los palacios de sus padres y abuelos, sin osar entrar poblado, que no era persona oscura y desconoci sino hijo de príncipes poderosos dueños de aquellas p vincias. Anduvo errante y fugitivo desde el año cie treinta y dos, viviendo entre Beduinos y pastores aunque acostumbrado á los regalos de la opulencia á las delicias de las ciudades, se acostumbró con fac dad á la rústica y dura vida del campo, como si hubi nacido en sus valles y rancherías. Estaba cada dia nuevos sobresaltos, las noches pasaba con desvelo, las alboradas era el primero que ponia el freno á su ballo.

Pensando hallar mas seguro asilo en Africa que Egiptó dejó á sus Beduinos y pasó á ella : era gobe dor de la provincia de Barca Aben Habib, que de su autoridad y buena suerte á los califas Beni Omey. pero siguió el aire de la fortuna que soplaba, y olvi á sus antiguos favorecedores. Tenia este wáli espiad todos los pasos, y dadas las órdenes para prender jóven Abderrahman, y luego supo que un mancebo sus mismas señas habia entrado en su provincia. Avis á sus alcaides, y mandó buscarle en toda la tierra, di ciéndoles: que no podian hacer al califa servicio ma agradable que la prision de aquel fugitivo.

Andaba Abderahman en tierra de Barca, y en todas partes halló gentes bien intencionadas y benéficas que se le aficionaban y deseaban servirle: su edad, su gentileza, cierta magestad que resplandecia en sus ojos, y su condicion afable ganaba los corazones y voluntad de cuántos le trataban. Los Beduinos del aduar en que estaba hospedado fueron una noche alcanzados de una compañía de gente á caballo, enviada por Aben Habib

para prender á Abderahman: preguntáronles por un joven de Siria de tales señas, que los Beduinos no dudaron que buscaban á su huésped Giafar Almanzor, que con este nombre le llamaban ellos, y recelando que no fuese para bien suyo, les respondieron: que cierto, el mismo que buscaban habia salido á caza de leones con otros jóvenes, y debian pasar la noche en un cercano valle. Partieron aquellos emisarios al indicado valle, y los honrados Beduinos llegaron presurosos y manifestaron á su huésped lo que les habian preguntado y sus bien fundadas sospechas: agradecióles con lágrimas y sinceras expresiones lo que por él habian hecho, y acompañado de seis esforzados mancebos del aduar huyó durante la noche, y protegido de sus sombras á procurarse en mas apartados desiertos algun seguro asilo de las asechanzas de Aben Habib: atravesaron grandes llanuras y collados de arenas: oyeron sin temor el rugido de fieros leones; y continuando intrépidos algunas jornadas llegaron á Tahart (1) donde hallaron generosa acogida. Los hospedó en su casa un noble jeque de los mas principales de la tribu zeneta, los visitaron en ella todos los de Tahart, y querian llevarlos á sus casas. No quiso Abderahman disimular aquí su origen y desgracias, sabiendo la nobleza y generosidad de esta tribu y que su madre Raha procedia de ella. Divulgada esta feliz circunstancia todos los jeques zenetes le ofrecieron su amistad y favor, y se acrecentó

(1) Tahart era la capital del Algarbe medio, en Mauritania: estaba este lugar á cuatro jornadas de Telencen, que decimos Tremecen; y en este tiempo no era todavía ciudad, sino una Cora ó provincia habitada por las tribus zenetas en varias poblaciones y valles: se llamó ciudad cuando se aumentó la poblacion con la concurrencia de los pueblos dependientes, como Tenes, Berseg, Beni Mazgana, Tadales, Begaya, Gigel, Meliana, Alcala, Mesila, Gadir, Mocra, Necaus, Tobna, Kosantina, Baes, Bagiaya, Tifas, Dar Madin, Tarma, Dar Malul y Melila.

y de Africa, regida por un buen príncipe seria el pais mas venturoso de la tierra; pero ¿dónde irémos á buscar este príncipe que nos conviene? callaron todos: entonces Wahib ben Zahir les dijo: no estrañeis que os proponga un jóven descendiente de nuestros antepasados califas, de la misma prosapia de nuestro Anabi Mahomad: en Africa vaga errante entre las tribus bárbaras, y aunque perseguido y fugitivo está en ellas respetado y servido por su valor y su noble condicion. De Abderahman os hablo, hijo de Moavia, hijo del califa Hixem ben Abdelmelic. Convinieron todos en este pensamiento, y nombraron á Temam ben Alcama, y á Wahib ben Zahir, para que en nombre de los jeques de España, reunidos para el bien comun de ella, pidiesen á Abderahman ben Moavia que viniese con ellos á ser su amir y gobernar la España, que todos le ofrecian su fidelidad y obediencia, que querian que reinára en ella con absoluta independencia de los califas orientales y de todos sus gobernadores ó lugartenientes de Egipto y de Africa, y todos los buenos Muslimes de España darian su vida por mantener su independencia y el imperio que le ofrecian.

CAPITULO III.

De la embajada de los jeques á Abderahman.

Con mucho secreto partieron á Africa los encargados de esta mensageria, pretextando otros motivos de su partida, porque los parciales de Jusuf ó de Alabdari no lo entendiesen. Llegaron á Tahart, donde fueron bien recibidos de los jeques de la tribu zeneta y pre-

sentados á Abderahman le comunicaron el propósito de su venida, y Teman ben Alcama le dijo: «Los Muslimes de España, y en su nombre los principales jeques de aquellas tribus de Arabia, Siria y Egipto, nos envian á ofrécerte de todo buen corazon y buen talante no solo un ásilo seguro contra tus enemigos, que este ya lo tienes en el amparo de estos nobles Zenetes, sino el imperio de los pueblos de España; ya eres dueño de sus corazones, y en su buena voluntad y leal obediencia apoyarás tu honra con mas firmes fundamentos que los montes: algunos peligros y resistencias encontrarás; pero no estarás solo: verás á tu lado los esforzados caudillos conquistadores de Occidente, y los fieles pueblos que te desean y te llaman para que gobiernes aquel estado, que fue de tus abuelos: todos correrán á las peleas y á la muerte, si necesario fuese, para colocarte y mantenerte en la soberanía que te ofrecen.» Suspenso estuvo un poco Abderahman, y como esperando si Temam continuaba sus razones, y viéndolos pendientes de su respuesta, dijo: «Ilustres caudillos, enviados de los Muslimes de España, por vuestro bien y por corresponder á vuestros nobles deseos iré con vosotros, pelearé por vuestra causa, y si el Señor me ayuda y aprueba la obediencia que me ofreceis, tendréis en mí un hermano y compañero de vuestros peligros y prosperidades. Ni los trabajos ni las adversidades me intimidan, ni los horrores de las batallas y de la muerte me ponen espanto, que ya en pocos años la inconstante fortuna me ha enseñado á despreciar muchas veces la vida, y me ha puesto delante horrorosas imágenes de la muerte: y pues tal es como decis la voluntad de los honrados Muslimes de España, yo soy contento de ser su caudillo y defensor si Dios quiere.»

Quedaron muy contentos de su determinacion los

enviados, y le manifestaron cuanto convenia el secreto al buen término de sus cosas: les dijo Abderahman que en todo caso no podia dejar de participarlo á sus bienhechores los jeques Zenetes, que en esto nada se arriesgaba, y él no partiria de alli sin hacer esta confianza. Dijéronle que á su discrecion quedaba todo. Sin mas dilatarlo habló á los jeques y les comunicó el negocio que traian aquellos caballeros, y la grave propuesta que le hacian: y con mucha prontitud dijo el jeque su pariente: « Hijo mio, pues Dios te llama por ese camino, no dudes seguirlo con valor, y cuenta con nosotros para ayudarte, que en verdad no se defiende y mantiene la honra de la casa y familia sino con las lanzas y la caballería. » Todos los caudillos que estaban presentes le felicitaron ofreciéndole su compañía y auxilio: los jeques Zenetes le ofrecieron quinientos caballeros, los de Mecuasa doscientos, cincuenta caballos el jeque de Tahart, y cien lanzas. Sin pasar muchos dias dispuso su partida, y el jeque le dió su bendicion con lágrimas: toda la juventud queria acompañarle, todos querian servirle: en la separacion y despedida de la familia del jeque hubo lágrimas y desmayos: que no produce otra cosa la separacion de los amigos.

CAPITULO IV.

Del fin de la guerra contra Alabdari.

En este tiempo Jusuf el Fehri habia vencido y derrotado al hijo de Alabdari cerca de Calat-Ayub, y lo persiguió hasta encerrarlo en Zaragoza con su padre. Puso á la ciudad rigoroso cerco: hacian los de Alabda-

ri algunas salidas contra los cercadores; pero con poco efecto. La numerosa poblacion y las tropas consumieron en breve todas las provisiones que tenia la ciudad: el cerco se observaba con mucha diligencia, los combates fueron cada dia mas violentos, y los mismos parciales de Alabdari, movieron secretos tratos con los de Jusuf, y entregaron á sus caudillos y la ciudad en fin de la luna de dilhagia del año ciento treinta y siete. Apoderóse Jusuf el Fehri de la ciudad, y puso en cadenas á Amer ben Amru el Abdari, á su hijo Wahib ben Amur, y á su secretario Alhebab el Zohri. Ordenadas las cosas del gobierno de la ciudad partió para Toledo, y llevó en fierros y sobre camellos á los tres caballeros. Cuando llegó á Toledo despidió la gente de aquella provincia, y entró en la ciudad con los principales caudillos de su hueste. Descansó allí unos dias y partió para Córdoba con los caudillos y gente de Andalucía. Descansaba un dia en un valle que llaman Wadaramla, cincuenta millas de Toledo; y mientras reposaba en su pabellon con su familia, comian sus gentes y los prisioneros que llevaba á buen recaudo: llegó su amigo el wali Samail con gran prisa, y entró en su pabellon muy fatigado y le dijo: en esa carta verás la importancia de mi venida, es de un amigo de toda mi confianza: leyó Jusuf, y decia: Señor, acábase tu imperio, ya está en camino el que destruirá tu estado y autoridad: Dios nos destina á la muerte, como la padeció Suleiman Aben Jiheb, y fulano y fulano, y otros nobles Muslimes: así no tardes en acabar á los Alabdaríes Amer y su hijo, y á los jeques pérfidos que te han buscado un sucesor que no tardará en manifestarse: acábalos que bien conocidos son, y de los enemigos los menos. Conferenciaban Jusuf y Samail sobre el contenido de esta carta, y llegó á gran diligencia un enviado de Córdoba: toda la gente se puso en movimiento y suspension con estas

cosas: entró el enviado que venia de órden de su hijo Abderahman, y le entregó á Jusuf su carta, en que decia: que un Coraixi de los hijos del califa Hixem ben Abdelmelic, llamado Abderahman ben Moavia, pasaba el mar para España, que segun ciertos avisos debia aportar en las costas de Elbira, que venia llamado de una poderosa parcialidad de los Omeyas en que estaban los mas nobles jeques de las tribus de Arabia, Siria y Egipto, y que venia auxiliado de tropas berberíes. Quedó Jusuf suspenso, y despues de algun espacio, temblando de indignacion y de cólera, enfurecido como pisada sierpe en aquel momento mandó despedazar á Amer ben Amru el Coraixi, á su hijo Wahib y á Alhebab el Zohri; y se hizo como mandaba: crueldad, que parece le indispuso con su fortuna, que desde entonces le abandonó, y se pasó al bando de su nuevo rival, que venturosamente atravesaba el mar. Fue la muerte de
755 Amer el Abdari al principio del año ciento treinta y ocho. En la siguiente jornada encontraron un caballero que venia enviado desde Córdoba con cartas para el amir Jusuf, en las que su madre le decia: que Abu Otman, que era de sus muy fieles servidores, le avisaba desde Caria-Toras, donde vivia: que uno de los hijos del califa Hixem, llamado Abderahman ben Moavia pasaba el mar, y se esperaba que aportase en las costas de Damasco, esto es en los confines de Elbira: que habia gran alboroto y movimiento de gentes en aquellas comarcas y que se aseguraba que no tardaria en llegar el sucesor y legítimo dueño de todos los estados de Occidente. Esto acabó de llenar de cuidado á Jusuf y á su amigo Samail, y apresuraron sus marchas, y mandaron sus cartas para allegar sus gentes con mucha diligencia, para oponerse á cuanto se ofreciera.

CAPITULO V.

De la venida de Abderahman á España.

755 En el dia diez de la luna de rebie primera del año ciento treinta y ocho desembarcó Abderahman ben Moavia en Hisn Almunecab (1) con hasta mil caballeros de las tribus zenetas. Los jeques prinpales de Andalucía le estaban esperando, y luego que salió en tierra le juraron obediencia tomándole la mano: el pueblo que habia concurrido gran muchedumbre, gritó con alegría, Dios ensalze á Abderahman ben Moavia, rey de España: corrió la fama por toda la parte meridional de España, y en pocos dias se le allegó la gente mas granada de los Muslimes de España de todas las tribus: en especial la juventud toda tomó su voz, y se declaró por él, deseando todos manifestarle su voluntad de servirle. Estaba entonces Abderahman en la flor de su juventud, era de mucha gentileza, de noble y hermoso aspecto, blanco, de color sonrosado, grandes y bellos ojos zarcos muy animados, y de apacible y magestuoso mirar, de buena estatura, alto y no grueso: acrecentaba su hermosura la alegría y satisfaccion que le producia el general aplauso de los pueblos, que á porfía le manifestaban su contento y sus deseos de servirle. En pocos dias se juntaron á los jeques que seguian al rey Abderahman mas de veinte mil hombres de las comarcas de Elbira, Almería, Málaga, Jerez, Arcos y Sidonia. Cuando llegó á Sevilla, la ciudad salió á

(1) Hisn Almunecáb, fortaleza de Almunecáb, ó de las lomas, ahora decimos Almuñecar.

recibirle, y le proclamó con la mayor alegría; y llegaban comisionados de otras ciudades á ófrecerle sus servicios y obediencia.

Todo lo sabia Jusuf el Fehri, y todo le desesperaba y llenaba de indignacion, maravillándose de la ligereza y veleidad popular, y mas todavía de la perfidia, así la llamaba él, de los jeques de las tribus árabes y de Siria: de la traicion de los caudillos egipcios de las ciudades de la costa, que cierto no esperaba de ellos esta deslealtad. Dió órdenes á su hijo Abderahman para que defendiese la ciudad y comarca de Córdoba, en tanto que en compañía de Samail allegaban la gente de las capitanías de Mérida y de Toledo, enviando á sus hijos Mahomad y Alcasim á las provincias de Valencia y de Tadmir, para prevenir la gente de ellas y mantener en ella su partido.

CAPITULO VI.

De la guerra contra Jusuf y Samail.

El rey Abderahman ben Moavia persuadido de cuan importante seria para acreditarse con sus nuevos pueblos dar alguna muestra de su valor y de su inteligencia en las cosas de la guerra, pues bien veia que tenia contra sí dos esforzados y prácticos caudillos, que no perderian un momento para intentar destruir de un golpe el nuevo edificio de su naciente imperio, tuvo su consejo con los jeques zenetes y andaluces, y de comun acuerdo partió sin dilacion á Córdoba contra el hijo de Jusuf el Fehri. Salió este al encuentro con una buena hueste de caballería, y habiéndose trabado una

sangrienta escaramuza con los campeadores del rey Abderahman, en poco tiempo se hizo general la batalla; pero los de Fehri no pudieron resistir el ímpetu de los caballeros africanos, y huyeron en desórden y se acogieron á la ciudad. Puso Abderahman cerco á la ciudad, con ánimo de no levantar su campo hasta rendirla. Al mismo tiempo se estendian y divulgaban proclamas en que se decia á los pueblos, que el rey Abderahman su legítimo soberano, como hijo de sus califas los Beni Omeyas, venia á librarlos del tiránico y arbitrario poder del amir Jusuf el Fehri, que si á ejemplo de las otras ciudades de España se venian á su obediencia, dejando de servir al que se pretendia mantener en la soberania que tenia sin razon, que en breve tiempo todos gozarian de los bienes inestimables de la paz, y vivirian tranquilos y felices bajo el paternal gobierno de su legítimo príncipe.

La nueva de esta primera victoria de Abderahman llenó de pesar y amargura el ánimo de Jusuf, y luego avisó á Samail para que viniese con mucha diligencia á socorrer á su hijo, y hacer levantar el cerco de Córdoba que habia puesto el rey Adaghel, ó intruso, que así le llamaban ellos. Allegadas numerosas tropas de oriente y mediodia de España vinieron hácia Andalucía. Informado Abderahman del movimiento y reunion de estas gentes, y del designio de sus caudillos, tomó parte de su hueste, y dejó diez mil hombres en el cerco de Córdoba al cuidado del caudillo Temam ben Alcama. Parecia temeraria resolucion salir con diez mil caballos contra tan numerosas tropas de á pie y de á caballo mandadas por dos tan acreditados capitanes. No tardaron en avisarle sus campeadores que habian descubierto las avanzadas de sus contrarios. Hizo Abderahman un reconocimiento muy arriesgado, en que se empeñaron algunas escaramuzas por sus zenetes, descubrió la dis-

posicion del terreno y las fuerzas que traia la primera batalla ó division de sus enemigos, que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri, y concibió Aderahman presagio feliz por las circunstancias que concurrian en aquella ocasion: el dia el de arafa que le convenia, y sin recelar de la oscuridad del futuro suceso dijo confiadamente: dia de id al adheba, fiesta de las víctimas, dia juma contra el Fehri, albricias amigos, yo espero un dia hermano del dia de la batalla de Merg-Rahita: y cumplió Dios el presagio de Abderahman. Este príncipe y sus caudillos y toda la caballería supieron aprovechar el tiempo y el lugar, y el buen ánimo y confianza del rey se comunicó á toda su gente.

Estaba el campo de Jusuf en Musara, y cuenta Razi que habiendo visto Jusuf la poca gente que traia Abderahman dijo á sus caudillos unos antiguos versos de Hurca hija de Noaman que dicen:

Sedienta turba venimos, y ha de ser lance apurado,
Que nos mandan repartir este mezquino (1) cucharro.

Estando ya á la vista ambas huestes pasó Ola ben Gebir el Ocaili á la segunda batalla ó division que mandaba Samail ben Hatim y le dijo: ó Abu Jayx, confianza en Dios, pero Guala que este dia es como el de Merg-Rahita, todo se presenta infausto, Dios y las fadas son contra nosotros, ¡ojalá me engañe, no ves la gente de pelea y los caudillos! Omeya, Fehri, Cais y Yemen: nuestro caudillo es Fehri, y su wazir ó lugarteniente Zofaro ben Alhariz, y tú mismo que eres hoy wazir, eres cais, el dia juma, y dia de las víctimas,

(1) Llaman cucharro los pastores y gente del campo á los hoyos ó cavidades naturales de las piedras ó pedernales en que se recoge y conserva el agua cuando llueve: como los Arabes en los desiertos aprecian tanto los depósitos de agua que se hallan, no se desdeña su poesía de estas imágenes rústicas.

lo mismo fue el dia de Merg-Rahita, y allí murieron los hijos de Alhariz, así todo me parece contra nosotros, plegue á Dios que no sean tales sus eternas fadas: Oyó esto Samail y dijo: vamos á la pelea, y seamos buenos caballeros. Era esto poco despues del rayar el alba, acometiéronse con terrible ímpetu las tropas de caballería de la primera batalla, y fueron atropelladas por los caballos zenetes y jerezanos: volvieron á ordenar sus haces de infantería que fueron atropelladas por sus mismos caballos, y antes del medio dia huyeron los de Jusuf con general espanto, dejando el campo cubierto de cadáveres, armas y despojos y los dos caudillos Jusuf el Fehri y Samail se dividieron entre los fugitivos á diferentes partes. Fue esta señalada
755 batalla de Musara el dia id al adheha ó fiesta de las víctimas del año ciento treinta y ocho.

CAPITULO VII.

Del allanamiento y entrega de Córdoba.

Cubrióse de gloria Abderahman este dia, y todos los jeques de su partido se llenaron de buenas esperanzas. Los parciales de Jusuf decayeron de ánimo, y se esforzaban á inventar imaginarios triunfos de los fugitivos caudillos, y así se consolaban con estas soñadas victorias como si fueran verdaderas, y engañaban á los que de buena voluntad los oian. Perdieron ánimo los de Córdoba con la nueva de aquella victoria, y osaron proponer á Abderahman ben Jusuf el Fehri, que concertase la entrega de la ciudad por avenencia, porque parecia obstinacion temeraria querer defender aquella

ciudad contra un príncipe tan valiente como venturoso á quien ningun ejército resistia y todas las ciudades de España reconocian por su señor. Abderahman el Fehri viendo la disposicion de los ciudadanos les aseguró que si en cierto tiempo no fuese socorrido ni levantado el campo, que él les dejaria hacer sus avenencias con el vencedor. Jusuf se fue retirando con las reliquias de su hueste á Algarbe, y Samail á tierra de Tadmir; y su gente se dispersó en tierra de Elbira y comarcas de Almunecab.

Cuando Abderahman vino al campo de Córdoba los de la ciudad, desconfiando de ser socorridos, concertaron su entrega, y lograron que al mismo tiempo que las tropas del rey entrarian por la puerta de Alcántara, las de Abderahman ben Jusuf partiesen por la de la Axarquia; y así se hizo con harta tranquilidad, saliendo los de Alabdari y los que quisieron seguirlos, que no fueron muchos y se fueron camino de Mérida. Puso el rey Abderahman por gobernador de Córdoba á Husam ben Abdelmelic, y habiendo recibido la obediencia de los de Córdoba, sin detenerse mas que unos dias, partió á perseguir á sus enemigos, que allegaban nuevas fuerzas en Mérida. El ejemplo de Córdoba persuadió á otras ciudades, y enviaron sus protestas de obediencia que el rey recibia con mucha bondad, atencion y consideraciones á los jeques que se presentaban ofreciéndoles visitar sus ciudades luego que allanase y pacificase las provincias: al mismo tiempo confirmaba á los alcaides en sus alcaidías, y á los walíes de frontera en sus mandos, y todos salian contentos de su presencia, y hablaban á los pueblos muy ventajosamente de las prendas y gentileza de su rey, y decian que parecia mas que hombre algun genio benéfico.

Estas alegrías de los buenos muslimes se turbaron con una desgracia que tuvieron las tropas que estaban

en fronteras de los montes de Afranc: por consejo del caudillo de Siria Husain ben Adegiam el Ocaili se enviaron las tropas de aquella frontera á contener los movimientos y juntas de gente que hacian los Cristianos de los montes, que impedian las comunicaciones con los muslimes que mantenian la ciudad de Narbona. Encargáronse estas algaras por este caudillo á su wazir ó lugar teniente Suleiman ben Jihab, y en esta expedicion acometidos de numerosas tropas en los puertos fueron vencidos, y padecieron gran derrota: en ella murió peleando Suleiman ben Jihab con la mayor parte
756 de su gente: fue esta derrota sobre los muslimes dia dos de rebie segunda, año de ciento treinta y nueve.

CAPITULO VIIII.

De la continuacion de la guerra, y avenencia de Jusuf.

Jusuf el Fehri sabiendo por sus parciales la salida de Abderahman ben Moavia y sus designios, y que en Córdoba quedaba poca gente, partió de Mérida con veinte mil hombres en dos divisiones, y por caminos diferentes se dirigió á Córdoba con mucha diligencia, y caminando mas de noche que de dia sorprendió las puertas de la ciudad, sin que pudiese defenderla el wali Husam ben Abdelmelic, que no tuvo tiempo sino para salir con la poca gente que tenia á Hisn-Modwar de tierra de Granada. Cuando el rey Abderahman supo este suceso, sintió en el alma el verse así engañado por la ligereza de las tropas enemigas y sagacidad de su contrario: para no dar tiempo á que se fortificase en

Córdoba, y seguro de que tan rápida y secreta marcha habia sido operacion de poca gente, volvió Abderahman sobre Córdoba, y no encontró en ella á sus enemigos. Habia Jusuf dispuesto que su primera division siguiese al wali Husam para destruir aquellas tropas, y mas por haber á las manos á los jeques del partido de Abderahman, con ardiente deseo de venganza: entró en Córdoba, y no hallando en ella ninguno de los principales, que todos habian seguido con las tropas de Husam, partió con mucha diligencia á unirse á su primera division. El rey Abderahman informado en Córdoba de la marcha de sus contrarios partió en pos de ellos, y los alcanzó en comarcas de Almunecab, donde se habian reunido Jusuf y Samail con todas sus gentes. Sin tardar mas tiempo que el necesario para que tomasen sus provisiones y comiesen ordenó Abderahman su hueste, y la animó á la batalla: púsose Abderahman al frente de su caballería con admirable intrepidez y denuedo, y acometió á sus enemigos, que mantuvieron la batalla con teson y singular constancia: fue muy porfiada y sangrienta: los caudillos Jusuf y Samail pelearon aquel dia como deseosos de acabar matando: á la hora de alazar ó media tarde la victoria se declaró por la hueste de Abderahman, los de Jusuf y de Samail dejaron el campo á sus enemigos, y dispersos huyeron á los montes, refugiándose en las asperezas de Elbira.

En esta ciudad aconsejó Samail á su amigo Jusuf, que propusiese algun acomodamiento ú avenencia con Abderahman el Adaghel, pues era, como veia, tan favorecido de la fortuna. Aunque muy contra su voluntad, y con harta repugnancia de sus hijos, movió tratos de paz por medio de Hosain el Ocaili, primo de Samail, aunque estaban desavenidos con este caudillo. Por su crédito y autoridad logró que Abderahman ben Moa-

via concediese seguro á Jusuf el Fehri y á los suyos, con absoluto olvido de todo lo pasado, entregando estos por su parte en cierto tiempo señalado todas las fortalezas y ciudades que tenian en su poder, los depósitos de provisiones y de armas que tuviesen, sin contar las suyas propias. Se ajustó y otorgó esta avenencia en
756 miércoles á dos dias de la luna de rebie segunda, año ciento treinta y nueve. Luego desocuparon Medina Elbira y las nuevas fortificaciones que habia en Granada, y partieron estos walíes á tierra de Tadmir, donde andaba Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf, y á la comarca de Toledo. Cuando vieron que aquellos pueblos todavía estaban por ellos y respetaban sus órdenes, se arrepintieron de su precipitado concierto, y volvieron secretamente á encender los ánimos, y á mantener á todo trance su partido.

CAPITULO IX.

De la entrada de Abderahman en Mérida, y nacimiento de Hixem.

En tanto que esto pasaba el rey Abderahman pasó pacíficamente á visitar la ciudad de Mérida, y fue recibido en ella con grandes demostraciones de alegría, y fue su entrada un dia célebre de fiesta: paseó aquella gran ciudad á caballo entre las sinceras aclamaciones del pueblo, agradóle mucho toda la ciudad, y vió con admiracion sus magníficos edificios del tiempo de los emperadores de Roma. Detúvose en ella algun tiempo, y allí vinieron á ofrecerle su obediencia los de las ciudades de Lusitania, que es Algarbe de España. Luego

recorrió la tierra y visitó las ciudades, y en todas partes manifestaban los pueblos su alegría de tener un tal príncipe tan generoso y afable, y célebre ya por sus victorias. Habia llegado en este tiempo el término del preñado de la sultana Howara, africana de las tribus berberiscas, á quien Abderahman amaba en estremo, y con noticia que tuvo de su indisposicion se vino para Córdoba, en donde se hallaba su esposa: á pocos dias
756 á cuatro de la luna de jawal de este año ciento treinta y nueve le nació su hijo Hixem, que tal nombre quiso que tuviese. Celebróse este feliz acaecimiento con mucha alegría, y el rey Abderahman repartió copiosas limosnas, y dió comidas á pobres con mucha abundancia. Este año mandó Abderahman labrar la Rusafa, construyó y renovó la calzada antigua, y plantó allí una huerta muy amena: edificó en ella una torre que la descubria toda, y tenia maravillosas vistas, y en esta huerta plantó una palma que era entonces única, y de ella procedieron todas las que hay en España. Cuéntase que desde la torre solia contemplar aquella palma el rey Abderahman, la cual acrecentaba mas que templaba su melancolía por los recuerdos y memorias de su patria, y en estas ocasiones hubo de hacer aquellos versos suyos de la palma, que andan en boca de todos.

Tú tambien, insigne palma, eres aquí forastera,
De Algarbe las dulces auras tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas y al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloráras si cual yo sentir pudieras:
Tú no sientes contratiempos como yo de suerte aviesa,
A mí de pena y dolor contínuas lluvias me anegan:
Con mis lágrimas regué las palmas que el Forat riega;
Pero las palmas y el rio se olvidaron de mis penas,
Cuando mis infaustos hados y de Alabas la fiereza
Me forzaron á dejar del alma las dulces prendas:
A tí de mi patria amada ningun recuerdo te queda;
Pero yo triste no puedo dejar de llorar por ella.

En este tiempo deseando el rey Abderahman honrar al caudillo Samail por cuanto habia contribuido á la reduccion de Jusuf el Fehri, y por ganar el corazon y la confianza de este wali, y aprovechar sus conocimientos y experiencia, lo envió á las ciudades de España oriental para ordenar lo conveniente á su gobierno, y componer las desavenencias que se habian suscitado entre los caudillos de la frontera de Afranc. Samail partió para España oriental con Ola ben Gebir el Ocaili, su primo, á quien se confió el mando de algunas fortalezas de aquella frontera. En princi-
757 pio del año ciento y cuarenta llegó de vuelta de su viaje á Siria Moavia ben Salehi el Hadrami de Hemesa: era de los que habian seguido en Egipto y en Africa la suerte del rey Abderahman, y pasó de su órden á Siria á persuadir á muchos parciales y afectos á los Beni Omeyas á venirse á España; y en esta ocasion vinieron muchos muy principales en su compañía, entre otros Habib ben Abdelmelic, y Abdelmelic ben Baxar ben Meruan, los diez hermanos Meruanes, y Jimro ben Nomeir, que era de los familiares de los Omeyas, y Abu Soleiman Foteis ben Suleiman ben Abdelmelic y otros muchos que vivian en las Iracas, en Egipto y en Barca, vagando errantes y perseguidos en estas provincias por haber sido ilustres y favorecidos en tiempo de los Omeyas: ordinarios juegos de la inconstante fortuna. Alegróse mucho con la venida de estos el rey Abderahman, y dió á Moavia ben Salehi el cargo de cadí de los cadíes, ó justicia mayor de las aljamas de toda España: á Abdelmelic ben Omar ben Meruan el gobierno de Sevilla, y á Suleiman Foteis el de Cabra, ciudad que llamaban Wasita (1) por la de la Iraca. Vi-

(1) Por estos gratos recuerdos de las ciudades de su patria solían llamar los Arabes á Sevilla Hemesa, y á Elbira la de Granada Damasco, y á Jaen Quinserina.

nieron tambien algunos caballeros de Hemesa con intentos de venganza contra Abdala, hijo de Abdelmelic ben Meruan, que por leve ocasion habia muerto á un su pariente llamado Abulsabahi el Iahsebi; pero informado luego Abderahman de esta enemistad y de las causas de ella, logró componer su desavenencia á satisfaccion de ambas familias. Declaró Abderahman su voluntad de que la ciudad de Córdoba fuese la capital del imperio de los Muslimes en España, mandando construir en ella su alcázar sobre la orilla del rio con hermosos jardines.

CAPITULO X.

De la insurreccion de Jusuf, y su muerte.

En este tiempo el gobernador de Sevilla Abdelmelic ben Omar ben Meruan avisó al rey Abderahman de los movimientos y junta de gentes que hacian los parciales de Jusuf el Fehri, y que este wali olvidando el concertado pacto, no solamente dilataba la entrega de las fortalezas, sino que abiertamente habia levantado banderas, y se declaraba amir legítimo de España, y daba al rey Abderrahman el título de Adaghel, aventurero intruso y desconocido. Ordenó el rey que Abdelmelic saliese con la caballería de Jerez, Arcos, Sidonia y Sevilla, y fuese á castigar á estos rebeldes. Fue la primera empresa de Jusuf apoderarse de Hisn Modwar (1), que ocupó por sorpresa en fin del año ciento cuarenta y uno, y corrió y alborotó la tierra. Sin per-

(1) Ahora Almodovar.

der tiempo fue contra ellos Abdelmelic, y sus hijos siguieron con gente de á pie á poner cerco á la fortaleza de Modwar: hubo entre las tropas de caballería algunas escaramuzas con varia fortuna: ocupó la hueste de Abdelmelic varios pueblos que se habian declarado por Jusuf, y eran depósitos de sus provisiones y armas, todo lo entregaron, y manifestaban haber sido obligados á estos servicios por la presencia de las tropas del rebelde: así llamaban al amir legítimo á quien poco antes obedecian. Luego fue Abdelmelic al cerco de Modwar, que en pocos dias se rindió. Escribió al rey este suceso, y le pidió que enviase gente de Córdoba, Ecija y Cazlona, que fuesen por dos caminos diferentes con mucha diligencia, unos á los campos de Ubeda, y otros á tierra de Tadmir, en donde estaban las fuerzas mas considerables de los rebeldes en número y calidad: así logró dividir la atencion y fuerza de Jusuf, y Abdelmelic logró en los campos de Lorca envolver y ceñir con su caballería muy numerosa, la que acaudillaba el mismo Jusuf el Fehri: este esforzado caudillo y la mayor parte de sus parciales, hombres muy ejercitados en la guerra, pelearon con admirable valor, y la matanza fue grande, que pocos pudieron abrirse paso para librarse de la muerte en este dia: Jusuf fue hallado en el campo de batalla cubierto de heridas, y poco despues de reconocido espiró. Envió Abdelmelic á Córdoba la nueva de esta victoria con la cabeza de Jusuf el Fehri: acaeció esta batalla y muerte de Jusuf el año ciento y
759 cuarenta y dos: habia gobernado la España nueve años y nueve meses.

CAPITULO XI.

Del tributo impuesto á los de Castilla, y entrada en Toledo.

Holgó mucho el rey Abderrahman con la nueva de esta victoria, esperando que la desgraciada muerte del caudillo acabaria los vanos intentos de sus parciales. En este mismo tiempo concertó el rey Abderrahman con los Cristianos de Castilla el tributo que debian pagarle, y la carta de proteccion y seguridad que les otorgó decia así (1): en el nombre de Dios clemente y misericordioso: el magnífico rey Abderrahman á los patriarcas, monges, próceres y demas Cristianos de España, á las gentes de Castela y á los que los siguieren de las regiones otorga paz y seguro, y promete en su anima que este pacto será firme, y que deberán pagar diez mil onzas de oro, y diez mil libras de plata, y diez mil cabezas de buenos caballos, y otros tantos mulos, con mil lorigas y mil espadas, y otras tantas lanzas cada año por espacio de cinco años: escribióse en la ciudad de Córdoba, dia tres de la luna safar del año
759 ciento cuarenta y dos. Cuentan algunos que en este año perdieron los Muslimes Medina Narbona despues de seis años y meses de cerco, y que la perdieron por confiar su guarda de Cristianos.

El caudillo Samail habiendo sabiendo la muerte de

(1) El Granadino que trae esta escritura refiriéndose á Razi no la copió, á mi parecer, con exactitud, pues en tiempo de este antiguo historiador no usaban decir aam por año sino senat, ni llamaban Castela sino Galicia á las provincias y tierras del otro lado de Gibal Axerraf ó sierras de Guadarrama.

su amigo Jusuf el Fehri, ó desengañado de la vanidad de las cosas humanas, ó por considerar desbaratado el juego de su fortuna, habiendo desempeñado los encargos que tenia en las fronteras de España oriental con mas inteligencia que buena voluntad, y por no desmentir la opinion que habia merecido, escribió al rey que su presencia no era allí necesaria, y que le concediese licencia para retirarse á su casa en Sigüenza. Concediósela Abderrahman: y se vino Samail á su casa. El wali de Toledo Temam ben Alcama perseguia en aquella comarca á los hijos de Jusuf el Fehri: en una sangrienta escaramuza murió peleando Abderrahman el hijo mayor, que era muy buen caballero, y su hermano Muhamad Abulaswad se refugió con su caballería á la ciudad, y se fortificó en ella: avisó Temam al rey esta victoria, y envió la cabeza de Abderrahman, que fue puesta con la de su padre en un garfio de la muralla de Córdoba. Se celebró en esta ciudad la victoria conseguida por Temam ben Alcama, importante por la fama de sabio y esforzado capitan que ya tenia él sin ventura Abderahman ben Jusuf. Continuó Alcama el cerco de Toledo, y como la ciudad era populosa, así en ella eran muy diversas las voluntades: la gente del pueblo, que no tenia aficion ni interés en ninguno de estos partidos, solo deseaba el término mas breve de los males del cerco, así que por la mayor parte la defensa era mal esforzada, y en los combates la resistencia ni voluntaria ni fuerte. Algunos moradores facilitaron á Teman con secretas inteligencias la entrada en la ciudad: los parciales de Jusuf en la sorpresa que este acaecimiento les causó solo atendieron á su propia seguridad, y se libraron como pudieron con presta fuga: pocos cuidaron del riesgo del jóven Muhamad Abulaswad, que fue hecho prisionero por el caudillo Bedre, liberto del rey Abderahman: Casim, el otro

hijo de Jusuf, logró salvarse disfrazado. Puso Temam en cadenas al jóven Muhamad ben Jusuf, y lo envió á buen recaudo á Córdoba para que el rey dispusiese de él á su voluntad: fue la entrada de Temam ben Alcama en Toledo dia nueve de la luna de dilcada del año
759 ciento cuarenta y dos. Cuando recibió el rey Abderahman la nueva de estos felices sucesos, como naturalmente era de corazon humano y compasivo, y que la buena ventura y las alegrías disponen el ánimo á la benignidad, se compadeció de la juventud de Muhamad Abulaswad, y se abstuvo de derramar su sangre, y le mandó encerrar en una fuerte torre del muro de Córdoba.

CAPITULO XII.

De los movimientos de Barcerah y del hijo de Jusuf.

Entretanto Barcerah ben Nooman el Gasani, que vivia en Gezira Alhadra, recibió en su casa al hijo de Jusuf, que habia huido de Toledo, llamado Casim, y le ofreció su proteccion con tan temerario empeño que allegó mucha gente ociosa y mal acostumbrada con la licencia de la guerra civil, y con estas compañías de bandidos acaudillados de Barcerah y de Casim ben Jusuf ocuparon la ciudad de Sidonia: esta ventaja les puso mayor atrevimiento, y mayor número de aquella gente que reunia la esperanza del robo: con estas fuerzas fueron sobre Sevilla, que estaba descuidada entonces, y entraron por sorpresa en ella. Cuando el rey Abderahman tuvo noticia de estos movimientos partió al punto de Córdoba con la caballería africana que es-

taba en la ciudad, y algunos caballeros que pudieron seguirle con mucha celeridad, dando al mismo tiempo aviso de su marcha al wali de Toledo Temam para que viniese á Andalucía sin tardanza. Fué el rey Abderahman sobre Sevilla, y salió contra él Barcerah con sus bandidos : trabóse una porfiada escaramuza, y en ella fue muerto Barcerah, y luego huyó aquella gente sin tener caudillo que los dirigiese: entró Abderahman en la ciudad, en donde fue recibido con demostraciones de mucha alegría. Los caudillos africanos siguieron á los bandidos con órden de recibir á cuantos dejasen las armas, y no matar á los que se rindiesen. Pocos dias despues llegó Temam á Sevilla, y el rey le recibió y hospedó con mucha honra: queria el rey que descansase allí en su compañía; pero Temam se escusó diciendo : que no le mandase descansar hasta que hubiese acabado con todos los rebeldes de España. Pasó este caudillo con su caballería á Sidonia, y entró en ella sin resistencia, porque Casim y sus bandidos no osaron esperarle en ella: sabiendo que Casim se habia refugiado en Gezira Alhadra fue con increible celeridad, y allí le fue entregado por los mismos bandidos. Luego volvió á Sevilla este insigne caudillo, llevando consigo en fierros á Casim, hijo de Jusuf, para que el rey hiciera de él á su voluntad. Holgó mucho Abderahman del venturoso y rápido suceso de estas expediciones; y por mas honrar á su wali Temam ben Ahmed ben Alcama el Tzakefi lo hizo su hagib ó mayordomo mayor, que era el primer ministro en las cosas de paz y de guerra en la corte de los Beni Omeyas. Envió el rey á Toledo á su wazir y liberto Bedre, y con él á Casim ben Jusuf para que lo pusiese allí en prision en una fuerte torre. Dió el gobierno de Toledo á Habib ben Abdelmelic, y el gobierno de Mérida á Abdala ben Abdelmelic ben Meruan, y á su padre, por tenerle mas

cerca de sí, el de Sevilla, á Ibrahim ben Abdelmelic el gobierno de Lecant, á Muhamad ben Abdisalem ben Baseil el de Sidonia, y á Ased ben Abderahman el Jeibani el de Elbira. Entró Bedre en Toledo, y pocos dias despues de su llegada tuvo órden para traer preso á Toledo á Samail ben Hatim.

CAPITULO XIII.

De la prision y muerte de Samail.

Vivia este insigne caudillo en su casa de Sigüenza, al parecer tranquilo, cediendo al poderoso impulso de las circunstancias, sin pensar en otra cosa que en conversar con algunos de sus antiguos amigos, y holgarse con ellos en el ócio y comodidad de su casa. Cuenta Abu Becre Razi que en un convite que dió á sus amigos con mucha profusion y aparato, en la mayor alegría del festin dijo unos versos fatídicos, que sus anuncios fueron muy en breve cumplidos. A pocos dias fue cercada su casa por el caudillo Bedre con una compañía de caballos, lo prendió y llevó á una torre de Toledo, y poco despues le dieron muerte en su prision. O fue temor de su genio astuto y ambicioso, sospechas mas ó menos fundadas, ó calumnia de sus enemigos, que parece harto mas verosímil: pues despues de su muerte se divulgaron perfidias y temerarias conspiraciones, que no podian proceder de un mediano discurso. Fue la muerte de Samail año ciento cuarenta y dos.

Estaba el rey Abderahman en Sevilla hospedado en casa propia de Hayut ben Molemis el Hadrami de Hemesa, que era de los mas nobles jeques de las tribus

de Siria, y cedió al rey su casa con cuanto habia en ella; y el rey Abderahman admitió su generosa dádiva por no desairarle. Vivió poco tiempo despues, y el rey Abderahman honró su memoria con algunos elegantes versos en que celebró su hospitalidad, su munificencia y otras nobles prendas: diciendo que al faltar del mundo Hayut ben Molemis habian desaparecido con él la bondad, la gracia, la hospitalidad y el valor. Se de-
760 tuvo el rey en Sevilla gran parte del año ciento cuarenta y tres, y en este tiempo hizo la almunia ó huerta amena, que llamaban de Rabunales, y labró en ella una hermosa torre, y plantó una palma, de la cual procedieron las que hay ahora en esta tierra, y aquel sitio se llamó siempre despues Nahla; y así hay algunos que dicen que por esta palma hizo el rey Abderahman aquellos versos, y no por la de Córdoba: sábelo Dios.

CAPITULO XIV.

De la insurreccion de Ben Adra en Toledo.

Disponia el rey Abderahman su salida para visitar la España oriental, cuando tuvo aviso de haberse levantado en Toledo contra su wazir una familia muy poderosa en aquella tierra de las gentes de Hemesa, acaudilladas de Hixem ben Adra el Febri, pariente de Jusuf: habian ocupado el alcázar, y el wazir de la ciudad salió precipitadamente huyendo de los conjurados, y así se libró de la muerte: muchos honrados Muslimes que se opusieron á los rebeldes fueron despedazados por ellos. Sacaron de la torre en que estaba preso á Casim hijo de Jusuf, y solicitaron á la rebelion á to-

dos los pueblos de la provincia. Reunieron á sus banderas todos los bandidos que habia en la tierra, y con los tesoros de Hixem ben Adra, esparcidos con loca prodigalidad entre la gente baldía y miserable, se allegó una hueste de diez mil hombres, gran parte de ellos malhechores que no osaban antes entrar en poblado. Llenó de pesar esta nueva al rey Abderahman, y salió con la caballería de Córdoba y africana, que estaba en la ciudad, ordenando que le siguiesen á Toledo con sus gentes los de Mérida y sus comarcas. A la llegada de la caballería de Córdoba á tierra de Toledo se acogieron á la ciudad todas las tropas de los rebeldes que corrian los campos de Calatrava y de Guadalhijara, como no era gente de guerra, ni ejercitada en las armas no trataron de oponerse á las tropas del rey, ni pelear en el campo; pero defendian bien las puertas de la ciudad desde las torres y almenas de sus muros; y como la posicion de la ciudad es en lugar alto y fuerte, bien cercada de altos y torreados muros, su defensa era fácil. Viendo el rey que el cerco seria largo, así por la fuerza de la ciudad, como por la desesperada obstinacion de los rebeldes, que tenian oprimidos á los ciudadanos, movió tratos de avenencia con ellos, aunque con harta repugnancia suya, por consejo de su hagib Temam ben Alcama, que sabia que era forzoso levantar el campo para acudir á las costas de Algarbe, donde amenazaba no menos peligrosa tempestad. Propuso el hagib, como wali que era de Toledo, á los caudillos de la rebelion en ella, que si en tres dias se viniesen á la merced del rey que les ofrecia una generosa avenencia y olvido de su desacato y perfidia. Instado Hixem ben Adra de su familia y de los clamores de gran parte de los vecinos que no podian sufrir las incomodidades del sitio, y menos todavía las vejaciones de los defensores, envió á su hijo Muhamad á suplicar al rey que

los perdonase, como esperaban de su generosidad: el rey dijo que á todos los perdonaba sin mas condicion que Hixem entregase sin dilacion las puertas de la ciudad, y viniese confiado al campo del rey. Con no poco temor y desconfianza se resolvió Hixem á venir al pabellon del rey Abderahman; pero las instancias de su hijo y de otros principales ciudadanos que se ofrecieron á venir en su compañía vencieron sus recelos. En el mismo dia entregó la ciudad, y se presentó al rey que le dijo que aunque por su rebelion y por los males que habian causado eran merecedores de muy graves castigos, todos ellos estaban perdonados y podian volverse á sus casas con seguridad, que solamente queria quedase en rehenes al hijo de Hixem ben Adra, y que Casim ben Jusuf fuese otra vez á su prision. Algunos caudillos aconsejaban al rey que para seguridad mandase cortar la cabeza á Hixem y á los otros de Hemesa sus parciales; pero el rey dijo que por todo el mundo no faltaria á su palabra. Puso el rey por wazir de Toledo al caudillo Said ben Almesib, y luego partió á Córdoba y mandó que se retirase á su provincia la gente de Mérida que habia venido al cerco de To-
761 ledo, y el rey entró en Córdoba al fin del año ciento cuarenta y cuatro.

CAPITULO XV.

De la venida del wali de Cairvan contra Abderahman.

No bien habia el rey descansado de la fatiga de su expedicion cuando su hagib Leman ben Alcama le manifestó unas cartas que enviaba el jefe de Medina Ta-

hart, capital de las tribus zenetas, en que avisaba que Ali ben Mogueith wali de Cairvan con numerosa hueste preparaba un desembarco en las costas de España, para establecer en ella la autoridad del califa de oriente Abu Giafar Almanzor, que todos los walíes de Egipto y de Africa estaban encargados de echar de España al fugitivo Abderahman ben Moavia. Estas nuevas que ya tenia el hagib habian sido las que le persuadieron á tratar de avenencia con los rebeldes de Toledo: y poco tiempo despues avisó el wali de Mérida, que en las costas de Algarbe habia desembarcado una buena hueste de gente de á pie y de á caballo, que luego habia corrido la tierra proclamando al califa de oriente, tratando de ilegítimo y de usurpador al rey Abderahman ben Moavia. Puso en cuidado al rey Abderahman este aviso; pero manifestó que solo sentia las fatigas que estos temerarios movimientos producian á sus provincias, dió órden á los caudillos de reunir la caballería de las comarcas, y que pasasen á las costas de Algarbe con mucha diligencia.

Luego que llegó á Toledo la noticia del desembarco del wali de Cairvan en Algarbe con numerosas tropas volvió á excitarse en aquella ciudad el fuego mal apagado de la rebelion. Hixem ben Adra el Fehri y sus parciales acometieron el alcázar, y degollaron á cuantos lo defendian, y entre ellos al wazir de la ciudad, Said ben Almesib, se apoderaron de las puertas y fortalezas de la ciudad, y proclamaron al califa de oriente. Como la fama vuela, y con increible celeridad cuando pregona y divulga alborotos y calamidades de pueblos, luego se supo en Córdoba lo acaecido en Toledo. Ordenó el rey que partiese á Toledo su caudillo Bedre, y reuniendo las gentes de Calatrava, Talavera, Uclés y Webde pusiesen riguroso cerco á la ciudad, y les mandó llevar con ellos á Muhamad el hijo de Hixem ben

ıdra, para obligar al padre á entregar la ciudad, ó quiırle la vida.

Reunida la caballería de Córdoba y de sus comarcas, artió el rey por Castala á Silbe y Mirtola, donde deia reunirse la caballería y gente de Mérida. Los Africanos del wali de Cairvan corrian la tierra hasta Beja Jabora, y exhortaban á los pueblos á tomar armas ontra el rey Adaghel aventurero advenedizo, resto mierable de una familia proscripta y excomulgada en toos los almimbares ó púlpitos de las aljamas de oriente: ıucha gente tímida y supersticiosa se persuadió de esıs proclamas, y siguió las banderas del wali de Cairan, que para seducir á los ignorantes y gente menuda baldía de los pueblos llevaba delante de sí una banera que decia haber recibido de las manos del califa, ofrecia grandes premios y recompensas á los buenos luslimes que la siguiesen. No faltó gente vana é inonstante, amiga de novedades, que se dejó llevar del orriente y de las vanas promesas de Ali ben Mogueith, e suerte que con sus Africanos y esta chusma allegaiza componia una respetable hueste en apariencia. ıeunidas las tropas de Abderrahman de Córdoba y de lérida las dividió en tres cuerpos, en delantera, batlla y de la zaga, su fuerza principal era toda de la aballería de Córdoba, Sevilla y Jerez. Adelantáronse ıs adalides y campeadores hasta descubrir el campo e los Africanos que era harto numeroso, salieron es-ɔs y se trabaron algunas escaramuzas de poca imporıncia. Habia llegado al campo de Ali ben Mogueith el ıismo Hixem ben Adra para persuadirle que sin dilaion y en seguidas marchas fuese á ocupar la capital de spaña, la gran ciudad de Toledo que él tenia á disosicion del poderoso señor y califa de los Muslimes le oriente y occidente. La venida de este jeque y las acilidades que proponia deslumbraron al wali de Cair-

van, y se persuadió que con solo ganar una batalla s hacia dueño de toda España. Dió sus disposiciones par pelear, y á otro dia á la hora del alba se avistaron am bas huestes, principió la batalla por parte de los Afri canos, que fue muy sangrienta hasta la mitad del dia á la tarde cargaron los Andaluces con tanta pujanza ardimiento, que los pusieron en desórden; la gente d á pie y allegadiza que habia en la hueste de los de Afri ca huyó al campamento y principió á robarlo, y lo Africanos que lo guardaban á pelear contra ellos; d suerte que en ambas contiendas quedaron desbaratados Ali ben Mogueith murió peleando con mucho valor Huyeron gran parte de los suyos á diversos puntos, lo mas á la costa para volverse á Africa. Quedaron muer tos en el campo de batalla siete mil Africanos, y entr ellos el wali de Cairvan Ali ben Mogueith su caudillo mandó Abderahman cortarle la cabeza, y desmeholla da y canforada la envió con secreto y celeridad á Cair van, y la puso de noche un cordobés encargado de est comision en la columna ó rollo de la plaza de aquell ciudad con un escrito que decia: así castiga Abderah man ben Moavia ben Omeya á los temerarios como Al
763 ben Mogueith wali de Cairvan. Fue esta vic toria el año ciento cuarenta y seis. Otros di cen un año antes, pero lo primero es mas seguro. Or denó el rey Abderahman que se persiguiese á los fu gitivos, ofreciendo seguro de la vida á los que rindiesen sus armas., ó se viniesen á sus banderas, y volvió á Córdoba para proseguir la reduccion de Toledo.

CAPITULO XVI.

Del levantamiento del alcaide de Sidonia.

Hixem ben Adra con sus parciales no siéndole fácil lver á entrar en Toledo, que estaba cercada con mulo rigor por los caudillos de Abderahman, solicitó á insurreccion á los alcaides de Sidonia y de Jaen y ros de Andalucía: tuvo la imprudencia de entrar en uella ciudad, confiando en el valor de su alcaide Said en Husein el Yahsebi, que era de los Alabdaries, y nocido por el Matari, y tambien se juntó á estos teerarios Sakfan ben Akma que habia sido antes alcaide e Sidonia, y Abdala ben Harasa el Asedi que lo habia do en Jaen, y descontentos de su suerte y estado quean novedades ó venganzas: con las reliquias del ejérto desbaratado en Bea, y con muchos bandidos foraron compañías de caballería que corrian y robaban tierra, sin abstenerse de talar las siembras y plantíos n bárbaros y desusados estragos: estas algaras llegan á las puertas de Sevilla, y por sorpresa llegaron á upar sus puertas. Informado el rey de estas talas y sórdenes montó á caballo, dió órden á su hagib dentar la caballería de la provincia, y luego partió con s Zenetes y Africanos, y por otra parte los alcaides de abra, Ezija y Carmona, con la caballería de sus ciudaes, fueron á reunirse con el rey Abderahman: el wali e Sevilla que habia salido de la ciudad por la entrada e los rebeldes, luego que allegó sus gentes fue á buscar sus enemigos, estos abandonaron la ciudad sabiendo ue tantas gentes iban contra ellos, y robando los depótos de armas y la casa del rey, huyeron precipitada-

mente. Encontró estas gentes Abdelmelic ben Omar be Meruan, y peleó con ellos, y los rompió y deshizo, y lo persiguió hasta Sidonia, donde se encerraron: dejó puest cerco á esta ciudad, y partió con escogida gente á Sevi lla y á saludar al rey y escusar su descuido. Luego en campo de batalla pareció muerto Husein el Yahsebi, cortada su cabeza mandó el rey ponerla en una pica manifestarla á los que se habian refugiado en Sidonia fue esto año ciento cuarenta y ocho. Encargóse al alcaid de Carmona que la llevasen con su gente al cerco d Sidonia, luego despues salió Abdelmelic de órden de rey con los alcaides de Ezija y de Cabra y su gente, fueron sobre Sidonia: causó gran espanto á los rebel des la llegada sucesiva de estas tropas, y como confia ban poco en los vecinos de la ciudad, y todo el peso d la defensa debia cargar sobre ellos, les pareció á est hombres animosos aprovechar sus fuerzas y brazos e campo abierto, antes que esperar la muerte cierta des pues de unas inútiles y viles fatigas: tomaron este par tido todos, aunque contra la opinion de Hixem be Adra el Fehri, que por su desgracia estaba allí refu giado. Era ya viejo y no se sentia con fuerzas ni soltur para la batalla, pero el triste se perdió por su mal con sejo; aunque este suele servir muy poco cuando falta no favorece la fortuna.

Estaban los del campo con mas confianza de lo qu requeria la ocasion estando con enemigos tan cerca pero no sospechaban que tan poca gente intentase sa lidas contra un campo tan numeroso. Los caudillos re beldes, con gran secreto, porque los de la ciudad n penetrasen su intento, esperaron la tercera vela de l noche, y dispuestos todos salieron por dos contraria puertas á un mismo punto con ánimo de morir ó abrir se paso, para acogerse á las serranías de Ronda. Mu chos fueron harto felices, y lograron romper por e

campo de los cercadores como Sakfan ben Akma, y Hafila y otros bandidos; pero cayó, herido su caballo, el jeque Hixem ben Adra el Fehri, y fue encadenado con otros sus parciales que tuvieron la misma suerte. A la hora del alba salieron los de Sidonia á manifestar su obediencia inalterable al rey Abderahman. Luego envió Abdelmelic la nueva de este acaecimiento al rey, y con los alcaides de Ezija y Carmona la cabeza del rebelde Hixem, recelando que todavía la bondad del

765 rey le dejase la vida: fué esto año ciento cuarenta y ocho.

CAPITULO XVIII.

De la venida del Meknesi contra Abderahman.

Los rebeldes Sakfan, el Hafila, Abdala ben Harasa, el Asedi y sus secuaces se enriscaron en aquellas sierras y por tierra de Elbira, no contentos de su buena suerte, pues habian escapado de tantos peligros, pasaron en Africa y solicitaron auxilios de los walíes de Almagreb; entre otros se dejó llevar de sus promesas un jóven wali de Meknesa, llamado Abdelgafir el Meknesi, que se preciaba de descendiente de Fatima, hija única del Anabi Mahomad, y esposa de Ali, el primo del mismo Mahomad. Con este se unieron varios aventureros de Africa, que deslumbraron las relaciones de los rebeldes de las serranías de Ronda y de Elbira. Estos y sus parciales divulgaron la fama del poder de este wali, que venia con grandes huestes y muchas riquezas para pagar y premiar los servicios de los buenos y leales Muslimes que tomasen armas contra el rey

Adaghel, que injustamente ocupaba el trono de España. Estos movimientos y asonadas llegaron á Córdoba, y mandó el rey Abderahman que la gente de Elbira persiguiera á los de aquellas serranías, que levantaban los pueblos de aquellas comarcas, y que en Almunecab hubiese un presidio considerable, y que guardasen las naves de aquella costa y las de Almería las entradas de toda aquella marina: ofreció una gran cuantía de doblas por las cabezas de los caudillos rebeldes, y este arbitrio los puso en mucho desvelo y desconfianza. A pesar de ella el triste Abdala ben Harasa el Asedi fue asesinado en Jaen, y su cabeza presentada en Cór-
766 doba el año ciento cuarenta y nueve. En este tiempo Ased ben Abderahman el Jeibani, wali de la region de Elbira, que hacia la guerra á los rebeldes de la sierra con varia fortuna, tuvo noticia de haber desembarcado en aquellas costas alguna gente y caballería de Africa: esta fue la primera que aportó en España acaudillada del Meknesi, luego se reunió á los rebeldes de la sierra, y osaron bajar á las campiñas.

Entretanto el rey Abderahman mandaba á sus walíes que terminase el largo cerco de Toledo, que se hacia con mucha flojedad y descuido, procediendo esto de las relaciones é inteligencias que habia entre los del campo y los de la ciudad: no se daban combates, ni se guardaban las salidas por parte de los cercadores, ni se impedian entradas de provisiones en barcos por el rio, y los de los pueblos de la comarca cultivaban sus campos y conducian á la ciudad sus frutos sin grandes dificultades. Luego partió Temam ben Alcama al cerco de Toledo, y con su presencia se dieron combates, y se intentaron escaladas por la parte mas baja del muro, y como los de la ciudad viesen acrecentarse el número de los sitiadores, y las disposiciones activas para entrar la ciudad, movidos de su temor de experi-

mentar la saña de los vencedores, facilitaron los parciales de Casim ben Jusuf, que este se saliese á nado por el arrabal de aquella parte superior del rio, y luego que este salió abrieron las puertas de la ciudad implorando la clemencia del rey, y escusándose con que habian sido forzados de los bandidos y familia de Fehri, y que no habian tenido parte en la muerte del wazir Said ben Almesib, que todo habia sido obra de los Hemisenos y parciales del Fehri. Temam desarmó á todos los de la ciudad, y les prometió que intercederia con el rey para que usara con ellos de su benignidad.

765 Fue la rendicion de Toledo en fin del año ciento cuarenta y ocho.

CAPITULO XVIII.

De la expedicion á Galicia, y guerra contra el Meknesi y Sekelebi.

En este mismo año envió el rey Abderahman los caudillos de frontera Nadhar y Zeid ben Aludhah el Ashai á los montes de Galicia que están al septentrion de España y á los montes Albaskenzes, visitaron la tierra de Galicia, y persiguieron algunas reuniones y taifas de Cristianos rebeldes, que confiados en la aspereza de aquella tierra negaban la obediencia al rey, por la mayor parte eran estos infieles fugitivos de las provincias de España. Volvieron á Córdoba con muchas riquezas, ganado y cautivos. Referian de estos pueblos de Galicia, que son Cristianos y de los mas bravos de Afranc; pero que viven como fieras, que nunca lavan sus cuerpos ni vestidos, que no se los mudan y los llevan puestos hasta que se les caen despedazados en andrajos, que entran unos en las casas de otros sin pedir

licencia. En este año mandó el rey Abderahman reparar los muros de Córdoba, y construir una fortaleza en ella.

El wali de Elbira Ased ben Abderahman el Jeibani salió con su gente contra los rebeldes y bandidos que infestaban las costas de tierra de Almunecab y de Almería, y peleó con ellos, y los venció y puso en fuga; pero fue gravemente herido de lanza y de saeta, y le fue forzoso retirarse á Elbira, y sus heridas fueron cau-
765 sa de su muerte, que acaeció en principio del año ciento y cincuenta. Su muerte fue muy sentida del rey por su valor y prudencia: este wali fue quien dirigió las obras de las nuevas fortalezas de Granada: puso el rey en su lugar al Siro Abdelsalem ben Ibrahim, que servia al rey con sus doce hijos. Los rebeldes de las serranías lograron ser auxiliados con otro desembarco de gentes de Africa, que venian á reforzar la hueste de Abdelgafir el Meknesi, con esto se animaron los bandidos y se esparcieron sus algaras hasta las comarcas de Arcos y Osuna. Avisado de estas escursiones el wali de Sevilla, sin mas gente que la de Carmona y la de su ciudad salió á contenerlas, y trabó con ellas varias escaramuzas de corta importancia. Escribió al rey Abderahman que enviase alguna caballería de las comarcas de Córdoba para reprimir el atrevimiento de estos rebeldes: luego se pusieron en camino los alcaides de Ezija y de Baena, y con los de Sevilla y Carmona continuaron la guerra contra Abdelgafir y sus bandidos con varia fortuna: así pasaron mucho tiempo con frecuentes pero leves escaramuzas, escusando los Africanos las ocasiones, y evitando con destreza el venir á batalla de importancia, ocupando siempre las alturas, porque la caballería de los Andaluces no aprovechara la ventaja que sobre ellos tenia: fatigándola con sus contínuos rebatos nocturnos y alboradas, procurando

siempre tener á sus contrarios en inquietud y sin un punto de reposo.

768 Al principio del año ciento cincuenta y uno aportaron cerca de Tortosa diez barcos grandes con el caudillo Abdala ben Habib el Sekelebi y tropas africanas para reforzar el ejército de los rebeldes, porque estos fingian victorias y progresos que no conseguian; y así lograban excitar á los walíes de Africa á auxiliarlos con las esperanzas que sus fingidos triunfos ofrecian. Luego que estas tropas desembarcaron en aquella costa, divulgaron que seguirian nuevos socorros de armas y gente, y que en poco tiempo echarian al hijo de Moavia del reino que tenia usurpado. Los alcaides de las comarcas de Tortosa avisaron sin dilacion al wali de aquella ciudad, y este al de Tarragona y al de Barcelona; y así la fama de este desembarco se estendió por toda España, acrecentando el número y calidad de la gente. Luego que el rey Abderahman tuvo noticia de esto, sin mas compañía que sus caballos zenetes y los wazires y caudillos que se hallaban en Córdoba, partió á tierra de Tadmir y de Valencia, juntando al paso mucha caballería; pero antes de llegar á Valencia recibió aviso del wali de Tortosa, que con las gentes de aquella comarca y la caballería de Tarragona, sin mucha dificultad, habia desbaratado y puesto en fuga á los Africanos, que no habian logrado volverse á embarcar, porque las naves de Tarragona habian quemado y puesto en fuga las de los contrarios: que estos se habian retirado á los montes, donde los perseguian sus alcaides. Holgó mucho Abderahman con esta nueva; y aunque ya su presencia no era necesaria, quiso pasar adelante por visitar las ciudades que tan bien le habian servido en esta ocasion: llegó á Barcelona y dió gracias al wali Abdala Aben Salema por sus oportunos socorros, y por el buen estado de las naves de

aquella costa, manifestándole que convenia mantenerlas siempre con el mismo cuidado, por los importantes servicios que harian guardando la tierra, como habian hecho las de Tarragona. Luego se volvió el rey por Wesca y Zaragoza, y en todas partes fue recibido con demostraciones de mucha alegría: despues de algunos dias pasó á Toledo, y estuvo en ella poco tiempo, y por Calatrava se vino á Córdoba, y el dia de su entrada en ella fue un dia de gran fiesta.

La nueva del desembarco de Sekelebi animó á los rebeldes de las compañías del Meknesi, y se aventuraron á probar fortuna, y dieron batalla en Astaba á los de Sevilla, y en ella lograron desordenar y poner en fuga á los caudillos de Baena y Carmona: esta ventaja muy celebrada por los descontentos y amigos de novedades, acaloró los ánimos inquietos de algunos sediciosos de Sevilla, entre ellos un jeque llamado Hayun ben Salem, y se pusieron en inteligencia con los de Abdelgafir el Meknesi, ofreciéndole entregar la ciudad á sus gentes si viniesen á ella.

CAPITULO XIX.

De la entrada del Meknesi en Sevilla, y de su muerte.

Reunió Abdelgafir toda la gente que seguia sus banderas, y descendieron todos los bandidos de las sierras de Ronda y Antequera. Junta su gente dispuso sus compañías, y ordenó á sus caudillos que antes del dia estuviesen á punto para acometer á los de Córdoba y Sevilla. Estaba encargado del mando de los campeadores de Sevilla Casim hijo de Abdelmelic, wali de aquella

ciudad: este mancebo todavía en su primera juventud, y no acostumbrado á los horrores de la guerra, fue encargado por su padre de hacer la descubierta y reconocimiento de las posiciones y movimientos de los enemigos; y sorprendido de los campeadores contrarios, sin reflexion volvió brida á su caballo, y vino precipitadamente al campo de su padre: lleno Abdelmelic de saña al verle así venir, le dijo: muere, cobarde, que no eres Meruan, no eres hijo mio; y diciendo esto le arrojó su lanza y le traspasó con ella, y cayó muerto: todos se horrorizaron de esto, y él mandó que retiraran de allí su cuerpo: luego llegaron los campeadores y avisaron que los enemigos venian formados en batalla. Abdelmelic ordenó su gente para recibirlos, y luego se avistaron ambas huestes. Intervinieron algunas escaramuzas, y alto ya el sol se trabó una sangrienta batalla bien sostenida por ambas partes. A la tarde esforzó tanto la pelea Abdelmelic, que rompió y desbarató á los rebeldes, y se dispersaron huyendo á diferentes puntos. Su caballería se dirigió la mayor parte hácia Moror y Marchena, y su gente de á pie á las sierras de Leit. La fatiga del dia no permitió á la caballería de Abdelmelic el perseguir á sus enemigos. Al dia siguiente, recelando los del Meknesi que los de Andalucía viniesen á buscarlos, se apresuraron á retirarse, los mas animosos á Sevilla, y los de á pie y heridos á las sierras de Leit. Confiaba Abdelgafir en las promesas de Hayun ben Salem, que le abriria la ciudad de Sevilla, y hallaria en ella muchos parciales que acrecentariàn su partido. Abdelmelic presumiendo que los Africanos intentarian entrar en la ciudad, no dió descanso á sus gentes y los siguió en el mismo dia, y los alcanzó en el Aljarafe en cercanías de la ciudad. Trabóse una sangrienta batalla, en que ambas huestes pelearon con igual empeño y valor. Abdelmelic fue herido muy gra-

vemente y los mas principales caudillos; al mismo tiempo en la ciudad los sediciosos se apoderaron del alcázar, mataron al wazir de la ciudad y á sus gentes, el wazir Aben Abda Gehwara fue muy herido y le dejaron por muerto, ocuparon las puertas y facilitaron el paso del rio y la entrada á las tropas de Abdelgafir; pero esta posesion fue de una sola noche, siguió la caballería de Sevilla y de Córdoba á los enemigos dentro de la ciudad, las muertes, la confusion y vocería de los que peleaban, y el furor y saña de los combatientes fue interrumpido por la oscuridad de la noche que sobrevino. Viendo el Meknesi que no era posible mantenerse en la ciudad, robó aquella noche los depósitos de armas y todas las riquezas que halló en la casa del rey y en la del wali Abdelmelic, y antes del dia salió con todos los suyos y los rebeldes y parciales que se agregaron en Sevilla, aunque poco satisfechos del éxito de su loca perfidia. Aceleró su marcha á pesar de la fatiga de sus caballos, y llegó sin ser perseguido á Castala (1).

Estaba el rey Abderahman muy disgustado de la duracion de esta guerra, que sin tener mucha importancia fatigaba los pueblos de Andalucía, y era el refugio de los bandidos y malhechores: escribió al wali de Mérida que enviase á Córdoba su caballería para tomar con mayor empeño la guerra contra el Meknesi, que su ánimo era no dejar las armas de la mano hasta acabarla. Luegó congregó sus alcaides y partió el wali de Mérida para acompañar al rey, si fuese su intencion salir á esta guerra. Entre tanto llegó á Córdoba noticia de la entrada del Meknesi en Sevilla, la fama siempre mentirosa fingió derrotas y fugas en desórden de las tropas de Sevilla y Córdoba, y todo se engrandecia y abultaba. Supo el rey el verdadero estado de Sevilla

(1) Castala, ahora Cazalla: es notable la alteracion de estos nombres, así de Basta resultó Baza, Castulona Cazlona.

y las graves heridas del wali Abdelmelic, y sin mas compañía que sus Africanos quiso salir á perseguir á los bandidos: disuadió el hagib Temam ben Amer ben Alcama al rey Abderahman de este pensamiento hasta la llegada de la gente de Mérida, que no podia tardar: muchos wazires eran de parecer que el rey no debia salir á esta guerra de malandrines; pero el rey deseaba la paz de sus pueblos, y se le hacian años los dias que este bien se dilataba.

Llegaron á Córdoba las tropas de Mérida, recibió el rey con mucha honra al wali y á sus alcaides, y habiéndoles dejado descansar tres dias dispuso su marcha para buscar á los del Meknesi, que avisados de la llegada de estas tropas y caballería de Mérida, luego vieron que aquella tempestad iba sobre ellos. Parecióle al Meknesi que debia pasar al otro lado del rio de Córdoba, y buscar en las conocidas sierras el asilo que les convenia: otros tenian por mas seguras las mas cercacanas; pero prevaleció la opinion de Abdelgafir, y fueron á pasar el rio por Lora. El mismo dia que los Africanos pasaban el Guadalquivir salió Abderahman de Córdoba: no habian descansado en la pasada del rio por adelantar y asegurar sus marchas, cuando informado el rey de su direccion mandó pasar por los mismos vados toda su caballería, y seguirlos y acometerlos en donde los alcanzara. Los alcaides de Elbira y de tierra de Tadmir habian salido de Sevilla sabiendo el paso del Meknesi, y deseaban tambien cortarles su retirada á las sierras: por fortuna de las armas de Abderahman se consiguió alcanzarlos casi en una misma hora en cercanías de Ezija á la ribera de Jenil: acometidos á un tiempo por dos diferentes partes no mantuvieron mucho la pelea, los Africanos hicieron muestra de su valor y destreza en pelear y retirarse, pero acosados de los vencedores les fue forzoso huir á rienda suelta: perseguia

el alcaide de Elbira al Meknesi que estaba muy herido, y habiéndole alcanzado le pasó con su lanza y le cortó la cabeza: la misma suerte tuvieron Aben Harasa y el jeque Hayun ben Salem, y otros cincuenta caballeros africanos, cuyas cabezas presentaron á los pies del rey Abderahman los caudillos de Mérida y de Carmona: las cincuenta cabezas se enviaron á Elbira y al presidio de Almuneçab y á Granada, las del Meknesi y la de Aben Harasa á Córdoba, y la del jeque Hayun á Sevilla. Encargó el rey que continuase la persecucion de las reliquias dispersas de esta hueste, divulgando que el rey recibiria á todos los Africanos que se viniesen á su obe-
772 diencia: fue la derrota y muerte del Meknesi año ciento cincuenta y seis.

Pasó el rey Abderahman á Sevilla á visitar y consolar al wali Abdelmelic ben Omar ben Meruan que estaba enfermo de sus graves heridas, y mas todavía en el ánimo por la muerte de su hijo Casim; pero la visita y presencia del rey fue como bálsamo para sus heridas. Luego vino á Córdoba con los de Mérida y alcaides de tierra de Córdoba, y alli repartió armas, vestidos y hermosos caballos á los que se habian distinguido en esta expedicion del Meknesi. Encargó el gobierno de Sevilla, como wazir de Abdelmelic ben Omar ben Meruan, á Abu Omeya Abdelgafir ben Abi Abda Gehwara, hijo menor del wazir Hasan ben Melic Gehwara, que se habia criado con el rey Abderahman, y era de su mayor confianza: el gobierno de Zaragoza y de toda España oriental á Abdelmelic (1) ben Omar ben Meruan, que deberia partir á esta provincia luego que sanase de sus heridas. Considerando Ab-

(1) De este Abdemelic ben Omar, esto es hijo de Omar, que los Cristianos de su tiempo llamarian Omaris filius, resultó en las crónicas de aquella edad el rey Marsilius de Zaragoza que mencionan la historia y romances de Carlomagno.

derahman que los walíes de Africa por órden de los califas de Oriente no cesarian de inquietarle, ordenó que su hagib Teman ben Amer ben Alcama, pasando á las ciudades de Tortosa y Tarragona, mandase construir naves para guardar las marinas de España, y mandó que se labrasen en Atarazanas que estableció en Santa María de Oksonoba en Sevilla, en Cartagena Alhalfe, ó Espartaria, puerto antiguo de Murcia, y en Tortosa, y que hubiera siempre algunas en Tarragona, Almería, Almunecab, Algecira, Alhadra, Cadis y Welba. Dando el cargo de amir del mar á este caudillo por sus conocimientos y actividad, y la experiencia que tenia por sus muchos años de gobiernos en Wesca, y en Tarazona de España oriental, y en Toledo.

CAPITULO XX.

Del levantamiento de Husein el Abdari en Zaragoza, y de la educacion de los hijos de Abderahman.

774 En Zaragoza este año ciento cincuenta y seis Husein el Abdari, que habia sido wali y estaba retirado, cansado de vivir tranquilo, y descontento de su suerte, persuadia con discursos sediciosos á muchos ignorantes, que no debian contribuir al rey con la décima de rentas, frutos y ganados, puesto que lo empleaba en hacer guerra contra Muslimes, y en mantener sus pretensiones de mando contra los califas de Oriente, verdaderos señores de España. El wazir de Zaragoza con mucho secreto avisó á los walíes de Wesca y Tudela y otros alcaides de la provincia para que concurriesen á Zaragoza con gente de su confian-

za, porque recelaba de los de la ciudad por el crédito y estimacion popular que tenia el sedicioso. Concurrieran los walíes, y fue preso y descabezado Husein el Abdari: participaron este acaecimiento al rey, que lo tuvo por bien hecho, y dió gracias á sus walíes por su zelo y buen servicio.

Ya en este tiempo se distingüia el príncipe Hixem por su gentileza y buen ingenio, era las delicias de su padre por su afabilidad y virtuosas inclinaciones, habíale puesto el rey su padre los maestros mas doctos de su tiempo; y á fin de que se acostumbrase á la práctica de justicia y de equidad, mandó el rey que Hixem y su hermano mayor Suleiman asistiesen á la audiencia de los cadíes de la aljama, y al mexuar ó consejo de estado. Celebraban estos príncipes los dias del nacimiento de su padre, y daban en ellos convites muy expléndidos á los hombres doctos y á los que concurrian á las academias que celebraban con esta ocasion, y premiaban ellos los mejores elogios que se hacian al rey, y ellos mismos hacian versos y discursos elegan-
774 tes, y los leian en estas academias. En el año ciento cincuenta y ocho falleció en Córdoba Moavia ben Salehi de la aldea Naquila de Hemesa, cadi mayor de las aljamas de España: hombre sabio y muy amado del rey Abderahman: acompañó al rey gran parte de su vida, y en todos estados, así en los tiempos de sus desgracias, como en la prosperidad de su fortuna: su féretro fue seguido y acompañado de toda la ciudad, y hizo oracion por él el mismo Abderahman. Nombró el rey para este empleo de cadi de los cadíes, ó justicia mayor, á Hasan ben Bezar el Hudeili, varon muy docto y virtuoso, y para gobernador del juzgado de Córdoba á Sirag ben Abdala ben Sirag, que era su ahorrado y familiar.

Como hubiesen prevalecido los Cristianos de Afranc

en tierra y comarcas de Narbona, despues de la pérdida de aquella ciudad, aprovechando la ocasion de las continuas guerras que traia el rey Abderahman con los rebeldes, tomaron ánimo, y con grandes huestes entraron en tierras de España talando y estragando los campos, incendiando los pueblos y cautivando las gentes: llegaron con sus algaras hasta Zaragoza; pero los walíes de Wesca, de Lérida y de otras fronteras fueron contra ellos, y los vencieron y obligaron á pasar los montes, y tuvieron que dejar la presa y despojos por la vuelta (1): el descuido de los walíes de la frontera fue causa de estas calamidades. Fue esta entrada
778 de los Cristianos de Afranc año ciento sesenta y dos. Escribieron estas nuevas al rey Abderahman los walíes de Wesca y de Zaragoza, y el rey les mandó que persiguiesen á los Cristianos de los montes y los pusiesen en obediencia con entradas continuas en sus valles; pero esta guerra era obstinada y sin importancia, fatigándose los Muslimes fronteros en seguir en los montes ásperos y enriscados hombres bravos, cubiertos de pieles de osos, y armados de chuzos y guadañas, sin tener otra cosa que las armas con que se defendian.

Entretanto el rey Abderahman atendia al gobierno de España, y envió á su hijo mayor Suleiman, que habia nacido en Siria, á Toledo, para que gobernando una ciudad y provincia tan principal pusiese en práctica las sabias doctrinas que habia estudiado, y para seguridad y acierto en sus resoluciones le dió por wazir y consejero á Muza ben Hodeira, hombre político y de su confianza: á su hijo segundo Abdala encargó

(1) Dejar la presa por la vuelta es un proverbio árabe que dicen cuando en sus algaras ó excursiones, por librarse de los que los persiguen, abandonan las presas que habian hecho: esta fue la famosa batalla de Roncesvalles.

el gobierno de Mérida con la misma idea, y le dió por wazir y consejero á Abdelgafir ben Hasan ben Melic, hijo del wasir Hasan Gehwara, que se habia criado con el rey Abderahman desde niño, y le amaba como á un hermano: con estos ministros envió Abderahman á sus hijos. Solia recrearse el rey Abderahman en la caza de aves, y tenia muy preciosos halcones para esta diversion; y de su mucha aficion á esto se cuenta que en una de sus expediciones de guerra caminando en el centro de su hueste, como viese una banda de grullas abatirse á un valle no distante, salió de su escuadron y fue con sus halconeros á cazarlas, cosa que dió ocasion á que algunos ingenios de su corte, que iban allí, hiciesen agudos y elegantes versos: así por esta aficion á la caza de aves, como por sus guerras de montaña, fue llamado el Sacre Coraixi. En el año ciento cincuenta y cuatro, en la luna de dilhagia, apareció de repente el sol poco despues de salir tan demudado y sin resplandor, que causaba horror su vista, y duró en su espantosa oscuridad hasta medio dia, sin que hubiese eclipse, nieblas ni polvo.

CAPITULO XXI.

De la fuga del hijo de Jusuf de la prision de Córdoba.

Muhamad Abulaswad, hijo de Jusuf el Fehri, estaba preso en una torre del muro de Córdoba muchos años habia: los primeros años de su prision fueron muy rigorosos; pero como todo cede al tiempo, tambien la dureza de sus guardas y carceleros. Al cabo de algunos años, compadecidos de su triste suerte, les pareció que

ningun riesgo habia en que gozase de la luz del sol; pero el astuto Muhamad en aquel punto se fingió ciego, y con tanta propiedad hacia del ciego y lo parecia, que de todos fue tenido por verdadero ciego, y así le llamaban. Así pasó gran tiempo, y en esta seguridad confiados sus guardias solian dejarle salir de su encierro á unas salas bajas de la torre, en especial en la estacion calorosa del verano; y aun le permitian pasar en ellas la noche, para que gozára de la frescura, y le concedian bajar á los algibes por agua para lavarse. El fingido ciego vió la oportunidad que deseaba, y la fácil salida que ofrecian unas ventanas bajas que daban luz á las escaleras de los algibes. Solian visitarle en este tiempo algunos parciales secretos de su padre, y con ellos comunicó sus pensamientos, y ellos le animaron á ponerlos por obra ofreciéndole su ayuda para ello. Una tarde del verano, en que todos estaban bañándose en Guadalquivir, y hasta los siervos de la prision estaban fuera á sus negocios, y confiados en la gota serena de Muhamad le habian dejado solo en las salas bajas, donde solia pasar el dia, no quiso perder la ocasion que tan favorable le abria sus puertas; y así con mucha presteza se desprendió por las ventanas bajas de la escalera de los algibes, y pasó el rio á nado, y á la otra parte en las alamedas, á corta distancia de la orilla tomó vestido y caballo que le estaba prevenido, y caminó toda la noche y al dia siguiente por caminos estraviados; y así desconocido llegó á Toledo, se hospedó en casas de amigos, le proveyeron de lo necesario, y lo encaminaron con mucha seguridad á las sierras de Jaen al abrigo de los bandidos y rebeldes que allí estaban. Temerosos los guardas de la pena que merecia su descuido, tuvieron harto tiempo oculta su falta, y en secreto esta novedad; pero al cabo fue forzoso dar parte al rey de la fuga del ciego Muhamad Abu-

laswad: pesó mucho al rey de aquel descuido, y dijo: todo es obra de la sabiduría eterna, que nos enseña con este acaecimiento que nunca se hace bien á los malos sin hacer al mismo tiempo mal á los buenos. Yo recelo que la fuga de este ciego nos ha de causar no poca inquietud y efusion de sangre. Luego mandó el rey avisar á los gobernadores y alcaides de Elbira y de Segura, y tierra de Jaen, para que enviasen descubridores á sus comarcas y montes de ellas, y persiguiesen á los bandidos que allí andaban. En este tiempo falleció Habib ben Abdelmelic el Meruan, que fue wali de Toledo: fue de los mas privados del rey, que acompañó su féretro con sus seis hijos; y como viese á su hijo Hixem sentado y muy afligido, que no se levantaba para acompañarle, le dijo: no está bien, Abulwalid, tanto abatimiento y pena: levántate y acompaña el entierro del mejor de tu casa.

CAPITULO XXII.

De la guerra contra Abulaswad, sus aventuras y muerte.

No pasó mucho tiempo en manifestarse el fuego de la rebelion en las sierras de Cazorla y de Segura: los bandidos sediciosos y descontentos de todas las provincias tomaron por su caudillo á Muhamad Elaswad, volvieron á desplegarse las banderas de los Fehríes, y se juntaron mas de seis mil hombres aguerridos y bien armados. Luego fue avisado el rey Abderahman de esta novedad, y sin perder tiempo tan precioso en estas ocasiones partió con la caballería de Córdoba, avisando al wali de Tadmir, y al de Jaen, para que acudie-

sen con sus gentes á deshacer estas taifas de rebeldes. Luego que entendieron la venida de Abderahman procuraron evitar su encuentro, esperando de dia en dia acrecentar su hueste con las que recogia Casim ben Jusuf el Fehri en las serranías de Ronda, y en Somontan y montes de Jaen el bandido Hafila y otros de sus caudillos. Venciólos en diferentes batallas de poca importancia, sin lograr traerlos á campo abierto ni empeñarlos en accion general de toda su gente. Alargábase tanto tiempo esta guerra de montaña, que fue forzoso suspenderla muchas veces y volver á ella en estaciones convenientes. Por otra parte los rebeldes padecian menos que la caballería y gente de Abderahman: acompañaban en ella al rey los caballeros de Lorca, Elbira y Jaen; pero la aspereza de aquellas sierras donde se retiraban era tanta, que ni aun la gente á pie podia seguirlos en sus guájaras y fragosidades. Cansado el rey Abderahman de las molestias de esta lenta guerra dió órden á sus walíes para pasar de un cabo á otro las montañas, y obligar á los rebeldes á salir de ellas: allegaron sus gentes con gran ballestería, y de diferentes puntos penetraron en aquellos montes. Huyeron entonces los rebeldes á los montes de Castulona, y en esta ciudad aconsejaron algunos á Muhamad Abulaswad que se fuese á la merced del rey Abderahman, y le pidiese perdon y escusase su fuga, que Abderahman era de corazon benigno, y le recibiria; pero Abulaswad les respondió, que era tal su desventura, que aunque quisiera no tenia libertad para solicitar gracia, ni podia dejar de seguir por donde aquella su gente le llevaba: que bien conocia el término que habia de tener tan desastrada guerra; pero que ya no estaba en su mano sino hacer lo que insinuaba el último soldado de sus taifas. Con todo eso le aconsejaron que aunque viniese á batalla, lo que no podria evitar, que huyese y se sal-

vase, y estuviese cierto que el rey Abderahman le recibiria con benignidad y le trataria bien. Pocos dias despues se dió la batalla, que fué muy sangrienta, y el rey Abderahman los venció, y huyó Muhamad Abulaswad con muchos caballeros: toda su gente de á pie fue muerta, que pocos se libraron de la espada; y cuenta Razi que esta victoria fue dia cuatro de rebie primera
784 del año ciento sesenta y ocho, que fue dos dias despues de la conversacion y propuestas que le hicieron algunos de sus amigos, aunque al mismo tiempo fieles al rey Abderahman; y dice que perdió Abulaswad en esta batalla cuatro mil hombres, los mas esforzados de su gente, sin muchos otros que se ahogaron en Wadialahmar al pasar huyendo de la caballería de Abderahman: que Abulaswad entró en Castulona, y luego salió de aquella ciudad, y siguió huyendo con sus caballeros hasta tierra de Algarbe.

Despues de esta batalla se vino el rey á Córdoba, y fue recibido con demostraciones de mucha alegría: luego pasó á Mérida para disponer y seguir la comenzada guerra. Los alcaides de Beja, Badalyox y Cantara Alseif se ofrecieron á continuarla y dejar al rebelde sin un hombre: el rey Abderahman dió licencia para que se ocupasen en esta guerra al de Badalyox y Cantara Alseif, y agradeció al de Beja, su buena voluntad, y le mandó volverse á su alcaidía. Los caudillos rebeldes se habian dispersado despues de la batalla de Castulona, cuales á una parte, cuales á otra, culpándose unos á otros del mal suceso de aquel dia. Hafila con muy pocos bandidos huyó á los montes de Segura: Muhamad Abulaswad el Fehri con alguna caballería á tierra de Algarbe: perseguido por los alcaides de Badalyox y Cantara Alseif fue derrotado en muchas escaramuzas, y como le faltó la fortuna le abandonaron tambien los hombres y los pocos parciales que le que-

daban. Quedó al fin solo y sin un siervo, que el mismo huia de su gente: solo y disfrazado entró en Cauria, y allí estuvo oculto algun tiempo: de allí se retiró pobre y desconocido, y se escondió en los bosques espesos, y allí pasó en la soledad como hambriento lobo, acordándose como de un tiempo venturoso de cuando estaba en la oscuridad de su prision. Los trabajos de su miserable vida le habian desfigurado tanto, que pudo pasar ignorado y seguro en Alarcon, pueblo y fortaleza de Toledo, y allí murió un año despues.

CAPITULO XXIII.

Del viage de Abderahman á Lusitania y Galicia.

En este tiempo acabada la guerra en esta provincia pasó el rey Abderahman á visitar las ciudades de Santarin, Alisbona, Portocale, Colimria y Baraca, y otras de Lusitania en Algarbe de España, y en todas mandó construir aljamas y mezquitas comunes, y para esto destinó una parte de las rentas que en ellas le correspondian, dejando en todas claras señales de su beneficencia: pasó algun tiempo en las ciudades de la parte boreal de España, y por Astorga, Zamora y Avila vino á Toledo, donde fue recibido de su hijo Abdala y de toda la ciudad con grandes demostraciones de alegría. Habiendo sabido que en tierras de Tadmir andaban algunos rebeldes, acaudillados por Casim, hijo menor de Jusuf el Fehri, y por Hafila que habia allegado los bandidos de toda la comarca, fue á tierra de Tadmir para acabar esta guerra: á su llegada á las sierras de Alcaraz tuvo nueva de la derrota de los rebeldes por

los walíes de Tadmir, y que Abdala hijo de Abdelmelic ben Omar el Meruan habia logrado prender al caudillo Casim ben Jusuf el Fehri, y le tenia á buen recaudo, y visitó el rey el fuerte de Secura, que es como una ciudad edificada sobre la cumbre de un monte grande, que hace inaccesible la fortaleza, y salen de su falda dos rios, el uno de ellos es el de Córdoba, llamado Guadalquivir, y el otro es Guadalabiad, que pasa por Murcia: el que va por Córdoba sale de este monte de una junta de aguas, que como una laguna clara hay en el corazon del monte, y desciende á la raiz de él, y sale del sitio profundo de la montaña, y va corriendo al occidente á monte Nágida, á Gadira y cerca de Medina Ubeda, y á las llanuras de Medina Bayesa, á Alcozir, á Hisn Aldujar, á Cantara Extesan y á Córdoba: el Guadalabiad sale tambien de la raiz del monte, de la fuente de Mediodía á Hosain, Alfered, á Hisn Mula, á Murcia y á Auriola, á Almodwar y al mar. Se dirigió desde allí Abderahman á Denia, y estando allí le llevaron la cabeza del sinventura Hafila, que tantas veces habia salido bien de peligrosos trances de batallas sangrientas, nadie puede evitar el tiro de la saeta de su destino. Vino despues el rey Abderahman á Lorca y á Murcia, y se detuvo en estas ciudades algun tiempo, y acompañado del wali Abdala ben Abdelmelic tornó á Córdoba en el año de ciento y setenta. A pocos dias despues de su venida á Córdoba le presentaron el hijo de Jusuf el Fehri encadenado, y considerando Abderahman la inconstancia de la fortuna de los hombres, se compadeció del triste Casim, imploró este su clemencia besando la tierra á sus pies; y Abderahman, que de su natural condicion era muy generoso y compasivo, luego le perdonó y mandó quitar sus fierros, y Casim vivió siempre en obediencia del rey, que le honró y dió posesiones en tierra de Sevilla para que mantu-

viese su casa conforme á su estado y condicion correspondia.

CAPITULO XXIV.

De la construccion de la mezquita mayor de Córdoba, jura solemne de Hixem, y muerte de Abderahman.

Cumplidos los deseos de paz que siempre tenia el rey Abderahman, señaló el primer año de ella, que
786 fue el ciento setenta, mandando edificar en Córdoba y cerca de su alcázar la grande aljama ó mezquita mayor: dicen que el mismo rey trazó el plan de la obra; que se propuso que fuese semejante á la de Damasco, y mas grande y superior en su magnificencia y suntuosidad á la nueva de Bagdad, y que fuese comparable á la de Alaksa (1) en la Casa Santa de Jerusalen: puso en ella muchas y muy preciosas columnas de mármol: su entrada por diez y nueve puertas muy espaciosas para ir á su alquibla por diez y nueve calles de columnas de mármoles diferentes maravillosamente labradas, y atravesadas estas de treinta y ocho calles de oriente á poniente, y en sus costados á cada parte nueve puertas: dice Aben Hayan que la altura de su alminar ó torre era de cuarenta brazas poco mas ó menos: aunque puso en esta obra gran diligencia y trabajaba en ella él mismo una hora cada dia, y gastó en la obra mas de cien mil doblas de oro, no quiso Dios

(1) Veneran los Muslimes dos templos ó casas santas, el de la Caaba de Meca, y el de Jerusalen, que es el que llaman Alaksá ó remoto, por mas distante de su Arabia: el que veneran en Jerusalen es el de la Resurreccion, que tambien llaman el de Asahara, ó de la peña ó roca.

que viese acabado este edificio; pero dotó las madrisas ó enseñanzas que habia de haber en ella y sus hospitales, cual convenia á la magnificencia de la aljama.

En este tiempo se enseñaba en España, segun la secta y declaraciones del (1) Auzei, enseñanza que habia introducido, y practicaba en Córdoba el andaluz Saxato ben Salema, que fue discípulo del Auzei en oriente, y solian llamar á este sabio el Damasquino; y por eso algunos le tenian por natural de Damasco: no dejó de enseñar en Córdoba hasta que falleció en tiempo del rey Hixem, año ciento y ochenta; y algunos dicen que vivió doce años mas. En pago de sus señalados servicios habia ofrecido el rey Abderahman al caudillo Abdala, hijo de Abdelmelic el Meruan, darle por muger su nieta Cathira, hija de Hixem; y como Abdala recordase frecuentemente al rey el cumplimiento de su promesa, el rey se la dió y hubo en Córdoba con este motivo grandes alegrías. Al fin del año ciento y setenta congregó el rey Abderahman en Córdoba á los walíes de las seis capitanías de España Toledo, Mérida, Zaragoza, Valencia, Granada y Murcia, y doce gobernadores de las ciudades principales, y los veinte y cuatro wazires de estos, y cuando los tuvo congregados en su alcázar en presencia de su hagib, del cadi de los cadíes, de sus alcatibes secretarios y consejeros de estado, declaró á su hijo Hixem por su wali Alahdi, ó futuro sucesor del reino. Todos los walíes y wazires presentes hicieron su juramento de fidelidad y obediencia, como fieles y leales á su señor el rey Abderahman durante su vida, y para despues de sus dias á su hijo Hixem, declarado sucesor de su imperio; y todos por su

(1) La secta ó escuela del Auzei precedió en España á la de Malic ben Anas, que siguieron despues: hay entre los Musulmanes cuatro sectas aprobadas, la de Malic, la de Safei, la de Hanbal y la de Hanifa.

órden tomaron la mano del príncipe Hixem. Hizo el rey Abderahman esta preferencia á Hixem para sucederle en el reino, aunque de menos edad que sus hermanos Suleiman y Abdala, porque habia manifestado siempre mucha bondad, afabilidad, prudencia y rectitud. Algunos dicen, que la sultana Howara, madre de Hixem, tenia ganado el corazon de Abderahman, que él no tenia mas voluntad que la suya, y que ella persuadió al rey esta preferencia. Suleiman y Abdala, que habian concurrido á la jura de su hermano, disimularon su resentimiento y no se dieron por agraviados por respeto á su padre el rey, ni durante sus dias manifestaron queja ni descontento. Luego que despidió el rey á sus walíes, y partieron á sus provincias al principio del año ciento setenta y uno, se fue á Mérida, quedando en Córdoba Abdala su hijo, que Hixem acompañó al rey su padre, el cual á pocos meses adoleció y de su enfermedad falleció, pasando á la misericordia de Dios dia (1) veinte y dos de la luna de rebie segunda del año ciento setenta y uno, á los cincuenta y nueve años, dos meses y cuatro dias de su edad. Así dejó los palacios de este mundo perecedero, y pasó á las moradas eternas de la otra vida. Fue enterrado con gran pompa, siguiendo su féretro toda la gente de la ciudad y de los lugares de la comarca, que acompañaron su entierro, y le honraron con sus lágrimas; hizo oracion por él su hijo Hixem en dia martes, seis dias por andar de la luna de rebie segunda.

En este mismo año de la muerte de Abderahman entró en África Edris ben Abdala, de la descendencia de Ali ben Abi Taleb, y despues de vagar errante entre los africanos, ayudado de la tribu aruba y otras berberíes, se apoderó de Almagreb contra los califas

(1) Dice Alabar que falleció dia martes, seis dias por andar de rebie segunda.

de Oriente, y dió principio al poderoso estado del reino de Fez.

Tuvo el rey Abderahman su zeka ó casa de moneda en Córdoba, y no hizo novedad en la forma y ley de ella, acuñándola en todo semejante á la que labraban en Siria los califas sus antepasados, sin diferencia en la inscripcion de ella, sino en la expresion del lugar y año. Por un lado se leia: no es Dios sino Alá, único y sin compañero: en su orla decia: en nombre de Alá se acuñó este dinar ó adirham en Andalus, año tal. Por el otro lado se leia: Dios es uno, Dios es eterno; no es hijo ni padre, ni tiene semejante: en su orla decia: Mahomad enviado de Alá, que lo envió con la direccion y ley verdadera para ostentarla sobre toda ley á pesar de los infieles.

CAPITULO XXV.

Del rey Hixem y alteraciones de sus hermanos.

Despues que el rey Abderahman ben Moavia fue enterrado, su hijo el rey Hixem acabadas las ceremonias y honras funerales fue solemnemente aclamado rey, paseó las calles de la ciudad de Mérida con gran séquito de caballería, y se hizo por él la chotba ú oracion pública en todas las aljamas y mezquitas principales de España (1), y en todas partes se repitió por

(1) La chotba ú oracion pública por el rey es uno de los primeros derechos de la soberanía entre los Muslimes: debe hacerse en las mezquitas principales, todas las fiestas, por el chatib ó predicador de ellas: se hace desde el minbar ó púlpito, y esta oracion contiene alabanzas á Dios, bendiciones al Anabi Mahomad, y súplicas por la vida y prosperidad del rey.

el pueblo: que Dios ensalce y guarde á nuestro rey Hixem, hijo de Abderahman. Tenia Hixem treinta años de edad, era de magestuosa presencia, de condicion apacible, muy religioso y exacto en la observancia de la ley, de mucha integridad y amor á la justicia: por esto fue llamado aladil, ó el justo, y por su bondad el radhi, el benigno. Sus dos hermanos Abdala y Suleiman no disimularon su resentimiento y encono por la preferencia y sucesion de Hixem en el trono de su padre. Se propusieron gobernar con absoluta independencia sus provincias, y dieron y quitaron gobiernos y alcaidías en ellas, sin consultar ni avisar al rey su hermano. Abdala que estaba entonces en Córdoba dejó su casa particular, y se pasó al alcázar, en la luna
787 giumada primera del año ciento setenta y uno, esperaba que los wazires y principales caballeros de la ciudad le diesen la enhorabuena; pero ninguno fue á visitarle sino á su propia casa. Desengañado con esto de la disposicion de los ánimos y voluntad de los de Córdoba, por no venir á súbito y manifiesto rompimiento escribió á Hixem que le diese licencia para irse á Mérida, y que no atormentase mas tiempo con su ausencia á sus leales cordobeses, que deseaban con ansia su venida.

Luego vino el rey Hixem á Córdoba, y fue recibido con grandes demostraciones de alegría: recibió Abdala á su hermano el rey con los caballeros de la ciudad, y le volvió á pedir licencia para ir á su provincia. Díjole el rey Hixem, que todavía quisiese permanecer algunos dias en su compañía, y Abdala respondió: que te plazca, ó amir, que yo parta, que no me siento bueno en esta ciudad. Dióle Hixem su licencia, y en aquel mismo dia salió de Córdoba. Dió el rey el sello real y cargo de hagib al wali Abu Omeya Abdelgafir ben Abda el Gehwara, que habia sido gobernador de Sevilla.

Cuando supo Suleiman que su hermano Abdala estaba en Mérida, le escribió que fuese á Toledo para tratar sus negocios, y acordar entre ambos lo que les convenia. Luego pasó Abdala á Toledo sin pedir licencia ni avisar al rey con algun pretexto ú causa. El wazir de Mérida, hombre de acendrada lealtad, comunicó al rey la partida de Abdala á Toledo, llamado de su hermano. Pesóle mucho de esto, pero no lo manifestó, y respondió al wazir dándole gracias por su aviso, y diciéndole que ya lo sabia. Los dos hermanos se convinieron en gobernar sus provincias como señores de ellas, con independencia de su hermano el rey de Córdoba, y defender de mancomun su soberanía. Habian llamado á su consejo al wazir de Toledo Galib ben Temam el Tzakifi, y como leal á su rey y hombre prudente se opuso á sus intentos, y les afeó su determinacion. Suleiman ofendido de sus razones lo mandó poner en prision cargado de cadenas. Luego fueron sabidas del rey Hixem las conferencias de sus hermanos y la prision del wazir, y sospechó gran mal: escribió á Suleiman que habia sabido la prision del honrado wazir Galib, y no era justo que él ignorase la ocasion que hubiese habido para tal procedimiento, interesándole tanto la suerte de sus buenos y leales servidores, que esperaba ser informado de todo sin dilacion. Cuando Suleiman recibió esta carta se llenó de saña, y en el furor de ella, en presencia del enviado de su hermano, mandó sacar de la prision á Galib y que lo clavasen en un palo; y dijo al mensagero: dí á tu señor que nos deje mandar en nuestras pequeñas provincias, que esta libertad no es gran recompensa del agravio que se nos hace, y cuéntale tambien lo que ha valido aquí su intempestiva soberanía.

Llenó de justo enojo y de indignacion al rey Hixem la desobediencia y atrevimiento de sus hermanos, y

luego escribió á todos los walíes y alcaides que tuviesen por enemigos del estado á sus dos hermanos y á cuantos llevasen su voz, que defendiesen de ellos sus ciudades y fortalezas, y no los amparasen en sus provincias, que su desobediencia ya era pública. Mandó allegar su caballería y gente de guerra, y con una hueste de veinte mil hombres partió contra Toledo. Este movimiento de tropas no fue ignorado de Suleiman, recorrió su provincia y comarcas y allegó quince mil hombres, y dejando encargada la defensa de Toledo á su hermano Abdala y á su propio hijo, salió al encuentro de las tropas de Andalucía.

Al mismo tiempo Said ben Husein wali de Tortosa se resistió á recibir en aquella ciudad al nuevo wali que habia nombrado el rey para sucederle en su gobierno; y mandó el rey Hixem que el wali de Valencia fuese sin dilacion á castigar al rebelde. Luego juntó la caballería de la ciudad y la de Murbiter y Nules: antes de llegar á Tortosa salió contra ellos Said ben Husein, y trabaron una escaramuza muy sangrienta: los de Valencia pusieron en fuga á los de Said, y empeñados en su alcance los caballeros de Valencia cayeron en una emboscada que les tenia puesta: pelearon en ella con mucho valor, y la matanza fue grande de ambas partes; pero habiendo herido de muerte al wali de Valencia Muza ben Hodeira el Keisi, sus caballeros hubieron de ceder el campo á los rebeldes: fue esta pelea y
788 muerte del wali de Valencia al principio del año ciento setenta y dos. Luego fue avisado el rey Hixem de este desman, y porque esto no añadiese nuevo ánimo y osadía á los rebeldes encargó á los walíes de Granada y Murcia, que enviasen sus gentes á Valencia, y unidos á su nuevo gobernador Abu Otman escarmentasen á los rebeldes.

CAPITULO XXVI.

De la batalla de Bulche, y allanamiento de los príncipes.

Entretanto caminaba el ejército del rey á castigar los desafueros y desobediencia de Suleiman que abiertamente levantaba los pueblos, y allegaba gentes para mantener su independencia y la de su hermano Abdala. Encontráronse ambas huestes cerca de Hisn Bulche, y como si fueran enemigos de ley, lengua y costumbres diferentes, se mezclaron en sangrienta batalla, que se mantuvo igual buena parte del dia: á la caida del sol los de Suleiman cedieron el campo, y la venida de la noche impidió su completa derrota. A favor de la oscuridad se retiró del campo de batalla y se aseguró en los montes. El ejército vencedor siguió hasta Toledo y la cercó, defendiéndola Abdala con inteligencia y valor, y la fortaleza de su enriscada posicion. Suleiman descendió de las sierras reunidas sus gentes, y corrió las campiñas de Córdoba, y ocupó la fortaleza de Sefonda. Luego vino contra él Abdala ben Abdelmelic el Meruan que salió desde Córdoba y peleó con él y le venció y echó de Sefonda, obligándole á tornar á la sierra, y ampararse en ella. Desde Petrojis y Maltamisa envió Suleiman á solicitar al wazir de Mérida y á los principales caudillos de su comarca; pero fueron vanas sus esperanzas, pues en lugar de ayudarle tomaron armas para venir contra él; perseguido de los campeadores de Abdala el Meruan se retiró por las sierras hácia
789 tierra de Tadmir: fue la batalla de Hisn Bulche año ciento setenta y tres.

Viendo Abdala que su hermano Suleiman no acababa de llegar á Toledo, que las provisiones de la ciudad se apuraban, y con ellas las fuerzas y voluntad de los defensores, sabiendo que su hermano el rey Hixem, despues de dos meses y medio que habia estado en su campo delante de Toledo, habia ido á Córdoba, acordó con su sobrino que mantuviese la defensa de la ciudad en tanto que él volviese, que seria muy en breve, ó con tropas para forzar á sus enemigos á levantar el sitio, ó con las avenencias mas favorables para entregar la ciudad y ponerse en paz y buena inteligencia con el rey, pues no era ya posible continuar cercados y faltos de todas las cosas necesarias. Luego salió un wazir de Abdala que propuso de su parte á los walíes del ejército que diesen seguro paso y compañía á los mensageros de la ciudad que pasaban á ofrecer al rey donde estuviese sus propuestas de avenencia. Luego fue otorgado el paso, y el mismo Abdala salió con su wazir; pero desconocido y fingiendo ser otro, diéronles dos caballeros que fuesen con ellos á Córdoba, y en llegando al alcázar su mismo wazir se adelantó y anunció al rey Hixem la venida de su hermano. Recibióle el rey Hixem con los brazos abiertos, sin estar en su mano hacer otra cosa: concertaron la entrega de Toledo y olvido de todo lo pasado, y que esto se entendia tambien con Suleiman, si se viniese á la merced del rey sabida esta avenencia. Partió el rey Hixem y su hermano Abdala con la caballería de guardia de Zenetes y Andaluces, y antes de llegar al campo se adelantó Abdala y su wazir, y entraron á disponer la entrega que se hizo con general alegría. Subió el rey Hixem al alcázar acompañado de su hermano y de su sobrino, y de los principales caballeros de su ejército, y fue este dia de su entrada en Toledo un dia de gran fiesta. Concedió el rey Hixem á su hermano Abdala el morar en una real casa en cer-

canías de Toledo en un ameno sitio. Luego llegó á Suleiman la nueva de la entrega de su ciudad, y tuvo gran pesar de este acaecimiento; pero no decayó todavía su ánimo, y esperaba hallar en la perfidia de algunos sediciosos y descontentos apoyo para sus vanas pretensiones, ó á lo menos auxilios y recursos para proseguir inquietando á su hermano en la posesion del trono, y perturbar la paz de sus pueblos.

Sabiendo el rey que su hermano Suleiman andaba en tierras de Tadmir levantando los pueblos y allegando gentes para venir contra él, dió órden á sus walíes de aprestar las gentes y partir á buscarlo. Encargó la vanguardia de su ejército á su hijo Alhakem, que por primera vez se ensayaba en el acaudillamiento de algunas tropas: iban á su lado caudillos de experiencia: partió la vanguardia, y en ella lo mas florido de la caballería de España, y un dia despues se puso en marcha todo el ejército: en los campos de Lorca estaba la gente de Suleiman, y el príncipe Alhakem, sin esperar á que llegára su padre con toda la hueste, acometió á estas tropas con tal determinacion y denuedo, que á pesar del número y de su vigorosa resistencia los rompió y puso en desordenada fuga, quedando muchos tendidos en el campo para agradable pasto de aves y fieras. Cuando llegó el ejército de Hixem ya no habia enemigos con quien pelear. Elogió el rey á su hijo Alhakem y á sus esforzados caballeros; pero le advirtió que si bien convenia mucho el ardimiento y valor en la guerra, pero no menos la prudencia y reflexion: que no deben aventurarse los sucesos cuando sin temeridad ni precipitacion puede ser mas cierto y mas completo el triunfo. Que muchas veces por imprudente confianza y necia presuncion de sus propias fuerzas, y por no dar parte en la gloria de sus imaginados triunfos á otro compañero, muchos caudillos perdieron batallas muy

importantes, que causaron la ruina de algunos estados, y á sus nombres perdurable infamia.

No estaba Suleiman en su hueste el dia de la batalla, y cuando los fugitivos restos de su gente llegaron donde estaba y le refirieron el suceso desgraciado del dia, quedó pensativo, y sin decir otra palabra que mal haya mi fortuna, partió con algunos caballeros hácia Valencia sin camino ni direccion cierta. Llegó cerca de Denia, y perseguido allí de los campeadores de su hermano, viendo el empeño con que sus enemigos le seguian, y que sus gentes le iban dejando, se entró en Gezira Jucar, lugar fuerte y rodeado del rio, y desde allí escribió á su hermano rogándole quisiese olvidar lo pasado y recibirle en su gracia con las mismas condiciones que á su hermano Abdala, ó como le pareciese. Holgó mucho el rey Hixem de este allanamiento, y habido su consejo con sus wazires y walíes le recibió en su gracia; pero le propuso que para su seguridad podia establecerse en Tanja ó en otra ciudad que él quisiese de las de Almagreb, que concertarian la venta de las posesiones suyas en España, para que pudiese adquirir otras en Berbería. A todo se allanó Suleiman, y concluyeron su avenencia año ciento setenta y
790 cuatro. Cuentan que recibió del rey Hixem por sus posesiones sesenta mil mitcales ó pesantes de oro, y se fue á morar á Tanja. En este mismo año el wali Abu Otman venció al rebelde Said ben Husein, que murió en la batalla, y envió su cabeza á Córdoba con la nueva de la victoria, y la mandó el rey poner en un garfio del muro.

CAPITULO XXVII.

De la rebelion y guerra en España oriental.

Con ocasion de las desavenencias de los príncipes se rebeló en España oriental el caudillo de la frontera Bahlul ben Makluc Abulhegiag, se apoderó de Zaragoza, y se le unieron los gobernadores de Barcelona, Wesca y Turiazona. Envió contra ellos al wali de Valencia Abu Otman con numeroso ejército de gente de á pie y de á caballo: los venció en varias batallas, y se apoderó de las ciudades, que oprimidas por estos caudillos rebeldes deseaban verse libres de sus vejaciones y estar protegidas de su rey y señor: así ellas mismas abrieron sus puertas al vencedor, y se pusieron en defensa contra los rebeldes: envió Abu Otman á Córdoba nuevas de su venturosa expedicion y las cabezas de algunos caudillos. Celebráronse en Córdoba estas victorias con públicas alegrías, y escribió el rey Hixem á Abu Otman que fuese á la frontera de Afranc y esperase nuevos refuerzos de tropas para poder recobrar las ciudades que habian perdido los Muslimes en aquella tierra.

791 Venido el año ciento setenta y cinco mandó Hixem publicar en toda España el Algihed ó santa guerra, envió sus cartas á todas las capitanias, se leyeron en los alminbares ó púlpitos de todas las aljamas, y todos los buenos Muslimes quisieron concurrir por sus personas, ó con sus armas y caballos, ó con sus limosnas; por merecer los inefables y copiosos premios prometidos á los que ayudan á tan digna empresa. Encargó

el mando de las tropas que se dirigieron á las fronteras á su hagib el wali Abdelwahid ben Mugueit, y á su yerno Abdala ben Abdelmelic el Meruan, y á Jusuf ben Bath el Ferasi: entraron estas huestes en tierra del Guf ó norte de España, una division de treinta y nueve mil hombres que corrió y taló las comarcas de Astorica y Lucos, y toda Galicia, tomando cautivos y muchos ganados y despojos, causando en aquellos pueblos el espanto y la desolacion de las terribles tempestades: otra á la parte oriental que entró en los montes Albortat, y sojuzgó sus pueblos, y tomaron grandes despojos, cautivos y ganados. En el año ciento setenta y seis continuaron las entradas por los valles de los montes Albaskenzes hasta dentro en tierras de Afranc: los pueblos huian á las grutas de las fieras, y abandonaban sus poblaciones. Este año murió en Sevilla el wallilcoda de aquella aljama Abdala ben Omar ben Alchitab, hombre docto y de singular integridad. El año ciento y setenta y siete se tomó por fuerza de armas la ciudad de Gerunda, y sus moradores fueron degollados: la misma suerte tuvieron los de Medina Narbona: la espada de los Muslimes hizo en sus defensores y pueblo tan atroz matanza, que solo sabe el número de ellos Dios que los crió. Los despojos de estas ciudades fueron muy ricos en oro, plata y preciosos paños, y el quinto que de ellos tocó al rey Hixem por su parte fue mas de cuarenta y cinco mil mitcales ó pesantes de oro. Cuando llegaron á Córdoba estas riquezas, y las nuevas de tan venturosas expediciones hubo en la ciudad grandes alegrías. Destinó el rey el quinto que le pertenecia para la fábrica de la mezquita mayor aljama de Córdoba. Quedó en la frontera de órden del rey el wali Abdala ben Abdelmelic el Meruan, á quien hizo wali de Zaragoza.

793

CAPITULO XXVIII.

De las obras del rey Hixem.

Con estos venturosos sucesos el rey Hixem era muy temido de sus enemigos, y muy amado de sus pueblos: con su clemencia, liberalidad y condicion fácil y humana grangeaba las voluntades de todos: era muy caritativo con los pobres de cualquiera religion, y pagaba los rescates de los que caian en manos de sus enemigos; y cuando alguno de los suyos moria peleando en la guerra, cuidaba de sus hijos y mugeres; era muy piadoso, y trabajaba cada dia en la obra de la aljama, y así la acabó en su tiempo. Esta magnífica aljama de Córdoba aventajaba á todas las de Oriente, tenia seiscientos pies de larga, y doscientos y cincuenta de ancha, formada de treinta y ocho naves á lo ancho, y diez y nueve á lo largo, mantenidas en mil y noventa y tres columnas de mármol: se entraba á su alquibla por diez y nueve puertas cubiertas de planchas de bronce de maravillosa labor, y la puerta principal cubierta de láminas de oro: á sus lados de Oriente y Occidente cada nueve puertas. Sobre la cúpula mas alta habia tres bolas doradas, y encima de ellas una granada de oro: de noche para la oracion se alumbraba con cuatro mil y setecientas lámparas, que gastaban veinte y cuatro mil libras de aceite al año (1), y ciento y veinte libras

(1) Esta prolijidad es propia de los Arabes: el autor de la historia de Fez, Abdelhalim de Granada, cuenta hasta el número de tejas que cubrían la aljama de aquella ciudad, á saber, cuatro-

de aloe y ambar para sus perfumes: el atanor del Mihrab, ó lámpara del oratorio secreto, era de oro y de maravillosa labor y grandeza. Reedificó el puente de Córdoba y otras muchas obras que pedian reparo: por agradar al rey y por su órden labró en este tiempo Farkip ben Aun el Aduani, natural de Córdoba, la bella fuente llamada de su nombre Ainfarkid, que era de las obras mas hermosas de Córdoba. Dió el rey cargo de wali del Zoco ú plaza de Córdoba á Suleiman ben Foteis, que habia sido cadi en tiempo del rey Abderahman, y era su asignacion quinientas doblas al año.

Abdelkerim, hijo del wali de la frontera Abdelwahid, hizo entrada en Galicia en fin del año ciento setenta y siete, y despues de haber corrido la tierra y entrado en las fortalezas de los Cristianos, y quemado sus iglesias, cuando volvia cargado de despojos fue rodeado por los Cristianos en una emboscada, y en ella recibieron mucho daño los Muslimes: los mas esforzados murieron peleando, y entre otros el caudillo Jusuf ben Bath (1), y perdieron la presa y cautivos que traian. En el mismo año Abdelcadir, caudillo del rey Hixem, persiguió á los bárbaros de Takerna que se habian rebelado, y tomando de ellos muchos los clavó en palos, haciendo tal matanza de ellos que dejó la tierra yerma y despoblada. En este año murió Edris ben Abdala el descendiente de Ali, fundador de la ciudad y reino de Fez: murió alevosamente emponzoñado con un pomo

cientas sesenta y siete mil y trescientas tejas, y que tenia quince puertas grandes para los hombres, y dos pequeñas para las mugeres, y se alumbraba con mil y setecientas lámparas; pero no las encienden todas sino en las noches del ramazan, y la que llaman de Candiles, y así el gran número es para ornato y ostentacion.

(1) Dice Alabar que el wali Jusuf ben Bath el Ferasi acaudillaba la caballería en la expedicion de Galicia, que llevaba treinta y nueve mil hombres, y que despues de ella murió en Toledo: que su hijo Omar Aben Jusuf ben Bath fue wazir del rey Alhakem.

de arómas que le dieron por órden del califa de Oriente: no tenia hijo todavía; pero dejó preñada una hermosa alárabe llamada Kethira, hija de Telid, estaba ya de siete meses, y los Alárabes persuadidos del leal hagib Rajid esperaron que pariese, y despues hasta la competente edad del niño Edris, y todo este tiempo fueron gobernados por el hagib de su amado rey. Tambien falleció este año en Córdoba el insigne poeta de su tiempo Amer ben Abi Giafar, que escribió elegantes historias, y fue cadim al maut, ó intendente de herencias propias del fisco, que el rey como padre universal hereda á los que no tienen herederos. Se recreaba el rey Hixem en el campo, en las amenas huertas y plantío de árboles frutales, y como le propusiesen la adquisicion de una aldea y tierras contiguas muy feraces, como una apacible y útil grangería, que deseaban muchos á competencia su adquisicion, el rey no quiso comprarla, y en esta ocasion hizo unos versos que manifiestan su ingenio y grandeza de ánimo.

Mano franca y liberal — es blason de la nobleza,
El apañar intereses — las grandes almas desdeñan:
Floridos huertos admiro — como soledad amena,
El aura del campo anhelo, — no codicio las aldeas,
Todo lo que Dios me da — es para que á darlo vuelva:
En los tiempos de bonanza — infundo mi mano abierta
En el insondable mar — de grata beneficencia;
Y en tiempo de tempestad — y de detestable guerra,
En el turbio mar de sangre — baño la robusta diestra:
Tomo la pluma, ó la espada, — como la ocasion requiera,
Dejando suertes y lunas, — y el contemplar las estrellas.

CAPITULO XXIX.

De la jura del príncipe Alhakem, y muerte de Hixem.

794 El año ciento setenta y ocho estando el rey Hixem en Córdoba recreándose en sus almunias y amenos huertos, donde se entretenia en cultivar por su mano algunas flores y plantas, un célebre astrólogo de su corte le dijo: Señor, trabaja en estos breves dias para el tiempo de la eternidad: el rey le dijo, que por qué le decia aquella sentencia: y el astrólogo le pidió que no le mandase decir otra cosa, que sin pensar lo habia dicho: instóle el rey que no le ocultase su pensamiento, seguro de que por nada del mundo se disgustaria de lo que le dijese. Entonces el astrólogo le dijo, que estaba escrito en el cielo que Hixem debia morir antes de dos años. No se entristeció por el anuncio de su temprana muerte: prosiguió entretenido hasta su hora acostumbrada: despues oyó cantar, jugó al ajedrez como solia, y mandó dar al astrólogo un buen vestido. Repetia muchas veces estas palabras: mi confianza es Dios, y en él espero. Puso en Córdoba y en otras ciudades de España enseñanzas de la lengua arábiga, y obligaba á los Cristianos que no hablasen otra, ni escribiesen en su lengua latina. Aunque el rey Hixem era sabio y superior á las credulidades vulgares sobre el influjo de las estrellas, bien persuadido de que todo se mueve al soplo de la divina voluntad, segun los eternos decretos, no quiso dilatar la solemne declaracion de su futuro sucesor en el im-

perio: mandó congregar sus walíes principales, y los wazires y alcatibes, secretarios y consejeros de estado, al cadi de los cadíes de España, y á su hagib, y declaró por su wali Alahdi ó futuro sucesor á su hijo Alhakem; y todos los walíes, wazires y principales jeques de España le juraron fidelidad y obediencia sin condiciones ni reservas, tomándole su mano: tenia el príncipe Alhakem veinte y dos años, y era de muy gentil presencia y buen ingenio. Fue esta solem-
795 ne jura el año ciento setenta y nueve.

En los primeros dias de la luna safar del año ciento y ochenta adoleció el rey Hixem de la enfermedad de que falleció á los doce dias de la misma luna, y se fué en la misericordia de Alá. Cuentan que antes de morir dijo á su hijo Alhakem estos buenos consejos, aunque otros los atribuyen á su padre. Deposita en tu corazon, y no olvides nunca estos consejos que quiero darte por el mucho amor que te tengo. Considera que los reinos son de Dios, que los da y los quita á quien quiere. Pues Dios nos ha dado el poder y autoridad real que está en nuestras manos por su divina bondad, demos gracias á Dios por tanto beneficio, hagamos su santa voluntad, que no es otra que hacer bien á todos los hombres, y en especial á los encomendados á nuestra proteccion: haz justicia igual á pobres y á ricos, no consientas injusticias en tu reino, que es camino de perdicion: al mismo tiempo serás benigno y clemente con los que dependen de tí, que todos son criaturas de Dios. Confia el gobierno de tus provincias y ciudades á varones buenos y experimentados: castiga sin compasion á los ministros que opriman tus pueblos á sinrazon con voluntarias exacciones: gobierna con dulzura y firmeza á tus tropas cuando la necesidad te obligue á poner las armas en sus manos: sean los defensores del estado, no sus devastadores; pero cuida de tenerlos

pagados y seguros de tus promesas. Nunca ceses de grangear la voluntad de tus pueblos, pues en la benevolencia de ellos consiste la seguridad del estado, en el miedo el peligro, y en el odio su cierta ruina. Procura por los labradores que cultivan la tierra y nos dan el necesario sustento: no permitas que les talen sus siembras y plantíos; en suma haz de manera que tus pueblos te bendigan, y vivan contentos á la sombra de tu proteccion y bondad, que gocen seguros y tranquilos los placeres de la vida: en esto consiste el buen gobierno, y si lo consigues, serás feliz y lograrás la fama del mas glorioso príncipe del mundo. No hizo el rey Hixem novedad en la moneda, y se labraba con el mismo tipo y ley que en el tiempo de su padre, Falleció este rey Hixem ben Abderahman á los treinta y siete años y cuatro meses de su edad, y fue la duracion de su reinado siete años y siete meses. En este mismo mes y año falleció en Córdoba Said ben Abdus, que era conocido por el Godei, andaluz que viajó á Oriente, y fue allí discípulo de Malik ben Anas, y volvió á su patria con gran fama de sabio.

CAPITULO XXX.

Del rey Alhakem ben Hixem, y de las alteraciones que suscitaron sus tios, y victorias en España oriental.

Despues que con gran concurso del pueblo fue enterrado el buen rey Hixem, y que su hijo el príncipe
796 Alhakem hizo oracion por él, luego el dia catorce de safar del año ciento y ochenta fue aclamado rey con gran pompa, y concurrió á la mez-

quita mayor el primer juma, que fue dia diez y seis de la misma luna, y se hizo la chotba ú oracion pública por el nuevo rey Alhakem ben Hixem. La madre que le parió se llamaba Zecraf: era hermoso y de muy gentil disposicion, y estaba en la flor de su edad, pues tenia veinte y dos años. Todos esperaban en él un digno sucesor de su padre y abuelo, su noble fisonomía lo anunciaba, su buena educacion y los ejemplos paternos lo persuadian; pero solo Dios es sabedor. Era Alhakem docto y de ingenio, pero vano y de natural duro, y facil solo para la ira. Se habia criado desde niño con Abdelkerim, hijo de Abdelwahid el hagib del rey Hixem; por eso amaba á este erudito, que fue su bibliotecario desde muy mozo, que ya se distinguia entre sus iguales por su buen ingenio y elegantes versos: le nombró su hagib, y era la persona de su confianza. Cuando Suleiman y Abdala, tios del rey Alhakem, supieron la muerte de su hermano Hixem, renovaron sus pretensiones á la soberanía de España, ó por lo menos de algunas provincias de ella, de cuya posesion se miraban violentamente despojados. Procuraron parcialidades, y buscaron auxiliares contra su sobrino, con ánimo de destronarle si la fortuna les era favorable, y si menos propicia venir á nuevos conciertos de avenencia, y hacer un repartimiento de la España. Excitaron á la rebelion á los pueblos de Toledo, Valencia y Tadmir, y con ayuda de amigos y con sus propios tesoros Suleiman allegó un buen ejército y pasó de Africa á España, llamándose señor de ella como hijo mayor del rey Abderahman ben Moavia. Abdala que estaba en tierra de Toledo habia ganado la voluntad de algunos alcaides de aquella comarca, en especial de uno llamado Obeida ben Amza, hombre astuto y de valor, que puso á su devocion las fortalezas de Uclis, Webde y Santiberia, y levantó gentes, y se apoderó de Tole-

797 do, sus puertas y alcázar: fue esto el año ciento ochenta y uno. Cuando el rey Alhakem entendió las ambiciosas maquinaciones de sus tios, como rey con armas, juventud y ánimo dispuesto á la soberanía ó á la muerte, no se intimidó por mas que le amenazase guerra larga, peligrosa y sangrienta. Luego mandó juntar su caballería de Arcos, Jerez, Sidonia, Sevilla y Córdoba, la gente de á pie de las comarcas de Mérida y Toledo, y se dieron órdenes para la partida.

Caminaba con estas tropas contra Toledo, y al estar en sus cercanías le llegó nueva de la frontera de Afranc que los Cristianos habian vencido á los caudillos muslimes Bahlul y abu Tahir, y habian ocupado las ciudades de Narbona y de Gerunda, esto en el mismo año ciento ochenta y uno, y que venian con poderosa hueste sobre las otras ciudades de la frontera oriental. Hubo el rey Alhakem su consejo, y ordenó que luego partiese con mucha diligencia el wali Foteis ben Suleiman al socorro de la frontera con parte de la caballería, y que de paso juntara la gente de España oriental con el wali de Zaragoza y de Wesca: que el rey Alhakem, si el cerco de Toledo se alargaba, partiria con toda su caballería, quedando el cuidado de mantener el sitio al caudillo Amru con la gente de á pie y alguna de á caballo. Antes de llegar el wali Foteis á Zaragoza supo la pérdida de Pamplona, y que Hasan, el wali de Wesca, habia entregado su ciudad á los enemigos con ruines tratos: estas infaustas nuevas enviaba el cadi de aquella ciudad Abdelsalem ben Walid, y manifestaba que los walíes de aquella frontera oriental, acostumbrados á ser independientes en sus gobiernos, se mantenian en ellos con artera y vil política, buscando la amistad y el favor de los Cristianos para no obedecer á su señor el rey, ni servirle; y cuando ya no podian

sufrir la opresion de los Cristianos fingian ser leales y buenos Muslimes, y se acojian al amparo del rey, que por esta causa se habia perdido aquella frontera; y que se perderia toda la tierra si con tiempo y diligencia no se acudiese. Entristecieron al rey Alhakem estas cosas, y luego partió con la flor de su caballería á la frontera oriental de España, y unido á sus walíes con numerosa hueste recobró las ciudades de Wesca y Lérida, que los Cristianos no osaron esperarle, y entró en Gerunda y en Barcelona, y pasó á tierra de Afranc, y en Narbona degolló cuantos infieles hubo á las manos, haciendo cautivos niños y mugeres, y tomando grandes y preciosos despojos: por esta gloriosa expedicion fue llamado Almudafar, ó vencedor feliz y afortunado: dejó por fronteros en aquellas ciudades á Abdelkerim ben Abdelwahid, y á Foteis ben Suleiman, y se tornó con su caballería para tierra de Toledo, donde sus tios Suleiman y Abdala, con gentes de Africa, de Valencia y de Tadmir, ocupaban los pueblos y acrecentaban cada dia su partido. Peleaban con ellos los walíes de Córdoba y de Mérida con varia fortuna; pero cuando llegó el rey Alhakem luego mejoró la suerte de las armas. Era el ejército del rey compuesto de valientes tropas, muy acostumbradas á las fatigas de la guerra, y prácticas y experimentadas en las peleas contra los mas aguerridos enemigos: la gente de Suleiman y de Abdala, aunque era mucha, por la mayor parte eran aventureros de Africa y de Almagreb, que solo venian á España á probar fortuna por la fama de la riqueza de las ciudades, y de gente allegadiza y baldía de algunas provincias de España, que la pobreza, ó el miedo de ser castigados por sus delitos, llevaba á sus banderas. Así fue que el rey Alhakem los venció y echó de tierra de Toledo, ocupó las fortalezas de Uclis y Webde, y
799 los forzó á retirarse á tierra de Tadmir y de Valencia el año ciento ochenta y tres.

CAPITULO XXXI.

De las nuevas victorias de Alhakem, muerte de Suleiman, y avenencia con Abdala.

En el principio del año siguiente los de Toledo por secretas inteligencias con el caudillo Amru le dieron entrada en su ciudad, y le entregaron el rebelde Obeida ben Amza, á quien cortó la cabeza, y la envió á Córdoba; y dejando en el gobierno de Toledo á su propio hijo Jusuf partió con la nueva de estas ventajas al campo de Gingilia, donde el rey estaba. Entró el rey Alhakem con todo su ejército en tierra de Tadmir, y tuvo algunas escaramuzas con los campeadores Africanos de la hueste de Suleiman, hasta que ambos ejércitos, como de un acuerdo, se encontraron y acometieron con igual odio y esperanza de la victoria: pelearon todo el dia con admirable esfuerzo, y á la tarde los de Alhakem, siguiendo á sus caudillos y el ejemplo de su rey, rompieron y desbarataron la primera batalla de Suleiman, á pesar del valor de este y de su hermano Abdala, que bien mostraron este dia de quien eran hijos. Suleiman, procurando rehacer el órden de sus gentes vencidas y desanimadas, se opuso al tropel de los mas impetuosos combatientes, y él solo puso en duda otra vez la victoria que tan declarada estaba por su sobrino. Abdala acudió tambien con sus caballeros; y viendo Alhakem que tan pocos valientes arredraban y detenian el triunfante carro de la victoria, se adelantó hácia ellos con sus zenetes, y en este punto una sae-

ta entró por la gola á Suleiman, y cayó de su caballo, y allí fue atropellado y muerto entre los pies de la caballería. Abdala, que vió caer á su hermano, desesperó de la fortuna, y siguió la fuga de su vencida gente. La venida de la noche suspendió los horrores de la atroz matanza.

Abdala, aprovechando las tinieblas de la noche, se retiró á los montes, y continuó retrayéndose á Denia y tierras de Valencia. Al dia siguiente pensaban los del rey Alhakem que se renovaria la batalla por ser muy numeroso el ejército de los príncipes: confiaban perfeccionar su victoria cuando vieron con mas placer que sus enemigos habian desaparecido. Entre los cadáveres fue luego reconocido el príncipe Suleiman, que llevado á la presencia de Alhakem lloró acordándose de su padre: mandó enterrarle muy honradamente, y se detuvo allí para esto todo su ejército. Abdala, seguido todavía de muchas tropas de Africa, se acogió á Valencia, donde era muy amado, y los de la ciudad le recibieron en ella exhortándole á procurar su avenencia con el rey su sobrino: y él, por evitar los males y calamidades que amenazaban á la tierra, sin esperanza de mejorar de suerte, envió sus mandaderos al rey Alhakem, desistiendo de sus pretensiones, y ofreciendo estar á su merced, ó pasar á Africa ó donde mas quisiese. Alhakem, que se proponia terminar la guerra aquel año, recibió bien los mensageros de su tio, y solo le pidió que le diese en rehenes sus hijos, y que fuese á morar donde bien le pareciese: luego pasó Abdala á Tanja, y envió sus dos hijos al rey Alhakem, que los recibió con mucho amor, y los trató como á sus primos y señaló al príncipe Abdala mil mitcales al mes y cinco mil al fin de cada año, y le permitió vivir en Valencia ó en Tadmir en alguna casa de campo: perdonó á todos los jeques y wazires que habian seguido la parcia-

lidad y bando de sus tios; y así se concertó y otorgó por avenencia. Muchos caballeros africanos fueron recibidos por el rey en su guardia, y á todos hizo merced: á su primo mayor llamado Esfah dió en matrimonio su hermana Alkinza. Acabadas con tanta ventura estas guerras vino el rey á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías en fin del año ciento ochenta y cuatro.

CAPITULO XXXII.

De las entradas de los de Afranc en España oriental.

En el año siguiente hicieron los Cristianos de Afranc entradas en la España oriental, y pusieron cerco á Gerunda y la ocuparon, y vinieron á cercar á Medina Barcelona con grandes huestes; pero la defendian bien los Muslimes. Conducidos y ayudados del rebelde Bahlul ben Makluc Abulhegiag descendieron con sus algaras hasta Tarragona y comarcas de Tortosa. Ordenó el rey Alhakem una expedicion para castigar al rebelde y contener á los infieles; y en este tiempo le nació un hijo en Córdoba, á quien por buenas fadas y presagio de felicidad dió el nombre de Said el Chair, que así esperaba buena ventura en aquella empresa. Cuando ya estaba junta la caballería y la gente de á pie, vino nueva de la entrega de Barcelona, que ocuparon los infie-
801 les de Afranc al fin del año ciento ochenta y cinco despues de siete meses de sitio. Luego partió el rey Alhakem á España oriental con el wali Amru, y con el caudillo de la caballería Muhamad ben Mofreg el Fontauri, que era de la Garbia de Córdoba,

cerca de Ain Fontauria, y se le conocia por el Cobboxí, por tener su casa cerca de Ain Cobboxi ó Fuente de Cárneros: era muy estimado de Alhakem por su valor y su erudicion. Entretanto las violencias y crueldades de Jusuf ben Amru, que no sabia distinguir con razon las cosas que merecian gracia ó pedian severidad, exasperó los ánimos de los Toledanos, y alborotada la gente de la plebe rodearon su casa y la apedrearon, é hirieron á muchos de su guardia: los principales de la ciudad lograron apaciguar la multitud que amenazaba gran desórden y maldad, y poco á poco los dispersaron y pusieron en obediencia. Queria este jóven, que poco antes de miedo no hallaba donde esconderse, hacer un horrible escarmiento en la ciudad: sabida su temeraria resolucion, los mismos vecinos nobles que habian logrado calmar la tempestad popular fueron harto determinados, y sorprendiendo su guardia se apoderaron del inexperto wali, y lo llevaron como preso á la fortaleza de Chadaraque: así evitaron los desafueros y violencias que intentaba. Escribieron al rey manifestando cuanto habian sido forzados á hacer para sosegar al irritado pueblo, y contener al jóven wali estrañamente ensañado. Mostró el rey aquellas cartas á su caudillo Amru, y le mandó que su hijo viniese á la frontera, que por sus pocos años no convenia en Toledo, ciudad grande y llena de Cristianos, que no llevaban bien el yugo de la dominacion muslímica. Viendo Amru que el rey no se daba por ofendido de aquel atentado popular, no menos vengativo que su hijo, pidió al rey que si le placia que el fuese wazir de Toledo, que ya tenia muy conocido el genio de aquellos naturales: el rey por sus buenos servicios se lo concedió, y luego volvió para este gobierno, y su hijo Jusuf pasó á la frontera.

Entró el rey Alhakem en Zaragoza, y fue recibido

con grandes demostraciones de alegría: luego fue á las ciudades de la frontera, y dejó por alcaide de Tutila á Jusuf, hijo de Amru: ocupó la ciudad de Pamplona, y descendiendo por riberas del Ebro ocupó á Wesca, y visitó la frontera de Afranc: el alcaide de Tutila, deseoso de acreditar su valor, entró en frontera de Afranc con su gente, y cayó en una emboscada en poder de
802 enemigos el año ciento ochenta y siete: avisó á su padre su desgracia, y le rescató. Pasó el rey con su hueste sobre Tarragona, y la recobró, persiguiendo al rebelde Bahlul, que acaudillaba algunas compañías de gente allegadiza y montaraz, pero muy acostumbrada á las fatigas de la guerra: habia entre sus taifas muchos Cristianos de Gibal Albortat, gente muy esforzada y dura: peleó muchas veces con estas tropas con harta fortuna hasta que logró vencer en atroz batalla al rebelde y sus auxiliares cerca de Tortosa, y hubo á las manos al traidor Bahlul ben Maklul Abulhegiag, y le mandó cortar la cabeza en pena de su per-
803 fidia: fue esta victoria año ciento ochenta y ocho. En este mismo año proclamaron los de Almagreb á Edris hijo de Edris, el descendiente de Ali, que habia llegado á la edad de once años y cinco meses, y las mas nobles tribus de Albarbares le reconocieron por su señor.

El rey, aseguradas las fronteras, volvió por Tortosa á Valencia, y por Jativa, Denia y tierra de Tadmir á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías. Venido el año ciento ochenta y nueve envió Alhakem sus mensageros á Edris ben Edris, para darle la enhorabuena de su proclamacion, y concertar con él su alianza contra todos sus enemigos de oriente, ó de Africa, que intentasen perturbarles en la posesion de sus tierras, y fueron en esta embajada quinientos caballeros andaluces, y el rey Edris los recibió con mucha hon-

ra, y holgó mucho de aquel mensaje, y de la amistad y alianza del rey Alhakem, que los príncipes mozos se pagan mucho de la magnificencia y pompa de estas visitas. Los recibió en la ciudad de Velila, que todavía no estaba fundada Medina Fez, que la principió poco despues.

CAPITULO XXXIII.

De la venganza de Amru en Toledo, y alboroto de Mérida.

En este tiempo el wazir de Toledo Amru meditaba tomar una cruel venganza de los Toledanos, y esperaba alguna ocasion oportuna para su intento. Los fatigaba con exacciones para reparar los muros, fortificar sus torres, y engrandecer el alcázar. Enviaba el rey Alhakem cinco mil caballos á la España oriental, y los conducia su hijo Abderahman, que ya tenia quince años: al pasar estas tropas cerca de Toledo salió el wazir Amru para obsequiar al príncipe: le ofreció su casa, y le rogó que se dignase pasar la noche en ella: lo mismo le suplicaron los principales Muslimes de la ciudad, y Abderahman aceptó el obsequio, y entró con escogida guardia de caballería, y fue hospedado en el alcázar. Cuentan algunos que Amru comunicó al príncipe sus intentos, persuadiéndole que convenia cortar muchas cabezas en aquella ciudad, llena de gentes soberbias, inquietas, duras é inflexibles, siempre dispuestas á la rebelion y desobediencia: que habia llegado el tiempo y ocasion mas á propósito de acabarlas, y hacer este escarmiento sin riesgo ni peligro de alteracion: que el príncipe todavía le dijo que mirase bien

lo que hacia, y no quisiese sin necesidad hacerle aborrecible á los pueblos. El wazir avisó á los principales de la ciudad que viniesen á visitar al príncipe y honrar el festin que tenia preparado aquella noche. Acudió toda la nobleza de la ciudad al alcázar, y como iban entrando, los guardias de Amru los conducian á los sinventura á una apartada estancia subterránea, y allí los degollaban; y de esta manera cortaron la cabeza á cuatrocientos caballeros, sin que otros muchos que estaban con el príncipe supiesen la crueldad de esta infausta noche. Algunos dicen que fueron cinco mil los degollados: pero lo primero es mas cierto. Al dia siguiente parecieron las cabezas cortadas de los desgraciados, y toda la ciudad quedó espantada y llena de terror: se divulgó que habia sido por órden del rey esta atroz venganza, y en pena del levantamiento contra el hijo de Amru; y el uno y el otro sobrevivieron poco á esta
805 crueldad: dicen que fue esta noche de Toledo el año ciento y noventa. Pasados tres dias partió el príncipe á la frontera con su caballería.

Habia dado el rey Alhakem el gobierno de Mérida á su primo Esfah, y descontento de su wazir le destituyó del cargo y puso otro de su confianza. Era el wazir depuesto muy favorecido del rey, se presentó en Córdoba, y sus quejas fueron amargas y envueltas en calumnias contra el wali Esfah, inspirándole con gracias mordaces, sospechas y desconfianzas del poder y autoridad que habia largamente dádo á su primo. Movido el rey de estas fatales inspiraciones, aunque hasta entonces no habia visto en Esfah sino pruebas de sinceridad y de amor y respeto, cediendo á su genio desconfiado é impetuoso privó á su primo del gobierno, y envió la órden con el wazir que debia tomar el gobierno de la ciudad y provincia. Llegó el enviado mandando á Esfah que saliese de Mérida: ofendido de esto el wali

respondió que estrañaba mucho que el rey diese mas crédito á las quejas y falsías de wazires depuestos que á la experiencia de su respeto y amor; y que por otra parte, á un nieto de Abderahman no se le despedia como á un liberto ú hombre vulgar. Esta respuesta enfureció al rey Alhakem, y mandó luego que fuese el wali de su caballería, y prendiese á su primo Esfah. Cuando llegaron las tropas que debian conducirle, Esfah cerró las puertas de la ciudad, y no permitió la entrada, sin hacer otra resistencia. Alhakem, viendo que sus órdenes no se cumplian, partió para Mérida con determinacion de entrar por fuerza la ciudad, y hacer en ella un cruel castigo.

Disponia Esfah las gentes de Mérida para que evitasen la saña del rey, y solamente queria cierto número de caballeros para salir por una puerta cuando el rey entrase por otra, temiendo dar ocasion á que por su causa padeciese la ciudad: todos los moradores de ella se ofrecieron á defenderle; pero la esposa de Esfah, llamada Alkinza, hermana del rey, salió á caballo de la ciudad, atravesó el campo de los sitiadores sin mas compañía que dos siervos de su casa, y fue al encuentro del rey su hermano: se puso á sus pies esta hermosa y discreta señora, y el rey la abrazó, y ella con sus razones templó el enojo del rey, que perdonó y olvidó todo lo pasado: entró en la ciudad acompañado de su hermana, y mandó que su primo fuese llamado y obedecido en Mérida como de antes. Detúvose en la ciudad, y hubo en ella con este motivo grandes alegrías.

CAPITULO XXXIV.

De los movimientos de los de Afranc, tregua con los de Galicia, y conspiracion en Córdoba.

En el año ciento y noventa hicieron entradas los de Afranc contra los Muslimes que fueron rechazados con grave pérdida de ambas partes. Los Cristianos de los montes de Galicia concertaron treguas con los caudillos muslimes, que las otorgaron al rey que ellos tenian llamado Anfus. Estaba Alhakem en Mérida, y fue avisado de su primo Casim, que luego viniese á Córdoba donde su presencia era mas necesaria que en Mérida. Cuando llegó á Córdoba le comunicó Casim que se intentaba contra él cierta conjuracion, que el principal de ella era en el concepto de los sediciosos el mismo Casim: que era el primero que la habia maquinado Yahye, uno de los jeques del Mejuar ó consejo, con otros varios nobles de la ciudad: que creyéndole ofendido del rey por la desavenencia y movimientos de Mérida, le hablaron con muchos rodeos y oscuridad; pero sospechando mal de sus intenciones les facilitó con aparente agrado que le descubriesen su corazon, que les puso delante los inconvenientes y dificultades de lo que pensaban; y ellos con mucha resolucion manifestaron estar dispuestos, si la fortuna no les fuese contraria, á quitarle la vida y dar el imperio á cualquiera de los nietos de Abderahman. Que viéndose entre muchos de ellos, y dueño de tan importante secreto, no se atrevió á disuadirles su determinacion, que fingió entrar en todos sus pensamientos, les dió gracias por la confian-

za y afecto que tenian á la casa de Omeya, y les pidió una exacta nómina de la gente principal con quien contaban. Llenóse de horror y de saña el rey Alhakem al oir esto, y dijo á su primo que si queria continuar disimulando con ellos para descubrir á todos los conjurados; y Casim ofreció avisarle oportunamente de todos sus pasos. Pocos dias despues le presentaron á Casim la nómina de trescientos caballeros que tenian dispuesto dar muerte al rey Alhakem el primer juma al entrar en la mezquita á la hora de azala ú oracion: faltaban dos dias, y estaban muy seguros de que todo el pueblo aborrecia el gobierno de Alhakem por su dureza y por sus alianzas con el que se llamaba rey de los Cristianos en Galicia. Aquella noche envió Casim al rey la nómina de los conjurados, previniéndole que no se descuidase en hacer lo que convenia. No se durmió el rey, y por diligencia del walilcoda ó presidente del consejo Farag ben Canena de Sidonia, á la tercera vela de la noche vió tendidas sobre sus alfombras las trescientas cabezas de los conjurados. Mandó el rey que amaneciesen puestas en garfios en la plaza, y escrito sobre ellas: por traidores enemigos de su rey. Horrorizó al pueblo este atroz espectáculo, ignorando la mayor parte la causa de este escarmiento.

806 En este año de ciento noventa y uno compró Edris ben Edris, señor de Almagreb de las tribus zenetas Zuaga y Yargos, el campo en que fundó la ciudad de Fez, y lo compró por seis mil adarhames. En estas tribus unos eran Cristianos, otros (1) Magos, otros Judíos, y muy pocos Muslimes. Era este campo muy abundante de agua pura, y de frescas arboledas á dos millas del rio Zebu.

(1) Los Arabes llamaban Magos á los que seguían las tradiciones de los Sabeos, y tenian por profetas de Dios á Abraham, Elias y Eliseo, y por esto los toleraban: esta era la secta de Zardust, ó Znoroastres muy estedida en Persia.

CAPITULO XXXV.

De la guerra contra Cristianos en las fronteras.

807 Entrando el año ciento noventa y dos los Cristianos de tierras de Afranc, descendieron con numerosas huestes que cubrian los campos, y pusieron cerco á Medina Tortosa. Cuando Alhakem tuvo nuevas de esta entrada mandó á su hijo el príncipe Abderahman que acudiese desde Zaragoza con cuanta gente pudiese allegar, y lo mismo ordenó al wali de Valencia. Juntáronse estas tropas, y acaudilladas de Abderahman, como si este príncipe llevase la victoria asida á sus banderas, rompió y deshizo á sus enemigos con horrible matanza, huyeron los Cristianos dejando los campos cubiertos de abundante cebo para las aves
808 y carnívoras fieras: fue esto año ciento noventa y tres. Luego vino á Córdoba el príncipe, y fue recibido con aclamaciones de triunfo. Los caudillos de las fronteras no tuvieron reposo en dos años, peleando cada dia con los Cristianos de los montes por todas cuatro puertas de Gibal Albortat; pero con entradas y algaras de poca importancia, en que se peleaba con varia fortuna. Siguió á esto una calma como la que suele preceder á las terribles tempestades. Los Cristianos de los montes del Guf de España bajaron con gran gentío y corrieron y talaron los campos de Lusitania, robando y quemando pueblos. Venidas estas nuevas á Córdoba partió el rey con escogida caballería y gentes de Toledo y de Mérida, y pasó á la frontera, donde reunidas sus gentes buscaron á los Cristianos, y

el rey peleó con ellos, y los venció con su acostumbrada felicidad; y en dos años no tornó á Córdoba, visitando aquellas ciudades de Lusitania y de frontera de Galicia, hasta que cansado de las vicisitudes de tan prolija guerra de montañas se restituyó á Córdoba el año ciento noventa y seis.

Al año siguiente vencieron los Cristianos al caudillo Abdala ben Malehi en la frontera de Galicia, y padecieron los Muslimes cruel matanza, y el esforzado caudillo Abdala murió peleando como bueno, y su caballería huyó en desórden, llevando el terror y espanto á la hueste que acaudillaba Abdelkerim, y á pesar del valor de este caudillo huyeron desbaratados, y por huir se atropellaban, que muchos murieron ahogados en la corriente de un rio, que confusamente se arrojaban de sus riberas, cayendo unos sobre otros, y allí perecian: otros se acogian á los cercanos bosques y se subian sobre los árboles, y se escondian en la espesura de sus ramas, y los ballesteros enemigos por juego y donaire los asaeteaban y burlaban de su triste suerte. Cuenta Izá ben Ahmed el Razi, que despues de esta derrota estuvieron trece dias ambas huestes á la vista sin osar los Cristianos ni los Muslimes venir á batalla; pero que en una sangrienta escaramuza que se empeñó por ambas partes fue herido de un bote de lanza Abdelkerim, y dos dias despues murió. Habia sido almocadem ó adelantado de la gente de Córdoba, y tenia grandes riquezas adquiridas en la guerra y en sus gobiernos de Tutila, Wesca y Zaragoza, y en esta frontera era menos conocido que en la España oriental.

812 Volvió el príncipe Abderahman el año ciento noventa y siete á la frontera de Afranc, entró en Gerunda y en tierra de Narbona, y sacó de sus comarcas grandes riquezas, ganados y cautivos; y despues de haber corrido aquellas provincias pasó á la

frontera de Galicia pasado el invierno y el tiempo de las lluvias, y á la primavera del año siguiente echó los Cristianos de Medina Zamora, y ocupó otras muchas fortalezas por fuerza de armas, y en riberas de un rio venció en sangrienta batalla á los Cristianos, haciendo en ellos cruel matanza, que cubrian sus cuerpos el campo por mucho espacio, ni pudieron llevar las corrientes tantos cadáveres. Luego concertó una tregua con los Cristianos de Galicia y de Afranc, y se vino á Córdoba con muchos despojos y cautivos.

813 En principio del año ciento noventa y ocho hubo alguna conmocion en pueblos de la Cora ó region de Moror contra sus alcaides; pero fue con tiempo sosegada esta inquietud, y se contuvieron las maquinaciones de algunos sediciosos; y vinieron á Córdoba las cabezas de los principales. En Tadmir murió al fin de este año, ú principio del siguiente, el cadi de aquella tierra Fadlo ben Amira ben Raxid el Caneni, de Ateca, varon insigne por su nobleza y virtud, se apellidaba Abu Alafia, y fue muy estimado del rey Alhakem: tenia un hijo de su mismo nombre, y heredero de su integridad y doctrina, y el rey le dió el mismo
814 cadiazgo de Tadmir. En Córdoba falleció este año ciento noventa y nueve Ziyad el Lahmi, conocido por el Sabton: fue el primer alfaqui que enseñó en España la secta de Malec ben Anas, que antes los doctores de España seguian la del Auzei: otros dicen que murió seis años antes, y otros que vivió hasta el doscientos y cuatro: le ofrecieron cadiazgos, y no los aceptó: fue muy retirado y de loable vida. Asimismo falleció este año el cadi de los cadíes de Córdoba Farag ben Canena ben Nosar el Sidoni ó de Sidonia, y fue muy sentida su muerte por su zelo y amor á la justicia.

CAPITULO XXXVI.

De la jura del príncipe Abderahman, y batalla del arrabal de Córdoba.

Consistia ya en Abderahman todo el gobierno y la reputacion del estado: el rey su padre, congregados los principales walíes, wazires, alcaides secretarios y consejeros, declaró wali Alahdi ó futuro sucesor en el imperio á su hijo Abderahman: los primeros que le juraron fueron Esfah y Casim, primos del rey, despues el hagib, el cadi de los cadíes, y los demas walíes y consejeros: fue solemne y celebrado este dia, y se publicó con gran pompa. No habia guerra sino contra Cristianos por mantener frontera, y no con deseo de ampliar y estender los límites del reino, ni por esperanza de sacar grandes riquezas, por ser los Cristianos gente pobre de montaña, sin saber nada de comercio ni de buenas artes: las naves de las marinas de España
815 hicieron expedicion á las islas Iebisas, Mayorcas y Sardinia en este año doscientos.

El rey Alhakem, en tanto que esta paz duraba dentro y fuera del reino, no salia de su alcázar, holgándose en sus jardines con sus esclavos y esclavas, que tenia muchas muy diestras en cantar y tañer diversos instrumentos, y solo se acordaba que era rey para sstisfacer cierta sed de sangre que parece tenia, y pocos dias pasaban sin dar ó confirmar sentencias de muerte por toda especie de delitos. Habia puesto una guardia de cinco mil hombres, los tres mil andaluces Muzárabes, y los dos mil esclavos, con muchos eunucos dentro del alcá-

zar. Señaló paga fija á estos soldados de su guardia: puso un nuevo tributo de entrada sobre algunas mercancías. Hubo al principio algunos transgresores que rehusaron pagar este nuevo y estraño derecho, y atropellaron á los recaudadores: fueron presos diez de estos, y hubo ruido y alboroto en las puertas. No se quejaba el pueblo, sino con un rumor vago murmuraba de los nuevos impuestos, y de la desconfianza que manifestaba aquella gran guardia que tenia en su alcázar, cosa que no tuvieron su padre ni su abuelo; pero con todo eso no estaba libre de contínuos recelos de alevosías y conjuraciones.

Sabia Alhakem estas hablillas, y sabia tambien que en el vulgo no hay medio, ó teme, ó procura atemorizar, que cuando está en temor sin peligro se le puede gobernar, tratar y castigar, y que no conviene nunca darle lugar al desenfreno con inoportuna blandura. Diéronle parte del alboroto de los diez transgresores, y como de su natural condicion era inclinado á los consejos mas rigurosos los mandó clavar en palos. Acaeció que un infausto miércoles dia trece (1) de la luna de ramazan del año doscientos y dos, como hubiese acudido gran gentío del arrabal del mediodía de Córdoba á presenciar la ejecucion de los diez delincuentes en su plaza, un soldado de la guardia hirió acaso á un vecino, alborotáronse los circunstantes, y con gran vocería cargaron sobre él á pedradas, y herido y ensangrentado, y perseguido de la multitud se acogió á las guardias de la ciudad. La osadía del alborotado pueblo fue tanta, que acometió á la guardia y despedazó á cuantos querian oponerse á su furia. Llegaron persiguiendo á los soldados hasta las puertas del alcázar con espantosas

(1) En otro analista dia veinte y dos de ramazan: en el año todos convienen.

voces y amenazas insolentes. Entendida la novedad por el rey Alhakem salió armado, á pesar de su hijo y del hagib y del alfaqui Jusuf ben Matruc, y del wali Aben Abdelwahid, y otros caudillos que habian acudido al alcázar, y puesto al frente de su caballería de la guardia acometió á la multitud, que huyó atropellada al arrabal, la mayor parte se encerró en sus casas, la canalla y chusma vil hizo alguna inútil resistencia: la matanza fué grande, y habiendo tomado trescientos vivos los mandó clavar en palos á la orilla del rio desde el puente hasta las últimas almazaras puestos en fila, espectáculo horrendo: el jueves siguiente mandó destruir aquel arrabal, principiando de la parte del mediodia, permitiendo á las tropas el robo y pillage de las casas y habitaciones por tres dias seguidos, sin ninguna humanidad: solamente mandó que se abstuviesen de hacer daño á las mugeres. Despues de los tres dias del cruel saqueó mandó Alhakem quitar de los palos á los sinventura y recoger los muertos, y concedió seguridad de la vida á los que habian quedado de aquel arrabal, con la condicion de salir desterrados de Córdoba. Los desgraciados tuvieron que abandonar su amada patria, y vagar miserables en los lugares y aldeas de confines de Toledo: gran parte de ellos se refugió en aquella ciudad, y mas de quince mil pasaron á Berberia, y continuaron á Egipto: ocho mil permanecieron en Almagreb. Los que fueron á oriente llegaron á Alejandría en el principio del reinado de Abdala Almun, hijo de Raxid, los moradores de aquella ciudad hicieron vigorosa resistencia para impedir la entrada á los advenedizos andaluces; pero estos desesperados, y no pudiendo sufrir mas las contrariedades de su enemiga fortuna, entraron por fuerza de armas en la ciudad, y despues de atroz matanza se apoderaron de ella, y se hicieron dueños de su gobierno por harto tiempo. Des-

pues fue Abdala ben Tahèr, que era gobernador de Egipto por el califa Almamun, y capituló con los expatriados andaluces, y otorgaron su avenencia de dejar aquella ciudad de Alejandría, entregándoles una suma considerable de mitcales de oro, y que eligirian alguna isla de las del mar griego para establecerse en ella. Y en fin se retiraron y aportaron á la isla de Acritas ó Creta, que no estaba entónces muy poblada, se apoderaron de ella y la poblaron los andaluces, y con el tiempo se les juntaron gentes de diferentes países de la Iraca y de Egipto. Y cuenta Edobi que eligieron por su caudillo á Omar ben Joaib Abu Hafas, llamado el Goleith, natural de Fohs Albolut, en cercanías de Córdoba, que desde la triste salida de estas cabilas desterradas de Andalucía le traian por su caudillo. Dice Said ben Jonas que hicieron los andaluces la conquista de Gezira Acritas despues del año doscientos y veinte, que fue el caudillo de ellos y señor de la isla Omar ben Joaib, y despues sus hijos, hasta el último Abdelaziz ben Omar ben Joaib, que en sus dias la conquistó Armetos, hijo de Constantin rey de Grecia; esto en año trescientos y cincuenta. Así lo refiere Homeidi citando á Muhamad ben Huzam, y cuenta asimismo que estos andaluces con veinte naves corrian y robaban en el mar griego y en sus islas: dice que deseando ellos por el natural amor á su patria tornar á ella con las muchas riquezas que habian allegado, que su caudillo les quemó la flota, y como se quejasen de él y de su constante determinacion, lamentándose de su destierro, que el caudillo les dijo: cuanto mejor y mas amena es esta isla que corre miel y leche, que vuestros desiertos? entre estas bellas cautivas olvidaréis vuestras amadas, hallaréis aquí todos los placeres de la vida y una nueva generacion, que será vuestro solaz en la vejez: que moraban en Suda, y fundaron Candax al oriente de la isla.

Tal fue la suerte de los expatriados de Córdoba.

La inconsiderada saña y destemplada severidad de Alhakem disminuyó la poblacion de Córdoba de mas de veinte mil hombres, toda gente vigorosa y útil, dió á la nueva puebla de Fez ocho mil familias, y el rey les dió aquella parte de la ciudad, que por ellos se llama barrio de los andaluces, pues ellos lo poblaron. Mandó arrasar todo el arrabal del Quibla ó mediodia desde enfrente de la puerta del puente hasta las últimas almazaras; y no contento de haberlo así arrasado y destruido, dejó mandado á su hijo y sucesores que nunca se volviese á poblar, y quedó hecho un campo de siembra, y en poder de sus descendientes no se edificó allí casa alguna. Por este acaecimiento y destruccion del arrabal fue llamado este rey Alhakem Alrabdi, ó el del arrabal, y Abu el Aasi por la dura y cruel condicion suya.

CAPITULO XXXVII.

De la guerra en las fronteras y en el mar, y muerte del rey Alhakem.

En el año doscientos y tres y en el siguiente pasó Abderahman á la frontera de Galicia con la gente de Mérida, y venció á los Cristianos en muchos encuentros de corta importancia; desde allí partió á las fronteras de Afranc, y contuvo las correrías y entradas que
820 intentaron: y en el año doscientos y cinco se vino á Córdoba, pues su padre no tenia otro ministro de estado y guerra que él. Al paso por Tarragona mandó salir las naves de la marina de España, y fueron contra Gezira Sardinia, y pelearon con los Cris-

tianos y les quemaron su flota delante de la isla, y tomaron ocho naves de los enemigos.

Cuenta Aben Hayan de referencia de Abi Becri ben Alcutia, que el rey Alhakem despues de la matanza del arrabal, fue estrañamente atormentado de grave melancolía y perdió el color, que se puso pálido y enflaqueció, y le entró calentura en fuerza de su vehemente tristeza, y se le representaba la matanza, y le parecia ver gente que peleaba, y oia el estruendo de las armas y los alaridos de los combatientes y moribundos; y esto era mas frecuente cuando estaba solo y se paseaba en las salas y azoteas de su alcázar: muchas veces á deshora de la noche llamaba á sus esclavas y siervos para que le entretuviesen, y se impacientaba en extremo si no venian al punto que llamaba. Cuentan que cierta noche despues de acostado llamó á un siervo que tenia llamado Jacinto, que solia ungirle su larga barba; y como dudoso del llamamiento hubiese tardado un poco, le dió una gran voz y le dijo: do estas, ¡ó ben laghna! y cuando llegó con una ampolla de algalia, se la arrebató y se la rompió en la cabeza: el siervo Jacinto con mucha humildad le dijo: Señor, ¿qué hora es esta de ungirnos? Y Alhakem le respondió: no temas que nos falte ungüento aunque se vierta con profusion, que para que á los dos no nos faltara hice yo cortar tantas cabezas. Solia llamar á los cadíes y wazires de la corte como si fuese para tratar con ellos de asuntos de importancia, y esto á deshora, y tal vez á la media noche; y cuando todos estaban juntos mandaba tañer y cantar á sus esclavas, y los despedia como si para esto solo los hubiera convocado: llamaba los jeques y caudillos y allegaba sus gentes, y como si fuera para expedicion repartia armas y caballos entre ellos, y luego los despedia y enviaba á sus casas. Así estuvo demente á intervalos cerca de cuatro años. En

su melancolía hizo algunas canciones de mucha expresion y de vivísimas imágenes que se conservan, y Abes ben Nasih, prefecto de los músicos en tiempo de Abderahman su hijo, cantaba á este príncipe muchos buenos versos de su padre, entre otros estos que acreditan su buen ingenio y su valor.

Las honduras de la tierra   alzarse vi con la espada,
Hacerse (1) los montes valles   cuando á las cumbres trepaba:
A mis fronteras pregunta   si en ellas entran algaras,
Si hay en ellas algun brazo   que ose desnudar espada?
Si otro fulgor resplandece   que las cascadas de plata
Que descienden susurrando   desde las peñas mas altas,
Y llevan en su corriente   las coloquintas amargas.
Te anunciarán que si yo   entre sus héroes no estaba
El primero, la primera   destelló sangre mi lanza.
Los jóvenes escogidos   que la fatiga acobarda,
O del horror vacilaron   de mil muertes á la cara,
Si brida tal vez volvieron   no fueron de mi mesnada.
Mis clientes amparé,   librándolos de la infamia,
Y los que no defendí   sombra de baldon empaña:
Y cuando á beber les dimos   nuestros cubos de batallas,
Les hicimos apurar   á cubos mortales ansias.
Si por llenar la medida   que suerte fatal prepara
Ellos al encuentro salen   á que los huelle la parca,
No es mi culpa, cuando yo   antes depuse las armas,
Y atónito las miré   sin deseo de buscarlas.

En fin del año doscientos y seis acrecentándose la tristeza y la calentura falleció (2), muy arrepentido de su crueldad, entre la hora de asala ú oracion de adohar y de alasar, ó sea entre la oracion de medio dia y la de la media tarde, día jueves cuatro días por andar de la luna de dilhagia del referido año, habiendo reinado con harta inquietud veinte y cinco años y once

(1) Quiere decir que humillaba y abatia los pueblos levantados contra él.

(2) Escribe Alchatib que murió este rey dia veinte y cinco de dilhagia.

meses; si bien otros cuentan veinte y seis años y diez meses. Loado sea aquel cuyo imperio es eterno y sin contrariedades.

CAPITULO XXXVIII.

Del reinado de Abderahman ben Alhakem, y movimientos de su tio Abdala.

En el mismo dia jueves á veinte y cinco dias de la luna de dilhagia del año doscientos y seis, en que pasó á la misericordia de Dios el rey Alhakem, y fue enterrado su cadáver con solemne pompa, fue aclamado en Córdoba su hijo Abderahman, que era de edad de treinta y un años, tres meses y seis dias. La madre que le parió se llamaba Halewa; era hermoso, alto y de muy gentil disposicion, de color trigueño y bien dispuesta barba, que teñia con aleña. Fue apellidado Almudafar por la felicidad y valor con que habia vencido y domado á los rebeldes de las fronteras, y á los enemigos que habitaban los montes y sierras, gente rústica, y por esto mas duro y feroz: era tan intrépido y duro en la guerra como humano y benigno en la paz: padre de los desvalidos y pobres; y añadia á estas prendas su excelente ingenio y admirable erudicion: hacia elegantes versos con toda la precision de la ciencia métrica: completó la gloria del imperio en España, y eclipsó á sus predecesores en ostentacion y grandeza de ánimo: acrecentó su guardia con mil Africanos, y gustaba de que fuese gente muy lucida en su disposicion, armas y caballos.

Luego que Abdala, hijo de Abderahman ben Moa-

via, supo en Tanja la muerte de su sobrino el rey Alhakem, no habiendo apagado todavía la nieve de sus canas el fuego de su corazon ambicioso, pasó el estrecho con muchas tropas, confiando vanamente que sus hijos le ayudarian, y se proclamó rey de España en su campo, y en los pueblos abiertos que no podian resistir la entrada de su gente. Avisado el rey Abderahman de su venida salió al pasó con su caballería, y en pocos encuentros y escaramuzas que entre ellos hubo venció al tio de su padre, y le obligó á retirarse por tierra de Tadmir hácia Valencia.

Persiguió Abderahman á estas tropas por toda la costa meridional de España, peleando siempre Abdala con poca fortuna, hasta verse forzado á encerrarse en Valencia, y en ella fue cercado de Abderahman con propósito de no levantar el campo hasta tenerle en su poder. En este tiempo llegaron al real sobre Valencia los dos hijos de Abdala para interceder con Abderahman, y persuadir á su padre á venir á una conveniente avenencia. Lo que no era difícil por la natural clemencia y generoso ánimo de Abderahman, y por lo que ellos se prometian de la bondad de su padre, y la piedad del cielo favoreció sus buenos deseos. Habia dispuesto Abdala hacer una salida con toda su gente contra los de Córdoba, y un dia jueves habló á sus gentes y les dijo: mañana, si Dios quiere, compañeros mios, haremos nuestra oracion de juma, y con la bendicion de Alá partiremos el sábado, y pelearemos si fuese su divina voluntad. Venido el juma, y congregada su gente delante de la mezquita de Bab Tadmir ó puerta de Murcia les hizo una plática, y al acabarla dijo: ó nobles compañías de varones, que Dios os sea misericordioso, creed que nos conviene pedir á su divina bondad que nos enseñe el camino que debemos seguir, y el partido que nos conviene tomar, sin otra pretension

que conformarnos con su divina voluntad. Yo espero de su clemencia que nos la muestre y nos haga entender lo que mas conviene. Alzó sus ojos y sus manos al cielo, y dijo: Dios mio, señor Alá, si tengo razon y es justa mi demanda; si mi derecho es mejor que el del nieto de mi padre, ayúdame y dame victoria contra él; y si él tiene mas fundado derecho al trono que su tio, bendícele y no permitas las desgracias y horrores de la guerra y discordia que hay entre nosotros, apoya su poder y estado y ayúdale. Todos los de la hueste, y muchas gentes de la ciudad que estaban presentes, dijeron á una voz: así sea; y en este punto sopló un viento muy frio y helado, estraño en aquel clima y estacion, y dió á Abdala un súbito accidente que le derribó en tierra, y le dejó sin habla; de suerte que se acabó la oracion sin él, y le llevaron al alcázar, y permaneció sin habla algunos dias. Luego soltó Dios su lengua y dijo á sus caudillos y wazires: Dios ha declarado este negocio, así que no quiera Dios que yo intente cosa contra su divina voluntad. Envió un wazir al campo para llamar á sus hijos, escribiendo al mismo tiempo al rey Abderahman ofreciéndose á su obediencia con entera voluntad. Poco despues mandó abrir las puertas de la ciudad, y habiendo entregado el wazir sus cartas al rey Abderahman y á sus hijos, estos habida licencia del rey montaron á caballo y fueron á la ciudad, adelantóse el wazir de Abdala y anunció á este la llegada de sus hijos, y salió á recibirlos con sus caballeros, y todos juntos vinieron al pabellon del rey Abderahman. Traian al venerable anciano en medio de sus dos hijos, y seguian sus caballeros: apeáronse los hijos de Abdala, y uno asió la brida del caballo, y otro tuvo el estribo para que su padre descabalgara, y lo entraron á la presencia de Abderahman, á quien Abdala fue á besar la mano, y Abderahman lo recibió en sus brazos, y le hizo

toda honra y buena acogida: quedó asentada perpetua paz entre ellos, y le concedió Abderahman el gobierno y señorío de Tadmir por sus dias; y allí falleció dos
823 años despues, esto es, el año doscientos y ocho. La gente de Abdala que habia venido de Africa, parte de ella se estableció en tierra de Tadmir, y parte se volvió á Tanja.

CAPITULO XXXIX.

De la expedicion del rey á Barcelona.

Libre de los cuidados de esta guerra doméstica partió Abderahman á la frontera de España oriental, y fue á poner cerco á Barcelona que habian ocupado los de Afranc: llevó en su vanguardia al caudillo Aben Abdelkerim, y antes de cercar la ciudad peleó con los Cristianos, y los venció y encerró en Barcelona: cuando llegó Abderahman al cerco se dieron muy fuertes combates, y estando los Muslimes apoderados de las murallas y á punto de entrar la ciudad huyeron los Cristianos, y la caballería hizo en ellos gran matanza, y Abderahman ocupó la ciudad, y mandó reparar la muralla, y continuó sobre Urgel, que tambien la tenian los Cristianos, y con la misma felicidad se apoderó de ella y de otros lugares que habian ocupado, huyendo los Cristianos á las fortalezas edificadas en peñascos y en los pasos angostos de los montes: allí se refugiaron, porque toda su confianza estaba puesta en la aspereza de aquellas montañas, y en el invierno anticipado de aquella tierra. Domados los rebeldes, y ordenadas las cosas

que convenian á la seguridad de la frontera, volvió el rey Abderahman á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. Fue esta
822 venturosa expedicion el año doscientos y siete.

En el año doscientos y ocho falleció en Tadmir el amir Abdala, hijo de Abderahman ben Moavia, y cuando sus hijos Esfah y Casim dieron parte al rey Abderahman de su muerte les concedió que heredasen todos sus bienes; y cuentan que en esta ocasion estableció por ley general en España que los hijos heredasen todos los bienes de sus padres, quedando á las mugeres de los difuntos sus azidaques y anafacas, bienes dotales y alimentos correspondientes, y que pudieran disponer en testamento del tercio de sus haberes en favor de propios ó estraños. En este mismo tiempo vinieron á Córdoba enviados del rey de los Griegos desde Constantina, y fueron recibidos con mucha honra, y fue muy noble y concurrida su entrada en Córdoba, y traian muchos y muy hermosos caballos, con ricos y vistosos jaeces, que nunca se vieron tales en España. Aposentóles el rey Abderahman en su alcázar, y le dieron su embajada, en que el rey de Grecia le rogaba que fuesen amigos y aliados contra los califas de Bagdad sus comunes enemigos, como usurpadores del imperio de los Omeyas. Abderahman les dió muy buena respuesta, y recibió sus presentes, y cuando dispusieron su partida, envió con ellos á Yahye ben Hakem, conocido por el Gazali, wali de gran mérito en la marina, y excelente ingenio en la poesía, para saludar al rey de Grecia, y presentarle en su nombre algunos hermosos caballos andaluces, y espadas muy preciosas labradas en España, y otros ricos presentes.

CAPITULO XL.

De las expediciones á las fronteras, y educacion de los príncipes.

824 El año doscientos y nueve envió el rey Abderahman á la frontera del Guf ó norte de España á Oveidala, hijo de Abdala, hermano de Esfah y de Casim, que era caid de los suaifes, ó capitan de la guardia de los de la cuchilla, para que guardasen aquella frontera, porque los Cristianos hacian cabalgadas en ella. Iban y Otman, hijos del rey Abderahman, se distinguian en este tiempo por su aplicacion á las buenas letras y por su ingenio, y encargó el rey la educacion de ambos al wali de Sidonia Muhamad ben Said el Gamri, que se esmeró en su enseñanza, y aprovecharon tanto, que tenian conferencias con los hombres doctos de aquel tiempo; y muchas veces el rey se complacia en oirlas y en examinar sus composiciones literarias. Los walíes de la frontera tuvieron en este año sangrientas batallas con los Cristianos de los montes de Afranc, y los vencieron con cruel matanza en los angostos valles de los montes de Albortat, y en la batalla de Bort-Jezar, que es la puerta de tierra de Pamplona (1), desbarataron á los de Afranc, y cautivaron sus caudillos, que vinieron con muchos despojos á Córdoba. Con igual ventura pelearon los Muslimes en las fronteras del Guf contra Alanfus, y le compelieron á refugiarse en sus montes y forta-

(1) Los escritores árabes mencionan cuatro puertas ó pasos principales en el Pirineo, Bort Oxmara, Bort Jaca, Bort Jézar, y Bort Bayona. La de Jézar, segun se escribe, puede interpretarse la retuerta, y es por Roncesvalles.

lezas: luego volvió el wali Obeidala á Córdoba con muchos despojos y cautivos, y fue muy bien recibido del rey Abderahman por la importancia de aquella expedicion. Fue la venida de Obeidala el año dos-
826 cientos y diez, y habiendo descansado algunos meses el rey lo envió á la frontera segunda vez con escogida gente y caballería. Puso el rey por wali de Toledo á Amir ben Amir ben Koleib ben Thaalba el Gezami, que despues fue substituido por su hermano Abdala ben Koleib, que estaba en Mérida.

En este tiempo mandó el rey Abderahman construir hermosas mezquitas en Córdoba, y en ellas puso fuentes de mármol y de varios jaspes, y trajo á la ciudad aguas dulces desde los montes con encañados de plomo, y la llenó de fuentes y edificó baños públicos de mucha comodidad, y abrevaderos y grandes pilas para las caballerias: edificó alcázares en las ciudades principales de España: reparó los caminos y construyó las rusafas á orillas del rio de Córdoba: dotó las madrisas ó escuelas de muchas ciudades, y mantenia en la madrisa de la aljama de Córdoba trescientos niños huérfanos. Las horas que hurtaba á los negocios graves del estado, se entretenia con los sabios y buenos ingenios que habia en su corte, que eran muchos, y entre ellos estimaba y distinguia al célebre poeta Abdala Aben Jamri, y á Yahye ben Hakem, conocido por Algazali; y como este sabio habia estado entre los Cristianos de Afranc, y en Grecia en sus embajadas, gustaba mucho de conversar con él y de informarse de las costumbres de los reyes infieles, y de los pueblos y ciudades que habia visto. Habia hecho hagib al wali de Sidonia Aben Gamri, y con este sabio caudillo solia jugar al jahtrang ó aljedrez, que era de los mas diestros jugadores que en aquel tiempo se celebraban, y competia con él Abderahman á este juego con grandes apuestas de joyas

muy preciosas. Era en extremo liberal y dadivoso, y gastaba mucho con sus esclavas, pagando sus gracias y sus mas cortos obsequios con joyas inestimables. Cuenta Ibrahim el Catib y otros, que un dia regaló á una niña esclava suya, muy linda y preciosa, un collar de oro, perlas y piedras de valor de diez mil dinares ó doblas de oro, y como algunos wazires de su confianza que estaban presentes encareciesen tan sobresaliente dádiva, diciendo que aquel collar era joya de las que ennoblecian el tesoro real, y podian servir en un apuro ú vicisitud de fortuna: Abderahman les dijo: me parece que os deslumbra el brillo del collar y la estimacion imaginaria que dan los hombres á la rareza de estas pedrezuelas y á la figura y lindeza de sus perlas; ¡pero que tienen que ver con la hermosura y gracia de la humana perla que Dios ha criado! Su resplandor encanta los ojos de quien la mira, arrebata y desmaya los corazones: las mas bellas perlas, los jacintos y esmeraldas mas preciosas, que ofrece la naturaleza en su especie, no deleitan así los ojos ni los oidos, no tocan el corazon ni recrean el ánimo; y así me parece que Dios ha puesto en mis manos estas cosas para que yo las dé su propio destino, y sirvan de adorno y gargantilla á esta graciosa muchacha. Todos convinieron en esto por complacer al rey los viejos, y los mozos por natural convencimiento. Refirió despues el rey á su poeta familiar, Abdala ben Jamri, la contienda sobre el collar que habia tenido con los wazires, y le dijo que si le ocurria algun concepto á propósito; y respondió: este, señor, si os place; y dijo estos versos:

Prez acrecienta al collar y á los preciosos jacintos
La que escede en resplandor á la luna y sol unidos:
La mano del Criador ostenta raros prodigios;
Pero como éste ninguno humanos ojos han visto:
¡Oh, perla, que Dios crió de celestial atractivo,
A tí de la tierra y mar cedan perlas y jacintos.

Agradaron mucho al rey los versos, y como quien sabia hacerlos con facilidad y precision métrica dijo estos:

Es don tuyo, Aben Jamri, la elegante poesía,
Los oscuros pensamientos tu claridad ilumina,
Cual las sombras de la noche la luz del alba disipa:
Su encanto por el oido en el corazon destila,
Como la gracia y beldad de una criatura linda,
Nuestros ojos arrebata, nuestro corazon hechiza,
Mas que la rosa y jazmin, mas que las eras floridas.
Mi corazon y mis ojos, á ser mios todavía,
Rendido los ensartára en la hermosa gargantilla.

Dijo entonces Jamri al rey: Gualá, que tus versos son mas ingeniosos que los mios, y tu elogio es para mí mas grato que cuanto pudiera desear, y no me queda sino pedir á Dios que te conserve y me dé tiempo para ocuparle en tus bien merecidas alabanzas. Mandó el rey Abderahman darle una bidra ó bolsa de diez mil adarhames, que repartió entre sus amigos presentes. Obeidala ben Carloman, uno de los donceles y familiares distinguidos de Abderahman, estaba en esta ocasion ausente en el campo, y cuando volvió celebró tambien con elegantes versos la liberalidad del rey.

Habia venido en este tiempo á España de sus viajes á Oriente Yahye ben Yahye el Laiti, á quien Malec ben Anas llamaba el discreto Andaluz, y el entendimiento de Algarbe. Cuéntase que estando en la cátedra del sábio Malec con otros muchos discípulos pasó por la calle un elefante, y todos los jóvenes salieron á verle, solo el Laiti quedó con Malec, y le dijo: ¿cómo no sales tú? ¿qué en España no se ven elefantes? y le respondió: yo no vine á Oriente por ver elefantes, sino á oirte á tí: y de su respuesta se maravilló y complació Malec; y el Laiti fue tan apasionado de este doctor, que fue dos veces á Oriente por visitarle, y estuvo allí

en ocasion que acompañó su féretro. A este sábio encargó el rey Abderahman la enseñanza de sus hijos Jacub, el llamado despues Abu Cosa, y Bixar, y ambos salieron muy aprovechados y eruditos: Jacub fue de gran ingenio para la poesía, y se conservan algunas composiciones suyas muy elegantes en la coleccion de Ahmed ben Ferag, intitulada los Huertos. Bixar era de mucha elocuencia y muy docto, y le solia encargar su padre las oraciones fúnebres de los que fallecian de su familia, y de otros principales. El Laiti dió noticia al rey Abderahman del mérito y celebridad que tenia en Oriente Ali ben Zeriab, insigne músico de la Iraca, y le envió á buscar con grandes promesas y liberalidades, y logró que viniese á España, y le tuvo el rey en su alcázar, y este sábio enseñó en Córdoba á muchos discípulos que igualaron despues á los mas famosos de Oriente.

CAPITULO XLI.

De varios sucesos, y conmocion del pueblo en Mérida.

827 En el año doscientos y doce murió en Toledo Isá ben Dinar el Gafeki, natural de la misma ciudad, y alfaqui muy sábio de la escuela de Malec ben Anas era hombre muy afable con todos y de muy entretenida conversacion, y enseñaba deleitando: practicaba algunas estrañas observancias, hacia su oracion del alba con la preparacion y lavatorio de la oracion del anochecer: su féretro fue acompañado de toda la gente ilustre de la ciudad. En el mismo año murió tambien en Toledo el cádi mayor de su aljama Sabaton

ben Abdala el Ansari, varon muy respetado por su sabiduría y su rectitud. En este tiempo envió el rey tropas á las fronteras de Afranc, y dió el mando de la caballería á Muhamad ben Abdelsalem, que habia sido wazir del rey Alhakem su padre. Cuando estaba dispuesta la salida de Abderahman para las fronteras, un inesperado levantamiento de los de Mérida suspendió la partida: dió ocasion al descontento de los moradores el excesivo rigor de los wazires del wali de aquella capitanía en las cobranzas de las rentas de Azaque (1) correspondiente al rey, y fomentado el descontento por algunos sediciosos, entre otros por Mahomad ben Abdelgebir, que en tiempo del rey Alhakem habia sido mechtiseb ó recibidor de rentas, y en este tiempo se hallaba ocioso: el vulgo y gente baldía siempre leve, sin razon y dispuesta á las conmociones y alborotos rompió el freno de obediencia y órden, y en desmandada turba acometió con furor las casas de los wazires, los despedazó y robó sus casas, cundió el tropel, la multitud y la insolencia, y el wali con su guardia y fami-

(1) Azaque es lo que se da por ley á Dios ó al rey, como medio seguro de acrecentar y conservar los demas bienes: es el diezmo de todos los frutos de siembra, plantío y cria de ganados, de productos de comercio y de industria, del beneficio de las minas é invencion de tesoros: se pagaba con varias prácticas. De la invencion de tesoros tenia el rey el quinto: no se pagaba azaque de la plata, oro y piedras preciosas empleadas en guarniciones de espadas y de libros, y en anillos, arillos, ajorcas y otras joyas de los adornos de sus mugeres y esclavas, y en jaezes de caballos de guerra. Las rentas del Azaque son para mantenimiento del rey y de sus ministros, defensa de las tierras, para aprestos de guerra, reparo de obras públicas, mezquitas, baños, fuentes, escuelas, y mantenimiento de los maestros de ellas, componer caminos, puentes y posadas, rescatar cautivos y remediar pobres secuaces de la ley, que cumplen sus cinco azalaes ú oraciones, pues quien estás no cumple y su azaque no paga, es doctrina de Azunna no tratarle ni enterrarle. Mohtasar Azunna. ms.

lia pudo librarse de la muerte huyendo de la ciudad. Mahomad y otros sediciosos de los mas osados se apoderaron del mando, repartieron armas, vestidos y dinero á la gente menuda, se les allegaron los bandidos y malhechores de la comarca, y se prepararon á defender aquel violento y tumultuario gobierno. La infausta nueva de estos movimientos llegó á Córdoba con mucha celeridad, y con la mayor diligencia pasaron las tropas de Algarbe y de Toledo á castigar la rebelion. Mandaba la gente de Toledo el caudillo Abdelruf ben Abdelsalem el Dilhethi: los de Mérida no osaron salir de sus muros, y las tropas destruyeron muchos edificios y casas de campo, talando sus huertas y estragando la tierra de la comarca. No queria el rey Abderahman estos males, ni consintió que la ciudad fuese entrada por fuerza, porque la calamidad y el tumulto seria tanto mayor cuanto la ciudad era muy populosa y rica. Alargábase por esto el cerco de Mérida, y en ella cada dia eran mayores los desórdenes. Corrian sus calles mas de cuarenta mil hombres, gran parte de ellos armados: no habia nada seguro de su rapacidad, miraban las casas de los mercaderes y gente rica como legítima presa y premio de su valor y atrevimiento.

En tan triste situacion los buenos Muslimes, y aun los que por aborrecimiento á los gobernadores, ó por vanos deseos de novedad y mudanza se habian holgado neciamente de sus propios peligros, anhelaban ahora por restablecer la obediencia y el órden, únicos apoyos de la pública seguridad. Valiéronse para esto de la honrada juventud, que á su pesar andaba armada entre los amotinados, y acordaron que saliendo algunos de los mas principales de noche al campo de los cercadores, ofreciesen al wali Abdelruf franquear en horas convenidas algunas puertas y torres, para que las tropas del rey apoderadas de ellas arrojasen de la ciudad á los

rebeldes y malhechores. Así se logró aprovechando las tinieblas de la noche: seis nobles mancebos salieron secretamente de Mérida, y se presentaron á Abdelruf, comunicaron sú intento y convinieron en la hora y señal para abrir las puertas en la siguiente noche: tres jóvenes se volvieron aquella noche á la ciudad, y dieron parte de lo concertado á los que convenia. Abdelruf dió sus órdenes muy rigorosas á la caballería que debia correr las calles en entrando en la ciudad, para que no hiciese mal sino á la chusma que se opusiese armada, y mandó á la gente de á pie que ocupára las murallas y las plazas sin apartarse ninguno de sus banderas, manifestando á los caudillos la voluntad del rey en el castigo de los rebeldes. Venida la noche y su tercera vela se acercaron con silencio al muro las gentes de Toledo, y hecha señal por los jóvenes de Mérida se abrieron las puertas, y las ocuparon sin dificultad las tropas: siguió la caballería de Algarbe, y se formó en las primeras plazas interiores de las tres puertas. A la venida del dia fue general el espanto y la sorpresa de los revoltosos de Mérida, y del comun de los habitantes: la caballería del rey Abderahman corria las calles persiguiendo á la multitud: muchos dejaban llenos de terror las armas, y todos inciertos corrian á todas partes. Los caudillos de la rebelion se salvaron en la confusion y tropel de los fugitivos, y la ciudad al medio dia ya estaba libre de ellos: quedaron muertos en las calles como setecientos, y toda la multitud desapareció, ú oculta en la ciudad ó fugitiva en los campos. Aseguró Abdelruf los ánimos de los vecinos, restituyó el órden y la quietud al pueblo, dejó sin enterrar aquellos cadáveres algunos dias, y avisó al rey el allanamiento de la ciudad: á pocos dias llegó el perdon que el rey concedia compadeciendo las calamidades que habian sufrido los honra-

828 dos moradores de Mérida: fue esta conmocion de los rebeldes de Mérida el año doscientos y trece.

CAPITULO XLII.

De la sedicion y alboroto del pueblo de Toledo.

Apenas habia tenido el rey Abderahman tiempo para celebrar tan agradable acaecimiento, cuando tuvo aviso de igual inquietud y alboroto en Toledo: la poblacion de esta ciudad era grande, y habia en ella muchos Cristianos y Judios muy ricos, gentes, aunque sometidas, enemigas de los Muslimes que por señores los aborrecian, y á su propio riesgo suscitaban desavenencias y se alegraban del mal del estado. Los sediciosos hallaron un caudillo cual ellos le querian: Hixem el Atiki mancebo muy rico de Toledo con deseos de venganza procuraba suscitar algun bullicio popular y levantamiento contra el wazir de la ciudad Aben Mafot ben Ibrahim: esparció á este fin mucho dinero entre la gente pobre, ganó los Berberíes de la guardia del alcázar, y todo lo tenia preparado esperando su ocasion oportuna. Sucedió por caso inesperado el anticiparse el rompimiento, y fue que reunida mucha gente de la que estaba pagada por Hixem en la alcana, ó mercado, prendieron los ministros del wali del Zoco á uno de ellos: causando su prision algun ruido acudió aquella gente, y rodeando á los ministros por todas partes, aunque dejaron el preso, todavía llovieron sobre ellos piedras, huyeron mal heridos al alcázar por ampararse de la guardia, y los

Berberíes de ella con fingido pavor huyeron de la multitud que los siguió, y por instantes se acrecentaba, entraron de tropel en el alcázar, mataron á los ministros y guardias fieles que quisieron oponerse á sus violencias, y toda la ciudad manifestó alegrarse de ver arrastrados por la plebe los ministros de su opresion. El wali Aben Mafot estaba en el campo, y esta fue su fortuna, y avisado del motin y de las muertes y ocupacion del alcázar se retiró á Calat-rahba, y avisó al rey lo que habia sucedido. Luego mandó Abderahman que saliese su hijo Omeya con parte de la caballería de la guardia á unirse con el wali Aben Mafot para castigar á los rebeldes de Toledo. En la ciudad excitados los ánimos de los sediciosos persuadieron á muchos la necesidad de defenderse: señalaron de comun acuerdo por su caudillo á Hixem, que no deseaba otra gloria. Pasó alarde de su gente, repartió armas á los mas osados y bien dispuestos, y ordenadas las banderas y repartidas á los mas distinguidos por su valor ó su popularidad, y encargada la guardia de la ciudad á los bisoños y sin experiencia de guerrá, salió con su escogida gente contra Aben Mafot, que habia reunido alguna gente y caballería. Encontráronse estas huestes y pelearon con varia fortuna, y lograron algunas victorias que aumentaron su orgullo y esperanzas.

Entretanto la ciudad de Mérida gobernada por el wali Abdelruf manifestaba estar contenta en la calma de la obediencia, del órden y de la buena policía. Recogió Abdelruf los pobres, dió ocupacion á los ociosos, persiguió los vagamundos, mandó velar á los cadíes de coras ó comarcas, y á los de la ciudad para evitar y prevenir las maquinaciones de los malos, puso gran recaudo en los depósitos de armas, y hacia rondar las calles de dia y de noche con partidas de ca-

ballería, con guardias permanentes en las plazas y barrios de mucha concurrencia. Como entendiese el rey Abderahman el allanamiento de Mérida y la prudencia que allí habia manifestado su wali Abdelruf, le mandó pasar á tierra de Toledo para tranquilizar la comarca que estaba levantada, y echar de ella á los rebeldes: al mismo tiempo le encargó que no hiciese la guerra en aquel pais mas daños que los que no pueden evitarse en ella: que á los que huyesen delante de su hueste no los persiguiese para matarlos, sino para obligarles á dejar las armas ó salir de las comarcas que infestaban: que los Muslimes así debian hacer la guerra á los de su misma creencia.

Habian pasado tres años sin que los caudillos del rey pudiesen alcanzar ninguna considerable ventaja sobre las tropas de los rebeldes de Toledo, hasta que
832 el año doscientos diez y siete Omeya, el hijo del rey, logró rodearlos en una celada á orillas del rio Alberche, causándoles atroz matanza, que obligó á refugiarse en la ciudad á los que Dios quiso librar de la espada de los vencedores; pero la fortaleza de Toledo les dió seguro para continuar en su desobediencia. En el año siguiente acaudillando las tropas del rey el wali Abdelruf peleó contra los de Toledo en los campos de Maghazul, y por la matanza que allí tuvieron fue para ellos un monumento de horror y de maldicion, que muy pocos se salvaron aquel infausto dia.

CAPITULO XLIII.

De la entrada de los rebeldes en Mérida.

Poco tiempo despues como hubiese faltado de Mérida el wali Abdelruf, los descontentos de la obediencia y sujecion en que los tenia luego avisaron á los bandidos y malhechores que andaban en tierra de Alisbona acaudillados del rebelde Mahomad ben Abdelgebir, y aprovechando la ocasion de la ausencia del wali, y que la ciudad estaba mal guardada, se fueron introduciendo en ella pocos á pocos, y viendo aquella oportunidad que se les ofrecia acometieron de noche á los guardas de las puertas, y se apoderaron de ellas y de los depósitos de armas y vestidos, y todo lo repartieron entre la gente menuda del pueblo, y buscaron con mucha diligencia á los wazires y ministros del gobierno, y asaetearon á dos sin ventura que pudieron haber á las manos. Cuando el rey tuvo la nueva de esta rebelion dió órden á los alcaides de la comarca para juntar sus gentes con mucha diligencia y pasar á Mérida: el mismo Abderahman partió de Córdoba con la caballería de su guardia y la de la ciudad, y en Ain Coboxi se le juntaron los alcaides con las gentes de sus alcudias ó jurisdicciones: hizo el rey alarde de estas tropas y halló ciento y veinte banderas con cuarenta mil hombres. Habló el rey á los caudillos, y les mandó que hiciesen la guerra como contra hermanos seguidores de una misma creencia, que en el momento que volviesen brida y huyesen, ya no eran sus contrarios, sino hijos y hermanos estraviados y regidos de mal consejo, que convenia desarmarlos y darles otro castigo que la muer-

te, de que solo eran dignos los promovedores de la rebelion. Los rebeldes no osaron salir de sus muros; pero defendieron bien sus torres y puertas, y obligaban á todos los vecinos á su temeraria y obstinada defensa. Luego mandó el rey dar algunos combates á la ciudad, y con mucho trabajo se derribaron algunas torres, cavando sus cimientos y sosteniéndolos en gruesos leños que el fuego destruia. Todo estaba dispuesto para entrar la ciudad por varias partes; pero el rey deseaba evitar la matanza y calamidades de una entrada violenta, y mandó arrojar á la ciudad saetas con escritos, en que ofrecia perdon á todos si entregaban á los caudillos fulano y fulano, principales suscitadores de la rebelion. Algunos de estos escritos cayeron en manos de los mismos facciosos ó de sus amigos, y previnieron su desgracia con la fuga. Corrió la voz entre la gente honrada de la ciudad, y se animaron todos á ofrecerse rendidos á la clemencia del rey. Luego se abrieron las puertas de Mérida, y entró el rey Abderahman con su guardia de caballería: fue recibido con grandes demostraciones de alegría de los vecinos, y con mucho temor de los inquietos y revoltosos. Escusaron con mucha humildad los principales de la ciudad su falta en no haber podido prender á los señalados cabezas de la rebelion, y el rey Abderahman les dijo: yo doy gracias á Dios que en este dia de complacencia me ha librado del disgusto de ajusticiarlos y mandarlos matar: tal vez Dios abrirá los ojos de sus entendimientos, y volverán de su locura; y si no lo hacen, Dios me dará poder para impedir que perturben la quietud de mis pueblos. Despidió el rey las tropas de las provincias regalando vestidos, armas y caballos á los alcaides y otros caballeros, y todos volvieron muy contentos de esta expedicion. Permaneció el rey en Mérida algunos dias, y mandó levantar las fortalezas derriba-

das y reparar los muros, aunque algunos le aconsejaban que los destruyera para evitar nuevas rebeliones; pero el rey encargó al amil ó gobernador de la provincia, Abdala ben Coleib, que diese ocupacion en estas obras á los pobres de la ciudad, y así se hizo, y acabada la obra, se puso en la fortaleza principal esta inscripcion (1). En el nombre de Dios misericordioso y piadoso, la bendicion de Dios y su poderoso amparo al pueblo de la obediencia de Dios: se mandó edificar esta fortaleza y su muro, gobernando al pueblo de la obediencia de Dios el amir Abderahman, hijo de Alhakem: engrandézcale Dios, por manos de su amil Abdala ben Coleib ben Thaalba, y de Giafar ben Muhasin su siervo, gefe de los arquitectos, en luna de rebie
835 postrera, año doscientos veinte. En este año murió en Córdoba Caraos ben Abes ben Mansor el Thekifi, discípulo muy docto de Malic ben Anas, muy favorecido del rey.

Entretanto continuaba la guerra contra los rebeldes de Toledo que mantuvieron tres años con indecible constancia aquel contínuo cerco, haciendo frecuentes salidas contra los walíes Aben Mafot y Abdelruf, hasta que estrechados y reducidos á lo alto de la ciudad les fue forzoso entregarse por no perecer de hambre. El rebelde Hixem cayó herido en manos de Abdelruf, que luego le mandó cortar la cabeza, y fue puesta en un garfio sobre la puerta Bab sacra (2). Conforme á las benignas órdenes del rey publicó un perdon general á toda clase de ciudadanos: fue la entrada de Abdelruf en Toledo año doscientos veinte y tres. Se ocupó en reparar el muro y muchos edificios del arrabal,

(1) Véase la lámina 1.ª

(2) Ahora se llama Bisagra, depravada la voz arábiga Bab puerta, y la latina sacra, que fue su nombre antiguo.

que habian quedado maltratados: restableció la buena policía de la ciudad, y atajó los barrios con puertas para mayor seguridad de los vecinos. Fueron celebradas en Córdoba con mucha alegría las nuevas del allanamiento de Toledo, y el rey confirmó en el gobierno de aquella ciudad y provincia al insigne wali Abdelruf ben Abi Dilhethi; y á su tio de este Aben Mafot ben Ibrahim, lo hizo wazir de su consejo de estado.

CAPITULO XLIV.

De la guerra en las fronteras, y por mar en las costas de Marsella.

838 En el año doscientos veinte y cuatro mandó el rey al wali de Zaragoza que allegase las banderas de toda España oriental y fuesen á correr tierras de Afranc: Obeidala ben Abdala y su wali Aben Abdelkerim hicieron entradas dos años con numerosas huestes, y las gentes huian por todas partes y abandonaban sus pueblos, y los Muslimes tomaron muchos cautivos y ganados de toda especie. Así tambien al mismo tiempo la gente de Mérida, Badalyos y Alisbona entraron las tierras de Galicia, y pelearon contra Alanfus, que era rey de aquella gente rústica y aguerrida, y pelearon contra ellos con varia fortuna. Las naves de España partieron de Tarragona este año, y juntas con las que habia en las islas Yebisat y Mayoricas fueron á las costas de Afranc y aportaron en ellas, y robaron las cercanías de Marsella, y tomaron muchas riquezas y cautivos en los arrabales de aquella ciudad. En este tiempo vinieron al rey mensageros de Teofilo rey de los Griegos, instándole para que le ayu-

dara en la guerra contra Almoatesim el califa de Oriente, y Abderahman los recibió con mucha honra, y escribió al rey de los Griegos, que luego que pudiese desembarazarse de las guerras domésticas que le ocupaban, enviaria sus naves en su ayuda, y con ricos presentes los despidió contentos.

Los Cristianos de los montes de Afranc estendieron sus algaras hasta Albida y Calahorra, y robaron los
841 pueblos y quemaron aldeas, y talaron los campos. Pesó mucho al rey de estos males y escribió á los walíes de la frontera para que allegasen sus gentes, que determinaba ir en persona á esta santa guerra.

El año doscientos veinte y siete falleció el cadi de Tadmir Abderahman ben Fadal el Caneni, de Ateca, célebre por su integridad: su hijo Aben Fadal era en este tiempo de singular ingenio y virtud, y el rey le dió el mismo cargo que habia tenido su padre, y aquellos pueblos dieron gracias al rey por ello.

CAPITULO XLV.

De la venida de los Nortmanos á las costas de España.

843 En el año doscientos veinte y nueve vinieron á las costas de Alisbona cincuenta y cuatro naves de los (1) Magioges, gentes fieras habitado-

(1) Los Arabes llamaban Magioges á las gentes de los extremos del Norte de Europa y de Asia, esto es, los de Gog y Magog: en Europa se conocieron con el nombre de Nortmanos, ó gentes del Norte, los que en este tiempo bajando del Báltico y de la Noruega infestaron las costas de Alemania, Francia, España, Italia y Africa.

ras de las últimas tierras boreales, robaban las poblaciones, y degollaban á cuantos podian haber á las manos con bárbara crueldad, no perdonaban mugeres, niños, ni ancianos, ni los animales domésticos: cuando ya no hallaban presas que hacer incendiaban y destruian los edificios, talaban los campos, y eran enemigos de todo el género humano. Estuvieron delante de la ciudad trece dias talando y quemando los campos y las poblaciones. Allegaron los caudillos muslimes las gentes de las comarcas, y los Magioges se embarcaron con sus presas y desaparecieron. Poco despues volvieron á infestar las costas de Algarbe de España y de Almagreb, y saltaron en Welba, y en Gezira Cadis, y corrieron la tierra hasta Sidonia: y en el año doscientos y treinta el dia ocho de la luna de muharram llegaron sus barcos hasta Sevilla robando y abrasando los pueblos, quemaron Gezira Cabtal, y pelearon tres dias con atroz matanza con la gente de aquella tierra, y robaron el arrabal de Sevilla, y se fortificaron en Tablada; pero los esforzados Muslimes de la ciudad los vencieron, y el dia doce de la misma luna se retiraron, sabiendo que venian contra ellos quince naves que enviaba el rey Abderahman con muy escogida gente: tornaron los Magioges á las costas de Algarbe, y el rey envió sus órdenes á Mérida, Senterin y Colamria para guardar aquellas costas. Habia salido el rey con su caballería para defender las ciudades de Andalucía, y vió los estragos que habian hecho los bárbaros y aseguró y consoló sus pueblos, y mandó reparar los muros y otros edificios de Sevilla, que dejaron maltratados: la gente de Sevilla abandonó su ciudad por miedo de los Magioges, y huyó hasta Carmona.

En este tiempo hizo el rey cadi de la aljama de Córdoba á Muhamad ben Zeyad ben Abderahman el Lah-

mi, era de la misma ciudad, hombre muy docto y de loable vida. Mandó el rey construir naves en Gezira Cadis, en Cartagena y en Tarragona para asegurar las costas, y encargó el cuidado de los avisos y comunicaciones de mar y tierra á su hijo Jacub, el llamado Abu Cosa: ordenó que hubiese en todas las capitanias de España un sahib el berid, ó capitan de veredas, con cierto número de forénicos ó correos á caballo, para llevar con mucha diligencia los avisos y mandamientos del gobierno.

CAPITULO XLVI.

De varios sucesos, y obras del rey, y de su muerte.

846 En el año doscientos treinta y dos hubo en España gran seca, que perecian los ganados por falta de abrevaderos, se abrasaron las viñas y árboles frutales, faltaron las cosechas de trigo y cebada, pasó tambien gran plaga de langosta desde Africa, y no quedó planta verde en el campo: muchas gentes de España huyendo del hambre se pasaron á Africa, que allí en Almagreb y toda tierra de Fez se vendia el wisque ó carga de trigo por tres adirhames. En el año siguiente, como continuase la carestía y falta de frutos, perdonó el rey Abderahman á los pueblos el diezmo de frutos y ganados que le debian pagar. Estas calamidades impidieron al rey la expedicion de algihed ó santa guerra que tenia dispuesta, y el recelo de nuevos desembarcos de los Magioges contuvieron las armas de los Muslimes y de los Cristianos. Por ocupar y mantener á los pobres edificó Abderahman mezquitas y alcázares en varias ciudades de España, construyó la Rusafa sobre la

orilla del rio en Córdoba, hizo traer agua de la sierra en encañados de plomo, y mandó labrar muchas fuentes en la ciudad, y baños de mármol para comodidad de los vecinos. Reparó con magnificencia los dos palacios de Meruan y de Nogueit y otros hermosos edificios de Córdoba. El año doscientos treinta y seis acabó estas obras y enlosó las calles de la ciudad.

850 En la primavera del año doscientos treinta y siete mandó congregarse en Córdoba los walíes gobernadores de las grandes ciudades, los cadíes, alcatibes, wazires consejeros de estado, y declaró á su hijo Muhamad futuro sucesor del imperio, y todos los presentes le juraron fidelidad y obediencia, sin reservas ni excepciones: concurrieron los hijos del rey y otros nobles jeques y caudillos, y se celebró esta solemne declaracion con grandes alegrías. Dió Abderahman en estas fiestas comidas muy expléndidas á los walíes de las provincias, y repartió caballos y armas á los caudillos, y preciosos vestidos á sus guardias. Los pobres fueron socorridos con copiosas limosnas en todas las ciudades del reino, y aun los lugares mas apartados y pequeñas aldeas participaron del contento y alegría de la capital, y de la generosidad de su rey. En este año falleció Casim ben Hilel el Caisi, hombre muy docto, cadi de Guadil-hijara su patria.

852 En la luna de safar del año doscientos treinta y ocho adoleció el rey Abderahman ben Alhakem, y aunque de dia en dia se fue agravando su dolencia, permaneció siempre con ánimo tranquilo, ya le faltaban á Abderahman las fuerzas, y todavía conservaba la serenidad y apacible compostura de su gesto, y hasta el último momento de su vida la blandura y afabilidad de su natural. Cumplido el plazo de sus dias falleció un jueves al anochecer, último dia de la luna de safar del dicho año, habiendo vivido sesenta y cinco

años, tres meses y tres dias, y el tiempo de su reinado fue treinta y un años, tres meses y seis dias, dejó cuarenta y cinco hijos varones: fué acompañado su féretro de toda la gente de la ciudad y de las comarcas: todos los pueblos lloraron su muerte como la de un buen padre. Celebróse su entierro á la hora del alba del dia tres de la luna de rebie primera: hizo oracion por él su hijo. No hizo novedad este rey en la moneda, labrándola de la misma ley y forma que sus antecesores: se perfeccionó en su tiempo la fábrica de armas de Córdoba y la de Toledo, y las enseñanzas en toda España.

CAPITULO XLVIII.

Del reinado de Muhamad, hijo de Abderahman.

Despues de la muerte de Abderahman segundo de este nombre, y el cuarto de los reyes de Beni Omeya en España, fue aclamado en Córdoba su hijo Muhamad, apellidado Abu Abdala: era de edad de treinta años: la madre que le parió se llamaba Themina. Le juraron
852 obediencia el dia jueves seis de la luna de rebie primera del año doscientos treinta y ocho. Concibieron los pueblos buenas esperanzas de prosperidad en su reinado, así por sus excelentes prendas de humanidad, justicia y valor, como por su erudicion y natural ingenio. En los primeros meses de su reinado se suscitó una querella literaria entre los alímes y alfaquíes de la aljama de Córdoba contra el Hafit (1) Abu

(1) Hafit era título que se daba á los sabios que conservaban en su memoria muchas historias tradicionales.

Abderahman Baqui ben Machalad: este sabio andaluz habia estudiado en oriente con los mas famosos doctores de aquel tiempo, discípulos de Ahmed ben Muhamad ben Hanbal, y enseñaba en Córdoba por los libros de Abu Becri y de Abi Joaiba, andaluz de la misma escuela. Toda la aljama de Córdoba se opuso á su enseñanza, y manifestó al rey que no convenia aquella diferente exposicion del Alcoran, que la aljama de Córdoba seguia tradiciones apoyadas en mil y trescientos doctores, ó cerca de este número; y el Hafit Baqui y los de su escuela en doscientos ochenta y cuatro, de los cuales apenas habia diez de autoridad y aprobada fama. El rey Muhamad les mandó juntarse en su presencia, y examinó la obra de Abi Joaiba, y la declaracion del Hafit Baqui, y oyó sus disputas, y le parecieron las diferencias todas leves sutilezas y cavilaciones que no alteraban lo substancial de la ley ni de la sonna ó tradicion recibida, y que en las declaraciones de Baqui habia doctrinas de buenas y saludubles prácticas, y declaró que no era justo impedir aquella enseñanza, que podia ser útil á la ilustracion de los pueblos, y todavía mas los virtuosos ejemplos del Hafit, que era hombre de muy loable vida.

En ramazan de este año falleció en Córdoba de edad de cincuenta y tres años el sabio alfaqui Abdelmelic ben Habib, andaluz conocido por el Salemi, que habia estudiado en todas las mas célebres aljamas de oriente, y en todas partes quedó fama de su prodigiosa erudicion, y de su apacible condicion: sus obras eran apreciadas y adquiridas por los sabios de todos los paises: otros dicen que murió en fin del año siguiente, dia sábado doce de dilhagia. Tambien murió este año Amira ben Abderahman ben Marun el Ateki de Tadmir, célebre por sus grandes conocimientos y su buen ingenio en la poesía, conocido por Abulfadal, y su muerte fue muy sentida.

CAPITULO XLVIII.

De la guerra en las fronteras de Galicia, y en Toledo.

Deseando el rey Muhamad la propagacion del Islam en las fronteras de España, y contener los movimientos é inquietud que en ellas causaban los de Galicia y los de Afranc, encargó á los walíes de Mérida y de Zaragoza allegar sus gentes, y entrar en aquellas tierras. Por parte de Afranc las algaras fueron muy venturosas: pasaron los montes y talaron tierra de Narbona, tomando muchos ganados y cautivos, y los pueblos huian por todas partes de los vencedores muslimes, y aun salian á ofrecerles sus bienes para templar su saña. En la frontera de Galicia pelearon con varia fortuna, y el wali Muza ben Zeyad el Gedai fue vencido de los Cristianos cerca de Hins Albeida, y tomaron aquella fortaleza y degollaron á los Muslimes que la defendian: las nuevas de esta desgracia llegaron á Córdoba, y pesó mucho al rey de este desman; pero los de la corte y muchos enemigos del caudillo Muza ben Zeyad aprovecharon esta ocasion para dañarle, y le infamaron diciendo, que por ruines tratos y dones que habia recibido de los Cristianos se habia perdido aquella fortaleza. El rey dió oidos, que no debiera, á los malsines, y depuso del mando á Muza ben Zeyad, wali de Zaragoza, y á su hijo Lobia ben Muza, que era wali de Toledo: ofendidos estos caudillos, confiando en el amor de los pueblos de sus provincias solicitaron con secretas inteligencias hacer treguas y procurar el favor de los Cristianos

de Galicia, y rebelaron la tierra contra su señor. Cuando estas cosas se supieron en Córdoba el rey dió mayor crédito á las sugestiones de los enemigos de Muza ben Zeyad; y luego salió con la gente de Andalucía á castigar á los rebeldes. Envió el rey de Galicia muchas tropas en auxilio de los de Toledo, y fortificaron mucho la ciudad. Pasó el ejército de Andalucía los montes, y sabiendo el rey Muhamad que los enemigos, amparados de la fortaleza de la ciudad, no osarian salir á pelear contra su gente, deseando hacer en ellos algun buen efecto, escondió parte de su hueste en un frondoso y espeso bosque; y con poca gente y caballería pareció en las vegas de Toledo, y anduvo campeando á la vista de la ciudad manifestando recelos y temores, y no parando en ninguna parte. El wali de Toledo, pensando que esta gente seria la delantera de otra poderosa hueste, quiso aprovechar la ocasion, y con todas sus tropas y auxiliares salió contra ellos, y trabando ligeras escaramuzas con poco empeño se fueron retirando. Los de la ciudad por su ventaja se cebaron en el alcance de estas tropas, que se fueron retrayendo hasta Wadacelete, que así llamaban al valle donde estaba la emboscada; y saliendo la caballería que acaudillaba el rey con Haxem ben Abdelaziz, rodearon por todas partes á los de Toledo é hicieron en ellos atroz matanza: el campo quedó cubierto de cadáveres y regado de su sangre: ocho mil Cristianos y siete mil Muslimes murieron allí: los que pudieron salir del combate se acogieron á la ciudad; y confiados en su fortaleza no quisieron rendirse, aunque les ofreció perdon si se venian á su merced sin condicion alguna. Viendo el rey que el cerco seria largo se volvió á Córdoba, dejando encargada la gente á su hijo Almondhir, que ya hacia sus primeras armas, y manifestaba inclinacion á su ejercicio, y eran sus wazires los caudillos Abdelmelic ben

Abdala Abu Meruan, y Aben Abdelaziz. En esta expedicion de Toledo murió Abdelcadir ben Abi Joiba de Alcolea, en tierra de Sevilla, caballero de mucho valor.

Cuando el rey Muhamad entró en Córdoba fue recibido con grandes demostraciones de alegría, que no quedó en la ciudad chico ni grande que no saliese á re-
854 cibirle en su entrada, que fue el año doscientos y cuarenta. En el año siguiente, habiendo el príncipe Almondhir salido con parte de su hueste á recorrer la tierra de Talavera, y las fortalezas de Calat-rahba, Uclis Webde y Zorita, aprovecharon esta ocasion los de Toledo, y salieron contra las tropas que mantenian el cerco, y las atropellaron y siguieron, haciendo en ellas mucha matanza: se acogieron á Talavera, y los rebeldes las persiguieron hasta encerrarlas en sus muros. Sabido esto por el príncipe Almondhir fue luego con el wali de Talavera contra los rebeldes, y los venció y puso en fuga, y volvieron con gran pérdida á entrar en Toledo. El príncipe Almondhir envió setecientas ú ochocientas cabezas de rebeldes á Córdoba, comunicando al rev su padre el suceso de la batalla de Talavera: que aquellas cabezas habia mandado cortar á setecientos rebeldes que habian caido en sus manos vivos en la fuga, y el rey las mandó poner en las almenas. Continuando con mas rigor el cerco las tropas de Andalucía talaron las huertas y viñas de Toledo; y en un combate que dió Almondhir destruyeron el puente con gran matanza de los rebeldes que en él estaban. Tres años continuaron las talas y la devastacion de las cercanías de Toledo: los vecinos pacíficos y los pobres labradores miraban con mucho dolor destruidas sus casas de campo, viñas y huertos, por la obstinacion y rebeldía de algunos sediciosos, por la mayor parte malos Muslimes, Muzárabes y Judíos.
859 El año doscientos cuarenta y cinco vino al

cerco de Toledo el rey Muhamad, y como los vecinos lo entendieron, vinieron algunos de secreto, y ofrecieron al rey que si los perdonaba que entregarian la ciudad ó asesinarian á los caudillos rebeldes; y el rey les prometió perdon si en cierto plazo lo cumplian, y antes del aplazado término abrieron las puertas á su señor, y entregaron las cabezas de algunos caudillos de la rebelion, que otros lograron ocultarse y salieron desconocidos de la ciudad. Aunque el rey perdonó la rebelion á los vecinos puso otros wazires y cadíes en ella, así para los Muslimes como para los Cristianos, eligiéndolos de mucha confianza con nuevos ordenamientos y mas rigurosa policía: que la demasiada blandura y tolerancia del gobierno los hacia insolentes.

CAPITULO XLIX.

De la venida de los Magioges á las costas de España.

Entretanto que el rey Muhamad entendia en allanar su tierra y sosegar las alteraciones de ella, los bárbaros Magioges vinieron con sesenta naves á las costas de Andalucía, desembarcaron y corrieron tierra de Raya, Cartama, Málaga y la Raduya, y toda Garbia de Ronda, haciendo en toda esta tierra los estragos de las tempestades. No osaron entrar mucho en lo interior, pero abrasaron los pueblos vecinos al mar, y destruyeron muchos edificios y atalayas que habia en las marinas: robaron la mezquita de Alhadra y la que llamaban de las banderas (1). Envió el rey Muhamad su ca-

(1) Dice Jerif Edris que en Gezira Alhadra habia á la puerta del mar una mezquita llamada Arrayat de las banderas, porque al tiem-

ballería contra ellos, y luego se embarcaron y pasaron á las costas de Africa. Corrieron aquella tierra, y volvieron á invernar á las marinas de España, y cargados de riquezas salieron al mar Océano, y desaparecieron:
860 fue esto año doscientos cuarenta y seis. Los Cristianos estendieron sus algaras hasta las cercanías de Salamanca y de Coria, y vencieron al wali de aquella frontera Zeid ben Casím. Estas nuevas llegaron á Córdoba, y mandó el rey que se aprestase la caballería para hacer entradas en Galicia. Partió el príncipe Almondhir, y en riberas del Duero dividió su hueste en delantera, dos alas, centro de batalla y zaga á lo que llamaban (1) alchamizes: así acometió al ejército de los Cristianos. Guiaba la delantera Muhamad Alcauthir, la batalla principal iba acaudillada del mismo Almondhir: vencieron á los Cristianos con gran matanza de ellos, y los persiguieron, y entraron la tierra y ocuparon las fortalezas que habian tenido los Cristianos, y llegaron hasta Pamplona y los montes de Afranc, haciendo grandes presas de ganados y cautivos. En esta expedicion del año doscientos cuarenta y siete cautivó Almondhir un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortun, y vino á Córdoba, y le dió libertad, y vivió en ella mucho tiempo, que llegó á ciento veinte y seis años de edad.

863 En el año doscientos cuarenta y nueve hicieron entradas los Cristianos de Galicia y los de los montes de Afranc, y robaron los pueblos, y talaron los

po de la conquista juntó allí Taric á consejo las banderas de los Muslimes.

(1) Alchamis significa cinco partes, y simbólicamente mano, y ejército porque se forma de cinco partes: Almocadema, Calb, Almaimana, Almaisara y Assaca, esto es, delantera, centro, ala derecha, ala izquierda y zaga. Jusuf ben Said de Illora declara así esta voz, y en nuestros antiguos libros se hallan los nombres de Alchamizes y Almafallas por huestes ordenadas.

campos, y llevaron cautivos de los Muslimes de la frontera. Mandó el rey Muhamad á los caudillos y walíes de las provincias allegar sus gentes para la santa guerra, y se publicó esta resolucion en todos los alminbares de España, y fueron juntándose las banderas en las capitanías para partir al primer aviso. En el principio del año doscientos y cincuenta falleció en Córdoba el insigne Yahye ben Alhakem, el conocido por Algazali, que habia sido amir del mar de Siria en tiempo del rey Hixem y de su hijo el rey Alhakem, y en tiempo del rey Abderahman fue enviado al rey de los Griegos con embajada, y á los reyes cristianos, y siempre fue muy estimado por su humanidad y discrecion, y por su grande ingenio; y son célebres los versos suyos en que describe una tempestad que padeció en el mar en ocasion de su viaje á Grecia: fue muy sentida su muerte del rey Muhamad; pero ya eran sus dias cumplidos, que pasaron sobre él noventa y cuatro años: habia nacido año ciento cincuenta y seis, en el reinado de Abderahman ben Moavia.

CAPITULO L.

De la guerra en Galicia y orígen del rebelde Hafsun.

Corrió la fama de las entradas muy atrevidas de los de Galicia y de Afranc en las fronteras por toda España y sin dejar de acrecentarse á la mayor distancia, abultando los estragos y talas que padecian los pueblos, el número y calidad de las huestes enemigas, y todas las circunstancias de la invasion. Recibió el rey aviso de los walíes por los forénicos de Mérida, que

decian como el rey de Galicia habia entrado en Lusitania y corrido tierras de Alisbona: que habia robado los pueblos abiertos: que habia quemado á Cintra, y habia llevado grandes presas de cautivos y ganados de aquella tierra. Cuando el rey Muhamad tuvo estas nuevas luego partió con la caballería de Andalucía: se le juntaron las banderas de Mérida, y entró con su ejército en tierras de Galicia hasta Santyac. Los Cristianos se retiraron á sus montes, y se encerraron en fortalezas puestas sobre peñascos. Volvió el rey Muhamad por Zamora, envió su caballería de Mérida por Salamanca, y con la de Córdoba siguió á tierra de Toledo: algunos cuentan esta expedicion en el año doscientos cuarenta y siete, otros en el de cuarenta y nueve, y parece mas cierto. En las fronteras de Afranc se daba en este tiempo principio á una rebelion que vino á ser de mucha importancia. Un hombre de orígen pagano, de oscura y desconocida prosapia, llamado Omar ben Hafs, conocido despues por Aben Hafsun ben Giafar ben Arius: esta generacion le dan algunos, y Muhamad Abdala ben Sebaun el Cairvani dice que sabia sus cosas de los hijos de este rebelde, y con todo eso nada pudo decir de su prosapia: este, cuentan que vivia de su trabajo humilde en Ronda, de la comarca de Raya, pero no contento de su pobre suerte se fue á la ciudad de Torgiela á buscar su vida, y se hizo salteador de caminos con otros compañeros, á quienes por su valor acaudillaba: se resistió á los caxiefes y justicia que los perseguia, y cobró celebridad y muchos compañeros y secuaces. Se encastillaron en Adharwera, castillo allí conocido por Calat-Yabaster, señalado por su inaccesible fortaleza: esta es una de las diversas relaciones
864 que hay en España del principio de su rebelion. En el año doscientos y cincuenta, echado de Andalucía, se pasó con sus bandidos á las fron-

teras de Afranc, y se apoderó de la fortaleza de Rotalyehud, lugar inexpugnable por la aspereza de su situacion sobre peñascos cercados de un rio.

Los Cristianos de los montes de Afranc, viendo la fortuna de las primeras cavalgadas de este bandido, buscaron su amistad, y unidos para la desobediencia y rebelion se confederaron los de Ainsa, Ben Auare y Ben Asque, y corrieron impetuosos, como los rios que bajan de aquellos montes, hasta Barbastar, Wesca y Afraga, levantando los pueblos contra su señor y ofreciéndoles seguridad y amparo contra los walíes de aquella frontera; y al mismo tiempo talaban los campos, y quemaban los pueblos que se resistian á tomar su voz y seguir su bando. Ocuparon varias fortalezas de aquella tierra hasta la comarca de Lérida. El wali de Zaragoza, aunque pudiera haber contenido los progresos de esta rebelion, quejoso de hallarse privado de su gobierno, y esperando al nuevo gobernador, no salió de la ciudad, ni dió órden á los alcaides de la provincia para juntar sus banderas y oponerse á los rebeldes. El alcaide de Lérida, llamado Abdelmelic, siguió el partido de Hafsun, y le dió entrada en su ciudad; y lo mismo hicieron otros alcaides de fortalezas menos considerables. Llegó la osadía de los rebeldes á correr toda la tierra hasta riberas del Ebro. Avisado el rey Muhamad de esta insurreccion escribió á los walíes para levantar un poderoso ejército que acabase de un golpe con aquellos temerarios. Partió el rey de Córdoba con la gente de Andalucía, llegó á Toledo, donde debian unirse las tropas de aquella provincia, y la gente de Murcia y Valencia partió acaudillada de Zeid ben Casim, nieto del rey: el príncipe Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y Lusitania.

CAPITULO LI.

De la perfidia de Hafsun.

Cuando Omar Aben Hafsun vió que se acercaba contra él aquella terrible tempestad, envió sus cartas muy humildes al rey Muhamad, y con fingidas palabras y sumision pérfida protestaba en ellas por cielos y tierra que todos sus pasos eran artificio y disimulo para engañar á los enemigos del Islam: que á su tiempo él volveria sus armas contra los de Afranc, y esperaba que el rey, bien persuadido de sus intentos, despreciando las apariencias, le ayudaria con las gentes de la frontera oriental, ó las de Valencia: que le concediese á lo menos una tregua limitada; y que pudiese disponer de la alcaidía de Wesca ó Barbastar para que con aquella gente diese á los enemigos el golpe que tenia pensado. Tantas protestas y buenas palabras, y las que añadió el astuto enviado, persuadieron al rey Muhamad. Soberano Alá, que cuando tienes determinado en tus ciertos y eternos juicios el trastornar un estado, ó la ruina y calamidad de un pueblo, te agrada el poner la culpa de ello en nuestra ignorancia, y nosotros mismos damos prisa y armas á nuestros enemigos, ó corremos apresurados al precipicio á despeñarnos! Así quisiste deslumbrar al rey Muhamad para que diese crédito á las falsas promesas y fementidas protestas de Aben Hafsun.

Ofreció el rey Muhamad por su parte ayudarle con la gente que acaudillaba Zeid ben Casim; y despues de asegurada la frontera de Afranc, y ocupados los

fuertes que tenian los Cristianos, le prometió el gobierno de Wesca, ó tal vez el de Zaragoza. Luegó mandó el rey que su hueste partiese á Mérida para unirse á la que tenia el príncipe Almondhir en fronteras de Galicia: al wali Zeid ben Casim se encargó la entrada en los montes de Afranc en compañía de Aben Hafsun. Este pérfido caudillo, unido con el alcaide de Lérida Abdelmelic, dispusieron dar muerte al wali Zeid y degollar á los Muslimes que acaudillaba. En los campos de Alcanit se encontraron con los de Aben Hafsün, y camparon cerca de ellos en confianza de aliados: trataron á Zeid ben Casim con honra y muestras de amistad; y aquella noche, cuando los de la hueste de Valencia y Murcia reposaban sin recelo, dieron en ellos los de Hafsun y Abdelmelic, y antes que pudieran ponerse en defensa habian degollado gran parte de ellos, que muy pocos lograron librarse de sus espadas: entre los que murieron defendiéndose de sus alevosos contrarios fue el jóven wali Zeid ben Casim, que espiró peleando animosamente antes de cumplir diez y ocho años. Las tristes reliquias que por fortuna se salvaron con la fuga, vinieron á dar la funesta nueva de esta maldad al rey Muhamad, que indignado al oirla juró la mas sangrienta venganza, y lo mismo juraron todos los caudillos de su guardia y los walíes de Andalucía:
866 fue esta atroz y pérfida matanza de Alcanit el año doscientos cincuenta y dos.

Luego envió el rey sus cartas al príncipe Almondhir refiriéndole la alevosía y engaño de Aben Hafsun, encargándole que procurase tomar cumplida venganza de los pérfidos y rebeldes; y muchos caballeros de Córdoba y Sevilla partieron voluntarios á esta guerra de venganza. Fue este año de doscientos cincuenta y tres de extrema sequía en Africa y en España, y así continuó mas de diez años despues, que muy poco llovia en es-

tas regiones. Falleció en este tiempo el inclito wali Abdelruf ben Abdelsalem, el que fue gobernador de Toledo y de Mérida mas de siete años, era wazir del consejo de estado del rey y de la mayor confianza: su muerte fue muy sentida, y su féretro acompañado de toda la gente de Córdoba: oró por el Bixar ben Abderahman, hermano del rey Muhamad, por estar ausente el hijo de Abdelruf, que estaba en la frontera con el príncipe Almondhir.

CAPITULO LII.

De la entrada de Almondhir en Rotalyehud.

El príncipe Almondhir entró en tierra de Galicia y en los montes de Albortat y Albaskenzes sin hallar resistencia: allí le alcanzaron las cartas de su padre, y luego las mandó leer á toda su hueste que se llenó de justa indignacion: partió con toda su hueste en tres cuerpos á buscar á los rebeldes, que no osaron ofrecerse al encuentro de estos valientes. Llegaron, causando los estragos de las tempestades, á los montes y tierra de Rotalyehud, que era el nido del pérfido Omar ben Hafsun: allí salió contra ellos el intrépido caudillo Abdelmelic, y á pesar de las ventajas de la posicion de su gente fue atropellado con atroz matanza; y los valientes de Andalucía saciaron sus espadas sedientas de sangre. Los que pudieron se fugaron á los ásperos montes, dejando el campo cubierto de cadáveres. Escapó herido con cien esforzados caballeros el caudillo Abdelmelic, y se acogió al fuerte de Rotalyehud. La noche suspendió la matanza, que fue muy

grande. Al dia siguiente mandó Almondhir entrar la fortaleza, que parecia inaccesible por todas partes: pero todo lo venció el valor y denuedo de las tropas y el ardiente deseo de venganza. Entraron por fuerza aquellas escarpadas torres: entre los valientes que las defendieron peleando hasta morir se halló todavía moribundo el caudillo Abdelmelic, que luego fue descabezado; y otros muchos cayeron despeñados huyendo de las espadas vengadoras de la sangre de Zeid ben Casim y los de su hueste. Envió Almondhir á Córdoba la cabeza del infeliz Abdelmelic con la nueva de su victoria, que tambien costó cara á los vencedores, pues muchos perdieron la vida al trepar por las altas peñas de aquella fortaleza. La muerte de este esforzado caudillo, y la entrada en Rotalyehud, intimidó á los rebeldes de los montes de Afranc; y muchos pueblos por no experimentar la saña de los vencedores vinieron á ofrecer su obediencia al príncipe Almondhir: así hicieron los de Lérida, Afraga, Ainsa y Baltania, y otras fortalezas. Omar Aben Hafsun no osó esperar al príncipe vengador, y abandonó la tierra, y se enriscó en los montes de Arbe, aconsejando á sus parciales y secuaces que para evitar su ruina se allanasen á la obediencia del vencedor, que él tornaria muy en breve á protegerlos. Repartió sus tesoros entre sus mas fieles, y huyó de todos para su seguridad, y se perdió en aquellas fragosidades. Allanada la tierra y sometidas aquellas gentes fieras de España oriental tornó Almondhir á Córdoba, y fue recibido en ella con aclamaciones de triunfo: salió toda la gente de la ciudad á recibirle, y el rey Muhamad y los mas principales caballeros salieron á mucha distancia, y el dia de su entrada en Córdoba fue un dia de fiesta y general alegría. Repartió el rey armas, vestidos y caballos á mu-

chos jóvenes que habian hecho en esta ocasion sus primeras armas: hizo wali alardi ó inspector de revistas de tropas á Mansur ben Muhamad ben Abi Bahlul.

CAPITULO LIII.

De las expediciones á Galicia y á los montes.

En el año doscientos cincuenta y cuatro se eclipsó toda la luna desde el principio de la noche hasta el alba con mucha oscuridad: en este mismo año envió el rey Muhamad sus naves para hacer la guerra en las costas de Galicia: encargó esta expedicion al amir del mar walid ben Abdelhamid ben Ganim, y salió la armada con buen viento, y llegó con próspera navegacion á las costas del Guf de España, y estando para desembarcar en aquellas bocas de Nahar Mino sobrevino recia tempestad con encontrados vientos que levantaban olas como montes, y las naves se quebrantaron unas contra otras remolinando con la violencia del viento y el ímpetu de las olas, y otras fueron á estrellarse contra los peñascos de unos islotes, y en la costa brava, en donde pocos se salvaron, y de estos fue el caudillo Abdelhamid ben Ganim. Esta desgracia de la flota de los Muslimes puso grande ánimo á los Cristianos de Galicia, y este año corrieron toda tierra de Lusitania, y ocuparon Salamanca, y cercaron la ciudad de Coria. Las nuevas de estas desventuras llenaron de tristeza á los de Córdoba, y los muy virtuosos y severos miraban estos infaustos acaecimientos como castigos del cielo por la falta de celo y fervor en las prác-

ticas religiosas, y que los Muslimes pensaban mas en vanidades y deleites que en la propagacion del Islam. Otros decian que en el servicio de Dios no conviene buscar atajos ni escusar fatigas, y que por eso aquella expedicion por mar no habia querido Dios que fuese venturosa.

Mandó el rey Muhamad que los walíes de la frontera de Afranc, Ishac ben Ibrahim el Ocaili, y Zaide ben Rustam fuesen á contener los Cristianos de los montes que habian ocupado Medina Pamplona: fueron á correr aquella tierra y pusieron cerco á la ciudad, y ocuparon algunas torres de sus muros, y la tenian muy apretada, cuando viniendo muchas gentes de Afranc fue forzoso á estos caudillos levantar el campo y retirarse á Tutila y riberas del Ebro. Por la parte de Galicia entraron al mismo tiempo los walíes de la frontera y tomaron muchos cautivos y ganados, y retirándose con estas presas, pastoreándolas con mucha confianza y descuido, despreciando el poder de sus enemigos, sin acordarse que muchas veces un débil mosquito punza los ojos al mas bravo leon, fueron acometidos de súbito en unos pasos estrechos en donde la caballería no fue de provecho, y debilitada la hueste por adelantar la presa y cautivos con la delantera, fue atropellada la zaga y padeció gran matanza, y fueron muchos los heridos y muchos los que quedaron cautivos en poder del enemigo. Estas nuevas turbaron la alegría de los Muslimes de Andalucía y consternaron á
868 los defensores de las fronteras. En este año doscientos cincuenta y cinco falleció en Córdoba Yahye el Laithi, docto alfaqui que en su juventud viajó dos veces á Oriente, y fue discípulo del célebre Malic ben Anas, y fue él muy distinguido, que le llamaba el entendimiento de España y el discreto Anda-

luz: fue su casa concurrida de discípulos y de oyentes, que parecia una academia ó escuela pública.

En el principio del año siguiente mandó el rey Muhamad juntar sus gentes de Andalucía y de Mérida, y envió á su hijo Almondhir á tierra de Alaba y montes Albaskenzes, y á castigar al wali de Zaragoza Muza, que no habia querido recibir al gobernador de aquella ciudad, que el rey habia nombrado á Abdelwahib ben Abdelruf: llegó el príncipe Almondhir sobre Zaragoza, y el wali Muza cerró las puertas de la ciudad: detúvose Almondhir delante de ella veinte y cinco dias, y por no perder tiempo pasó á la frontera de Afranc, y corrió y taló la tierra de Alaba tomando ganados y algunos cautivos, y volvió al cerco de Zaragoza. En este año en la noche del sábado, veinte de la luna de safar, pareció en el cielo una gran mancha roja como vivo fuego, que duró desde el principio de la noche hasta el alba, y puso gran espanto en la gente menuda del vulgo, que no viera nunca cosa semejante. Falleció en este tiempo en Córdoba Ibrahim ben Muslema, apellidado Abu Ishac, fue wali del Zoco muchos años, de mucha integridad en sus juicios, nunca recibió dádiva de nadie, y era muy respetado y temido de mercadantes y placeros.

CAPITULO LIV.

De la entrada de Almondhir en Zaragoza, y del rey en Toledo.

870 En el año doscientos cincuenta y siete continuó el príncipe Almondhir la guerra de fron-

tera en España oriental y puso muy apretado cerco á Zaragoza, y durante el sitio falleció el wali Muza, no sin sospecha de haberle ahogado en su cama, y luego la ciudad se entregó al príncipe Almondhir, que envió sus forénicos con esta nueva al rey su padre, que holgó mucho de este acaecimiento. En el mismo año los de Toledo por sugestiones de sediciosos aclamaron por su wali al hijo de Muza, que pocos años antes habia sido privado del gobierno de aquella ciudad: era este Abu Abdala Muhamad ben Lobia caudillo de mucho valor y experiencia en las cosas de la guerra; pero descontento y desafecto al gobierno del rey: tenia secretas inteligencias con los Cristianos, y estos ayudaban á sus intentos y rebeldía. Cuando el rey Muhamad fue avisado del movimiento y alboroto de los de Toledo mandó juntar las gentes de Andalucía, y con la caballería de su guardia se dirigió á tierra de Toledo: los de la ciudad estaban dispuestos á resistir y defenderse con mucha constancia; pero el prudente caudillo no quiso aventurar su seguridad dentro de los muros, recelando con razon de la ligereza y natural inconstancia de la gente popular. Sabiendo cuan numerosa hueste seguia al rey con pretexto de reconocimiento de sus fuerzas se salió de la ciudad, y envió poco despues algunos caballeros para que aconsejasen á los principales que se ofreciesen á la obediencia del rey, pues no tenian fuerzas ni disposicion para resistirle. El populacho y gente baldía quiso despedazar á los enviados de Abu Abdala Muhamad ben Lobia en el furor de su inconsiderada resolucion; pero el consejo y persuasiones de sus principales ciudadanos pudo sosegarlos y calmar sus primeros movimientos. Dispusieron salir á implorar la clemencia de su señor, y lograron que los perdonara. Entre los caudillos habia muchos que proponian al rey que se destruyesen los muros y torreones

de esta ciudad para quitar en adelante la ocasion y confianza que aquellas fortalezas daban á los ánimos inquietos de sus habitantes; pero no quiso Dios que tan buen consejo fuese oido: Muslama Abu Said, hijo del rey y wali de Sidonia, fue quien mas insistió en este pensamiento; pero Hixem Abulwalid, y Alasbag Abulcasim, y Abderahman Abulmotaraf, hijos tambien del rey Muhamad, fueron de contrario parecer, y este prevaleció. Detúvose el rey algunos dias en Toledo, y ordenadas las cosas convenientes á la quietud de la ciudad se volvió á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría. En el año dos-
871 cientos cincuenta y ocho falleció en Murcia, su patria, Abdelgebar ben Muza ben Obeidala el Sameti, lector de Alcoran, hombre de singular erudicion.

Era el rey Muhamad de su natural muy apacible, y se entretenia con mucha familiaridad con los de su casa y servicio: Abdala ben Aasim, su alcatib ó secretario íntimo, á quien distinguia por su buen ingenio, como entrase á la cámara del rey un dia de grandes nubes y tempestad de truenos y relámpagos, halló que estaba el rey Muhamad entretenido con unos niños, y tenia en sus rodillas uno muy lindo y en extremo gracioso, y le dijo el rey: ¿á qué vienes en este dia? ¿qué podemos hacer en él? y respondió Abdala: Señor, dicen las gentes que es bueno estar con niños cuando truena, y yo digo lo mismo:

Bueno es estar con niños cuando retumba el trueno,
De copas y convite el estrépito oyendo:
Que gire a la redonda el escanciano bello
Mientras nubes coronan los árboles del huerto:
¿Ves las ramas engadas del dulce y grato peso,
Que el viento las menea, que brillan en el suelo?

Agradó al rey la ocurrencia y los versos, y mandó

traer dulces y colacion, copas y licor Sahba (1), y que viniesen los músicos y cantores, y durante el convite mandó el rey disimuladamente al esclavillo que tirase las copas á la cabeza de Abdala; y el niño que sabia obedecer á su señor, le tiró las copas, y Abdala alzó la cabeza y evitó el golpe, y dijo al niño: ¡oh linda cara! no seas cruel, que no está bien la crueldad con la hermosura: el cielo hermoso cuando sereno es muy apacible, y ahora su saña nos horroriza y espanta. En el mismo tiempo cayó un rayo (2) con horrisono estruendo sobre la mezquita mayor y sobre la alfombra misma donde Muhamad hacia oracion. El rey aplaudió los versos de su alcatib, y mandó darle una bidra ó bolsa de diez mil adirhames, ó si mas queria el hermoso esclavillo, y prefirió la bolsa á la bonita cara por no darle pena.

CAPITULO LV.

De nuevas entradas en Galicia, y de varios acaecimientos y calamidades.

872 El año doscientos cincuenta y nueve el príncipe Almondhir hizo entrada en tierras de Galicia, y peleó con los Cristianos con varia fortuna, y en el paso del rio de Sahagun, que baja al Duero, tu-

(1) Sahba, nombre de un licor especie de vino claro, invencion para eludir la expresa prohibicion alcoránica del ghamar ó vino rojo.

(2) El arzobispo Don Rodrigo dice en su historia de los Arabes que el rey Muhamad oraba en la mezquita de Córdoba, y cayó un rayo, y mató dos hombres que estaban á su lado.

vieron una sangrienta batalla en que murieron muchos esforzados caballeros de Córdoba y de Sevilla, y muchos de los de Toledo y de Mérida. Los Cristianos padecieron tan atroz matanza, que no pudieron en once dias enterrar sus muertos. Corrió Almondhir aquella frontera, haciendo en ella maravillosos hechos de armas, que la gente de Galicia es la mas brava y aguerrida de los Cristianos, y apenas pasaba dia en que no trabasen muy reñidas escaramuzas: al fin del año volvió á la Lusitania. En el año doscientos y sesenta hubo tan estraña sequía en Arabia, Siria, Egipto, Africa, tierras de Almagreb, y en España, que faltaron los manantiales y fuentes, y los campos no produjeron frutos, y fue general la esterilidad y carestia: moria de hambre la gente pobre, y de esto se siguió pestilencia, que causó horrible mortandad en Occidente, así en Africa como en España. En Arabia quedó Meca, la madre de las ciudades, desierta de sus vecinos, que no se veian en ella sino gentes de paso, y estuvo cerrada la Caaba mucho tiempo. Estas calamidades estorbaron salir en hueste, y en seis años no se hizo sino guerra de frontera por mantenerla.

En el año doscientos sesenta y tres volvió á entrar en Galicia el príncipe Almondhir, y sacó grandes despojos, cautivos y ganados; pero estas ventajas de los Muslimes no se lograban sin graves pérdidas y muchos trabajos. En este año murió peleando en una escaramuza Yahye ben Hegag, muy distinguido caballero por su valor, y célebre por sus viages á Oriente. El pérfido Omar ben Hafsun, que se habia acogido al amparo de los Cristianos de Afranc, les ofreció vasallage y tributos, y poner en su poder los fuertes de la frontera, y con ayuda de ellos ocupó las fortalezas de la orilla del Segre, y ellos le llamaban rey, y les pagaba tributo y vendia las ciudades á los enemigos del Islam. El prín-

cipe Almondhir con la gente de Mérida y de Toledo pasó el año de doscientos sesenta y cinco corriendo toda la frontera de Galicia, puso cerco á Zamora, que habian ocupado los Cristianos, y la tenian muy fortificada y defendida, y la tenia ya muy apurada, cuando tuvo aviso de la venida del rey de Galicia con numerosa hueste para socorrerla, y durante este cerco dicen que hubo un espantoso eclipse de la luna, aunque otros dicen que fue en el año siguiente. Cuando el príncipe Almondhir puso sus Muslimes en batalla para ir contra el rey de Galicia, muchos tímidos y supersticiosos rehusaban la pelea, y á pesar del valor del príncipe y de sus caudillos no fue posible que hicieran su deber y pelearan como buenos, y con gran trabajo de los alcaides lograron retirarlos sin desórden delante de los enemigos, y muchos nobles caballeros murieron á lado de Almondhir por contener el ímpetu de los enemigos. En este año ú en fin del anterior, segun parece cierto, falleció en Tadmir el cadi de aquella provincia Fadl ben Fadl ben Amira, varon respetado de todos por su virtud é integridad, y consultado de los príncipes por su consumada prudencia.

En el año doscientos sesenta y siete, dia jueves, veinte y dos de la luna de jawal, tembló la tierra con tan espantoso ruido y estremecimiento, que cayeron muchos alcázares y magníficos edificios, y otros quedaron muy quebrantados, se hundieron montes, se abrieron peñascos, y la tierra se hundió y tragó pueblos y alturas, el mar se retrajo y apartó de las costas, y desaparecieron islas y escollos en el mar. Las gentes abandonaban los pueblos y huian á los campos, las aves salian de sus nidos, y las fieras espantadas dejaban sus grutas y madrigueras con general turbacion y trastorno: nunca los hombres vieron ni oyeron cosa semejante: se arruinaron muchos pueblos de la costa meridional y

occidental de España. Todas estas cosas influyeron tanto en los ánimos de los hombres, y en especial en la ignorante multitud que no pudo Almondhir persuadirles que eran cosas naturales, aunque poco frecuentes, que no tenian influjo ni relacion con las obras de los hombres ni con sus empresas, sino por su ignorancia y vanos temores, que lo mismo temblaba la tierra para los Muslimes que para los Cristianos, para las fieras que para las inocentes criaturas. De acuerdo con el rey Muhamad concertó Almondhir treguas con el rey de los Cristianos, que envió á Córdoba (1) sus mensageros que fueron acompañados de caballeros muslimes.

CAPITULO LVI.

De la entrada de los de Afranc con Hafsun, y batalla de Aybar.

Omar ben Hafsun receloso de que Almondhir aprovechase la oportunidad de la tregua para pasar contra él, pidió á los de Afranc y de los montes de Albortat que le ayudasen con cuanta gente pudiesen. Los enemigos de Alá se reunieron innumerable muchedumbre, y bajaron de sus montes y corrieron la tierra hasta el Ebro: en Tutila se les opusieron los walíes de Zaragoza y de Wesca que fueron vencidos de esta infinita chusma: avisaron á Córdoba y á los otros walíes de Mérida y de Toledo. Muhamad excitado del peligro de esta impetuosa irrupcion luego se puso en marcha con

(1) En esta ocasion hubo de ser la embajada de Dulcidio, que mencionan nuestros antiguos Cronicones.

toda su caballería, y unida su gente con la del príncipe Almondhir dispusieron sus alchamizes muy bien ordenados, con muy escógida caballería y peones en sus batallas, y fueron á buscar á los Cristianos. Llevaba la delantera Almondhir, y el cuerpo de batalla el rey Muhamad, las alas derecha é izquierda Aben Abdelruf, y Aben Rustam, y la zaga el wali de Sidonia Abu Said, hijo del rey. Avisados los de Afranc de la calidad y número del ejército de Córdoba, temieron venir á batalla, y con forzadas marchas se retiraban á sus tierras; pero para los Muslimes en aquella ocasion lo mismo eran cuestas que llanos: una mañana á la hora del alba descubrió Almondhir el campo de los de Afranc, y se hallaron tan cerca, que no fue posible que rehusaran la batalla. Trabóse ya alto el dia con igual ímpetu y valor, pero no tardaron mucho los Muslimes en desordenar y romper á los de Afranc: la matanza fue atroz este dia, y los campos quedaron cubiertos de cadáveres y regados de sangre. Salió Omar ben Hafsun herido de muerte, el rey de los Cristianos García y sus principales caballeros quedaron muertos en el campo de batalla. Fue este dia (1) glorioso para los Muslimes, y de infausta memoria para los Cristiános de Afranc en el
882 año doscientos sesenta y nueve. Los despojos de armas y riquezas que perdieron los enemigos hartaron la codicia de los soldados muslimes. Luego volvió el rey Muhamad con su caballería á Córdoba, y en todas las ciudades al paso fue recibido con aclamaciones de triunfo y de alegría: el príncipe Almondhir quedó en la frontera hasta el invierno. A la vuelta de esta expedicion hizo el rey Muhamad unos

(1) Fué esta la célebre batalla de Aybar, en que murió peleando contra los Moros el rey de Navarra García Iñiguez, el segundo año de su reinado.

versos que se conservan en la coleccion de Ahmed ben Farag intitulado los huertos, aunque tal vez no los hizo en esta ocasion, sino en otra expedicion cuando era mas mozo, los versos son estos:

Cubro la espada y reposa quando de las lides vengo,
Y la espada del amor no cesa de herir mi pecho:
Vehemente como de cerca está mi pasion de lejos,
Y ahora en la cercanía crece mi amoroso fuego.
Entrando en el pabellon desato azerado peto,
Y de la pasion el nudo da al corazon mas tormento:
¡Oh Córdoba! por ventura voy á tí, ó me vas huyendo!
Tu proximidad esquivas á quién ansia el verte presto.
Riegue tu alcázar la nube, igual benéfico riego
A la Rusafa, y los prados conceda benigno el cielo,
Como con sangre regué del enemigo protervo
Las campiñas que infestaba, y les vino el campo estrecho.
Aun en la atezada noche las cotas resplandecieron
Con muy mas vivas centellas que las estrellas del cielo.
A las tropas fuí cual muro, yo las guiaba al encuentro,
Y mi presencia les daba nuevo impulso á sus azeros.

CAPITULO LVII.

De la declaracion de sucesor del reino en el príncipe Almondhir, y muerte del rey.

El dia que entró el rey Muhamad en Córdoba fue un dia de gran fiesta, toda la gente de la ciudad salió á recibirle: hizo el rey muchas mercedes á los caballeros que le habian acompañado, y regaló preciosas armas, vestidos y caballos. Entrada la estacion de las lluvias se volvió el príncipe Almondhir asegurando y allananando àntes aquella frontera: tomó rehenes de al-

gunas ciudades de España oriental; de cuya fidelidad recelaba mucho. En premio de tantos servicios, considerando que todos miraban á Almondhir como la columna del estado, mandó el rey Muhamad que viniesen á Córdoba los walíes de las principales provincias, los wazires, cadíes y hagibes de su consejo y real casa, y declaró al príncipe Almondhir su hijo sócio del imperio, y futuro sucesor, y todos los walíes y consejeros de estado que estaban presentes, le juraron obediencia y fidelidad sin reserva ni excepciones. Fue esta
833 jura el año doscientos y setenta. En este año dicen que murió de sus heridas Omar ben Hafsun y su hijo Calib ben Hafsun renovó las pretensiones de su padre con los Cristianos de los montes de Afranc, y el natural deseo de venganza animó aquellas gentes, y descendió este rebelde con sus parciales á tierra de Borja desde las montañas de Jaca donde tenian su asilo, hicieron correrías de este lado del Ebro, y le llamaban rey aquellos pueblos. Cuando llegaron estas nuevas á Córdoba el príncipe Almondhir se puso en marcha con la caballería de Toledo, que reunió el caudillo Walid ben Abdelhamid, tomaron el camino de Valencia, porque las algaras de los rebeldes bajaban por toda la ribera del Ebro: cuando entendieron la llegada de Almondhir, que se encaminaban contra ellos, se retiraron á los montes. Detúvose Almondhir en Tortosa, y encargó al wali Abdelhamid la defensa de la frontera y observacion de los rebeldes: peleó con ellos con varia fortuna todo aquel año, y en el siguiente con algunas ventajas, ocupando las fortalezas del Segre y del Cinca y de los rios que bajan al Ebro; pero al paso de Hisna-Jariz habiendo vencido unas taifas de Cristianos acaudilladas por algunos señores de los montes de Afranc, parciales de Aben Hafsun, empeñado inconsideradamente en perseguirlos, dió en una emboscada, y cercada la hueste de los

Muslimes por todas partes en un angosto valle, cayó Abdelhamid lleno de heridas en manos de los enemigos, y como ya le conocian por su valor en aquella frontera los señores de aquella gente, le curaron sus heridas y le trataron con mucha honra. Las reliquias de esta hueste se acogieron á las ciudades de la frontera, y muchos quedaron cautivos entre Cristianos. Cuando Almondhir tuvo nueva de este desman pesóle mucho de la pérdida de muchos buenos caballeros, y envió á tratar de su rescate, y dió por el wali Abdelhamid gran cuantía de doblas de oro, por ser muy conocida su persona en aquella tierra: fue esta batalla en fin del año doscientos setenta y dos.

Los mas grandes acaecimientos como los mas leves; el hundimiento de una montaña como el movimiento y caida de una hoja de sauce, todo procede de la divina voluntad, y como está escrito en la tabla de los eternos hados como y cuando el soberano señor lo quiere, así fue que el rey Muhamad estando sin dolencia alguna, y recreándose en los huertos de su alcázar con sus wazires y familiares, le dijo Haxem ben Abdelaziz ben Chalid, wali de Jaen, ¡cuán feliz condicion la de los reyes! para ellos solos es deliciosa la vida, para los demas hombres no tiene el mundo tantos atractivos: ¡qué jardines tan amenos, qué magníficos alcázares, y en ellos cuantas delicias y recreaciones! pero la muerte tira la cuerda limitada por la mano del hado, y todo lo turba, y acaba el poderoso príncipe como el rústico labriego ú aldeano. Muhamad le respondió: en apariencia la senda de la vida de los reyes parece llena de flores aromáticas; pero en verdad son rosas y con agudas espinas: la muerte de las criaturas es obra de Dios, y principio de bienes inefables para los buenos; y sin ella yo no seria ahora rey de España. Retiróse el rey á su estancia, y se reclinó á descansar, y le salteó el eterno

sueño de la muerte, que roba las delicias del mundo, y ataja y corta los cuidados y vanas esperanzas humanas. Esto fue al anochecer del domingo veinte y nueve
886 de la luna de safar, año doscientos setenta y tres, á los sesenta y cinco años de su edad, ó cerca de ellos, y treinta y cuatro y once meses de su reinado: tuvo en diferentes mugeres cien hijos, y le sobrevivieron treinta y tres: fue de buenas costumbres, amigo de los sabios, honraba á los alimes, hafitzes ó tradicioneros, y fue muy favorecido de este rey el docto Alfaqui Baqui ben Chalad, llamado Abu Abderahman, y lo defendió de sus émulos, cuando lograron que la aljama de Córdoba reprobase sus tradiciones y doctrinas: dícese que dió preferencia á los de Siria sobre los árabes veledies en asientos y conferencias: fue su secretario íntimo su hijo Abdelmelic. Era este rey Muhamad semejante en muchas cosas y prendas de ánimo y cuerpo al califa Abdelmelic ben Meruan. Escribia con elegancia, y hacia buenos versos: construyó en Córdoba unos magníficos baños y abrevaderos. No alteró la fabricacion de las monedas. Fue su féretro acompañado de toda la gente de la ciudad, oró por él su hijo Almondhir; pues aunque estaba ausente en los baños de Almería, que llaman alhuma, cuando la muerte de su padre, vino á tiempo de acompañar su féretro.

CAPITULO LVIII.

Del reinado del rey Almondhir, hijo de Muhamad.

Cuando el príncipe Almondhir recibió la infausta nueva de la muerte de su padre estaba en Alhama de

Almería, y partió al punto á Córdoba, fue aclamado rey el mismo dia que se celebró el entierro de su padre, se hizo por él la chotba en todas las mezquitas, se apellidaba Abu Alhakem; la madre que le parió se llamaba Othul, habia nacido año doscientos veinte y nueve.

Cuenta Isá Ahmed ben Muhamad el Razi, que Almondhir, hijo del rey Muhamad, sucedió á su padre en dia domingo á tres de la luna de rebie primera del año doscientos setenta y tres, en el cuarto dia despues de la muerte de su padre: que él se hallaba haciendo la guerra en confines de Raya, y entró en su alcázar dia primero: que oró por su padre, el cual habia muerto faltando cinco dias de la luna de safar, y se celebró el entierro, y fue jurado Almondhir en parte del domingo y en el lunes siguiente. Era hagib entonces, y lo fue hasta que Almondhir le mandó matar, el wazir Haxem ben Abdelaziz, que era hermano del cadi Aslam ben Abdelaziz y mayor que él: sus antepasados habian sido walíes del califa Otman ben Afan: este Haxem fue muy distinguido del rey Muhamad, hijo de Abderahman, y le hizo wazir y le dió mando de ciudades, y fue wali de la provincia de Jaen, y edificó Medina Ubeda y la mayor parte de los fuertes de aquella comarca: fue hombre muy familiar y estimado de los Meruanes de España, pues reunia él solo las prendas de todos los caballeros de su tiempo, así en valor y gentilezas de caballería como en elegancia de ingenio y erudicion. Tambien logró la estimacion de Almondhir en tiempo de su padre, hasta que se indispuso y enemistó con él, y fue el principio de su desgracia la jura de este rey. Dice que cuando vino Almondhir, sin mas que apearse del caballo y con sus vestidos de camino fue á presentarse á la sala de la jura con el vestido desaliñado y plegado de la silla: cuando entró la

gente se levantó el hagib Haxem con el libro de la jura en sus manos, y comenzó su leyenda, y al llegar á mencionar al rey Muhamad las lágrimas y sollozos trabaron su lengua, que no se entendian sus palabras, y turbado volvió á leer lo que ya habia leido, y lo observó Almondhir, y le miró con ira: Haxem no lo vió y siguió su leyenda hasta el cabo. Los que vieron aquella mirada terrible no dudaron que amenazaba muerte. Cuando fue colocado el féretro del rey Muhamad en su sepulcro se quitó Haxem su capa y su turbante, y entró en su sepulcro y lloró con lastimado llanto, y dijo: ó Muhamad, mi alma sea con la tuya, que por tí me darán á gustar copa mortal. Todo esto fue sabido de Almondhir, y ademas se levantaron contra él Muhamad ben Gehwar y Abdelmelic ben Umeya, y aun se valió Aben Umeya de Saida hermana de Almondhir para lograr la ruina de la casa y familia de Haxem, y no tardaron en conseguirlo, por haberle faltado el favor del rey.

Sabida en las fronteras de España oriental la muerte del rey Muhamad, volvió á salir de sus montes Calib ben Hafsun, y con ayuda de sus parciales allegó numerosa hueste, y entró por las tierras que riega el Ebro, y por sorpresa se apoderó de muchas ciudades de España oriental: juntó allí diez mil caballos, y se le entregó Zaragoza y Wesca, y vino hasta tierra de Toledo, y con secretas inteligencias con los Cristianos de esta ciudad entró en ella, llamándose rey, y derramando tesoros entre la gente pobre de la tierra, para que le aclamasen. Estas novedades dieron mucho cuidado al rey Almondhir, mandó congregar las banderas de Andalucía y de Mérida, envió delante con escogida caballería á Haxem ben Abdelaziz. Llegó este caudillo con presurosas marchas á confines de Toledo: el rebelde Aben Hafsun temió hallarse cercado en una ciu-

dad donde no tenia confianza; y para evitar este riesgo se salió con la flor de su gente, dejando numerosa guarnicion para defender la ciudad: fortificó los castillos del Tajo, y las fortalezas de Uclis y Webde, Alarcon y Conca. Puso Haxem cerco á Toledo con mucho rigor, entretanto Aben Hafsun pidió á sus auxiliares nuevos socorros, y por dar mas tiempo propuso al caudillo Haxem ben Abdelaziz ciertas avenencias, ofreciendo entregar la ciudad de Toledo, y retirarse á España oriental, si se le daban acémilas para conducir los heridos, aprestos y provisiones que tenia en Toledo, sin los cuales no podia volver á sus fronteras sin hacer grandes estorsiones en los pueblos; que habia venido engañado de malos Muslimes, y de los Cristianos de Toledo; que ya estaba desengañado, y sinceramente proponia estas avenencias. Pareció bien esto al caudillo Haxem ben Abdelaziz, y lo avisó al rey Almondhir que ya venia á tierra de Toledo con sus gentes de Andalucía. Recelando que fuesen falsías y artificios de este rebelde, envió á decir al caudillo Haxem que esperaba que fuese cauto y no diese lugar á quedar burlados de este astuto zorro de Hafsun. Aben Abdelaziz estaba tan persuadido de la sinceridad del rebelde, que escribió al rey que estaba dispuesto á otorgar á los de Hafsun lo que pedian, pues poco se aventuraba; que si al llegar las acémilas no entregaban la ciudad, que la combatirian; que si la entregaban era manifiesta la verdad de sus proposiciones; y se evitaba una guerra civil larga, sangrienta y de éxito dudoso. Las acémilas llegaron, salió gran parte de la gente que Hafsun tenia en Toledo, y otra gran parte quedó oculta en la ciudad: tomaron sus acémilas, cargaron enfermos y provisiones, y dejaron en apariencia la ciudad, y la ocuparon algunas tropas de Haxem ben Abdelaziz. Entonces Haxem escribió al rey que ya era dueño de To-

ledo, que los enemigos se volvian á las fronteras de España oriental, y que no sin ventura y especial providencia ya se habia acabado la guerra civil, que podia despedir los alcaides á sus provincias, que por su consejo todo habia salido con felicidad.

Contentaron mucho estas nuevas al rey Almondhir, y despidió sus banderas. Se volvió á Córdoba meditando otras empresas para asegurar sus fronteras de Galicia. Pocos dias despues vino tambien á Córdoba el caudillo Haxem ben Abdelaziz muy ageno de la perfidia de Calib Aben Hafsun. Este rebelde cuando tuvo noticia de la partida de la gente de Córdoba y de la proximidad de sus auxiliares, hizo degollar á los conductores de las acémilas, sin que se librara un hombre: envió una taifa de caballería para entrar en Toledo, por las inteligencias que allí tenia, aseguró los fuertes del Tajo, y corrió libremente toda la tierra. Llegó aviso de esto á Córdoba, el rey Almondhir se llenó de indignacion y saña , y mandó llamar á su presencia al wali Haxem ben Abdelaziz.

Cuenta Izá Ahmed ben Muhamad el Razi en la historia de los hagibes de España, que el dia que le prendieron salia Haxem de su casa, y con él Omar su hijo, que antes de salir encontraron al enviado que llevaba las cartas en su mano, y las tomó Haxem y las leyó, y habia entonces en el patio de su casa gentes de Libla que venian á saludar al hijo de su hermano, que era gobernador de su tierra, y que se acercaron á Haxem á saludarle, y el mancebo del mensage les dijo: os engañais que no es este, y que Haxem salió sin decirles nada. Cabalgó en un caballo rojo, vivo como un rayo, y al llegar á la puerta de Dos-huertos el caballo saltó y le arrojó de la silla, y quedó sin color mucho tiempo. Cuando los circunstantes vieron que no le volvian á su casa, todos conocieron que iba preso, y no se vió

dia de mas llanto en Córdoba que este, y puede afirmarse que no hubo casa en la ciudad en que no se llorase la prision y muerte de Haxem, que su bondad habia sido para grandes y pequeños. Salió á la hora del alba del dia en que le mataron, que fue domingo, cuatro dias por andar de la luna jawal del año doscientos setenta y tres. Cuando entró á la presencia de Almondhir le dijo muy airado: tú fuiste quien me aconsejó, tú quien ayudó á la perfidia del rebelde, tú morirás hoy para que otros aprendan á ser prudentes y cautos: y olvidando sus buenos servicios y sanas intenciones le
886 mandó descabezar al anochecer del dia veinte y seis de jawal del año doscientos setenta y tres, y así se hizo en el patio del alcázar: envolvieron su cuerpo y cabeza en sus vestidos, y lo enviaron á sus gentes: fue sentida esta muerte de todos los caballeros y caudillos, porque Haxem ben Abdelaziz era de los leales y nobles wazires de España, y habia siempre merecido la honra y estimacion de los buenos. Se dice que estuvo preso en una torre del alcázar de la Rusafa algunos dias antes de darle muerte, y que entonces escribió á su muger estos versos.

El visitarte me impiden
con torres y herradas puertas
Agha, no te maravilles,
nací con infausta estrella:
No es estraño que fortuna
instable gire su rueda;
Con voz no confusa el alma
me anuncia desgracia cierta,
Y sobre brasas del hado
me dan la vuelta postrera.
Dejé el camino derecho,
seguí peligrosa senda:
Muchos dicen que me salve,
que con la fuga pudiera,
Que hay efujio y retirada
de su furor en la tierra:
Yo respondo que la fuga
es de almas tímidas seña,
Y la mia si no es grande
de ser muy noble se precia.
Si lo quiere Dios del cielo,
y ha de ser mi suerte aviesa,
De los decretos de Dios,
¡qué efugio al hombre le queda!
El que de mi suerte ahora
se complace y se recrea,
Yo espero que de mi copa
hasta las heces se beba.

Asimismo mandó el rey que los dos hijos de Haxem, llamados Omar y Ahmed, que eran walíes en Jaen y en Ubeda, quedasen presos en una torre, y les confiscó sus bienes. Dió el rey órden á los alcaides de Andalucía y de Mérida para juntar sus banderas, y que le siguiesen á Toledo: y al otro dia partió con la gente de su guardia, llevando en su compañía á su hermano Abdala, que era el mas esforzado y sabio de todos los hijos del rey Muhamad.

CAPITULO LIX.

De la muerte del rey en batalla.

Cuando llegó Almondhir á tierra de Toledo no osaron los de Aben Hafsun salir á su encuentro, y se encerraron unos en la ciudad y otros en los fuertes de toda la provincia. Dejó el rey á su hermano Abdala en el cerco de Toledo, y con un campo volante de caballería partió á perseguir á los rebeldes y sus auxiliares. Peleó con varia fortuna con ellos en diferentes combates: por lo comun vencia y atropellaba las compañías de campeadores que osaban pelear con él, logró echarlos de varios fuertes que ocupaban, quemó algunas poblaciones en que se encastillaban los Cristianos, y así se mantuvo mas de un año la guerra, que apenas pasaba dia sin escaramuza ó reencuentro de mas ó menos importancia. Al principio del año doscientos setenta y cinco corriendo Almondhir la tierra y deseando venir á batalla campal con su enemigo Hafsun,

y evitando este con arte el encontrarse con él, temeroso de su ardiente y impetuoso valor, hasta que un dia en cercanías de Hisn Webde descubrieron sus campeadores una numerosa hueste de los rebeldes, que estaban delante de la altura de aquella fortaleza, avisaron al rey, y sin mirar el excesivo número de los contrarios animó á sus caballeros, y al frente de ellos, como acostumbraba, acometió á los enemigos, despreciando el número y la ventaja del sitio que tenian, y rompió á los de Hafsun, y llegó peleando como un bravo leon hasta las banderas: allí las numerosas tropas de Hafsun ciñeron á los caballeros de Andalucía, y por desgracia el rey Almondhir cayó pasado de infinitas lanzas, los caballeros que le acompañaban pelearon con heróico valor hasta que todos ellos tuvieron la misma suerte que el rey, y cayeron sobre montones de cadáveres. Corrió la voz de la muerte del amir, y los de Hafsun creyeron que habia sido su caudillo, y sin poderlos contener él mismo, huyeron del campo de batalla, los de Córdoba por su corto número, y porque estaban sin quien los guiara, no siguieron á sus contrarios, y porque sobrevino la noche, y en ella supieron la desgracia de aquella infausta victoria. Así acabó este valeroso rey en el segundo año de su reinado, que prometia ser de los mas gloriosos de los Omeyas de España: fue el tiempo que reinó un año (1), once meses
888 y veinte y cinco dias; y fue su muerte en fin de la luna de safar del año doscientos setenta y cinco.

Cuando llegó la nueva de la infausta muerte del rey Almondhir al campo delante de Toledo fue general el sentimiento: todos los valientes Muslimes que estaban en aquel cerco habian seguido sus banderas, y habian

(1) Edobi dice que reinó dos años menos quince dias.

sido testigos de sus hazañas, y le habian visto muchas veces desde su primera juventud sufrir las fatigas de la guerra con alegría, con valor y constancia inalterable: en ningun peligro ni ocasion se vió mudado su semblante: era en extremo frugal: en sus vestidos, armas y mantenimiento no se diferenciaba de los otros caudillos inferiores: su pabellon no era mas grande ni precioso, y solo se distinguia por la bandera de los de otros walíes. Su hermano Abdala que mandaba el cerco dió sus órdenes á los walíes para continuarle, y partió del campo acompañado de la caballería de su guardia, y se fue á Córdoba.

CAPITULO LX.

Del reinado del rey Abdala, hijo de Muhamad.

Cuando vino á Córdoba la nueva de la desgraciada muerte del rey Almondhir toda la ciudad se vistió de luto, porque era de todos muy amado, y tenian grandes esperanzas en su valor y prudencia. Se juntó el mexuar ó consejo de estado, y en el mismo dia llegó á Córdoba el príncipe Abdala, hijo del rey Muhamad: se presentó al consejo, y todos se levantaron en su presencia, y le aclamaron rey, y le juraron fidelidad y obediencia sin reservas ni condiciones. Dió luego órden para traer el cuerpo del rey Almondhir su hermano á Córdoba, donde se le hiciese su entierro como correspondia, y encargó esta diligencia á su hermano Jacub, el llamado Abu.Cosa, y á dos wazires de su guardia: muchos principales caballeros de Córdoba se ofrecieron voluntarios para acompañar al príncipe Ja-

cub ben Muhamad. Era Abdala de hermoso semblante, blanco de color sonrosado, de ojos azules, grandes y bellos, de mediana estatura y buenas proporciones, animoso y prudente, de mucha erudicion y buen ingenio: habia nacido el año doscientos y treinta: la madre que le parió se llamaba Athara, á la que amaba y respetaba en extremo. Por congraciarse con el pueblo puso en libertad á los dos hijos de Haxem ben Abdelaziz, y al célebre y erudito maestro de ellos Gebir ben Gaith de Libla, y les mandó restituir sus bienes: á Omar dió el gobierno de Jaen, que habia tenido su padre, y á Ahmed hizo capitan de caballería de su guardia. Esta gracia y generosidad insigne del rey Abdala fue muy acepta al pueblo, y aplaudida de todos los principales, próceres, walíes y caudillos del reino: fue tanto mas notable esta gracia del rey por cuanto los habia mandado clavar en palos el rey Almondhir el dia de la batalla en que murió: solamente desagradó á los príncipes de la casa real, y entre ellos á su propio hijo el príncipe Muhamad, wali de Sevilla, que por rivalidades y competencias de mocedad y galanterías estaban enemistados.

Poco tiempo antes habia venido de Africa á España desde Mersa Honain un almoedan (1) de tierra de Telencen, hombre impostor que se decia profeta, y declaraba las sentencias del Alcoran á su antojo, dando mucha licencia de costumbres, y alterando las recibidas prácticas de las cinco azalaes ú oraciones diarias, sin alwados, labatorios y purificaciones, y otras novedades. Luego fue acusado como sandic ó impío por

(1) Almoedan llaman al munidor que desde lo alto del alminar ó torre de la mezquita pregona y avisa al pueblo las cinco horas de sus azalaes ú oraciones: estas son al alba, al medio dia, á media tarde, á la puesta del sol y al anochecer; y son sus nombres, Asohbi, Adohar, Alasar, Almagrib y Alatema.

sus extrañas opiniones: el rey Abdala mandó examinar sus doctrinas y conducta, y lo mandó poner en prision. En vista de las acusaciones y pruebas alegadas contra este almoedan consultó el rey á los alfaquíes y cadíes, y en especial al docto Baqui ben Machlad, célebre por su sabiduría y por su loable vida; y con el consejo de estos sabios le mandó clavar en un palo. En fin de este año doscientos setenta y cinco falleció en Zaragoza el cadi de su aljama Abdala ben Abi Ñaaman, hombre muy docto y de suma integridad; y en Córdoba Abes ben Firnas, llamado Abulcasim, elegante alchatib ó predicador, y buen poeta, muy estimado de los príncipes.

CAPITULO LXI.

De la guerra de los príncipes, y del rebelde Aben Hafsun.

Dispuso el rey Abdala su partida á tierra de Toledo contra el rebelde Aben Hafsun, y cuando toda la caballería estaba en Córdoba para acompañarle vinieron los forénicos de Sevilla con avisos de haberse unido los príncipes Alcasim, Alasbag y Muhamad con los alcaides de Elisena y Astaba, y los de Elbira y Raya y Serranías de Ronda: que los wazires fieles y gran parte de los ciudadanos resistian sus órdenes de hacer la guerra contra los de Jaen y de toda su comarca. Sintió mucho el rey Abdala estas novedades y desavenencias, y recelando que su hijo Muhamad inquietase con sus parcialidades toda la tierra de Jerez y Sidonia, porque los walíes de estas ciudades eran sus tios, y habian siempre favorecido sus pretensiones, envió á su hijo

Aderahman, llamado despues Almudafar (1), para que con persuasiones hiciese por desenojar á su hermano mayor Muhamad, creyendo que su prudencia y buenas razones sosegarian aquel ánimo inquieto y soberbio. Luego partió Abderahman á tierra de Sevilla para hablar de paz á su hermano. El mismo dia llegaron avisos de Mérida que referian que el wali de Alisbona habia salido en cabalgada contra los walíes de Lamico, Alfandica y Alfereda, que mantenian la frontera del Duero. Envió el rey á sosegar estas desavenencias y castigar al wali de Alisbona al wazir Abu Otman Obeidala ben Muhamad ben Algamri ben Abi Abda, ayo que habia sido de su hijo Abderahman Almudafar: y para sorprender á estos walíes tomó las naves que estaban en Welba y Oksonoba.

Partió el rey Abdala al cerco de Toledo, y antes de llegar á esta ciudad le avisaron que el cadi de Mérida Suleiman ben Anis ben Albaga se alzó en aquella ciudad contra el wali de ella, y le echó de la ciudad con grande inquietud y alboroto del pueblo. Sin dilacion pasó el rey Abdala con su caballería de guardia y entró en Mérida, cuando nadie le esperaba: el cadi sorprendido se vino á los pies del rey, y puso su cabeza sobre la tierra, y el rey, movido de su natural clemencia, le perdonó y le mandó encarcelar, y pocos dias despues, atendiendo á su poca edad, á su buen ingenio y á los méritos y buenos servicios de su padre, le puso en libertad; y con el tiempo le hizo wazir, y llegó á ser de los mas ricos vecinos de Córdoba. Continuó el rey su expedicion á tierra de Toledo y el rebelde Aben Hafsun no se habia descuidado en fomentar por sus parciales las discordias de Andalucía. En

(1) Algunos historiadores le llaman Almutaraf, que significa victorioso, triunfante; y la misma significacion tiene el nombre Almudafar.

tanto que el rey combatia á los de Toledo, y hacia la guerra en sus comarcas á los de Aben Hafsun, algunos sediciosos quisieron alborotar la ciudad de Córdoba; pero los caudillos que estaban en ella, y la diligencia de Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira, que estaba encargado de la prefectura de la policía, impidieron que el pueblo se mezclase en la conmocion; y presos los autores de ella fueron puestos en palos para castigo y escarmiento. Deseando Abdala extinguir el fuego en su orígen reunió su gente y fue á buscar al rebelde, que con movimientos y estratagemas evitaba el venir á batalla: en las orillas del Tajo en unas llanuras logró alcanzar la caballería de Córdoba á la de Hafsun, y pelearon los Andaluces con tanto valor que vencieron y pusieron en desordenada fuga á los de España oriental, aunque pelearon con mucha constancia. La noche suspendió el alcance, y muchos se ahogaron en el rio por huir de los que los perseguian. Pocos dias pasaban sin trabarse reñidas escaramuzas: no queria el rey Abdala detenerse en los fuertes que ocupaban los que seguian la rebelion de Aben Hafsun y así las provisiones y acémilas seguian siempre el campo del rey. Empeñada una sangrienta pelea quedaron las recuas y acémilas de provisiones en un valle cerca del Tajo, y mientras la caballería peleaba, unas taifas de caballería del rebelde sorprendieron las tiendas y recuas, y las tomaron, y huyeron con ellas al fuerte de Zurita, en la misma ribera del Tajo. Acabada la pelea las gentes del rey Abdala se hallaron sin provisiones, y fue forzoso mudar de plan para tener á su disposicion los fuertes. Recobró en pocos dias los de Uclis y Webde, y como el de Puli se obstinase con temeraria resistencia fue entrado por fuerza, y los defensores todos fueron degollados. Entró en otros de la provincia con mucha facilidad; y contento de estas ven-

tajas volvió al cerco de Toledo. Allí estaba la gente mas práctica en el ejercicio de las armas, y mas resuelta á mantenerse en aquella fortaleza.

CAPITULO LXII.

De la continuacion de los bandos y guerra civil.

Pocos dias despues recibió el rey Abdala avisos de su hijo Abderahman en que le comunicaba que su hermano mayor Muhamad no habia querido entrar en negociacion ni avenencia con él, ni le habia permitido entrar en Sevilla, ni contestar á sus cartas y persuasiones: que incitado de muchos revoltosos que se le habian juntado, recelaba que intentarian hostilidades contra Córdoba: que sus parciales ya tenian conmovida la tierra de Jaen; y así le parecia que dejase encargado el cerco de Toledo á sus caudillos, y se viniese luego á Córdoba: que esto le parecia conveniente, y allí concertarian el plan que deberia seguir para reducir por fuerza á sus hermanos á la obediencia de su padre y señor. Estas cartas dieron mucho cuidado al rey Abdala, y ordenando lo conveniente para continuar el cerco de Toledo, se vino con mucha diligencia á Córdoba. Entró en la ciudad sin dar parte de su venida, y así no fue recibido ni aclamado del pueblo. Concertó con su hijo Abderahman Almudafar la guerra que debia hacer á su hijo hasta echarle de Sevilla, prenderle y asegurar la tierra, castigando á los rebeldes que la inquietaban é infestaban. En este mismo tiempo llegaron nuevas de la Lusitania, y expedicion contra el wali de Alisbona, que fue muy venturosa por

el valor y prudencia del wazir Abu Otman Obeidala el Gamri: el cual se apoderó del wali de Alisbona, y le cortó la cabeza: sosegó las desavenencias de aquellos alcaides: prendió á los de Jilbe, Biseo y Colimria, que habian sido del bando del desgraciado Abdelwahib de Alisbona, y envió sus cabezas á Córdoba.

Ufano el rebelde Hafsun sabiendo las inquietudes de Andalucía, envió á tierra de Jaen á Obeidala ben Umia, que se apellidaba Asalat; este astuto caudillo, unido con Suar ben Hamdum el Caisi, que tenia siete mil hombres, se apoderaron de las alturas de Somontan, en tierra de Jaen, y lograron entrar en Cazlona, y en otras fortalezas en las Albureghalas ó Alpujarras; toda esta gente vivia de robos y desolacion: se unieron con ellos los secuaces de Yahye ben Suquela, amir de alárabes, y la faccion de los Maulidines, muy poderosa por sus riquezas, tenian á sueldo Arabes y Cristianos como seis mil hombres. De órden del rey fue contra ellos Ghaad ben Abdelgafir, wali de tierra de Jaen, encontráronse ambas huestes y trabaron sangrienta batalla, en que fue vencido Ghaad con pérdida de siete mil hombres, y el cayó en manos de los rebeldes con otros principales caudillos de su hueste, y los llevaron presos á las fortalezas nuevas de Garnata, al poniente de Medina Elbira. Con estas ventajas se estendieron los rebeldes por toda la provincia, y ocuparon Huescar, Jaen, Raya, Archidona y toda tierra de Elbira
889 hasta Calatraba: fue esta desgraciada batalla en fin del año doscientos setenta y seis. Cuando el rey Abdala supo estos desgraciados sucesos juró no volver á Córdoba hasta deshacer estas taifas de bandidos.

Allegó el rey la gente de Andalucía y la caballería de su guardia: encargó los peones y ballesteros á Abderahman ben Badr Admed, caudillo muy práctico en

aquellas sierras de Ronda y Alpujarras. Entró esta hueste por tierra de Jaen, y les salió al encuentro con sus bandidos el caudillo rebelde Suar ben Hamdum, las gentes del rey vencieron y pusieron en desordenada fuga á los rebeldes, y en la batalla cayó herido el caudillo Suar, y no pudo librarse entre los suyos, que en el alcance fue conocido y preso: traido á la presencia del rey Abdala luego mandó cortarle la cabeza, y la envió á Córdoba con la noticia de esta victoria: ocupó el rey la ciudad de Jaen y la de Loja, y las mandó
890 fortificar: esto en principio del año doscientos setenta y siete. Cuenta Hayan que murieron en esta batalla doce mil hombres, y que se llamó la batalla de Medina Elbira: murió en ella el amir ben Suquela.

Said ben Suleiman ben Gudi, que andaba con los de Jezid ben Yahye ben Suquela, amir de los Arabes bandidos: describió estas batallas: en la de Jaen elogia al caudillo Suar ben Hamdum el Caisi en estos versos.

Ya de la arrancada el polvo   su hueste de pavor llena,
Todo el cielo se oscurece,   que densa nube se eleva:
Al encuentro de las lanzas   tímidos la espalda muestran,
Se abrevan en sus raudales   que iban de sangre sedientas,
Con lluvia de sangre apagan   la confusa polvareda:
Ellos atónitos huyen,   la tierra les viene estrecha,
Pálidos y sin aliento   luego vienen en cadena.
Pregunta á Suar te dirá   de la encendida pelea,
Si las indicas espadas   cercenaban las cabezas,
Despojando á los turbantes   de bandas y cintas bellas.
A Beni Alhamra pregunta   cuando su tiempo les llega,
Si chocaron como montes   de altas cumbres descompuestas:
Allí acabó Dios la gente   que dejó nuestras banderas,
Y sobre ella volteó   de la batalla la muela
Con ímpetu arrebatado   que ninguno dellos queda.
A sin razon nos combaten   con viles estratagemas,
Y caballos y peones   sus máquinas desordenan.
De Adnan y Cahtan los hijos   se traban, luchan y estrechan,

Leones los acaudillan, rabiosos ansian la presa:
Presas de batallas buscan, gloria sin baldon anhelan.
El mejor Cais los conduce, su espada sangre destella,
Y entre las huestes camina á la altura mas excelsa.

El mismo hizo estos versos á la muerte de Suar en la batalla de Elbira.

De Suar se quebró la espada en esa de sierra Elbira,
La espada que á las hermosas de tristes lutos vestía,
La que de mortales ansias daba copas repetidas,
Y de una misma brindaba á gente noble y baldia.
Por solo Suar mil maté, que él solo por mil valía,
Por uno nuestro mil dellos es barata mercancía,
Lícito fué matar mas por igualar la partida.
Nuestras sedientas espadas en sus gargantas bebían;
Y sus fuegos apagaron en el raudal que corría.
Si nuestras valientes lanzas fortuna contraria humilla,
Tambien la columna dellos ó viene al suelo ú vacila.
Consuelo de Abi Sidqui, dos siervos de poca estima,
Sangre dellos no (1) colora como vil sangre vertida:
La nuestra se vengará aunque en la poza caia.

Los rebeldes, despues de la muerte de Suar, nombraron por su caudillo á un Siro, originario de Quinsarina, llamado Said ben Gudi (2): este mas valiente y osado que discreto, confiando en el valor de sus aguerridas gentes, descendió á las vegas y llanuras de los campos de Garnata y de Loja. Las tropas del rey Abdala aprovecharon aquella ocasion, y con mucha reso-

(1) Quiere decir que no pide venganza su sangre: por una antigua vana observancia pensaban los Arabes que la sangre del hombre vertida violentamente, y no vengada, aparecia fresca, rociada y como renovada: á esto llaman ellos Tollat, que expresa que la sangre como que se rocía, y renovando su vivo color, pide venganza. La poza, en el último verso, alude al sitio de la batalla, Elbira es poza en arábigo, ignorando el poeta que se llamó así de Illiberi.

(2) Era este caudillo hermano de otro caballero de quien se conservan versos que describen las batallas de Jaen y Elbira.

lucion y confianza acometieron á los bandidos, que fueron desbaratados, y seguidos de la caballería padecieron atroz matanza: el campo quedó lleno de cadáveres, y la victoria de las tropas de Abdala fue completa: el caudillo de los rebeldes cayó en manos de los soldados muy herido, y despues de haber alanceado y muerto á muchos de ellos: lo presentaron al rey, que lo mandó matar, y antes le quemaron los ojos, y al tercero dia le cortaron la cabeza, que envió el rey á Córdoba con la nueva de esta batalla. Las reliquias del vencido ejército de los bandidos se juntaron en Elbira, y nombraron por su caudillo á un hombre ilustre y esforzado que se llamaba Muhamad ben Adheba ben Abdelatif el Hamdani, de orígen Persa, señor de Hisn Alhama, menos temerario que su antecesor, se acogió á las asperezas y fragosidades de aquellas sierras, y evitó con prudencia el encuentro de las tropas del rey Abdala. Al mismo tiempo el caudillo del rey Ishac ben Ibrahim el Ocaili, capitan de caballería, tan esforzado como elocuente, y que con su voz y ejemplo solia animar á sus tropas, peleó con varia fortuna contra las gentes de Aben Hafsun, y logró echarlos de algunos fuertes que ocupaban, y se apoderó de la ciudad y fortaleza de Montixon, las reparó de sus ruinas, y las defendió largo tiempo contra las tentativas de los rebeldes; y conservó aquella tierra hasta el tiempo del rey Anasir Abderahman.

El wali Abderahman ben Badr aconsejó al rey Abdala que volviese á Córdoba para dar calor á la guerra de Toledo, y apaciguar las inquietudes de las comarcas de Sevilla, pues aquellos bandidos y gente perdida no debian detener al rey ni á sus caballeros. Siguió el rey este consejo, y dejó allí la gente que pareció bastante para perseguir á los salteadores y malandrines que andaban á monte. El caudillo de los rebeldes Abdala ben

Asaliat, viendo esparcidas y mal paradas las taifas de la sierra, se pasó con su gente á Wescar con Aben Hafsun, y permaneció mucho tiempo en servicio de este rebelde. Por otra parte el príncipe Abderahman Almudafar peleaba con varia suerte contra los rebeldes de Sidonia, Jerez y Astaba. Salió contra él su hermano Muhamad con muy escogida caballería, y andaban en su campo sus hermanos y tios con todas sus gentes. El caudillo Ibrahim ben Hegag el Lahmi con quinientos caballos guardaba la comarca de Sevilla, y en esta ciudad dió muerte á Coreib ben Otman ben Chaledun, y y un hermano suyo, porque se oponian á la rebelion, y persuadian la obediencia y fidelidad que debian á su rey Abdala. Asimismo ocupó la ciudad de Carmona sorprendiendo á otro hermano de Coreib. Los parciales de este caudillo rebelde escribian y vituperaban á los caballeros de Córdoba y á todos los leales al rey, y solo fue loado de ellos Bedr el Wasif, familiar íntimo del rey Abdala, y era tal su mordacidad que no perdonaba ni al mismo Ibrahim que los protegia y fomentaba, y se valia de sus escritos: eran estos Abu Omar ben Abdrabihi, y Muhamad ben Yahye el Calfat, hombre de tanto inengio como malignidad.

CAPITULO LXIII.

De la victoria de Almudafar, y prision de los príncipes Muhamad y Alcasim.

Luego que el rey llegó á Córdoba envió su caballería á su hijo Abderahman Almudafar, y con este oportuno refuerzo se dispuso á buscar á los príncipes rebeldes.

Entró en Carmona y en Sevilla, aseguró aquellas ciudades, y siguió la hueste de su hermano. Encontráronse los campeadores de ambas partes, y trabaron una reñida escaramuza: peleaban en ella los mas nobles y esforzados caballeros de Andalucía, los de Jerez, Arcos y Sidonia contra los de Córdoba, Ezija, Carmona y Sevilla: el empeño y valor de los caballeros hizo que la pelea fuese jeneral, y acometiéndose con todas sus gentes la batalla fue muy sangrienta: murieron muchos de ambas partes, y los de Almudafar no quisieron que se desmintiese aquel dia el glorioso nombre de su caudillo: vencieron y derrotaron á los del príncipe Muhamad á pesar del heróico valor de este y de sus caballeros y de toda su gente: muchos alcaides murieron peleando: el príncipe Muhamad despues de haber hecho prodigios de valor se le cayó muerto el caballo, y él mismo tan lleno de heridas que no pudo moverse, y le llevaron á presencia de su hermano Abderahman Almudafar, que le mandó curar y tener á buen recaudo: lo mismo avino al príncipe Alcasim, hermano del rey Abdala, que cubierto de heridas fue preso y presentado á su sobrino Almudafar, que mandó curarle y guardarle con el mayor cuidado. Pasó despues á Sevilla, y calmaron los bandos que habia en ella con el suceso de esta batalla. Envió el príncipe Abderahman sus cartas al rey dándole cuenta del éxito de esta cruel batalla, y de la prision de su hermano Muhamad y de su tio Alcasim, que estaban muy heridos. La noticia fue agradable por ver el término de esta guerra civil, pero muy sensible por la desgracia y pérdida de tantos nobles muslimes. El príncipe Muhamad murió en su prision; algunos dicen que de ponzoña que le hizo dar su hermano Abderahman, y de órden de su padre dicen otros, que no es mas creible; otros cuentan que murió de sus graves heridas y de abatimiento de ánimo, que es lo mas cier-

895 to: murió dia diez de jawal del año doscientos ochenta y dos: tenia entonces este desgraciado príncipe veinte y ocho años. Dejó un hijo de cuatro años llamado Abderahman, que Dios guardaba para grandes cosas, como despues verémos. En la corte se le llamaba á este niño el hijo de Muhamad el Mactul ó asesinado, porque la opinion maligna del pueblo era que su padre no habia muerto de su muerte natural.

En este mismo año doscientos ochenta y dos por resentimientos y rivalidades se enemistaron el caudillo y wazir Abdelmelic ben Abdala, y el wali Omar hijo de Haxem ben Abdelaziz, y salieron al campo en desafio, y Abdelmelic mató á Omar ben Haxem: pocos dias despues Almutaraf hijo del rey Muhamad, príncipe de la juventud por sus nobles prendas, mató á dos millas de Sevilla al wali Abdelmelic, y dió el príncipe el gobierno de Abdelmelic á Ahmed hijo de Haxem ben Abdelaziz, hermano de Omar, cuya muerte vengó. El rey Abdala dió á Meruan, hijo de Abdelmelic, el cargo de alcatib, que habia desempeñado su padre muy á su satisfaccion. En ramazan de este mismo año mataron violentamente en una calle de noche al príncipe Almutaraf, que tenia veinte y cuatro años, hubo sospechas contra Meruan, por indicios de desafio, y fue preso por ellas, y permaneció encarcelado hasta el año doscientos ochenta y cuatro que murió en sus prisiones.

En el año doscientos ochenta y tres en la luna de giumada postrera falleció en Córdoba el wazir Temam ben Amri de los Alcamas, á los noventa y seis años de su edad, fue wazir del rey Muhamad y de sus hijos Almondhir y Abdala, escribió en verso la conquista de España, con los hechos de sus walies y reyes, y referencia de sus guerras, desde la entrada de Taric ben Zeyad hasta los últimos años del rey Abderahman ben Alhakem: habia nacido año ciento y noventa y cuatro.

Said ben Suleiman ben Gudi, de antigua y noble familia de Quinserina, anduvo algun tiempo en el bando de los Maulidines, fue muy buen caballero, y se decia de él que tenia las diez prendas que distinguen á los nobles y generosos, que consisten en bondad, valentía, caballería, gentileza, poesía, bien hablar, fuerza, destreza en la lanza, en la espada y en el tirar del arco. Como en aquel tiempo hubiese desafiado á Calib ben Hafsun, este no salió al desafió: despues se encontraron en el campo, y Said le acometió, y le hizo perder la silla y cayó de su caballo, y le hubiera muerto Said si no le hubieran librado los suyos. Por esta enemistad se vino á la obediencia y servicio del rey Abdala, que le dió mando en la Cora de Elbira, y allí le mataron con alevosía algunos de sus compañeros en la luna dilcada del año doscientos ochenta y cuatro. Se decia que fue la causa de su muerte el haber hecho unos versos ofensivos á los Meruanes, que principian:

O hijos de Meruan, célebres en retiradas!
Si no son vuestros caballos tan sueltos en las batallas,
Pero sus pies en la fuga nunca estuvieron con trabas:
Sois las estrellas brillantes del val de Wadilcasaba;
Dejad los carmenes bellos, los alcázares y casas,
Porque mas les pertenecen á bravos de Beni Alarab.

El Asedi poeta de los Arabes de Elbira hizo estos versos á su sepulcro:

Dó yace el que alimentaba á los pobres desvalidos,
Y fue su sombra en verano, y en el invierno su abrigo!
Breves céspedes le ocultan, pero céspedes floridos,
Que siempre le cubran rosas, y esté su jazmin sombrío:
Desde que da el campo flores, hoja el bosque y agua el rio,
Ni desde que luce el sol hombres ni Génios han visto
Otro que mas noble fuese que el Said aquí escondido:
O lágrimas de mis ojos, regad la senda de mirtos,

El año doscientos ochenta y cinco fue de gran esterilidad y carestía, y hubo hambre general en España y Africa, que los pobres se comian unos á otros: se siguió la peste, y fue tanta la mortandad que se enterraban muchos en cada sepultura, que no habia quien las hiciese, y los mismos hombres ya moribundos se iban á los cementerios, y los enterraban sin lavar los cadáveres y sin oraciones.

CAPITULO LXIV.

De la entrada de los rebeldes en Galicia, y batalla de Zamora.

Aquietadas las turbulencias de Andalucía, puso el rey Abdala nuevos gobernadores en Jerez, Astaba y Sidonia. Queria el rey dar á su hermano Alcasim el gobierno de Sevilla; pero se opusieron su hijo Almudafar y otros walíes, y continuó olvidado y como preso: el gobierno de Jaen se dió á Abdelwahid, caudillo en aquella frontera, contra Aben Hafsun y los rebeldes de los montes. Andaba en el partido de Hafsun un caudillo llamado Ahmed ben Moavia ben Alkithi, apellidado Abulcasim, era de los Maulidines, pariente de la familia real, y en las vanas pretensiones de los príncipes buscó el favor del rebelde Hafsun: como este tenia por suya la tierra de Toledo y Talavera quiso dilatar sus fronteras á la parte de Galicia, y correr aquellas comarcas. Estaba el rey Abdala en paz con el rey de los Cristianos de Galicia, y en esta seguridad tenian descuidada su frontera. El caudillo Abulcasim entró con mucha gente de á pie y de á caballo por Zamora, robando los pueblos así de Cristianos como de Musli-

mes. Los alcaides de aquella frontera avisaron al rey Abdala y tambien al de Galicia, disculpando aquellas algaras que ellos no podian evitar, que no eran suyas ni de los buenos y honrados Muslimes súbditos sumisos de su señor. El wali Ahmed ben Alkithi con mucha vanidad y orgullo escribió al rey de los Cristianos amenazándole que si no se hacia Muslim ó su vasallo, que venia á echarle de sus tierras, y hacerle morir mala muerte si caia en sus manos. Cuentan que la gente que llevaba este caudillo eran sesenta mil hombres, muchos Berberíes traidos á sueldo, muchos bandidos y gente de Alguf, de Algarbe, de Toledo y sus confines, y de la gente de España oriental. Los Cristianos de Galicia juntaron sus gentes y vinieron contra el caudillo Ahmed, y encontrándose estos grandes ejércitos en cercanías de Zamora trabaron sangrienta pelea, que mantuvieron con gran furor y encarnizamiento cuatro dias; los Arrayaces Berberíes, el último dia, otros dicen que el primero, abandonaron el campo de batalla, que los Muslimes de España oriental y tierra de Toledo pelearon con mucha constancia, y el mismo caudillo Ahmed, que perdió la vida peleando: con su muerte los Muslimes huyeron sin órden, y los Cristianos hicieron en ellos gran matanza. En la fuga murió Abderahman ben Moavia, insigne caudillo de Tortosa. Cortaron los Cristianos muchas cabezas, y las pusieron en las almenas de Zamora y en sus puertas; y esta derrota fue célebre entre los Cristianos y fronterizos con el nombre del dia de Zamora: fue la batalla de Zamora y derrota en ella de los Muslimes rebeldes año doscientos ochenta y ocho.

900 Falleció en Córdoba en fin del año doscientos ochenta y siete el docto Alfaqui de Andalucía Ibrahim ben Nesar: su entierro fue muy concurrido, y continuó la gente en el cementerio gran parte de la noche, y en el dia seteno se leyó en su sepul-

cro un elogio de su virtud. Hizo el rey cadí de la aljama de Córdoba á Nadhr ben Salema el Kelebi, que habia hecho dimision de este cargo, y queria que se diese á su hermano Muhamad ben Salema, que lo fue despues.

CAPITULO LXV.

De las treguas con el rey de Galicia, y otros sucesos.

En este tiempo se decia en Córdoba que el wali de la frontera Ishac el Ocaili, que tenia en su poder el fuerte de Montixon, y lo habia defendido de los rebeldes, haciéndoles mucho daño en sus correrías, que ahora se habia concertado con ellos y les ayudaba conservando el gobierno de su ciudad y fortalezas: esto en principio del año doscientos ochenta y nueve. Fue general el sentimiento de los pueblos por la derrota de Zamora, y muchos de los muy fervorosos secuaces del Islam predicaban que el pueblo Muslime debia armarse todo para la venganza de la derramada sangre de sus hermanos. El rey Abdala lejos de ceder á las instancias de los fanáticos que le aconsejaban hacer sus avenencias con Calib ben Hafsun, y declarar la guerra á fuego y sangre contra Cristianos. Envió al caudillo Obeidala el Gamri, que estaba en Alisbona á tratar con el rey de Galicia (1) para conservar su buena inteligencia y mantener sus concertadas treguas. El wali hizo su embajada y concertó sus treguas como el rey deseaba, y

(1) Lo era en este tiempo Alfonso III el Magno: los Arabes llamaban reyes de Galicia á los que nosotros de Leon, Asturias y Galicia: á los de Navarra, Sobrarbe y Cataluña llamaban los de los montes y los de Afranc.

dispuso el ánimo del rey de los Cristianos á mantener una recíproca amistad, y hacer la guerra sin cesar á los rebeldes que llegasen á sus fronteras. Estas negociaciones desacreditaban al rey Abdala con los austéros y muy religiosos Muslimes de las aljamas de Andalucía, y llegó en algunas ciudades el atrevimiento de los imames y alchatibes á omitir su nombre en la chotba, ú oracion pública, como si fuese mal Muslim ó descomulgado. En Sevilla fue esto practicado con mayor osadía, favoreciendo estas insolentes opiniones y hablillas el príncipe Alcasim. Avisado el rey de esto envió al wazir Abdelwahib, hombre astuto y de valor, que halló ser verdad cuanto habian comunicado al rey, que en vez de su nombre se ponia en la oracion pública el de Moctesidbilah califa de oriente, y que públicamente decia Alcasim que no se pagasen al rey Abdala las rentas de azaque, que era mal Muslim y descreyente, que empleaba los diezmos contra los Muslimes. Avisó al rey de todo, y le mandó prender al príncipe Alcasim, y convencido de todo fue muerto en la prision con una bebida que le prepararon: esto fue año doscientos y noventa: era este príncipe Alcasim de gran ingenio para la poesía, y se le conocia por el Gurlan.

Desterró el rey por estas hablillas sediciosas á muchos alimes célebres, y huyendo de estas persecuciones partió para oriente el insigne alfaqui Zacaria ben Alchitab de Tutila, famoso por su loable vida y grandes conocimientos, que honró su patria en las mas apartadas regiones. Los parciales de Hafsun no perdian estas ocasiones de adelantar su partido, y en tanto que sus caudillos mantenian la guerra contra las tropas del rey Abdala, este rebelde Calib Omar ben Hafsun, que estaba disfrazado en Balay, veinte millas de Córdoba,

905 se atrevió á entrar en ella con mucho secreto el año doscientos noventa y tres; pero fue descubierto por un estraño incidente.

La vigilancia de los wazires del rey descubrió que entre los sediciosos que calumniaban al rey y á sus ministros andaba un noble jeque que habia sido cadi de Mérida, á quien el rey Abdala habia dejado de castigar por su mucha juventud y por su buen ingenio: era este Suleiman ben Albaga de Mequineza: habíanse divulgado unos versos harto ingeniosos y satíricos en que se indicaba manifiestamente al rey, dándole el apodo de el Himaro con muchas imprecaciones al que le conducia y guiaba, aludiendo á los principales ministros que el rey tenia. De unos en otros vino á averiguarse que el autor de la sátira era Suleiman, y el rey le mandó traer á su presencia, y le dijo: por Dios, amigo Suleiman, que mis beneficios han caido en muy mal terreno, y que no te merecia estos vituperios, ó siquier sean alabanzas, que para mí lo mismo valian siendo tuyas: puesto que ahora debiera yo darte á gustar el rigor de mi justo enojo, pues tan poco te aprovechó el favor de mi benignidad y mansedumbre: si en otro tiempo me pudiste loar como demasiado manso, ahora tendrás ocasion para maldecirme como cruel: pero no ha de ser así, yo quiero que vivas, y que cuando yo te lo mande me repitas tus versos, y para que veas que los estimo en mucho, has de pagar mil doblas por cada uno, y si mas hubieras cargado al Himaro, mas cara y mas preciosa seria la carga. Suleiman se llenó de confusion, y puesta su cara á los pies del rey le pidió que le perdonase. Hízolo así el rey: el poeta lleno de agradecimiento, sabiendo que estaba Aben Hafsun oculto en Córdoba descubrió este secreto, y el prefecto de la policía aseguró á Suleiman porque no pudiera avisar á los parciales de Aben Hafsun. Esta prision puso en sos-

pecha á sus parciales, que sabian que Suleiman estaba antes en sus maquinaciones y secretos, y aconsejaron al rebelde su pronta fuga, y á la hora desapareció. Arrestaron los wazires á varios tenidos por desafectos, y algunos fueron atormentados; pero no se averiguó otra cosa que entender que ciertamente habia estado en Córdoba, y que habia salido en trage de mendigo pidiendo de puerta en puerta.

906 En este año doscientos noventa y cuatro falleció Ibrahim ben Isa el Moredi de Ezija, de los hombres mas sabios de este tiempo, á quien consultaba el rey Abdala con mucha frecuencia. Tambien murió este año Alhasan ben Sargibil de Badalyos, hombre célebre por su erudicion. En este tiempo sucedió una cosa muy memorable que refieren Homaidi y Ben Pascual, y acredita la estimacion popular que se hacia en Córdoba de la virtud y loable vida del sabio Alfaqui Baqui ben Machlad: cuentan que cierto dia vino una pobre muger á Baqui y le dijo: hace ya mucho tiempo que un hijo mio está cautivo en poder de Cristianos, y por mis cortos bienes no he podido rescatarle, ni hallo quien quiera comprarme una pobre casilla que tengo; y aunque logre venderla, ¿ quien me hará las diligencias necesarias para su libertad? así yo ni de dia ni de noche tengo un instante de reposo: el viejo Alfaqui la consoló, y dijo que tuviera mucha confianza en Dios, que todo lo remediaria su divina bondad: rogóle la muger que él se lo pidiera á Dios, y él dijo que así lo haria, que fuese á su casa con buenas esperanzas. Fuese la pobre muger, y el jeque movió sus labios y pidió al Señor que consolára á la triste viuda. Pocos dias despues vino la muger con su hijo á buscar á Baqui, y le dijo como ya habia venido libre, y contaba el mancebo que él estaba cautivo en poder de de unos señores Cristianos, que estaba con otros cau-

tivos Muslimes, que los tenian al cuidado de un hombre que los llevaba cada dia á trabajar al campo, que llevaban sus cadenas con argollas en los pies, que estando en una ranchería de trabajo con el que los guardaba se le cayeron de sus pies las cadenas al suelo, y ajustando el tiempo, dia y hora de este acaecimiento se halló que habia sido el mismo en que la pobre muger habia acudido al jeque Baqui, que el que los guardaba fue gritando contra él cuando le vió caidas sus cadenas, diciéndole: ¿porqué rompistes tus cadenas? Que él dijo: no las rompí, que ellas se me cayeron de mis pies, y llevándole delante de su señor, que allí le tornaron á poner sus hierros, y como hubiese andado algunos pasos volviéronsele á caer las cadenas de sus pies, y que meditaron sobre el caso, y consultaron sus monges, y que le preguntaron: ¿acaso tienes madre? y como respondiese que sí la tenia, entonces dijeron ellos: sin duda Dios oyó sus oraciones, y pues Dios te da libertad, nosotros no podemos encadenarte ni quitartela, y que entonces lo enviaron á la frontera de los Muslimes. Que Baqui les dijo: todo es obra de la divina voluntad, dad gracias á Dios.

907 En el año doscientos noventa y cinco falleció en Zaragoza Muhamad ben Suleiman ben Telid de Wesca, cadi de la aljama de aquella ciudad, y antes lo habia sido de la de su patria: fue hombre muy docto y de mucha integridad, muy autero, que nunca recibió dádiva de ninguno ni asistió á ningun convite ni festin: fue su entierro acompañado de toda la gente de la ciudad: fue puesto en su lugar Ibrahim ben Harun ben Sohli, alfaqui muy docto y de loable vida, que apenas vivió un año despues de su eleccion.

Cuando Calib Aben Hafsun llegó á su hueste, que estaba en tierra de Toledo, pasó á correr la tierra de Calatrahba: en aquellos campos le salió al encuentro el

wazir Abu Otman Obeidala ben Gamri, y le venció en muchas escaramuzas, y ocupó algunos fuertes de aquella tierra; y en el año doscientos noventa y seis le dió una batalla sangrienta en que acabó toda su caballería, y le causó gran matanza, obligándole á refugiarse en Toledo y en algunas fortalezas sin que osáran salir á batalla campal en mas de tres años. En el de doscientos noventa y siete murió en Córdoba Obeidala ben Yahye el Laithi, hombre de prodigiosa erudicion, habia recorrido las academias de Africa, Egipto, Siria y de las Iracas, y entre otros muchos escritos dejó dos preciosas historias de alfaquíes y de alcadíes célebres. Este año doscientos noventa y siete murió en Córdoba Suleiman ben Harun el Rayeni de Toledo, conocido por Abu Ayub, que escribió una historia general. En el año doscientos noventa y ocho el príncipe Abderahman Almudafar prendió al rebelde Ibrahim ben Alhegag: sus gentes fueron sorprendidas por la vanguardia de Almudafar, y por lograr que el príncipe no los pasara á filo de espada á todos, le entregaron atado su caudillo, y Almudafar luego mandó descabezarle en pena de su perfidia y atrocidades.

CAPITULO LXVI.

Del retiro del wali Abu Otman, y otras ocurrencias en Córdoba.

En este mismo año el caudillo Obeidala ben Gamri, que tantas victorias habia conseguido de los rebeldes, supo que el príncipe Almudafar solicitaba que su padre le retirára del ejército y del gobierno de la provincia

de Mérida que tenia: resistió el rey Abdala esta propuesta en consideracion á los excelentes servicios de Abu Otman Obeidala: insistió el príncipe diciendo, que bien conocia el mérito del wali, pero que ya era viejo, y estaba mas para el reposo que para la energía y fatigas de la guerra: pero al rey le respondió resueltamente que no pensaba retirarle en tanto que el wali no lo pretendiese. Almudafar sincerando sus intenciones dijo á su padre: sea, señor, como os place, que yo lo decia con mucho respeto á sus honrados años y venerables canas, que son mas para el consejo que para el campo de batalla. Informado el wali de esto escribió al rey pidiéndole que le concediese retirarse de los cuidados del mando, y le pidió licencia para hacer su alhige ó peregrinacion religiosa: esto lo hizo por no inquietar al príncipe, que deseaba el gobierno de Mérida y el mando de las tropas que él tenia; pero le quedó muy en el alma la enemistad que concibió contra él. En este tiempo murió peleando en la frontera de España oriental Niam el Chalaf ben Abi Chasib de Tutila, que era caudillo frontero en aquella tierra, y era tan esforzado como ingenioso poeta.

Cuando el wazir Abu Otman Obeidala ben el Gamri se retiró á Córdoba, el rey Abdala le hizo capitan de su guardia de Eslavos, que era gente extrangera oriental muy estimada, de mucha gentileza y valentía, y de mucha fidelidad: esta guardia era interior en el alcázar, y usaban de espada de dos manos, escudo y maza de armas. El príncipe Abderahman Almudafar fue á mandar las tropas que hacian la guerra al rebelde Aben Hafsun, y desde luego principió á perseguir á los insurgentes de la provincia con tan ardiente empeño que no osaban parecer en campo contra él: cuantos venian á sus manos de los rebeldes eran luego alanceados ó descabezados, y en la disciplina militar era

en extremo duro y riguroso, de suerte que de los enemigos y de los suyos era temido. En Córdoba el wali Obeidala ben Gamri se declaró como protector del jóven Abderahman, hijo del príncipe Muhamad el Mac tul, y procuraba ganar el corazon del rey y la aficion de los jeques, walíes, wazires y otros principales á favor de este mancebo: su genti eza y amables pren das eran las delicias de Córdoba, solo el rey Abdala no se manifestaba á las claras por no dar inquietud á su hijo Almudafar; pero oia con mucha complacencia las alabanzas de su nieto.

Suleiman ben Wenasos el Berberi era capitan de los Africanos de la guardia del rey, y era wazir y del consejo de estado, harto célebre por su erudicion y prudencia y por su carácter severo y libre: refiere Ali ben Ahmed que este wazir entró un dia á la presencia del rey Abdala ben Muhamad con una luenga y espesa barba (1) que él tenia, cuando le vió el rey que estaba de buen humor le dijo unos versos satíricos vituperando y ridiculizando el uso de tan desmesurada barba, y luego le dijo: sentaos barbarillo, y se sentó, y sin poder disimular su enojo por aquellos versos dijo al rey: si los hombres no fuéramos tan fátuos, ni viniéramos á estos alcázares con nuestras necedades, de cuantos disgustos y humillaciones nos escusaríamos! pero la fatuidad y locura nos engaña, y no acabamos de saciarnos de desengaños, ni acabarémos hasta que nos pongan en franquía nuestros estrechos sepulcros: allí reposará nuestra vanidad y nuestras máquinas aéreas: y diciendo esto puso su mano en tierra, y se levantó, y

(1) La barba entre los Arabes era signo de autoridad y de libertad, solo á la juventud en sus floridos años se disimulaba el no llevarla, y aun ahora á los esclavos no se permite el tenerla crecida; pero un Muslime ya casado y con hijos no puede honradamente presentarse sin sus barbas.

sin mas salutacion ni cortesía se fue á su casa. Disgustó al rey esta salida rústica, y como pasaron algunos dias sin que Aben Wenasos pareciese, le depuso de su capitanía, y la encargó á otro. No pasaron muchos dias cuando se acordó el rey Abdala del buen juicio y prudente consejo del wazir Aben Wenasos y manifestó á sus wazires que deseaba verle; pero dudaba como decírselo, uno de los wazires, llamado Muhamad ben el Walid ben Ganim, dijo al rey que si le daba licencia, que él iria, y esperaba que viniese: dióle el rey licencia, y pasó Ben Ganim á casa de Wenasos, llamó, y se anunció que era un wazir del rey, porque era costumbre del gobierno de los Omeyas de España que un wazir no entraba sino en casa de wazir de su misma clase: tardó en responder como despreciando su visita, ya dió licencia, y fue conducido á su estanza, y permaneció sentado en su almohadon sin levantarse ni ofrecerle su estrado: Ben Ganim le dijo: ¿qué es esto? ¿no sabes que soy wazir del rey como tú? ¿porqué no te levantas y me ofreces tu estrado con el honor debido? y le respondió Wenasos: eso era en tiempo pasado, cuando yo era fátuo siervo como tú; pero ya soy horro, como ves: Ben Ganim no pudo persuadirle que dejára su estravagante retiro, y lo dijo al rey, que manifestó que sentia que tan honrada barba como aquella hubiese perdido su consejo.

En este tiempo Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elbira, como desde el principio del levantamiento se hubiese desavenido de con los otros caudillos rebeldes de las Alpujarras, anduvo mucho tiempo errante y sin lugar seguro: por último se estableció en Hisn Novales, que los pueblos mismos le llamaron para que los defendiese de los robos y vejaciones que les causaban los bandidos. Este prudente caudillo logró reunir mas de cien poblaciones

por la mayor parte fuertes por su situacion, y persuadió á la gente principal de estos pueblos que se pusiesen en obediencia del rey, y le enviaron á pedir perdon y seguridad: se presentó en Córdoba, y fue muy bien recibido del rey; pero no faltaron impedimentos maliciosos para que no se acabára su pretension tan pronto como él deseaba: despues hubo tales incidentes, que el rey no tuvo tiempo para dar á sus pueblos el perdon y seguro que pedian: siguieron despues las calamidades de la rebelion, y fue necesario rendir por fuerza de armas á los que ahora se ofrecian de su propia voluntad. Hubo tambien competencia entre dos wazires del consejo del rey, Muza ben Hodeira, y Isá ben Ahmed ben Abi Obda, que cada uno de ellos pretendía que su asiento en el consejo fuese superior al del otro: el rey les dijo que todos los asientos en el consejo eran iguales, que solo era precedente y distinguido el suyo, y que ya su padre amir Muhamad habia declarado que en caso de precedencias los de Syria precediesen á los Arabes Veledines.

CAPITULO LXVII.

De la educacion del príncipe Abderahman, y muerte del rey su abuelo.

Habíase puesto mucho cuidado en la crianza de Abderahman desde que se le destetó, que fue al tiempo de la desgraciada muerte del príncipe Muhamad, su padre: de órden de su abuelo el rey Abdala se le pusieron los mas famosos maestros, que le enseñaron luego que empezó su niñez en las mejores enseñanzas: leyéronle Al-

coran, y aprendió de memoria sus doctrinas, y cuando tuvo ocho años le enseñaron la sunna y ciencia de Hadices, ó historias tradicionales, la gramática, poesía, y proverbios árabes, vidas de príncipes, ciencia de gobierno y otros conocimientos humanos: luego aprendió á bien cavalgar y manejar con gentileza un caballo, flechar y lanzar, usar de todas armas y estratagemas de guerra, y en esto se ejercitaba desde sus once años. Cuando Abderahman jugaba con otros mancebillos de su edad, le miraba el rey su abuelo tan embebecido, que se olvidaba de todo, y en una de estas ocasiones, como distraido no viese que ya sobrevenía á mas andar la noche, se lo avisó su wazir y capitan de guardias Abu Otman Obeidala ben Gamri, y dijo estos versos celebrando á su nieto y escusando su distraccion:

De qué sirves, alcohol, en ojos de mi corzillo?
Inútil como las marcas, siendo mas que todos lindo:
¡ Como si no fuesen rosas entremezcladas con lirios
Sus mejillas, y su talle cual tierno ramo de mirto!
Cuando la mirada vuelve, de sus ojos al hechizo
Ni del dia ni la noche la diferencia percibo (1).

911 En el año doscientos noventa y nueve fue el eclipse grande del sol, que se oscureció todo: fue miércoles, á veinte y nueve de la luna de jawal, despues de la oracion de alazar, que muchos se adelantaron á venir á las mezquitas para la oracion de almagrib ó puesta del sol, porque oscureció y se veían las estrellas: luego principió á clarear como un tercio de media hora, se puso el sol y concurrió la gente á la oracion. En este mes falleció en Córdoba el sabio Gebir ben Gaith de Libla, que fue maestro de los hijos de

(1) Quiere decir que el resplandor de sus ojos suplía la luz del sol: le llama corzillo, expresion cariñosa usada en las costumbres y poesía oriental.

Haxem ben Abdelaziz, y era famoso por su insigne erudicion. En este mismo año doscientos noventa y nueve al principio de la luna de safar falleció la sultana Athara, madre del rey Abdala, á la que el rey amó, honró y respetó toda su vida, y lloró con amargas lágrimas en su muerte. Mandó labrar un màgnífico sepulcro para enterrarla en el alcázar de la Rusafa, se celebró su entierro con gran pompa: triste desde entonces no pensaba sino en su muerte, y mandó hacer otro sepulcro cerca del de su madre para que en él le diesen sepultura. En este tiempo de su tristeza y profunda melancolía hizo aquellos versos suyos ascéticos llenos de vivísimas imágenes, que principian:

El estrépito no escuchas? rápido bate las alas
El plazo fatal que llega burlando tus esperanzas:
No ves que á su fin camina el mundo con presta marcha,
Y que nada permanece, y en él no es estable nada?
El da prisa sin avisos, ningunas insignias alza,
A todos á su fin lleva, y en sus caminos no para.

De su contínua tristeza y gran melancolía adoleció gravemente, perdió el dormir y la apetencia, y en pocos dias de calentura conoció que se llegaba su muerte: congregó á sus wazires y walíes, y declaró por futuro sucesor del imperio á su nieto Abderahman, hijo de su hijo mayor Muhamad, encargando en esta declaracion á su hijo Almudafar que protegiese y amparase al jóven Abderahman como si fuera su hijo propio. Un año y un mes despues de la muerte de su madre en la accesion de una calentura falleció á principio de la luna de rebic primera del año trescientos de la hegira, á los veinte y cinco años de su reinado, y setenta y dos de su edad: dejó once hijos, fue un rey bueno, animoso en medio de las alteraciones y discordias de todas las provincias de España, fue excelente caudillo de sus tropas en la guer-

ra, político y observador de sus pactos, y por esto fue censurado de los fanáticos como mal Muslim porque no hizo contínua guerra á los Cristianos.

CAPITULO LXVIII.

De Abderahmán Anasir Ledinala.

Acabada la pompa funeral del rey Abdala, en el mismo dia quinto de a luna de rebie primera del año trescientos de la hegira fue aclamado con general alegría Abderahman, hijo del príncipe Muhamad, y nieto del difunto rey Abdala: apellidábase Abulmotaraf: la madre que le parió se llamaba María, hija de padres cristianos: estaba Abderahman en la flor de su edad, apenas tenia veinte y dos años, era de mucha gentileza y de hermosura y gravedad digna de príncipe, de color blanco y sonrosado, de ojos azules, y de muy agradable mirar; pero todavía era mas la bondad de su corazon y virtuoso ánimo. Era de buen ingenio, de mucha erudicion, y prudente mas que prometian sus pocos años, afable y de graciosa conversacion. Estas prendas eran muy conocidas de todos, y asi fue general el contento de los pueblos en su jura y aclamacion. El príncipe Abderahman Almudafar su tio le amaba como si fuera su hijo, y fue el primero que le juró obediencia, y este juramento fue recibido de Abderahman con tan manifiestas demostraciones de amor y respetuoso decoro, que se rasaron de lágrimas los ojos de los circunstantes. El mismo dia de su jura restituyó al cadi Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira el cargo judi-

cial que habia servido con mucha integridad. En todas las mezquitas principales se hizo la chotba ú oracion pública por el nuevo rey. Por amor y respeto á su abuelo se llamó tambien Abdala, y sus pueblos por el mucho amor que le tenian, y esperanzas que habian concebido de su bondad le llamaron Anasir Ledinala, defensor de la ley de Dios, Amir Almumenin, príncipe de los fieles, y otros títulos que andaban discurriendo para honrarle y engrandecerle. Desde luego se dedicó á procurar la reduccion de los rebeldes, y allanamiento de los pueblos que estaban fuera de su obediencia. Con su afabilidad logró deshacer enemistades y desavenencias antiguas, redimió quejas y venganzas de sangre entre algunas antiguas familias, y con su dulzura y prudencia ganó los corazones de muchos ofendidos.

Mandó el rey Abderhman Anasir allegar las gentes de pelea para perseguir á los rebeldes, y se juntaron tantas, que fue necesario indicar el número de los que debian seguir cada bandera, para que no dejasen todos sus labranzas y el cuidado de sus familias. Entró en tierra de Toledo con cuarenta mil hombres con ciento y veinte y ocho banderas. Ocupó esta hueste las fortalezas que tenian en su poder los rebeldes: Hafsun temió el encuentro de este ejército, y se retiró á España oriental, á fin de levantar mas gente y venir con ella á oponerse al nuevo rey, dejando entretanto en Toledo á su hijo Giafar con harta gente para defender aquella ciudad, y bien abastecida para mantener un largo cerco. De toda la provincia sola esta fuerte ciudad no se vino á la obediencia del rey: todos los pueblos acudieron á porfia á ponerse bajo su fe y amparo. No pareció conveniente detenerse en el cerco de Toledo, sino dirigir estas fuerzas á la parte de España oriental; y en las primeras marchas hubo avisos de la

venida de Hafsun con poderoso ejército. Esta nueva causó alegría á todos los esforzados caudillos y valientes tropas de Abderahman. Su tio Almudafar ordenó sus hazes, tomó á su cargo el órden de batalla, y quiso acaudillar la delantera: dió al rey el centro y principal cuerpo de batalla: su derecha al wali Abderahman ben Badr, y su izquierda al wali Gehwar ben Abdala el Hezami, y la zaga y gente de reserva al respetable anciano Obeidala ben Gamri. Los de Hafsun superaban en número, pero eran inferiores en armas y caballería, sus caudillos los hombres mas aguerridos y valientes de España oriental y de las sierras de Tadmir y de Elbira.

Encontráronse estas enemigas huestes en una espaciosa llanura, la mas acomodada para los horrores de una batalla. Los campeadores de una y otra hueste trabaron algunas ligeras escaramuzas, y retrayéndose á los cuerpos de batalla, como de un acuerdo se acometieron ambos ejércitos con espantoso alarido y estruendo de anafires y trompetas: estuvo mucho tiempo incierta la suerte de la pelea; pero la fuerza de la caballería de Abderahman atropelló y puso en desórden á la gente de Hafsun, á pesar del valor y constancia de sus caudillos, y á la caida del sol abandonaron el campo á los vencedores, dejándole cubierto de muertos y heridos. Huyeron aquella noche las reliquias del vencido ejército, dejando siete mil tendidos en aquel horroroso campo: tambien murieron muchos de la hueste del rey, que los enemigos eran valientes y sabian bien el menester de las armas, se contaron perdidos mas de tres mil. Se retiró Hafsun á Hisn Conca y á otros fuertes de aquella tierra. Llenó de horror al rey Abderahman el campo de batalla. Viendo desperdiciada tanta sangre de Muslimes, como si no tuviera el islam enemigos en España, ubies ethny oodavía en

sus fronteras sangre no vengada. Mandó curar con igual cuidado los heridos de ambas huestes.

Despues de esta victoria el rey Abderahman acompañado de los caudillos de Andalucía y de su guardia vino á Córdoba, y su tio Almudafar continuó haciendo la guerra al rebelde Hafsun: se allanó en esta expedicion toda tierra de Toledo, desde las vertientes de Axarrat al mediodia hasta tierra de Tadmir, y el re-
914 belde Hafsun no se atrevió á salir de los fuertes mas enriscados. En el año de trescientos y dos mandó el rey Abderahman Anasir mudar el cuño de la moneda de oro y de plata: sus antecesores habian conservado el mismo tipo y forma de la moneda de los califas de Damasco, y solo se diferenciaba la de España de la de Oriente en el lugar y época en que se labraba, así en los dinares ó monedas de oro, como en los dirhames ó monedas de plata, y en los feluces ó monedas menudas de cobre, y ordenó que se pusiese por un lado su nombre y títulos, y por otro la confesion de la unidad de Dios y la mision profética, y en la orla de un lado el lugar y año en que fuese labrada. Asimismo hizo poner en sus títulos en ella el de imam ó príncipe de la religion, como hacian los califas de Oriente. En este año trescientos y dos falleció en Sevilla su patria el docto Ibrahim ben Ahmed ben Maad, hombre muy respetado en aquella ciudad: fue sobrino del célebre Saad ben Maad, y discípulo suyo en toda especie de erudicion. Asimismo murió en este año en Zaragoza Casim ben Thabita ben Hazami el Adfi, habia viajado en Africa, Egipto y Siria, y habia tratado estudiando en las célebres escuelas de todas partes, con los mas famosos sabios de aquella edad; vuelto á su patria le propusieron varias veces para el cargo de cadi de la aljama de Zaragoza, y lo rehusó, y nunca quiso aceptarlo: llevaba esto á mal su padre, que era

de los principales de la ciudad, y por último le apuró tanto, que el hijo le pidió tres dias para resolverse á obedecerle en esto, y en el último de los tres dias murió, que no le queria Dios por aquel camino: mereció siempre la estimacion de cuantos le conocieron y trataron: habia nacido en veinte de dilhagia año doscientos cuarenta y siete.

CAPITULO LXIX.

De la expedicion del rey Abderahman Anasir al mediodia de España.

En tanto que Almudafar seguia la guerra contra el rebelde Hafsun en la frontera oriental, el rey Anasir quiso visitar las comarcas de la parte del mediodia de España y sujetar á los Alarabes de sierra Elbira y Somontan, que no daban un momento de reposo á los pueblos de aquella tierra. Entró en ella el rey con la gente de Córdoba y parte de su guardia, y con su presencia sola hacia tantas conquistas como por la fuerza de sus armas. Se pusieron en su obediencia muchos pueblos, que al mismo tiempo que voluntarios se ofrecian á la merced del rey, le pedian armas y juraban emplearlas en defender su tierra contra rebeldes y bandidos, y mantenerla siempre en su servicio: el rey los recibia bien á todos, y quedaban tan adictos á su señor, que los mas esforzados seguian el campo del rey, y querian ser los primeros en todos los trabajos y peligros de la guerra. Los principales secuaces de Hafsun que andaban en estas comarcas, se vinieron á someter al rey Anasir, y con su natural bondad á to-

dos los recibia y destinaba conforme á sus circunstancias, olvidando su rebeldía y los males que habia producido, deseando la paz de los pueblos para reparar con ella las calamidades y estragos de la guerra civil y de la discordia de las tribus. Entre los principales se vino á la merced del rey en este tiempo el wali Ahmed ben Muhamad ben Adha el Hamdani, caudillo de los rebeldes de sierra Elbira: recibióle bien Abderahman, y le dió la alcaidía de Alhama, sitio muy fuerte de aquella comarca: asimismo se presentó á la obediencia del rey Anasir un noble jeque llamado Obeidala ben Omeya, que estaba apoderado de Cazlona, y seguia las banderas de Hafsun, y mandaba las gentes de Huescar: el rey atendiendo á su nobleza y valor le hizo wali de Jaen. Despues de haber visitado todas las comarcas de Elbira sin hallar en ninguna parte resistencia, habiéndose pacificado los caudillos mas poderosos de los rebeldes, con mas de doscientos pueblos fuertes, se volvió el rey á Córdoba, despidiendo muy contentos á los jeques y alcaides que le habian acompañado: su entrada en Córdoba fue un dia grande de fiesta y general alegría. En este año de trescientos y tres falleció en Toledo el cadi de la aljama de aquella ciudad Ishac ben Dhezame, hombre de mucha integridad y de loable vida, y poco despues murió en la misma ciudad con sentimiento de todos sus vecinos el noble jeque Ismail ben Omeya, insigne por su grande liberalidad, y acompañó su féretro todo el pueblo. El mahedi que se habia levantado en Africa, principió este año á edificar una ciudad que de su nombre se llamó Almahedia, pues pasando por la costa de Africa vió un sitio como península unida al continente con un estrecho istmo, como la mano está unida al brazo, y ordenó que allí se edificase la ciudad con fuertes y torreados muros, y puertas muy grandes de bronce,

que cada puerta pesaba cien quintales, y puso allí su corte el mahedi, y principió la obra dia sábado veinte y cinco de dilcada de este año trescientos y tres: cuando la vió acabada dijo: ya puedo vivir seguro en Africa.

CAPITULO LXX.

De las disposiciones del rey para guardar las costas de España.

917 En el año trescientos y cinco estando el rey Abderahman Anasir en sus palacios de Córdoba ocupado en repararlos con obras de magnificencia y comodidad fue avisado de los walíes de las costas del Mediterraneo, que los Africanos y aun los Alárabes de Sanhaga y Masamuda se habian dado á infestar con piraterías las costas de España y las de sus islas, que los príncipes levantados en Barca y Africa habian juntado naves, y no solamente saltaban en Sicilia, sino que osaban aportar é internarse en Calauria, de donde sacaban muchas presas y cautivos, y luego ordenó el rey que partiese el wali Ocaili con una buena flota á recorrer y guardar las costas de España. Envió tambien á Mayorica al caudillo Giafar ben Otman Mustafá Abulhasan ben Casila, sevillano muy práctico en aquellos mares: y ordenó que en todas las atarázanas de España se construyesen sin cesar barcos grandes para oponerse á los Africanos. Encargó el rey la recaudacion general de sus rentas de Azaque al toledano Wahib ben Muhamad, hombre muy instruido en la administracion y economía de las rentas públicas; y como auxiliares suyos nombró á los alcatibes Muza

ben Chair, y Aben Badr. En la luna de jawal de este año trescientos y cinco hubo en la plaza de Córdoba un espantoso y rápido incendio que abrazó todo el zoco; por fortuna no perecieron los vecinos por haber comenzado muy al principio de la noche, pero se perdieron muchas riquezas del vecindario: duró el fuego muchos dias. Luego mandó el rey construir aquella plaza con mas solidez y hermosura, y destinó á los gastos de esta obra el producto de las rentas de toda la provincia. En el mismo año se quemaron los arrabales de Mekinesa en el Guf de España, y así fue llamado el año de los fuegos, pues en él se quemó tambien la plaza de Fez y la de Tahart, capital de Zeneta.

En este tiempo era uno de los cuatro cadíes del consejo del cadi mayor de Córdoba Sohaib ben Munia, andaluz; era bebedor de vino, y de la secta de los de la Iraca, y en su sello tenia grabadas estas letras: Ye Alime cul gaib, cun wufe bi Sohaib, ó sabedor de todo lo oculto, sé propicio á Sohaib: y como un dia hubiese bebido en casa del hagib Muza ben Hodeira, le tomaron el sello, y borrados unos ápices de la inscripcion quedó alterada y decia: ye Alime cul abib, cun wufe bi Sohaib, ó sabedor de los dados al vino, sé propicio á Sohaib: el cadi no advirtió nada, y sellaba como antes, hasta que llegando á manos del rey unos escritos con este sello, lo notó y le dijo: Sohaib, tú bebes vino, y tu mismo sello lo manifiesta: perdió el cadi su color natural, y se maravilló de ver en su sello la confesion de su culpa, y dijo al rey: señor, no se como es esto: pero espero que Dios me perdone mi falta, y que tú tambien me perdonarás; y el rey celebró la ingeniosa burla.

En tanto que el rey se ocupaba en Córdoba en la provision de estas cosas recibió cartas de su tio Almudafar, que le comunicaba sus ventajas contra los rebel-

des, que por todas partes se refugiaban á los montes, y apenas osaban entrar en poblado, que era compasion el verlos perecer en las fragosidades de las sierras, que seria conveniente para acabarlos de reducir, y que los pueblos lograsen vivir en reposo y seguridad juntar las gentes de guerra de tierra de Tadmir, y seguirlos con empeño sin consideraciones de blandura y humanidad (1) mal entendida.

CAPÍTULO LXXI.

De la visita del rey Abderahman á sus ciudades de Murcia, Valencia y Zaragoza.

El rey bien persuadido de las razones y política de su tio escribió á los alcaides de las comarcas de tierra de Tadmir y de Valencia, que venida la estacion de la primavera tuviesen prevenida y á punto la caballería y gente de guerra para visitar la provincia, y allanar aquellos pueblos que permanecian entregados á los rebeldes. Luego partió el rey Anasir con la caballería de Andalucía, y entró en tierra de Tadmir, y en la ciudad de Murcia, la de Auriola, Lorca y Kenteda fue recibido con aclamaciones del pueblo, y de todas estas ciudades salian los principales y solicitaban que el rey les concediese seguir su hueste. Visitó las ciudades de la costa Elche, Denia, Jativa, y en Valencia

(1) Esto es con relacion á las máximas y costumbres militares que llamaban de Ali, el primo de Mahomad, que prohibian en guerra entre Muslimes seguir el alcance mas allá de una cora ó comarca, matar á los fugitivos fuera del campo de batalla, y cercar con rigor las poblaciones mas de unos pocos dias.

se detuvo algunos dias: pasó por Murbiter, Nules y Tortosa, y en todas partes fue recibido con grandes alegrías. Siguió por el Ebro hasta Alcanit, que en esta ciudad se detuvo para recibir la obediencia y sumision de muchos pueblos que allí llegaron. Partió de allí con poderosa hueste, y se puso delante de Zaragoza. En esta ciudad habia muchos partidarios de Calib Aben Hafsun; pero el pueblo y la mejor parte de los vecinos se declararon con públicas demostraciones por su rey Abderahman Anasir: la juventud abrió las puertas, y salieron á ofrecerse y ofrecer su ciudad á la obediencia del rey que los recibió con mucha bondad. Luego á las puertas se presentaron los principales jeques y ciudadanos, y le entregaron con mucha sumision las llaves de la ciudad, y el rey holgó mucho de esto, y perdonó á todos los parciales de Hafsun que estuviesen en la ciudad, ó se presentasen y viniesen á su merced en cierto término, no siendo él ó sus hijos, de los cuales queria un especial rendimiento y seguridades. Entró el rey al siguiente dia en Zaragoza con la flor de su caballería, y fue un dia de gran fiesta en aquella ciudad: se hospedó en el alcázar, y se detuvo en ella algunos dias, porque su situacion y amenos campos le contentaron mucho. Estando todavía el rey en esta ciudad le envió Aben Hafsun dos alcaides con ciertas avenencias y tratos de paz. El rey los recibió sin aparato ni ostentacion en el campo á orillas del Ebro, y el alcaide de Medina Fraga, que era el mas anciano, propuso muy comedidamente que Amir Hafsun deseaba estar en paz con el rey Abderahman: que sentia como buen muslim la sangre que se derramaba en desavenencias civiles, y así que le rogaba le concediese la posesion tranquila de la España oriental para sí y para sus sucesores: que con este título que él les diese, él se encargaba de la defensa de aquellas fronteras, y

ofrecia ayudarle con sus gentes cuando hubiese necesidad de ellos, y que desde luego entregarian la ciudad de Toledo y Huescar y todos los fuertes que estuviesen en su poder. El rey Abderahman le respondió: que por un exceso de paciencia sufria que un caudillo rebelde y fomentador de bandidos llegase á proponer á su rey y señor conciertos de paz, y proceder con términos de príncipe: que por enviados no los mandaba clavar en palos: que fuesen á su caudillo y le dijesen que si dentro de un mes no venia á su obediencia, que despues de este plazo no pensaba admitirle en ningun tiempo ni con ninguna condicion: con esto despidió á los alcaides. Dispuestas las cosas convenientes al gobierno de Zaragoza el príncipe Almudafar quedó en aquella ciudad para continuar la guerra en la frontera, y el rey se vino á Córdoba, visitando de paso gran parte de lo interior de España.

Hafsun, oida la respuesta del rey, confiando todavía en la constancia de sus secuaces y en sus alianzas con los Cristianos de Afranc y de los montes, visitó sus ciudades: animó á sus hijos, que temian que su fortuna los abandonaba: envió algunos esforzados bandidos á tierra de Toledo para mantener las esperanzas de sus parciales en aquella ciudad y en su comarca.

CAPITULO LXXII.

De las expediciones á Sierra Elbira.

Cuando el rey Abderahman Anasir llegó á Córdoba salió á recibirle toda la gente de la ciudad, y entró en

ella en medio de las festivas aclamaciones de un inmenso pueblo. Poco tiempo despues de la venida del rey á Córdoba llegaron avisos de los movimientos de los bandidos y rebeldes de Sierra Elbira. Obedecian en aquella comarca mas de cien pueblos á Muhamad ben Adha el Hamdani, conocido entre ellos por Asomor, descendiente de gente antigua y valerosa. Al principio de la rebelion de los Arabes y Maulidines en aquellos montes anduvo entre los caudillos de aquellos encarnizados bandos, y por su prudencia y humanidad se distinguia entre todos y los pueblos hallaban en él amparo y defensa contra las violencias y robos de aquellos ánimos feroces. En el último tiempo del rey Abdala persuadió este wali á los pueblos de Sierra Elbira que se viniesen á la obediencia del rey, y ellos sin repugnancia entonces con la fresca memoria de los males pasados tuviéronlo por bien, y encomendaron el negocio de su allanamiento á este caudillo; pero por sus tristes hados, y desventura de aquella tierra, el rey Abdala no tuvo lugar de recibirlos. Asomor se volvió á la Sierra, y mantuvo en aquellos pueblos una sombra de autoridad y de soberanía, gobernándolos muy bien. Acostumbrados á la independencia y exencion de aquel gobierno débil de su amir, que no exigia de ellos muchas cosas ni dificiles, estaban bien hallados, y no buscaron la sumision al nuevo rey. El wali Asomor se habia venido á la merced del rey, que le recibió bien, y le habia dado la alcaidía de Alhama. Como hubiese entrado de órden de Wahib ben Muhamad, recaudador de las rentas del Azaque, un wazir con una banda de soldados para recoger las de aquella provincia, no conociendo bien la disposicion y ánimo de los naturales, ya mal acostumbrados á la servidumbre, los trató con demasiado rigor, y sus soldados con desusada licencia intentaban entrar en sus ca-

sas para obligarlos á pagar sus rentas, tratándolos de rebeldes y fugitivos. Los pueblos, olvidados de la fidelidad debida al rey, y llevados de su saña y deseo de venganza, acometieron á estas tropas, y mataron la mayor parte de ellas. Luego se pusieron todos en armas, y acudieron al wali Ahmed ben Muhamad el Hamdani, y le obligaron, á pesar de su repugnancia, á que los acaudillase y defendiese, que ellos no tenian otro defensor: luego hizo fortificar las ciudades de Baza y Bogiana, Albuchera, Tagela, y otras fortalezas con grandes esperanzas de mantenerse por la aspereza de la tierra. Ofendió mucho al rey Abderahman Anasir la desobediencia de estos pueblos, y mas todavía la perfidia de Asomor. Para castigarle, y reprimir aquellos movimientos, y defender los otros pueblos de la comarca, que los rebeldes robaban y oprimian, se puso luego en marcha con la caballería de Córdoba y gente de Ezija, Bolcuna y Algafdat; y fue tanta la diligencia de estos caudillos que no dieron tiempo á los rebeldes sino para encaramarse en aquellas guajaras y fragosidades inaccesibles. Las fortalezas mas importantes fueron ocupadas por las gentes del rey, como Baza y Bogiana, y no pareciendo por ninguna parte los rebeldes entró el rey en Jaen el dia jueves catorce de
918 la luna de jaban del año trescientos y seis. En esta ocasion se presentó al rey en aquella ciudad el poeta célebre Aglab ben Joaibi, natural de allí: su ingenio y sus elegantes poesías agradaron tanto al rey Abderahman Anasir, que le llevó consigo á Córdoba, y le hizo familiar suyo, y le llamaba su poeta. Cansado el rey de andar á caza de malandrines en las sierras, no pareciéndole decorosa aquella guerra contra bandidos, habiendo descansado algunos dias en Jaen, encargando aquella reduccion al wali de Jaen Labi ben Obeidala, se vino á Córdoba.

Cuando al rey Abderahman llegó á su alcázar de vuelta de su visita de las Alpujaras recibió avisos de su tio Almudafar, en que le comunicaba las ventajas que habia conseguido de los rebeldes en la frontera, y la muerte del caudillo de e los Omar ben Hafsun, que habia fallecido en tierra de Wesca, y que habia dejado dos hijos Suleiman y Giafar, herederos de su valor y obstinada rebeldía. Abderahman dió gracias á Dios porque disminuia el número de los enemigos de la paz entre los Muslimes: fue la muerte de este en fin del año trescientos y seis. Mandó el rey construir varias mezquitas así en Córdoba como en otras ciudades de España; y en las de Córdoba y Sevilla hizo poner fuentes con hermosas pilas de mármol, y reparar el gran puente de Guadalquivir; y encargó la inspeccion de estas obras, y las de los reales alcázares, á su wazir Nasar Abu Otman, á quien el rey estimaba y distinguia entre los de su consejo por su nobleza y mucha erudicion.

918 En el año trescientos y siete hubo peste y gran mortandad en España y en Almagreb, tanto que los hombres se cansaban de enterrar sus muertos: en España y en Africa se hicieron rogativas y penitencias públicas, y no salian los hombres de las mezquitas para implorar la divina misericordia. En Almagreb y en parte de Andalucía un fuerte huracan arrancó muchos árboles grandes y muchas casas. Murió este año en Córdoba Ismail ben Boxair, prefecto de oracion de la aljama, y fue enterrado con mucho acompañamiento en la macbora ó cementerio de los Arrayanes, en el arrabal. Y en este tiempo hizo el rey Cadi de Sidonia á Chalaf ben Hamid el Caneni, ó de Canena, hombre de mucha celebridad por su virtud y sabiduría. Entretanto los rebeldes de Sierra Elbira, acaudillados de Asomor, sabida la partida del rey se atre-

vieron á dejar sus enriscadas fortalezas, y descendieron á los campos. Fue contra ellos el wali de Jaen, y los venció en una sangrienta escaramuza; pero los rebeldes, fingiendo que huian, los llevaron por una rambla á un valle de espesa arboleda y rodeado de bosques, y saliendo otros de sus emboscadas acometieron por todas partes, encontrando á los que seguian adelante, y siguiendo á los que mas cautos se retiraban, y aunque muchos se unian para ampararse y contener á los enemigos, al fin fueron rotos y desbaratados, y padecieron atroz matanza, que pocos lograron escapar de la ferocidad de los enemigos, rompiendo las porfiadas taifas que los ceñian y acosaban. Esta desgracia y otras que sufrió la gente de Jaen se ocultaban y disminuian, y se decia que continuaba la guerra con varia fortuna; pero los rebeldes cada dia se obstinaban mas en su resistencia, y fortificaban sus pueblos.

En la frontera oriental ocupó el príncipe Almudafar varios pueblos y fortalezas, y en una escaramuza en tierra de Lérida murió peleando el año trescientos y ocho Abdelruf ben Omar el Casati, que era de los principales de Lérida; y su muerte fue muy sentida del príncipe Almudafar por su mucho valor y crédito en aquella frontera. En esta ocasion se apoderó de Medina Fraga y de Mequineza, que habian tenido los rebeldes; y entró en Montixon, que habia mantenido en obediencia el wali Ishac ben Ibrahim el Ocaili.

En las sierras de Elbira continuaban las ventajas de los rebeldes, y el wali de Jaen Levi ben Obeidala pidió auxilios á los alcaides de Bulcona y Algafdat, y al wali Ishac ben Ibrahim ben Sacr el Ocaili, que fue en su socorro el año trescientos y nueve, y pelearon contra Asomor con varia fortuna: en una batal a los venció, y aprovechando su victoria sorprendió Asomor la ciudad de Jaen y otros fuertes de la comarca. El wa-

li Ishac el Ocaili vino á Córdoba con esta infausta nueva, y refirió al rey las circunstancias de este desman, y el estado de aquella provincia. El rey le recibió con mucha honra, y con tanto agrado como si este respetable jeque hubiera venido á comunicarle una victoria, ó la conquista y allanamiento de aquella tierra. Ordenó que este anciano quedara en Córdoba para descansar como sus años y venerables canas requerian; y escribió á sus alcaides de tierra de Tadmir para que allegasen sus gentes, que él mismo queria ir á terminar aquella guerra. En este año falleció el hagib del rey llamado Ismail ben Badre, el que escribió elogios de los hombres ilustres; y dió este cargo al cadi Muhamad ben Said ben Muza, hombre muy docto y amado del pueblo: ganó este cadi la confianza del rey Abderahman, y así lo decia su wazir Abdelmelic ben Gehwar, que no era creible ni se hallaria que un ministro tan severo y retirado como este Muhamad hubiese así ganado el corazon de su señor. Tenian tambien en este tiempo la estimacion y favor del rey los ingeniosos y eruditos caballeros Hasan ben el Hasan Abu Ali, llamado el Sonat, hombre de gran cultura y elegancia, y Saadon ben Omar de Raya, que uno y otro elogiaron al rey Abderahman con excelentes versos. Allegadas las tropas de Córdoba y de tierra de Tadmir partió el rey á Jaen, y puso cerco á la ciudad, que no tardaron en abandonar los rebeldes, retirándose á sus montes: mandó el rey perseguirlos por diferentes partes, y se refugiaron unos á sus guajaras y precipicios, y otros á la fortaleza de alhama, que tenia muy abastecida y fortificada el caudillo Asomor. La posicion y sitio del lugar, y el valor y constancia de sus moradores hacian muy dificil y largo el cerco de aquella fortaleza; pero el rey Anasir propuso no levantar el campo hasta tener á sus pies la cabeza del pérfido Asomor. Se daban ca-

da dia recios combates, y los cercados se defendian con desesperado ánimo: se arruinaron con leños y fuego parte de sus fuertes y torreados muros, y se entró la fortaleza con atroz matanza de ambos partidos: fueron pasados á cuchillo los pocos que se hallaron vivos en Alhama, que la mayor parte murieron peleando. Entre los cadáveres pareció Asomor, ya moribundo, cubierto de heridas, que apenas era conocido; y presentado así al rey mandó descabezarle, y envió su cabeza á Córdoba con la nueva de esta victoria: fue este suceso en principio del año trescientos y once, ó fin del anterior. Luego pasó el rey Abderahman á Granada, y se detuvo en ella algun tiempo, porque esta ciudad le agradaba sobremanera. En esta ocasion hizo el rey cadi de la aljama de Granada á Abulhasan Ali ben Omar de Hamdan de los Meruanes Algaribes de Siria.

923 En fin del año trescientos y diez murió en Córdoba Otman ben Rebia, natural de allí, hombre de muy florida erudicion y critica, que habia hecho una coleccion de las mejores poesías de los ingenios de España. Despues de la muerte de Asomor los pueblos de Sierra Elbira se rindieron, por fuerza de armas los mas principales, y los otros convencidos de su propia conveniencia; y acabada esta larga y sangrienta guerra el rey se vino á Córdoba, donde fue recibido con grandes demostraciones de alegría.

CAPITULO LXXIII.

De la rendicion de Toledo.

Cuando descansaron sus guardias de la fatiga de esta guerra se dieron órdenes á los caudillos de tierra de

Toledo para principiar con mucho calor la reduccion de aquella ciudad. Ordenó el rey al wali Abdala ben Jali, que estaba en las fortalezas del Tajo, que con la gente de Zorita y sus comarcas, y por la parte de Talavera y de Calatrava, se entrase y corriese el término de Toledo para quitarles los frutos y mieses: así se hizo, y talaron la tierra dos años, que no les dejaron recoger nada. En fin del año trescientos y trece falleció en Córdoba Ishac ben Ibrahim ben Sacr el Ocaili, que habia sido caudillo en tiempo del rey Muhamad y de sus hijos los reyes Almondhir y Abdala, y en la frontera oriental mantuvo la fortaleza de Montixon contra el rebelde Hafsun, y vencido de este caudillo vino á Córdoba en donde poco despues murió: fue su féretro acompañado de la nobleza de la ciudad

Viendo el caudillo Giafar ben Hafsun, que estaba en Toledo, que si se ponia cerco á la ciudad no seria posible mantenerla por falta de provisiones, y que no habia recursos en los pueblos cercanos, que todo habia caido en manos de Abdala el Jali, no quiso verse forzado á entregarse á sus enemigos, y con pretesto de amparar y defender la tierra, recogiendo cuantos tesoros tenia y pudo juntar de sus parciales, habiendo encargado la ciudad y su defensa á un esforzado caudillo, salió de la ciudad con la gente mas granada suya y algunos caballeros principales, que ignorando sus intentos, quisieron acompañarle. A pesar del valor de Giafar y de sus tropas continuaron las talas de la tierra de Toledo, y al tercer año escribió el rey Abderahman á los walíes de Mérida y de Valencia para que enviasen sus gentes al cerco de Toledo. El alcaide de Talavera, el de Uclis y Calatrava, fueron los primeros que cercaron la ciudad: púsose un numeroso campo á la parte Algufia ó del Norte, por donde no está ceñida del rio Tajo: que por donde este rio la ciñe el monte es alto

é inaccesible. Los primeros dias hicieron los de Hafsun algunas salidas contra los cercadores favorecidos de unos grandes y antiguos edificios que hay fuera de la ciudad por aquella parte. Luego que el rey tuvo nuevas de la llegada de sus gentes de Mérida y tierra de Valencia salió de Córdoba, y fue al cerco de Toledo para abreviar la entrada en la ciudad: con su presencia se adelantaron los trabajos: mandó destruir aquellos antiguos edificios que estaban entre la ciudad y su campo; y aunque todavía quedaba muy defendida con su natural elevacion y levantados muros, impidió las salidas de los cercados, que desde entonces fueron menos frecuentes.

Viendo el caudillo de Giafar el determinado ánimo del rey de entrar en la ciudad, y conociendo que los vecinos ya no podian vivir por falta de provisiones, y que por otra parte sus pocos soldados no bastaban á defender todas las puertas y contorno de las murallas, propuso á los vecinos principales que acordasen suplicar al rey que les concediese el seguro de sus vidas, y le entregaran la ciudad. Habia en ella muchos que decian que no debian rendirse, sino quedar enterrados en las ruinas de la ciudad. Los mas prudentes fueron de acuerdo de ofrecerse á la clemencia del rey, y para disculpar mejor su obstinada y larga resistencia, que seria bien facilitar en una alborada la fuga de tres ó cuatro mil hombres de los mas valientes que defendian la ciudad, y luego abrir las puertas al rey su señor. El mismo caudillo de Giafar adoptó y aprobó este pensamiento. Lo comunicó á sus compañeros, y sin mas dilacion á la noche animando á sus mas esforzadas tropas concertaron su salida en la madrugada, porque no se divulgase el intento y lo supiesen los cercadores. Antes de la venida del dia salieron impetuosamente y rompieron con dos mil caballos el campo de la gente de

Talavera: siguieron asidos á las cinchas y estribos otros dos mil hombres, y entre el tropel y algazara y la confusion de este movimiento lograron escapar cerca de cuatro mil hombres, que muy pocos quedaron en manos de los cercadores. Todo el campo se puso en armas, y luego supo el rey que las tropas de Giafar ben Hafsun habian huido de la ciudad, y concibió la esperanza de entrar en ella muy en breve. Aquel mismo dia salieron enviados de la ciudad á suplicar al rey que los recibiese bajo su fe y amparo, y no quisiese que los inocentes infelices y pacíficos habitantes de aquella ciudad fuesen tratados como rebeldes, pues muy á su pesar habian mantenido las tropas del rebelde Hafsun, y en el momento que se veian libres de sus opresores venian á ofrecerse á la obediencia de su rey. Abderahman les ofreció el seguro de sus vidas y bienes, y les mandó que abriesen sus puertas con la debida confianza. Volvieron los enviados á la ciudad, y á la hora estuvieron abiertas todas sus puertas: los principales vecinos y gentío inumerable salió á ofrecerse á la clemencia del rey, que los trató con benignidad. Entró con la caballería de su guardia y principales caudillos por Bab Sacra entre las aclamaciones y general alegría del pueblo. Concedió el rey un perdon general á todos los habitantes: despidió las tropas de Mérida y Valencia; y encargó al wali Abdala ben Jali el perseguir á los fugitivos restos de la hueste de Giafar ben Hafsun. Fue la entrada de Abderahman Anasir en Toledo en el año
927 trescientos y quince, y permaneció en esta ciudad hasta el fin de este año (1). Dió el gobierno de Toledo al caudillo Abdala ben Jali, y partió

(1) Abulfeda dice que el rey Anasir entró la ciudad por fuerza y arruinó sus muros; pero no destruyó sus muros, sino muchos edificios que habia extramuros.

el rey á Córdoba, donde fue recibido con grandes alegrías.

El rebelde Giafar solicitó el auxilio de los Cristianos de Galicia, ofreciéndose por vasallo y apazguado de su rey. Con numerosa hueste descendieron los Cristianos al Duero, y pasando este rio, vinieron á Zamora y Salamanca hasta llegar con su campo sobre Talavera, y combatieron sus muros, y destruyeron sus antiguos edificios, y las tropas del wali de Toledo fueron contra esta poderosa hueste y pelearon con varia fortuna, y no lograron hacerles levantar el campo, y entraron los enemigos en aquella ciudad y robaron muchas riquezas, y mataron hombres, niños y mugeres con bárbara crueldad. El wali de Toledo levantó la gente de su provincia y fue contra los Cristianos que huyeron á sus tierras cargados de despojos, talando y estragando la tierra. Abdala ben Jali los persiguió hasta el Duero, y mantuvo aquella frontera, y avisó al rey de los grandes daños que los Cristianos habian hecho en su entrada, y como habian destruido la ciudad de Talavera y otros muchos pueblos de la comarca, que la caballería muslime no habia podido alcanzarlos en su retirada que habian hecho por los montes entre jaras y arbustos.

Este año trescientos diez y siete murió en Córdoba el alfaqui Fadlo ben Salema ben Gewair el Gohni el Baheni, hombre de maravillosa erudicion, y célebre por ella en todas las aljamas de Oriente y de Occidente. Tambien murió este año el sabio alfaqui Amran ben Otman ben Jonas de Córdoba. En este tiempo llegó á Córdoba desde la frontera oriental el tio del rey, dejando aquella conquista en buen estado, que los enemigos no osaban descender de sus montes ni salir de sus enriscadas fortalezas. La nueva de la entrada de los Cristianos hasta Talavera fue causa de su venida, y

apenas allegó las banderas de la gente de Mérida y de Córdoba, partió á tomar cumplida venganza de los daños recibidos. Pasó el Duero esta hueste, y entró en Galicia á sangre y fuego, quemaban los pueblos y talaban los campos, tomando cautivos y ganados sin perdonar vida de hombre de armas tomar. Huían las gentes de sus pueblos, y todo lo dejaban por salvar sus vidas. Era ya tan grande la presa y el número de cautivos, que ordenó el caudillo la vuelta por no embarazar mas sus tropas. Al paso del Duero aparecieron los cristianos en considerable número, y los Muslimes para disponerse á pelear sin recelo de sus cautivos, que eran muchos, los degollaron. La batalla fue harto sangrienta, y los Muslimes quedaron vengados: los Cristianos volvieron dejando en el campo gran parte de los suyos para agradable pasto de fieras y aves carnívoras. A la vuelta mandó Almudafar reparar los muros de Talavera, y se acabó la obra año trescientos diez y nueve. Entró Almudafar en Córdoba el año trescientos diez y ocho, y fue recibido con aclamaciones de triunfo. En este mismo año trescientos diez y ocho falleció en Córdoba el cadi Sohaib, hombre muy estimado del rey Adderahman por su integridad y justicia, aunque sospechado de bebedor de vino segun la secta de la Iraça.

CAPITULO LXXIV.

De las cosas del Magreb y estado de los Beni Edris en Fez.

En este tiempo andaban en Almagreb muy encendidas revueltas y civil discordia: para inteligencia de tan importantes acaecimientos compendiarémos el estado

de las cosas del reino de Fez, para que se vea la ocasion y el principio del poder de los reyes de España en aquellas provincias.

El Imam Muhamad, hijo de Abdala, de la descendencia de Ali, habia tomado las armas en Arabia contra el califa Abu Giafar Almanzor: este Imam era biznieto de Husein, hijo del califa Ali. En el año ciento
762 cuarenta y cinco fue derrotado cerca de Medina por las tropas de Almanzor, y se refugió á la Nubia. Despues de la muerte de Almanzor le sucedió su hijo Almahedi, y el Imam Muhamad volvió á la Meca cuando los peregrinos estaban reunidos en aquella casa santa, y le reconocieron y aclamaron por su legítimo soberano los moradores de Meca y Medina y todos los pueblos del Hegiaz. Su virtud y loable vida le mereció el renombre de Elnasf Azequiyat justo y piadoso: tenia Muhamad seis hermanos, Yahye, Suleiman, Ibrahim, Musá, Isá y Edris, y á los cuatro envió á propagar el Islam en diferentes provincias. Ali pasó á Africa, Yahye fue al Corasan, Suleiman á Egipto, y desde allí pasó á la Nubia despues de la muerte de Muhamad, y de allí á la tierra de los negros: de esta pasó á tierra de Zab en la provincia de Africa, y despues entró en Telencen de tierra del Magreb, donde se estableció: tuvo muchos hijos que se difundieron en las provincias de Duncala y de Sus Alacsá.

785 El Imam Muhamad, que juntaba poderosas huestes, fué el año ciento sesenta y nueve contra el ejército del califa Almahedi, y le dió batalla muy sangrienta á seis millas de Meca; pero quedó vencido y murió peleando como bueno. Poco despues su hermano Ibrahim, que estaba en Basra, tuvo la misma suerte. Edris, sabida la muerte de sus dos hermanos, huyó con su liberto y familiar Rajid, y se vino á Egipto, donde fue acogido de un leal partidario de los

descendientes de Ali: el Egipto estaba entonces en manos de los Alabas: el wali de Egipto, aunque supo su venida, no quiso mancillar sus manos con la sangre de un pariente del Profeta ni incurrir en la desgracia de su soberano concediendo asilo á un enemigo suyo, y así mandó avisar á Edris, que sabía donde estaba, que partiese sin tardanza y en tres dias saliese de Egipto. El mismo que le habia hospedado le sirvió de guía, y por caminos seguros y estraviados le llevó á tierra de Barca, para evitar que cayese en manos de los que le buscaban de órden del califa. Llegados á Barca le proveyó de lo necesario y le dejó con su liberto Rajid. Pasaron de allí á tierra de Africa sin detenerse, y permanecieron algun tiempo en Cairvan, y allí acordaron pasar á Almagreb Alacsa. El liberto Rajid le disfrazó y vistió de esclavo para mayor seguridad, y le llevó á Telencen, donde estuvieron algunos dias. De aquí entraron en Tanja, pasaron el rio Muluya hasta entrar en la provincia de Sus Aladna, que se estiende desde el rio Muluya hasta el rio Om-arrebia, que es la mas fértil provincia del Magreb: la superior, ó Sus Alacsa, se estiende desde el Gebal Alderen, ó Atlas, hasta Belad Nun. Era entonces Tanja cabeza de todo el Magreb. Se detuvo allí Edris pocos dias porque no halló medios de cumplir sus intentos, y en compañía de su leal Rajid pasó á Velila, ciudad de corta poblacion y de muy feraz campiña. Favorecióle su gobernador Abdelmegid Eleurobi, que era de la secta de los Motazelíes: la buena acogida que le hizo este wali llenó de confianza á Edris, y le descubrió quién era. A los seis meses de su permanencia en Velila Abdelmegid juntó su familia y las cabilas arubas, y les presentó á Edris, y
788 de comun acuerdo le aclamaron por su rey en la luna de ramazán del año ciento setenta y dos.

Los Zenetes y otras cabilas de Berberíes de Almagreb siguieron este ejemplo: viéndose Edris poderoso emprendió diferentes conquistas: sojuzgó toda la provincia de Temezena, luego la de Tedela, cuyos moradores eran los mas Cristianos y Judíos, y les obligó á entrar en el Islam: siguió sojuzgando todo el Magreb, forzando á los infieles cristianos y judíos á rendirse á su obediencia: se apoderó de las ciudades y fortalezas en donde se habian refugiado, y les obligó á abrazar el Islam. Despues de estas expediciones muy venturosas se adelantó contra Telencen para sujetar las cabílas de Magaraba y Beni Yefrun: el wali de esta se entregó por avenencia, y luego mandó edificar una mezquita.

La fama de las conquistas de Edris llegó á los oidos del califa Harun Rajid, y le pesó mucho de ellas, y tuvo temor, y consultó sobre esto á su wazir Yahye ben Chalid el Barmeki, y por su consejo envió á Magreb un hombre muy astuto para asesinar á Edris. El enviado para esto fue Suleiman ben Jorais, hombre docto y elocuente, el cual supo ganar la confianza de Edris, porque entonces en Magreb no habia sino gente rústica é ignorante, de suerte que Edris no tenia otra persona con quien tener una conversacion agradable. El cuidado y desvelos del leal Rajid impidieron mucho tiempo el que Suleiman pudiese poner en obra su infame encargo. Un dia que estaba á solas con Edris le presentó un pomo de olor diciendo que le habia traido de Asia, porque en Magreb no habria confecciones aromáticas, y le suplicaba se dignase recibirle. El botecillo estaba emponzoñado, tomóle Edris, y Suleiman fingiendo una necesidad natural salió y se fué á gran priesa á su casa, tomó un veloz caballo y huyó al momento. Edris apenas olió el botecillo cuando cayó desmayado, y en la tarde de aquel mismo dia falleció sin haber podido hablar una palabra. Poco despues de la muerte de Edris se notó la

falta de Suleiman, y sabido que habia partido de la ciudad con tanta diligencia por haberle encontrado algunos á distancia de ella, al punto sospechó el leal Rajid, y luego partió en su alcance, y al paso del rio Muluya le alcanzó y le acometió, y le hirió y cortó la mano derecha; pero logró escaparse. No dejó Edris hijos nacidos, sino una esclava preñada de siete meses. Juntó Rajid las cabilas berberíes, y les propuso que esperasen que la esclava diese á luz su preñado, y si fuese niño le reconocerían por su señor, y si fuese niña los jeques de las tribus dispondrían del trono como les pareciese. Todos convinieron en esto, y se concertaron en tener á Rajid por señor si la hermosa (1) Kinza pariese niña. A los dos meses la esclava parió un hermoso niño que fue llamado Edris, y fue reconocido por heredero del trono, y Rajid quedó encargado de la regencia y educacion del príncipe durante su menor edad.

A los once años y meses fue Edris jurado rey por todas sus cabilas, y comenzó á gobernar por sí mismo: la fama de sus virtudes le atrajo muchos pueblos á su obediencia, y acrecentó mucho la fuerza de sus ejércitos. Hacia grandes honras á los Arabes, y se fueron muchos de España á vivir en sus estados. Entre otros distinguió mucho á Omair ben Masab Alezdi, y le tomó por wazir, y por cadi á Amer ben Muhamad ben Said el Caisi, de la familia de Cais Gailan: era este hombre piadoso y muy docto tradicionero, discípulo de Malic y de Sofian, pasó á España, y allí hizo la guerra contra infieles, luego volvió á Africa á la provincia Adwa, en donde halló muchos Arabes que siguieron sus consejos, y se pasaron al partido de Edris, y fueron

(1) En mi manuscrito arábigo de la historia de Fez se llama esta esclava Kethira; pero en otras copias buenas mudados los ápices de la th, ésta se hizo n, y la r se convirtió en z, y resultó Kinza, que tambien es nombre usado de mugeres.

tantas las cabilas Berberíes que vinieron á Velila, que no cabian en la ciudad. La gran concurrencia de pueblos en Velila determinaron al rey Edris á fundar una nueva ciudad en un sitio vecino al rio Zebu; pero notando que era lugar espuesto á las inundaciones de invierno del rio Zebu, mudó de pensamiento y la edificó en otro lugar comprando el terreno á los Berberíes que lo
807 poseian: esto fue año ciento noventa y dos de la hegira. Edificó la ciudad partida en diferentes barrios, ó cuarteles divididos con muros, en especial dos grandes barrios, uno llamado Alcarvin, y otro Andalucin, y en el de Alcarvin edificó la grande aljama que costeó una muger noble llamada Fatima y la aljama del barrio Andalucin otra insigne muger llamada Maryem, ambas con bienes lícitos y heredados de sus padres y hermanos. Despues, en tiempos posteriores, se hicieron magníficas estas aljamas: cuentan que un judío cavando los cimientos de una casa halló una estatua de muger que tenia en el pecho una inscripcion que decia: en este lugar estaban los baños que habian durado mil años, se destruyeron para edificar un templo al servicio de Dios. De la fertilidad de la tierra de Fez dice Abdelhalim que los frutales en las huertas de fuera de la puerta de Beni Mosafir, y en los prados que llaman Merg-Carca, dan dos frutos al año, de suerte que se comen peras y manzanas nuevas en estío y en invierno; y en el sitio llamado Hafs Almasara, fuera de la puerta llamada Bab Asheria, que es una del barrio Alcarvin, se siegan las mieses á los cuarenta dias de sembradas, y he visto por mis ojos tierras sembradas á quince de abril, y segadas en fin de mayo, de manera que en cuarenta y cinco dias dieron una buena cosecha, y esto fue el año seiscientos noventa, que llamaron de la Seca, porque no llovió gota en cuatro meses, que hasta doce de abril no cayó lluvia alguna, se labró la tierra,

y quiso Dios que en tan poco tiempo fuese la cosecha como he dicho.

Edris, despues de edificar la ciudad de Fez, dilató los límites de su imperio con muy venturosas conquis-
828 tas, y murió en el año doscientos y trece de edad de treinta y tres años, dejando doce hijos varones, y le sucedió en el trono el mayor llamado Muhamad. En el reinado de este hubo discordia y guerra doméstica, que debilitó las fuerzas del estado: sin embargo los hijos de Edris continuaron reinando hasta el año trescientos setenta y cinco, como verémos. En el reinado de Yahye, hijo de Muhamad, quinto rey de los Edrises, se engrandeció la aljama que sucesivamente se fue acrecentando por otros príncipes. Yahye ben Edris, octavo rey de esta dinastía, se vió cercado en
917 su capital el año trescientos y cinco por las tropas de Obeidala, primer califa de los Fatimitas, y logró el rey Yahye que se levantase el cerco pagando gran cantidad de dinero y obligándose á obedecer á Obeidala como á su soberano.

CAPITULO LXXV.

Del estado de los Beni Aglab en Africa.

Porque mejor pueda entenderse la ocasion de las guerras que el rey Abderahman fue forzado á mantener en Africa en tierras de Almagreb, será bien compendiar los mas importantes sucesos de los Beni Aglab, señores de Africa.

761 En el año ciento cuarenta y cuatro el califa Abu Giafar Almanzor nombró amir de Africa

á Muhamad ben Alaxath el Gazei, y con la hueste que llevó á ella fue Ahmed ben Abi el Aglab, que era su nombre Ibrahim ben Abdala ben Ibrahim ben Aglab Abulabas: era hombre docto en la lengua, y en astrología y otras ciencias; pero muy vano y preciado de su nobleza: era deudo suyo Ased ben el Forat ben Senen, familiar de Beni Solmi de Nisabur, este habia nacido en Harran, y se apellidaba Abu Abdala, y solia decir de sí y de sus nombres: yo soy Ased, y el leon la peor de las fieras, mi padre Forat, y Forat la peor de las aguas, mi abuelo Senen y la sierra la peor de las armas. Contaba de sí Abulaglab que siendo de dos años, el año ciento cuarenta y cuatro le llevó consigo su padre con Muhamad ben Alaxath el Gazei en la hueste, que entró en Cairvan, y permaneció allí cinco años, que despues pasó con su padre á Tunes, y estuvo allí como nueve años, y cuando cumplió los diez y ocho sabia de memoria todo el Alcoran. Luego fue á oriente, y en Medina estudió ciencias, y pasó á la Iraca, y
797 volvió á Cairvan año ciento ochenta y uno. En este tiempo Zeyadatala ben Ibrahim ben el Aglab le encargó el mando de tropas que enviaba á la conquista de Sicilia, y salió para ella en la luna de rebie primera del año doscientos y doce, que conducia diez mil hombres, los novecientos de caballería: que conquistó gran parte de ella, y su deudo Ased ben Forat
827 murió cercando Medina Siracusa, año doscientos y trece. Escribió Zeyadatala á Mamun el califa la conquista de Sicilia por mano del caudillo Ased ben el Forat.

Quedó Ben Abdala el Aglab en Sicilia siguiendo
832 aquella conquista hasta el año doscientos diez y siete, que vino á Africa con muchos cautivos y despojos muy preciosos, que allí consiguió grandes victorias. Ya el año doscientos y cuatro habia en-

trado en aquella isla como ocho años antes de la conquista que hizo de ella el caudillo Ased ben el Forat.

835 Fue wali de Sicilia Abdala ben Ibrahim Abulaglab desde el año doscientos veinte y uno, que permaneció allí todo el tiempo de su vida.

Zeyadatala, hijo de Ibrahim ben el Aglab Abu Muhamad, fué wali de Africa despues de su hermano Abulabas año doscientos y uno, su padre fue de los Arabes mas esforzados y célebres de su tiempo, de mucha erudicion é ingenio, nació como treinta años antes que Lehibatala Ibrahim el Mahedi, y fue Zeyadatala quien edificó la aljama de Cairvan y su patio de hermosos ladrillos y mármoles, despues que habia sido destruida, y edificó todo el mihrab de mármol de abajo á arriba con elegantes labores é inscripciones, y cercó la aljama de fuertes muros labrados con piedras blancas y negras pulimentadas y brillantes: delante del mihrab colocó dos columnas magníficas de pórfido puro purpúreo, figuradas con tauxias ó labores naturales en el pórfido, y decian los que veian estas columnas, así de oriente como de occidente, que no habia cosa semejante: que el señor de Constantinia llegó á ofrecer por ellas lo que pesaban de oro, y no se le hizo caso por honra del Islam. El primero que edificó esta insigne aljama fue Ocba ben Nafe el Fehri, que fue quien muró la ciudad de Cairvan el año cincuenta y tres, y cuando fue wali de Africa Hasan ben Nooman el Gasani la destruyó menos el mihrab, y luego la reedificó y cuando fue wali de Africa Jezid ben Hatim año ciento cincuenta y cinco se destruyó, y la volvió á edificar, y cuando lo fue este Zeyadatala la derribó y la edificó con mucha magnificencia, como va descripta, y acabó

837 la obra año doscientos veinte y dos, y despues murió él en luna regeb del año doscientos veinte y tres.

Es notable lo que se cuenta de Abu Ibrahim Ahmed el Safeki ben el Aglab, que siendo wali de Africa antes del año doscientos diez y siete le envió á decir el califa Almamun que habia entendido que aclamaban en sus almimbares á Abdala ben Taher ben Alhusein, que habia sido gobernador de Egipto y de Africa. El Aglab se ensañó de esto, y ordenó que el enviado del califa entrase á su presencia despues que habia comido y bebido, y estaba con sus cabellos y barba erizados, y sus ojos como brazas de fuego, vista que atemorizó al enviado, y le dijo lleno de cólera: ya sabe amir Amumenin mi lealtad y la de mis antepasados: impertinente é injusta es su reconvencion; aquí no se ha aclamado á ningun siervo fugitivo ni proscripto, y no han faltado ni faltan inquietudes y pretensiones; y echando mano á una bolsa que tenia al costado, sacó mil dinares de oro, y los dió al enviado para que los presentara al califa, que todos estaban acuñados en nombre de Edris Alhasani, esto para que viera el califa la extension y poder de sus enemigos en Almagreb, y en su respuesta al califa añadió en dos líneas estos versos:

Soy como fuego escondido en su duro pedernal,
Si se le hiere y excita, su ardiente llama dará:
Soy leon que sus cachorros guarda en su cañaveral,
Si can ladrando le irrita, su muerte provocará:
Soy mar en calma, sus olas el viento puede alterar,
Temerario navegante, teme la furia del mar.

Dicen que Almamun alabó sus versos, y quedó satisfecho de su lealtad y servicios.

El Aglab ben Ibrahim Abu Icala, apellidado Gezar, fue wali de Africa despues de Ibrahim ben el Aglab, el tercero de sus hijos, y por sus virtudes el primero: Abu Alabas Abdala sucedió por pacto á su padre, que al tiempo de su muerte estaba en Tarabolos; pero su

hermano Zeyadatala se alzó con el estado en su ausencia, y recibió la jura de obediencia para sí y su familia, pero no duro mucho su permanencia. El segundo que fue Abu Muhamad Zeyadatala fue quien reinó mas tiempo. Abu Ical sucedió á su hermano Zeyadatala, fue el tercero, y se le llamaba Abu Ical el Aglab: fue muy breve su reinado, que no duró sino dos años, nueve meses y algunos dias: era el mas virtuoso de su familia, y muy amado de sus pueblos: prohibió en Cairvan
840 el uso del vino y del sahba: falleció Abu Ical en fin de la luna rebie segunda año doscientos veinte y seis.

Sucedió en el estado su hijo Muhamad ben el Aglab
856 ben Ibrahim ben el Aglab Abulabas, y murió dia lunes dos de muharram año doscientos cuarenta y dos, y tenia treinta y seis años, y reinó quince y ocho meses y doce dias: no tenia barbas, ni dejó hijos, pero fue bueno y generoso. Le hizo guerra su hermano Ahmed, y le venció y obligó á retirarse á Oriente: hubo otras muchas guerras en que fue vencedor ayudado de su hermano el segundo, que se llamaba Muhamad tambien, y se apellidaba Abu Abdala,
847 y era gobernador de Tarabolos de su órden y allí murió en su tiempo el año doscientos treinta y tres: y dió Muhamad este gobierno al hijo de su hermano que llamaban Abulabas, y este fue quien hizo versos celebrando en ellos su prosapia. Ibrahim ben Abi Ibrahim Ahmed ben Abi Abdala hubo el mando despues de su hermano Abu Abdala Muhamad ben Ahmed, el conocido por el Goranic, por su aficion á la caza de gruas: fue este Muhamad declarado sucesor por pacto de su padre, y se celebró su jura con gran solemnidad de mas de cincuenta jurados en la aljama de Cairvan, jueces y alfaquíes, y sin embargo cuando pereció Ahmed el Goranic, seis dias pasados de la lu-

874 na giumada primera del año doscientos sesenta y uno, su hijo Muhamad fue echado del pueblo de Cairvan, y eligieron á Ibrahim ben Ahmed y Dios los castigó con sus injusticias y agravios, llegó á tanto que le llamaban el malo: al principio de su reinado fue bueno, y mantuvo justicia como siete años; luego despues se apoderaron de él sus pasiones y sus enemigos, y derramó mas sangre que todos los de su familia, y principió asesinando á sus compañeros catibes y hagibes, y á sus deudos con muchas crueldades, aun contra mugeres de su familia: era tan avaro como cruel y vano: él decia en unos versos: nosotros somos astros, hijos de las estrellas, nuestro abuelo fue la luna del cielo, el sol nos dió su poderoso influjo, quién llega á tan alta y celeste nobleza! Ojalá hubiera él durado tan poco como la celebridad de sus versos, y lo mismo su descendencia; pero su reinado fue largo y malo como noche de invierno, pues reinó veinte y nueve años, cinco meses y diez y ocho dias: Dios cumplió su divina voluntad.

Cuenta Abu Obeid el Becri, que Ibrahim ben Ahmed fue quien edificó Medina Roqueda, y estableció en ella su corte, y la trasladó de Medina Alcázar Cadim, y construyó en Roqueda alcázares y aljama de magnífica y maravillosa fábrica, y no cesó desde entonces de ser la corte ó casa del reino de los Beni Aglab, hasta que fue echado de ella Zeyadatala por Abdala el Jiyei, caudillo de Obeidala el Mahedi, y este habitó en ella hasta que se trasladó á Mahedia, y se llevó los vecinos y fue destruyéndola sin cesar en su tiempo, hasta que reinó Aben Ismail que destruyó lo que quedaba, arrasando hasta sus ruinas, que no quedó para memoria sino unos huertos. No hay en Africa ambiente mas puro y delicioso, ni temple mas benigno, ni auras mas apacibles y saludables que las del sitio de Roqueda. Se

refiere que un príncipe de Beni Aglab estaba enfermo, que habia dias que no podia dormir, y le ordenó su Ishac, esto es, su médico, que era de Atrifal, que si no podia dormir que anduviese é hiciese ejercicio en el campo, que así lo hizo, y cuando llegó al sitio de Roqueda se adurmió, y por esto desde entonces se llamó Roqueda: se labraron casas de recreo de los príncipes. Cuando la edificó y pobló Ibrahim ben Ahmed prohibió en Cairvan la venta del vino, y la permitió en Medina Roqueda, y con este motivo se quejaba un ingenio de Cairvan, y decia: ó Señor de los hombres, hijo de sus señores, cuan sumisos y atentos estamos á tu soberana voluntad; por ella el vino es harem prohibido en nuestra ciudad, y es halel lícito en Roqueda! Cuenta Abu Ishac el Raquíqui, que en el imperio de este Ibrahim se fomentó y floreció la literatura en Africa, y el exquisito gusto en las artes. Cuenta el mismo que Becre ben Hemad el Taharti tenia necesidad de presentar al rey una súplica, y los siervos le dijeron: hoy al alba salió el rey á holgarse en sus jardines con sus esclavas, y no nos es permitido entrar á donde está, que hoy no se ocupa de negocios: que el Taharti escribió en unas rosas que debian presentarse al rey y á sus esclavas estos versos:

Las hermosas aunque esclavas y de los hombres polilla
Como soberanas mandan y á sus dueños esclavizan:
Pero si queremos rosas cuando el campo no las cria,
Placientes nos las ofrecen en sus mejillas mas lindas.
Esta súplica yo espero que será favorecida,
Por ser formada de rosas, imagen de sus mejillas.

Los versos fueron leidos, aplaudidos y cantados por las esclavas del rey, y el Taharti logró el favor que pretendia, y una cédula sellada de cien dinares.

Habia puesto el rey Ibrahim ben Ahmed el Aglab

en el gobierno de Tarabolos á su primo Muhamad ben Zeyadatala ben Muhamad ben el Aglab, hombre humano y docto y amigo de los sabios: su padre Zeyadatala habia sido wali de Africa despues de su hermano Ahmed ben Muhamad, que fue muy político y de buen consejo, que habia aprendido con el cadi Suleiman ben Amram,, solia decir que Zeyadatala el Saguir (1), que así se le llamaba á distincion de su padre Zeyadatala ben Ibrahim ya dicho, era el príncipe mas sabio y mas virtuoso de los Beni Aglab. El rey Ibrahim ben Ahmed aborrecia á este su primo wali de Tarabolos, y este por su parte no queria bien al rey su primo, y excitado de algunos enemigos ó agraviados del rey Ibrahim envió un cadi al califa de Bagdad Almoatedhid, y le dieron quejas de las tiranías y crueldades de Ibrahim: y cuenta el historiador Abu Ishac Ibrahim ben el Casim, el conocido por el Raquiqui, que el califa Almoatedhid escribió á Ibrahim desde la Iraca, diciéndole que estaba maravillado de los males y crueldades que de él le decian, que contuviese su natural inclinacion á derramar sangre, y al mismo tiempo le prevenia que mantuviese en el gobierno de Tarabolos al hijo de su tio, Muhamad ben Zeyadatala, señor en aquella tierra. Con estas cartas y los avisos que Ibrahim tenia de algunos envidiosos y pérfidos amigos que le comunicaban las diligencias y pasos de su primo Muhamad ben Zeyadatala contra él, partió Ibrahim á Tarabolos fingiendo que salia para Egipto, y aparentando con él mucha benevolencia hasta que se apoderó de él cenando en su alcázar, y le mató y clavó en un palo con tanto odio y crueldad, que mató á todos sus hijos é hijas chicos y grandes, y mandó abrir el vientre á las

(1) Aunque el Saguir significa el chico y último en órden, este Zeyadatala no fue sino el segundo de este nombre, que despues hubo otro Zeyadatala, que fue el último, y en quien acabó esta dinastía.

mugeres y esclavas preñadas; atrocidad bárbara é in-
989 humana: fue esto el año doscientos ochenta y tres; y todo esto se hizo con tanta celeridad que entre su salida y su vuelta no pasaron quince dias. Habia escrito este príncipe Muhamad el libro intitulado recreo de corazones, y otro libro de las flores, y Abu Ali Husein ben Abi Said el Cairvani menciona algunas de sus poesías, y una historia de los Beni Aglab, que él mismo habia compuesto.

El rey Ibrahim ben Ahmed declaró sucesor de su reino á su hijo Abdala ben Ibraim ben Ahmed Abulabas; era muy esforzado y político, muy sabio en el arte de la guerra, que su padre le ejercitó en ella desde muy niño: vivió en tiempo de su padre en continuos temores y sobresaltos por su cruel natural y condicion inhumana contra deudos y estraños: era muy difícil el agradar con sumision y rendimiento á tan maligna índole: se sirvió de él su padre en muchas guerras, y le distinguió entre sus hermanos por su discrecion y valor y la felicidad de sus armas. Luego que le declaró sucesor del reino le entregó el sello real, y la fecha de este decreto era dia juma ocho dias faltantes de la lu-
901 na rebie primera año doscientos ochenta y nueve, el mismo dia en que murió el califa Almoatedhid, y le sucedió su hijo Almoktefibila. En la luna dilcada de este mismo año murió el rey Ibrahim ben Ahmed, y aquella noche se vieron como lanzadas infinitas estrellas que se esparcieron como lluvia á derecha é izquierda, y se llamó este año el de las estrellas. Reinó este rey Abdala ben Ibrahim un año y cincuenta y dos dias, que fueron de equidad, humanidad y justicia; pero no concedió el cielo esta ventura á los pueblos sino por poco tiempo, como que no la merecian. Asesinaron á este virtuoso rey Abdala la noche

902 del miércoles, último dia de la luna de jaban año doscientos y noventa. Habia preparado esta maldad su propio hijo Zeyadatala ben Abdala ben Ibrahim; teníale su padre en Sicilia como desterrado ó preso, y con liviandad y mal consejo ordenó á tres esclavos de Sicilia que matáran á su padre: esta inhumana y ferina maldad fue ejecutada por ellos estando el rey durmiendo en su cama; y fueron con su cabeza á Sicilia, y les pagó su injusta y atroz obediencia clavándolos en palos.

Zeyadatala, hijo de Abdala ben Ibrahim, apellidado Abu Mozar, fue el último de los reyes de Beni Aglab, que en él acabó su estado por Obeidala el llamado Mahedi (1), primero de los reyes Axiyeis, cuando el wali del Mahedi, el esforzado caudillo Abu Abdala el Jiyei adelantando las pretensiones de Obeidala, venció el ejército de Zeyadatala en dia sábado seis faltantes de

908 la luna giumada postrera del año doscientos noventa y seis, y entró en Medina Elerbas á fuerza de espada: llegó la nueva á Zeyadatala á la hora de la oracion de alasri ó media tarde del domingo siguiente, y huyó delante de los vencedores, y se entregó á ellos todo el pais, porque no le amaban sus pueblos, y pasó á Tarabolos á la derecha de Diar Misr confines de Egipto, y fue su reinado seis años, dos meses y algunos dias. Este tiempo lo pasó en vanidades y delicias en Medina Roqueda que habia poblado su abuelo Ibrahim ben Ahmed, que la habia edificado

(1) Mahedi quiere decir guiador ó director de los hombres: este título se han dado varios impostores ambiciosos entre los Muslimes, fundados en una estraña prediccion de su Annabi Mahomad, que decia que á vuelta de trescientos años habia de salir el sol por Occidente: esto lo entendieron de una revolucion política ó religiosa en tierras del Magreb ó Poniente, y con este título este Obeidala fundó la dinastía de los Fatemis ó Ismaelíes.

y hecho amena, y que corriesen en ella aguas cristalinas, y plantó allí diversidad de árboles frutales, y alamedas de apacible sombra, con muchos arrayanes y otros preciosos árboles aromáticos, y construyó una buena muralla que cercaba los alcázares, el uno se llamaba Bagdad y el otro el Mochtar, que eran de mas estension que Medina Cairvan, y entre ambas ciudades habia la distancia de seis millas. En el reinado de este Zeyadatala se edificó de su órden una soriha ó grande alberca de quinientas brazas de larga, y cuatrocientas de ancha, é iba á ella un espacioso canal que formaba un claro lago, que llamaban el mar; y en él edificó un hermoso alcázar, que se llamaba el Arus, construido sobre cuatro grupos de muchas columnas unidas, y gastó en él, sin contar las multas y condenas de los Judíos y Agemíes ó Cristianos, doscientos y treinta y dos mil dinares de oro. Solia decir de este alcázar Obeidala el Mahedi que era la primera y principal cosa de las tres que habia visto en Africa que no tenian igual ni semejante en Oriente. Y en la construccion de este magnífico alcázar se verificó lo que decia en ocasion semejante Abulfathi el Busti:

En juegos y vanidades en tanto que el rey se huelga,
El hado fatal decide de su estado y su grandeza.
Mientras en delicias nada á sus oidos no llega
El estruendo de las armas ni el grito de la pelea.

Todas estas cosas perdió en un dia desgraciado de batalla el rey Zeyadatala el año doscientos noventa y seis, y huyó á Egipto, y allí murió violentamente, Fue aclamado en Roqueda Obeidala dia juma nueve dias
909 por andar de la luna rebie postrera año doscientos noventa y siete, y fue su llegada á ella dia jueves, y fue aclamado califa, y así acabó el reino de los Beni Aglab despues de ciento y doce años, y los

Beni Madrez reinaban en Sigilmesa despues de ciento y sesenta años, y reinaban en Tahart los Beni Rustam despues de ciento y treinta años. Mogbar ben Ibrahim ben Sofian era de los Aglab, y su tio el rey Ibrahim ben Ahmed le habia dado el gobierno de Elarbosa, y por un acalorado juego de cañas se ensañó contra él, y le desterró á Sicilia; y este wali mandaba la hueste y naves que estaban en Mesina y tierra de Calauria despues de la batalla de Milaso, y salió con sus naves para Calauria, y cayó en manos de los de Rum, y le llevaron cautivo á Constantinia, y allí finó en su prision, y envió aquellos versos de sus lamentaciones, que allí escribió en su cautiverio, que principian:

¡O quién hubiera sabido lo que fortuna ordenaba
Contra mis Alcairovanes y mis valientes de Alcazar!

y acaban:

Tal vez aquel que libró á Jusuf de amantes bascas,
El que alivió las tristezas de Ayub y su malandanza,
Aquel que salvó á Ibrahim de las encendidas llamas,
Y á Muza entre Farahones le dió vencedora vara,
Abatiendo los encantos que á los Egipcios pasmaban,
Dará al cautivo paciencia como le da la esperanza.

Muhamad ben Hamza fue el caudillo que envió Zeyedatala ben Ibrahim á prender á Mansur el Tombuzi en su alcázar de Mahamedia, y despues fue vencido y muerto en batalla por la poca afeccion del ejército á su rey Zeyadatala y á su caudillo, y Ahmed ben Muhamad ben Chamza ben el Safil fue hagib de Ibrahim ben Ahmed y de su hijo Zeyadatala, y le confiaba todos sus negocios, y fue muy buen caudillo y prudente consejero, y el que solia decir: no todo lo que nuestros enemigos intentan y revuelven contra nosotros son

cosas convenidas y decretadas: lo que ha de ser, y lo que nos ha de sobrevenir, favorable ú adverso, ya lo decretó Dios antes que lo piensen ni deseen nuestros amigos ó enemigos. Abdala ben Asayeg fue sahib el Barid ú capitan de los forénicos ó cursores del rey Zeyadatala, y contaba Abu Ishac el Raquiqui que el rey Zeyadatala pocos dias antes de su desventura preguntó á un cantor suyo si sabia algun tono ú concepto que él no le hubiese ya oido, y le respondió: señor, un verso solo, pero no me puedo acordar de su principio ú primer emistiquio; y le dijo el rey pues dí lo que sabes, y le cantó:

Ya de triste partida — el infausto cuerbo (1) llega.

En aquel punto llegó Abdala ben Asayeg, su correo mayor, que era muy erudito y buen poeta, y le dijo el rey lo que pasaba; y este muy maravillado, y lleno de espanto por las noticias que tenia y el peligro en que todo estaba, le dijo al rey: no ví tal en mi vida, el primer emístiquio de ese antiguo verso es este:

Ensaya tu corazon — y al sufrimiento le enseña,
Que de la triste partida — el infausto cuerbo llega.

Y á pocos dias despues fue forzoso que el rey Zeyadatala huyera delante de sus enemigos, perdiendo sus estados, y poco despues su vida.

(1) En la vida vaga y trashumante de los Arabes Bedawis ó campestres, observaban ellos que al levantar sus tiendas y rancherías para mudarse de unos valles á otros, acudian cuerbos, y como que les anunciaban y presagiaban la partida; porque en las prevenciones para el viaje solian degollar reses: de aquí procedia el llamar ellos Gorab albein, cuerbo de separacion ó de partida, al primer cuerbo que descubrian al disponerse para partir; y su poesía está llena de estas imágenes y observancias rústicas.

CAPITULO LXXVI.

De los Reyes Jiyeis que aparecieron en fin de este centenar en Africa.

Fue el primero Obeidala, apellidado el Mahedi Abu Muhamad: se ignora su orígen y verdadera prosapia, así decia el Razi: unos decian que fue hijo de Muhamad ben Abderahman el Bosri, de Medina Salameya: otros decian que fue hijo de Muhamad ben Ismail ben Giafar ben Muhamad ben Alí ben Husein ben Ali ben Abi Taleb: otros, y muy fidedignos, como Abulcasim Ahmed ben Ismail el Razi el Haseni, que decia: por Alá que Obeidala no es de nuestra ascendencia y prosapia, que este hombre no es conocido sino por sus hechos: lo mismo decia Abu Becre ben el Téib el Baquillani. Los Genealogistas de Egipto apuraron mas sus verdaderos orígenes, y Aben Abi Taher en sus historias de Bagdad manifiesta que el levantado ú rebelde en tierra de Cairvan, Obeidala ben Abdala ben Salem, fue un ahorrado de Aben Sindan el Baheli, que fue Sahib Jarta y caudillo de frontera de Zeyad, el conocido por sus huestes que llevó á Abdala á Salameya, y allí se acomodó con unos honrados mercaderes, y que trataba en azofar y otros metales en aquella cuidad: que cuando se levantó el Carmati en Syria se fué con él, y despues se huyó á Egipto y luego á Algarbe, y en Occidente fue conocido por el Bosri: dice Razi que entró ya con él en Cairvan su hijo Muhamad, el conocido por Abulcasim. De suerte, que no se conviene ni en su prosapia ni en su nombre, ni en la de su hijo, pues hay quien dice que el hijo

fue Abderahman: otros que Muhamad fue quien le educó, que Obeidala fue de Beni Hasan ben Ali, y que Abulcasim, el que le sucedió en la rebelion, fue de Beni Husein ben Ali Ismaeli: que Obeidala se casó con la madre de Abulcasim, que era Rumia, y de la familia de Beni Husein, y que se apellidó este jóven Abulcasim, Abderahman, Muhamad y Abu Giafar, y tambien Hasan: que entró con Obeidala desde Siria en Egipto: que allí esperó los de Yemen y despues los de Barca: que entró con sus amigos y gente de confianza en Magreb: que paró en Sigilmesa, y se le allegaron los Berberíes, y dió el principal impulso á sus conquistas Abu Abdala el jiyei, que venció el ejército de Zeyadatala el Aglab, y le hizo wali de Roqueda, y á su hermano Abulabas de Zab y otras comarcas de Africa; y en pago de tan señalados servicios los mandó matar á los dos hermanos á Abu Abdala y Abulabas, que era mayor que él; y los asesinó Arubato el Cutemi de su órden en dia martes al acabar la luna de dilhagia año doscientos no-
910 venta y ocho, y los mandó enterrar en el jardin del alcázar. El mismo Arubato el Cutemi fue muerto cruelmente poco despues por órden de Obeidala. Luego principió á edificar Almahedia: dicen que en sábado dia cinco de dilcada año trescientos y tres, y
915 tembló el sitio, y lo fortificó con fuertes y torreados muros y magnífico alcázar, y pobló la ciudad con sus gentes, y pasó á ella Obeidala en jawal del año trescientos y ocho, despues de haberse apoderado de Africa y provincias de Almagreb, Tarabolos, Barca y Sicilia, y declaró sucesor de su imperio á su hijo Abulcasim Alcayembimrila, á quien envió dos veces á Egipto, la primera el año trescientos y uno, y se apoderó de Alejandría, Alfium y parte de Saida, y volvió á Magreb año trescientos y dos; y no cesó de acrecentar sus conquistas y estado hasta que murió á mitad de

la luna rebie primera año trescientos veinte y dos:
933 continuó su reinado desde que llegó á Roqueda y fue jurado en ella hasta que murió, que fueron veinte y cuatro años, dos meses y veinte dias: otros cuentan su reinado desde que pareció triunfante en Sigilmesa en primero de dilhagia año doscientos noventa y seis, y cuentan desde este dia hasta que murió en Mahedia veinte y cinco años, tres meses
873 y tres dias cumplidos de califado: era de sesenta y dos años, habia nacido en Salameya ó en Bagdad años doscientos y sesenta, y su hijo Abul-
891 casim habia nacido año doscientos setenta y nueve ó setenta y ocho.

Cuenta Abu Obeid el Becri, que Obeidala el Mahedi despues de haber asesinado al wali Abu Abdala el jiyei y á su hermano escribió á las provincias de Almagreb para que sus pueblos se vinieran á su obediencia, y se dió título de Iman, y fue en estas tierras el primero que se llamó Amiramumenin ó príncipe de los fieles, como los califas de Bagdad; y dicen algunos que fue quien primero acuñó monedas de plata y oro en Africa con estos augustos títulos. Tambien escribió con mucha altanería al wali Said ben Salhi, gobernador de Medina Nocor y sus comarcas, en Almagreb, que las tenia por los Meruanes de España, y decia en sus cartas que no rehusase venir á su obediencia por bien, porque si llegaba á entrar por fuerza de espada no quedaria hombre á vida en aquella tierra, y en lo bajo de la carta puso estos versos:

Si de paz á mí os venís iré con paz y clemencia,
Si quereis medir las armas os venceré en la pelea,
Mis espadas vencedoras humillarán á las vuestras.

Un Andaluz originario de Toledo, conocido por el

Achmis, le respondió de órden de Said ben Salhi en estos versos con los mismos consonantes:

Por la Casa de Dios juro que tu vanidad te ciega,
Sin justicia en tus razones, ni en tus intentos prudencia:
Ni eres tú sino ignorante á quien la impiedad despeña,
O bárbaro que no tiene de Dios ni su ley idea.
Nosotros de Mahomad seguimos la recta senda,
Y no dudamos que Alá confundirá tu soberbia.

CAPITULO LXXVIII.

De la guerra auxiliar en Almagreb.

Andaban en Africa y Almagreb muy revueltas discordias y guerra civil, que habia principiado con la invasion de Muza ben Abi Alafia, amir de Mequineza, en los estados de Fez, contra Yahye ben Edris desde el año trescientos y cinco. Aben Alafia se apoderó de Fez el año trescientos y trece, y de Velad Teza y Tesul, y de la mayor parte de Almagreb con las ciudades de Asila y Sale: el pueblo lo juró y aclamó; pero se levantaron contra él algunos jeques y cabilas zenetes, ó por lealtad á sus reyes ó por envidia del engrandecimiento de este amir. Estos parciales de los Edrises escribieron sus cartas al rey Abderahman Anasir de España, suplicándole que amparase y favoreciese á los Edrises, injustamente desposeidos de sus estados, recordándole la antigua amistad de sus padres desde su establecimiento en estas partes de Poniente: que los enemigos eran gente bárbara y cruel que no cabia en las dilatadas regiones de Egipto, Barca y Africa, que no pensaban menos que en apoderarse de todos los estados de

Almagreb, y despues intentarian tambien pasar á España. El rey Abderahman, habido su consejo, respondió á estas cartas que ampararia á los Edrises contra los usurpadores de sus estados. Ordenó que sus caudillos Giafar ben Otman, wali de Mayorcas, y el Ocaili, amir de sus naves en el Mediterráneo, pasasen á Africa con hueste de á pie y de á caballo, y que procediesen de acuerdo con los caudillos zenetes leales á los Edrises, y procurasen ganar á su favor á Muza ben Alafia, interesándole contra los intentos de invasion de los del jiyei: asimismo escribió el rey Abderahman al wali Said ben Sahl, gobernador de Nocor y de sus co-
931 marcas por los Meruanes. En el año trescientos diez y nueve ocuparon las tropas de Abderahman las ciudades de Cebta y de Tanja, para tenerlas como presidios de seguridad para los ejércitos de España, y las repararon y fortificaron sus muros, y acordaron con los caudillos zenetes asegurar aquellos estados contra la invasion de los del Jiyei. Muza ben Alafia ofreció conspirar al mismo intento, aparentando amistad con aquellos á quienes temia ó necesitaba.

Entretanto los Edrises huyeron á la fortaleza de Hijar Anosor ó Peña de Aguilas. Muza ben Alafia, despues de pelear con varia fortuna, los cercó en aquella fortaleza inaccesible, que habia edificado Muhamad ben Ibrahim ben Muhamad ben Alcasim ben Edris, su altura se escondia entre las nubes. Se cansó Alafia de las dificultades del sitio, y dejando en el cerco á su caudillo Abulfeth el Tesuli con mil caballos, se partió á Fez en el año trescientos diez y siete. Permaneció Alafia en Fez hasta que vino á Magreb Hamid ben Soheil, caudillo de Obeidala el Jiyei, desde Almahedia con gran hueste, y con él Hamed ben Hamdan el Hamdani: esto en el año trescientos y veinte. La ocasion de su venida fue que Aben Alafia, al partir del cerco de Hijar

Anosor y entrar en Fez, quitó la vida al gobernador del barrio de los Andaluces Abdala ben Taalaba ben Muhamad ben Abud, y puso en su lugar al hermano de este Muhamad ben Taalaba, y pocos dias despues le despojó del gobierno y lo dió á Towal ben Abi Yezid que permaneció en él hasta que Fez salió del poder de Aben Alafia, y en el barrio de los Cairvanes puso á su hijo Modin: luego partió á Medina Telencen, y se apoderó de ella y de sus comarcas, que tenia Alhasan ben Abi Ayji ben Edris el Hasaní, echándole de la provincia y sus confines; esto año trescientos diez y nueve: éste huyó á Medina Melila de Gezair Muluya, y allí se defendió, y escribió al Jiyei desconfiando del aujilio de
932 los Andaluces. En este tiempo, en la luna de jaban del año trescientos y veinte, fue aclamado Abderahman Anasir, rey de España, en Fez y en todas las ciudades de Almagreb, y se hizo la chotba por él en todos sus alminbares. La fama de estas cosas llegaron á Mahedia, y entonces Obeidala el Jiyei envió sus caudillos con numerosa hueste: Hamid ben Sobeil peleó con Muza ben Alafia, que huyó vencido con sus compañías á la fortaleza de Ain Ishac, en tierra de Tesul, y se fortificó en ella. Hamid pasó á Fez, y antes de llegar á ella huyó de la ciudad Modin, hijo de Muza ben Alafia: entró Hamid en Fez, y dió aquel gobierno á Hamed ben Hamdani, y se volvió á la provincia de Africa. Los Edrises con estas noticias salieron de Calat Anosor, y vencieron al caudillo Abulfeth el de Muza ben Alafia, y fue la entrada de Hamid en Fez el año trescientos veinte y uno. El wali de Nocor Ahmed ben Abi Becri ben Abderahman ben Sahli con los Andaluces fueron con mucha diligencia sobre Fez, y la entraron por fuerza, y degollaron siete mil de los de Obeidala el Jiyei, y quitaron la vida á Hamdani, le cortaron la cabeza, y le enviaron á Muza ben Alafia con

su hijo, y Muza la envió á Córdoba al rey Abderahman. Luego envió el rey Abderahman nombramiento de amil ó gobernador de Fez al caudillo Ahmed ben Becri, y permaneció en esta ciudad bajo la proteccion del rey de España y de Muza ben Alafia hasta que llegó Maysor el Feti, caudillo de Abulcasim el Jiyei, hijo de Obeidala el Fatemi, y cercó Maysor la ciudad de Fez hasta que salió Ahmed ben Becri con palabra de seguro á tratar con él, y le presentó muchos ricos presentes: Maysor los tomó, y faltando á sus palabras y seguro le encadenó y le puso á buen recaudo, y le envió á Mahedia: estuvo siete meses Maysor sobre Fez, y concertó con los de la ciudad que proclamasen á Abulcasim el Jiyei, y le pagasen á él siete mil dinares; y así lo hicieron, acuñaron monedas en su nombre, y le hicieron chotba en sus mezquitas, y luego partió con su hueste á pelear contra Muza ben Alafia. Los Edrises aprovecharon este tiempo favorable y ocuparon la mayor parte de sus tierras, y Muza ben Alafia no cesó de retraerse hacia Sahra y á los confines de sus antiguos estados desde Medina Ajarsif hasta Medina Tekrur: hacia que murió, segun el Bornozi, en Velad Muluya año trescientos veinte y ocho, que sus enemigos le quitaron alevosamente la vida; y le sucedieron sus hijos en sus estados. Algunos dicen que su muerte fue en el año trescientos cuarenta y uno, que le sucedió su hijo Ibrahim, que murió año trescientos y cincuenta: despues hubo el mando su hijo Abdala ben Ibrahim hasta que murió año trescientos y sesenta; y despues le sucedió su hijo Ahmed ben Abdala, y en sus dias acabó el estado de los Alafias de Mekineza año trescientos sesenta y tres.

En este año trescientos diez y nueve falleció en Zaragoza Ishac ben Abderahman Abu Abdelhomeid, hombre muy docto y de mucha austeridad, á quien consul-

taban todos los pueblos de España oriental; y en miércoles nueve dias faltantes de la luna de regeb falleció en Córdoba el cadi de su aljama, llamado Aslam ben Abdelaziz ben Hajem, que le conocian por Abulgaad, hombre de mucha integridad, muy retirado y continuo en la oracion.

A mediados de la luna de safar del año trescientos y veinte falleció en Córdoba Muhamad ben Said ben Muza ben Hodeira, que despues de haber servido en las prefecturas de Coras, y de wali de provincia, vino á Córdoba en tiempo del rey Abdala ben Muhamad, que le encargó el juzgado de justicia urgente de la ciudad: despues fue depuesto de este cargo, y luego restituido por el rey Abderahman, que en premio de su zelo y buenos servicios le nombró su hagib, y tuvo toda la confianza del rey; y en este importante cargo falleció con grave sentimiento del rey Abderahman, que no tuvo despues otro hagib de igual confianza.

En este mismo año murió en Córdoba Abdala ben Abilwalid Abulnathar, alfaqui de mucha integridad y sabiduría: poco antes de su muerte le consultó un amil de la ciudad una órden larga y grave que recibió del rey, y sin acabar de leerla le respondió Abulnathar: mucho tiempo antes que la órden del príncipe de los fieles recibiste el libro de Dios: considera cuál de estas dos ordenanzas es la mas importante y primera, y obra sin recelo.

Poco tiempo despues falleció en Jaen Otman ben Said el Caneni, natural de aquella ciudad, hijo de los cadíes de ella, hombre de loable vida, muy retirado y sabio: era conocido por Har Caus, dejó en Jaen muchas memorias de su beneficencia, y su sepulcro fue visitado de las gentes.

En el año trescientos veinte y dos á mitad de la luna rebie primera falleció en su ciudad de Mahedia el rey

Obeidala el Mahedi, el primero de los Fatemis ó Ismaelíes, y fue aclamado su hijo Casim, apellidado Alcayem Bimrila; pero este acaecimiento no turbó los ánimos ni desalentó las esperanzas de los parciales y caudillos de aquel poderoso estado.

CAPITULO LXXVIII.

De las algaras en Galicia.

Las nuevas de los venturosos sucesos de las armas de Abderahman en Magreb el Wast causaron grande alegría en España; pero se turbó luego esta en Córdoba con los avisos posteriores, y los del wali de Mérida, que comunicaban que Aben Ishac ben Omeya, gobernador de Santarin, ofendido de la muerte que con justicia se habia dado á su hermano el wazir Muhamad ben Ishac por sentencia y mandamiento del rey Abderahman Anasir; aquel noble caudillo, olvidando su lealtad, se habia pasado á la proteccion del rey Radmir (1) de Galicia, llevándose en su compañía muchos esforzados fronteros de aquella ciudad y de su comarca. Que éste habia aconsejado y dado mayor osadía á los Cristianos de Galicia, y habian principiado á entrar y correr la tierra de Lusitania, llegando sus algaras hasta Badalyox y Alisbona. Mandó el rey que se juntase la caballería de Córdoba y de Mérida, y que partiese el príncipe Almudafar á la frontera, y luego salió acompañado de muchos caballeros que quisieron seguirle voluntarios á esta expedicion.

(1) Este fue el rey Don Ramiro II de Asturias y de Leon.

En Lusitania el príncipe Almudafar peleó contra los Cristianos de Galicia y los venció, obligándolos á retirarse á la derecha del rio Duero con mucha pérdida, y la caballería de Almudafar entró y corrió las fronteras de Galicia: no osaron salir contra ella los Cristianos ni el rebelde Ahen Ishac ben Omeya. Volvió Almudafar á repasar el rio Duero; y asegurada la tierra se vino
935 por Mérida á Córdoba con ricos despojos de esta expedicion. Al fin del año trescientos veinte y cuatro falleció en Córdoba el cadi de la aljama Ahmed ben Baqui ben Machlad, hombre de muy loable vida, insigne por su mucha sabiduría y por su virtud, murió agoviado de años, y su muerte fue sentida de los pobres y desvalidos, á quienes toda su vida consoló y remedió, y su féretro acompañado de toda la gente de la ciudad.

CAPITULO LXXIX.

De la fundacion de Medina Azahra.

El rey Abderahman Anasir solia pasar las temporadas de primavera y otoño en un apacible sitio á cinco millas de Córdoba Guadalquivir abajo: y por la frescura y amenidad del lugar, por sus alamedas y espeso bosque mandó edificar allí un alcázar con muchos edificios magníficos y muy hermosos jardines contiguos, y lo que antes habia sido una casa de campo se transformó en una ciudad. En medio de ella estaba el real alcázar, obra grande y de elegante fábrica. Mandó poner en él cuatro mil y trescientas columnas de precio-

sos mármoles, todas de maravillosa labor. Entraban cada dia en la obra seis mil piedras labradas, sin las de mampostería que eran infinitas. Todos los pavimentos de sus tarbeas ó cuadras estaban enlosados de mármol con diferentes alicatados ó artificiosos cortes: las paredes asimismo cubiertas de mármol con varios alizares ó fajas de maravillosos colores: los techos pintados de oro y azul con elegantes atauxias y enlazadas labores: sus vigas, trabes y artesonados de madera de alerze de prolijo y delicado trabajo. En algunas de sus grandes cuadras habia hermosas fuentes de agua dulce y cristalina, en pilas, conchas y tazones de mármól de elegantes y varias formas. En medio de la sala que llamaban del califa habia una fuente de jaspe que tenia un cisne de oro en medio de maravillosa labor, que se habia trabajado en Constantinia, y sobre la fuente del cisne pendia del techo la insigne perla que habia regalado á Anasir el emperador griego. Contiguos al alcázar estaban los grandes jardines con diversidad de árboles frutales, y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos, que ofrecian á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes. En medio de los jardines, en una altura que los dominaba y descubria, estaba el pabellon del rey, donde descansaba cuando venia de caza: estaba sostenido de columnas de mármol blanco con muy bellos capiteles dorados: cuentan que en medio del pabellon habia una gran concha de pórfido, llena de azogue vivo, que fluia y refluia artificiosamente como si fuera de agua, y daba con los rayos del sol y de la luna un resplandor que deslumbraba. Tenia en los jardines diferentes baños en pilas de mármol de mucha comodidad y hermosura: las alcatifas, cortinas y velos tejidos de oro y seda con figuras de flores, selvas y animales eran de maravillosa

labor, que parecian vivas y naturales á los que las miraban. En suma, dentro y fuera del alcázar estaban abreviadas las riquezas y delicias del mundo que puede gozar un poderoso rey. Se llamó esta ciudad Medina Azahra del nombre de una hermosa esclava del rey, á la cual amaba y distinguia entre todas las otras de su harem. Edificó en Medina Azahra una mezquita que en preciosidad y elegancia aventajaba á la grande de Córdoba, y construyó tambien en ella la zeca ó casa de moneda, y otros grandes edificios para estancias de
936 sus guardias y caballería. Acabóse la obra principal el año trescientos veinte y cinco; y dice el Jaquiqui que costó sumas inmensas. Era la guardia del rey Abderahman Anasir muy numerosa la formaban doce mil hombres, cuatro mil esclavos, que era guardia interior y de á pie, cuatro mil africanos Zenetes, y cuatro mil Andaluces, estos ocho mil eran de á caballo, los capitanes de esta gente eran de la familia real, y jeques principales de Andalucía y de Tahart, y repartian por taifas ó compañías la guardia, estacion y tiempo que les correspondia: solo en ocasion de salir el rey á la guerra servian todos. Ademas de la parte de su guardia que seguia al rey en las dos jornadas de verano y otoño escogia el rey Abderahman las esclavas y siervos que debian acompañarle, los wazires y alcatibes, y los hombres doctos y de ingenio que queria llevar consigo, y sus cazadores y halconeros, porque como sus padres se entretenia mucho en la caza de aves.

En este año de trescientos veinte y cinco pareció en los montes de Gomera un hombre llamado Hamim, que se decia profeta, y con su predicacion llevó tras sí mucha gente rústica é ignorante de los montes de Gomera y de otras partes: imponia á sus secuaces dos oraciones al dia, una al salir del sol y otra al ponerse

con tres arraqueas ó postraciones en cada oracion: les dió una leyenda en lengua berberisca, y una oracion que decia: Señor, librános de pecados, tú que nos diste ojos para ver el mundo: sácanos de pecados, tú que sacaste á Jonás del vientre de la ballena, y á Muza del mar. En las postraciones debian rogar por la salud de Hamim, de su compañero Yahlaf y de Teliat, que era una muger hechicera que le acompañaba. Mandábales ayunar diez dias de ramazan y dos de jawal, y sus ayunos eran hasta el mediodia, con ciertas alcaferas ó expiaciones, y dispensaba del alhag ó peregrinacion religiosa, y de las purificaciones de alwado y atahor, permitiéndoles el comer carne de puerca, diciendo que por alcoran solo se prohibia el puerco, y proponia otras prácticas y vanas observancias. Seguíale ya mucha gente, que le acudia con el azaque ó décima de todos sus frutos, y la negaban al rey resistiéndose al servicio y obediencia debida. Los caudillos del rey prendieron á este hombre, y mandó Abderahman que los alfaquíes examinasen su doctrina, y se juntaron para esto en alcázar de Masamuda, y condenaron sus prácticas, y declararon que Hamim era un hipócrita embaidor. Dieron cuenta al rey de esta declaracion, y le mandó matar; y fue clavado en un palo, y su cabeza enviada á Córdoba.

En fin de este año pasó de Cairvan á Sicilia Alcayem Bimrila, hijo y sucesor del Mahedi, se apoderó de la isla por fuerza de armas, con horrible matanza de los habitantes: solo Dios sabe el número de los muertos en la violenta entrada de este nuevo señor; muchos huyeron de la isla, y se pasaron á tierras de Rum. En este año falleció en Córdoba su patria Ibrahim el Moredi, hombre muy docto, y consultado de los sabios de todas partes: su fama era grande en Africa, Egipto y en las Iracas, y nunca habia salido de España: tam-

bien falleció en fin de este año en la misma ciudad Obeidun el Geheni, conocido por el Gomer, que fue walilcoda de España solo un dia.

CAPITULO LXXX.

De la entrada en Galicia, y batalla de Alhandic.

En el año trescientos veinte y seis ordenó el rey Abderahman Anasir que se juntasen las gentes de Andalucía, Mérida y Toledo en la frontera de Galicia, por las grandes asonadas de guerra que inquietaban la Lusitania. Todos los pueblos ribereños del Duero traian sus ganados aquende el rio, y con el temor que tenian de las crueles entradas de los Cristianos desamparaban la tierra, y se acogian á las fortalezas y ciudades. Con la órden del rey toda España se puso en movimiento, y de todas partes se allegaban peones y caballería, todos los caminos estaban cubiertos de gente y aparatos de guerra, acémilas y provisiones. Venido el principio del año trescientos veinte y siete, avisaron los walíes de las capitanías que estaban juntas las banderas de todas las provincias en la frontera, y solo esperaban la órden del rey para hacer su entrada. El rey Abderahman partió de Córdoba con su guardia y la flor de la caballería de Andalucía. El príncipe Almudafar su tio salió de Mérida con la caballería de Algarbe, y en principios de la luna safar llegó el rey al ejército, que estaba reunido en Salamanca y sus comarcas. Reconoció el rey en compañía de su tio Almudafar todos los acampamentos, y concertaron el órden y division de la gen-

te y banderas. Era todo el ejército mas de cien mil hombres, que dividieron en tres huestes, acaudillaba la primera del príncipe Almudafar, la segunda del wali de Badalyox Obeidala ben Ahmed ben Jali ben Wahib de Córdoba, y la tercera por el rey Abderahman con los walíes de Toledo, Valencia y Tadmir. Señalado el dia se pusieron en movimiento, y pasaron el Duero y entraron sin hallar resistencia haciendo los estragos de las tempestades: talaron los campos y quemaron las poblaciones en tierra de Cristianos: asolaron Rebat y Amaya, y llegaron á cercar Medina Zamora, que habia tomado el rey de Galicia. Era la ciudad fuerte á maravilla, rodeada con siete muros de robusta y antigua fábrica, obra de los pasados reyes, con dobles fosos anchos y profundos llenos de agua, y defendida por los mas valientes Cristianos.

Encargóse el cerco de Zamora á Abdala ben Gamri, y al wali de Valencia: los Cristianos hicieron impetuosas salidas contra el campo de los Muslimes, que con mucho valor las rechazaban, y de una y otra parte se ensangrentaban las armas; pero siempre volvian los infieles á sus muros acosados de las lanzas de los Muslimes: no pasaba dia sin sangrientos lances y porfiadas escaramuzas. El rey de Galicia Radmir allegó sus gentes para venir al socorro de los cercados, por conservar tan importante fortaleza. Luego fue avisado el rey Abderahman de los movimientos de las huestes de los Cristianos, que habian bajado de sus montes todos los de Galicia y Alvascande. Salió al encuentro de los infieles el príncipe Almudafar con su hueste de cuarenta mil hombres, y siguió á esta la del rey Abderahman de igual número de combatientes, y en ella iba la flor de la caballería de España; y quedó Abdala ben Gamri y el wali de Valencia con veinte mil hombres para mantener el cerco de Zamora.

Encontráronse los campeadores de la hueste de Almudafar y los de los infieles en las orillas de un rio que baja al Duero, trabaron una leve escaramuza y se retiraron á su campo: al dia siguiente hubo un espantoso eclipse, que cubrió la luz del sol de amarillez oscura en la mitad del dia, horrorizando los ánimos de la inexperta juventud que no habia visto en su vida cosa semejante. Dos dias pasaron sin hacer movimiento alguno ni los Muslimes ni los Cristianos; pero al tercero impacientes los esforzados caudillos de Algarbe ordenaron sus banderas, y el príncipe Almudafar recorrió sus compañías y los animó para entrar en batalla. Tomó el príncipe la delantera y centro de batalla, las alas derecha é izquierda encargó á los walíes de Toledo y Badalyox, y al rey Abderahman con los caudillos de Tadmir y de Valencia el cuerpo de reserva, para acudir á donde fuese necesario. Comenzó la batalla alto ya el sol, aunque desde el rayar del dia habia principiado á moverse el campo y á llenarse el aire del estruendo de anafires y trompetas, y de las voces y alarido espantoso de ambas huestes, que hacia temblar y estremecer la tierra. Bajaba el inmenso gentío de los Cristianos muy apiñado en sus escuadrones, y con enemigo ánimo se acometieron ambas huestes, y se trabaron con atroz matanza. Por todas partes se veia igual furor y constancia: el príncipe Almudafar recorria todos los puestos animando á los Muslimes, blandiendo su robusta lanza, revolviendo su feroz caballo entraba y salia en los mas espesos escuadrones enemigos, haciendo cosas hazañosísimas. Sostenian los Cristianos el encuentro de la caballería muslímica con admirable esfuerzo, y su rey Radmir con sus caballos armados de hierro rompia y atropellaba cuanto se le ponia delante; el rebelde Aben Ishac Aben Omeya con sus valientes caballeros andaba tambien cubierto de crugientes armas,

derramando la sangre de los Muslimes como el mas feroz de sus enemigos: cedian el campo los Muslimes al valor de esta aguerrida gente: pero el rey Abderahman viendo desordenadas muchas banderas del ala derecha, y que toda la hueste cedia el campo á los enemigos, se lanzó con la caballería de Córdoba y toda su guardia al costado del ejército de los infieles, rechazados con valor por apiñados escuadrones de lanceros, todo el ímpetu de la caballería logró penetrar en ellos, y se volvió de aquel lado la fuerza de todo el ejército enemigo: por todas partes se renovó la batalla con mayor ardimiento: Aben Ahmed reparó su gente, y peleando en los primeros contra los mas valientes enemigos, fue derribado del tercer caballo con un fiero golpe de hacha, y espiró al punto: tambien murió al lado de este caudillo y á la vista del rey Abderahman el cadi de Valencia Gehaf ben Yeman, y el esforzado caudillo de Córdoba Ibrahim ben Davd, que se distinguió en este dia con estrañas proezas, y cayó lleno de heridas. Ya la victoria se declaraba á favor de los Muslimes, y los Cristianos se retiraban peleando, cuando la venida del encubridor tiempo de la noche puso treguas á tantos horrores.

Quedaron los Muslimes sobre el campo mismo de batalla, que estaba regado de humana sangre y cubierto de cadáveres y de heridos moribundos, que espiraban hollados entre los pies de la caballería: allí pasaron la noche, y descansaban los vivos tendidos y mezclados entre los muertos, esperando con impaciencia y temor la luz del dia para acabar aquella sangrienta é inhumana contienda: los Cristianos se retiraron, y por varios vados pasaron el rio sin ánimo de probar al dia siguiente la suerte de las armas. Cuenta Mesaudi, que Omeya ben Ishac los persuadió, que intimó á Radmir, ponderándole el excesivo número de la gente muslime,

sus estratagemas y emboscadas, que recelase de los Arabes y de sus engaños de guerra, que cuando parece que los han vencido, entónces comienzan á pelear; y como antes del alba sonaron tantas trompetas, y principiaron á descubrirse por el campo tantas banderas muslimes con la dudosa luz acrecentadas, aquel estruendo atemorizó á los infieles, y aceleraron su retirada, alejándose de aquellos estragados campos. Esto libró á los Muslimes de manos de Radmir, y asi le privó Dios de una victoria, y de poder socorrer á los cercados en Zamora. ¡Quién puede saber el número de los muertos! Dios lo sabe. Vista la partida de los enemigos, y que no convenia empeñarse en perseguirlos, dejando algunas taifas de caballería sobre los pasos de aquel rio volvieron las huestes de Abderahman al campo de Zamora, se dieron recios combates á sus torreados muros, y los cercados los defendian con bárbaro valor. No se adelantaba ni ganaba un paso sino á costa de sangre de los esforzados muslimes; la presencia del rey Abderahman y del príncipe Almudafar excitaba el ánimo de los combatientes, y lograron aportillar y derribar dos muros, entraron numerosas compañías de muslimes, y hallaron dilatado espacio, y en medio ancha y profunda fosa llena de agua, y los Cristianos que con desesperado ánimo defendian aquella fosa. Fue una espesa nube y horrible torbellino de tiros y saetas, la matanza fue atroz, y los esforzados Cristianos caian muertos en el lugar que ocupaban. Los valientes Muslimes perdieron en aquella pelea algunos millares que alcanzaron este dia las copiosas recompensas y premios de su algihed: entraron muchas banderas de la gente de Algarbe y de Toledo, y arrojando al foso los cadáveres de sus hermanos muslimes, estos les sirvieron de puentes, y los Cristianos no pudieron resistir el ímpetu de tantas espadas sedientas de sangre, y allí murie-

ron como buenos. La sangre de estos y la de los Muslimes euturbió y enrojeció las aguas del foso, y parecia un lago de sangre. Se escalaron los muros y se rompieron sus herradas puertas, y en todas sus torres se pusieron banderas del Islam: apoderados de la ciudad solo se abstuvieron de derramar la sangre de niños y mugeres. Esta fue la célebre batalla de Alhandic, ó de la fosa de Zamora, tan sangrienta para los vencedores como para los vencidos. Acaeció esta batalla y la de Abderahman y Radmir en la luna de jawal del año
638 trescientos veinte y siete, tres dias despues del eclipse que turbó los ánimos de estas huestas. Cuenta Mesaudi que se decia en Fostat de Egipto en su tiempo, que habian muerto en esta expedicion cuarenta ó cincuenta mil Muslimes.

CAPITULO LXXXI.

De la vuelta del rey Anasir á Córdoba y de varios sucesos.

El rey Abderahman dejando asegurada aquella frontera, y dada órden para reparar los muros de Medina Zamora, se vino con su hueste á Mérida, despidió las banderas de Toledo, Tadmir y Valencia, y fue recibido en la ciudad con aclamaciones de triunfo: premió á los caudillos que se habian distinguido en esta gazua de Galicia, y dió á los jóvenes vestidos preciosos, armas y caballos, y á los jeques y caballeros alcaidías y gobiernos. Dió el gobierno de Sevilla á Ismail ben Badr ben Ahmed ben Zaide, conocido por Abu Becri, caballero de Córdoba. Despues que descansó el rey algun tiempo

en Mérida se vino con los wazires y alcaides de su guardia á Córdoba, y el dia de su entrada en ella fue de gran fiesta y general alegría. Hizo el rey cadi de Valencia á Giafar, hijo de Gehaf ben Yemen, en consideracion á sus propios méritos y á los buenos servicios de su padre, que murió peleando en la batalla de Zamora. El año trescientos veinte y ocho, doce dias antes de acabar la luna de giumada primera falleció el célebre cordobés Ahmed ben Muhamad ben Abdrabihi docto y elegante poeta de este tiempo: habia celebrado en sus versos á los reyes Muhamad, Almondhir, Abdala y Abderahman Anasir, y sus ingeniosas composiciones eran las delicias de Córdoba, y la honra de los poetas andaluces. El príncipe Alhakem hizo de ellas una escogida coleccion que tenia veinte partes, y las dió títulos singulares como el cielo, las estrellas, la aurora, el dia, la noche, el huerto, la nube, el amor, el arrepentimiento, la corzilla: habia nacido á diez de ramazan del año doscientos cuarenta y seis, y esperó la muerte ochenta y un años, ocho meses y ocho dias. Cuenta Yahye ben Hudheil, sabio y erudíto poeta, que él se dedicó á la poesía con esta ocasion; que habiendo fallecido Ahmed Abdrabihi, él pasaba por una calle en Córdoba, y vió salir de una casa infinidad de gente que seguian un féretro, que preguntó quién era el difunto, y le dijeron: ¡pues no sabes que ha muerto el poeta de Córdoba! que siguió el entierro, y vió el gran concurso y general sentimiento, y de aquí procedió su ansia por ser poeta: que se volvió á su casa sin pensar en otra cosa, y aquella noche en su sueño le pareció que estaba á la puerta de una casa, que le dijeron que era la casa de Alhasan ben Heni: que llamó á la puerta, y le salió abrir Alhasan, que le miró con ojos muy agradables, que luego á la hora dispertó y estuvo desvelado hasta el dia: consultó á sus amigos su sueño, y le

dijeron que con el tiempo seri aun buen poeta, segun el benigno aspecto con que le habia mirado Alhasan ben Heni: que se dedicó á la métrica, y con efecto consiguió mucha celebridad por sus poesías: que fue su escuela la casa del wazir y privado del rey Abderahman Anasir el célebre Abu Amer Ahmed ben Said: que su casa estaba abierta á todos los hombres doctos, y en especial favorecia á los buenos ingenios: que concurrian á ella los mas insignes poetas de Andalucía. Era la casa de este wazir como una académia, y contó en ella Said ben Ahmed ben Chalad, andaluz, que estando en oriente en una concurrencia de muchos erudítos de varios paises se citaron poesías muy elegantes, y dijeron algunos: no es justo que nos oculteis vuestros buenos versos de Andalucía, como no se oculta la luna llena en la oscuridad de la noche: que entónces recitó varios versos de poetas de España, que fueron repetidos y celebrados de todos; pero unos Egipcios dijeron entónces: ¿y dónde hay entre tantos poetas de España uno como Alhasan ben Heni? que él entónces les dijo unos versos de Algazali Yahye ben Hakem andaluz, de su casida larga, y maravillados todos á una voz dijeron: ¿Dorr el Hasan, dorr el Gazali! que no ceden en nada uno á otro. Eran al mismo tiempo muy concurridas las conferencias de eruditos en casa del cadi Aben Zarb, y asistian á ellas Aben Thaalaba, Aben Asbag y otros muchos sabios de la ciudad, y algunas veces Muhamad ben Moavia el Coraixi, Ahmed ben Almutaraf, el wazir Aben Said y Muslema ben Casim y otros de la primera nobleza. En casa del wazir Izá ben Ishac, y de Chalaf ben Abes el Zarahwi, famosos ambos por su sabiduría en todas las ciencias, y en especial por sus doctas obras de medicina, eran las conferencias de hombres aplicados á las ciencias físicas y á la astronomía, al cálculo y otros conocimientos: eran ambos médicos

del rey Abderahman; pero tan virtuosos y benéficos que sus casas estaban abiertas de dia y de noche, y sus patios se llenaban de pobres que les consultaban sus dolencias. En fin de este año trescientos veinte y ocho falleció en Córdoba Ibrahim ben Hilel el Caisi, llamado el Chuzeni por su patria, hombre de mucho valor y de loable vida, que acompañó al príncipe Almudafar en muchas sangrientas batallas, llevando sus órdenes á los caudillos y banderas.

CAPITULO LXXXII.

De la batalla de Gormaz, y treguas con los Cristianos.

El rey de los Cristianos volvió á bajar de sus montes con numerosas tropas, corrió las tierras que riega el Duero en Lusitania, peleó con el caudillo de aquella frontera Abdala el Coraixi, y venció á los Muslimes, y se apoderó de Medina Zamora, y degolló á los Muslimes que la defendian. Estas infaustas nuevas llenaron de pesar al rey Abderahman, y escribió á los walíes de las capitanías de Toledo y de Mérida que enviasen sus banderas á la frontera de Galicia. Envió la caballería de Andalucía, y encargó al caudillo Abdala la venganza de los daños recibidos de los Cristianos, y le ordenó que les hiciese cruda guerra á sangre y fuego. Juntas las tropas muslimes, el wali Abdala el Coraixi entró con ellas aquella frontera, le salieron al encuentro los de Galicia, en tal situacion, que por un lado estaban cercados del rio Duero, y por el otro de altos cerros y

tajadas peñas, por lo cual el sitio obligaba á los unos y los otros á pelear, y la esperanza consistia en el valor, y la salud dependia de la victoria, decia Coraixi:

De un lado nos cerca Duero, del otro peña tajada,
La salida está en vencer, y en el valor la esperanza,
La sangre de los infieles enturbie de Duero el agua.

Trabaron una sangrienta batalla, vencieron los Muslimes, haciendo en los Cristianos atroz matanza, y en esta ocasion vengaron la sangre de sus hermanos, y la de sus enemigos enturbió las aguas del Duero: se apoderaron á fuerza de espada de la fortaleza de Sanestefan de Gormaz y Dios sabe el número de los enemigos
940 que allí murieron: fue esta batalla de Gormaz año trescientos veinte y nueve. Pasó despues Abdala el Coraixi sobre Zamora, y la entró por fuerza con gran daño de los que la defendian, que pocos se libraron de las espadas muslimes sedientas de sangre. Con la nueva de estos venturosos acaecimientos en Galicia, se templó el disgusto de las noticias menos agradables que venian de Africa, los Edrises mas confiados en los auxilios que les daban los caudillos del Fatimi, que en los de los caudillos Andaluces, se mantenian indecisos, y con la muerte de Muza ben Alafia, de quien habian recobrado la mayor parte de sus tierras de que les habia desposeido, disimulaban menos su desafecto á los de Andalucía, y no creian sinceros los auxilios que Abderahman les ofrecia. En este tiempo Aben Ishac ben Omeya se indispuso con el rey de Galicia por desconfianzas que tenia de sus servicios y consejo, y escribió al rey Abderahman para que le recibiese en su gracia, y escusando sus anteriores procedimientos, por haber procedido de una honrada presuncion, creyéndose obligado á vengar la sangre de su hermano: que ya desengañado de no haber sido muerto á sin ra-

zon, le suplicaba le recibiese en su servicio para acreditar su lealtad, y como era buen Muslim. El rey Abderahman admitió sus escusas, y le recibió en su gracia y en la misma dignidad de wazir y caudillo de frontera. En este año trescientos veinte y nueve falleció el cadi de Badalyox Salmon ben Coraixi, hombre docto y de mucha virtud: su muerte fue muy sentida en la ciudad y pueblos de su comarca. Tambien falleció este año el insigne poeta Abes el Solehi, así llamado del valle de Soleh en el cadiazgo de Sevilla, por otro nombre se le llamaba el Taliki ó de Talica, ciudad antigua cerca de Sevilla. Murió este año Chalaf ben Basil el Firixi, célebre en Oriente por sus conocimientos, murió en Firix, pueblo de Granada.

En el año de trescientos y treinta sabiendo el rey Abderahman la gran fama de erudicion y de sabiduría de Ismail ben Casim Abu Ali el Cali, natural de Menargerd en Diarbecri, á quien admiraban los sabios de Persia, de Siria y de las Iracas, que vivia en Bagdad desde el año trescientos y tres, donde le consultaban los califas cuando volaba sobre ellos una mosca, y viendo la aficion y amor á las letras de su hijo el príncipe Alhakem, envió sus cartas á Ismail el Cali, rogándole quisiese venir á establecerse en Córdoba, donde le ofrecia su mismo alcázar ó el de su hijo con quien deberia conversar, y al mismo tiempo le propuso tan generosas condiciones, que Ismail vino á España, y entró en Córdoba en este año. Fue admirada su sabiduría y aplaudido su grande ingenio, sus poesías, y mas que todo su buen corazon y general agrado: presentó á poco tiempo al rey su libro célebre intitulado Nueder, lleno de composiciones muy elegantes en prosa y verso: su casa fue desde luego frecuentada de los doctos y de la gente mas distinguida de Córdoba, y trató con especial amistad al célebre ingenio Jusuf ben Harum el

Kendi de Rameda en Algarbe, de quien decia que el principio y el sello de la poesía habia sido y era Kenda, con alusion á Amrulkeis y Motenabi, y al español Jusuf Kendi; y escribió este una elegante casida á la entrada en España de Abu Ali Ismail ben Alcasim. En este año trescientos y treinta partió á Oriente el cadi Mondhir ben Said el Boluti con su hermano Fadlala, ambos de Córdoba, y muy estimados del rey.

En este año falleció en Córdoba el docto Abdala ben Jonas el Moredi, Andaluz, célebre por sus elegantes escritos. Se levantó en Africa contra los Fatemis Abu Yezid, y los venció y ocupó gran parte de sus estados, y cercó al rey Alcayem Bimrila en Mahedia, y duró largo tiempo el cerco, y falleció Alcayem Bimrila el año trescientos treinta y cuatro, y estuvo oculta su muerte mucho tiempo, y le sucedió su hijo Ismail, apellidado Mansur Bila, que venció al rebelde y recobró sus estados.

El rey Radmir de Galicia envió sus mandaderos á Córdoba al rey Abderahman Anasir para concertar ciertas avenencias de paz en sus fronteras: y el rey Abderahman los recibió muy bien, y otorgaron sus treguas que ofrecieron guardar por conveniencia de ambos pueblos, y envió el rey Abderahman á su wazir Ahmed ben Sahid con los mandaderos de Galicia, para saludar en su nombre al rey Radmir, y fue el wazir á Medina Leionis capital de Galicia, y son Cristianos como los de Afranc de secta Melkita: se ajustaron treguas por cinco años, y fueron muy bien guardadas.

En el año de trescientos treinta y tres se acabaron de construir algunas obras y reparos en las atarazanas de Tortosa, y mandó el rey construir naves en los puertos del Mediterráneo. En la frontera de España oriental el wali Abderahman ben Muhamad hizo entrada en los montes, y echó de Lérida y de sus comar-

cas á los hijos de Hafsun, y puso en el gobierno de esta ciudad al wali Muhamad ben Atanail, que permaneció en ella hasta el año trescientos treinta y cinco. En este año volvieron de Oriente los dos hermanos el cadi Mondhir ben Said el Boluti, y Fadlala ben Saíd, y pocos dias despues de su llegada á Córdoba falleció Fadlala, era walilcoda de Fohs Abolut.

En Ezija se construyó de órden del rey una azequia de riego, y un abrevadero magnífico, y se acabó la obra al principio del año trescientos treinta y ocho, y el gobernador de la ciudad y de su comarca puso una elegante inscripcion (1), que dice así:

En el nombre de Dios clemente y misericordioso mandó el príncipe de los fieles, engrandézcale Dios, Abderahman hijo de Muhamad, construir esta azequia, esperando los premios de Dios omnipotente, glorioso y dador de todo bien, y se acabó esta obra con ayuda de Dios por manos de su siervo y amil Omeya ben Muhamad ben Someid en la luna de muharram, año trescientos treinta y ocho.

CAPITULO LXXXIII.

De la conspiracion de Abdala, hijo del rey.

Habia el rey Abderahman declarado futuro sucesor del imperio á su hijo Alhakem, y se habia celebrado con mucha solemnidad la jura de Waliahdi con asisten-

(1) Véase la lámina 2ª.

cia de los walís, wazires, alcatibes y consejeros de estado: su hermano Abdala competia con Alhakem en aficion á las buenas letras y en sobresalir en todas buenas artes y gentilezas de caballería, y en ganar la voluntad y favor de los hombres, y hacerse amar de los pueblos por su afabilidad y generosas liberalidades: eran ambos de excelentes prendas, admirable ingenio y erudicion; pero Abdala celebrado de todos, desvanecido acaso con el demasiado favor del aura popular dió oidos á las sugestiones de algunos ambiciosos que buscaban por medio de este príncipe su propia exaltacion, y le hicieron concebir ideas que trocaron su feliz estado de honra y celebridad presente, por esperanzas torpes é inciertas de una subida violenta al trono, ya destinado á su hermano. La grandeza del intento ofrecia temor, peligros, dilaciones é incidentes que obligaban á nuevos proyectos. Fue el caso, segun cuenta Abu Omar ben Afif en su historia que perfeccionó Aben Hayan, que Ahmed ben Muhamad, el conocido por Aben Abdilbar, hombre sabio y especial amigo y favorecido del príncipe Abdala, que apenas se apartaba de su lado, que le acompañaba en casa y en el campo; pero al mismo tiempo hombre de ánimo atrevido, disimulado en sus cosas, tan adulador como soberbio y codicioso de subir y levantarse á mayores, con un exterior de respeto, de suavidad y singular modestia, todo artificios y ficcion para lograr sus intentos; este, pues, persuadió al príncipe Abdala, que la gente principal de todas las provincias y la de la capital de todas las clases, le miraban como agraviado en la preferencia que habia dado su padre á su hermano Alhakem declarándole su futuro sucesor, desentendiéndose de las prendas que le distinguian, y del general amor que el pueblo le manifestaba: que si él queria, si él entraba en ello no habia dificultad en hacer por él una aclama-

cion popular, y remediar lo hecho, y aun obligar al rey su padre á cederle el trono, y si era menester se tomarian determinaciones mas fuertes. Deslumbrado el príncipe Abdala con las lisonjas y alabanzas de este, con las promesas y seguridades que todo lo facilitaban y en suma por fatalidad de su estrella, mas que por malignidad de su corazon, le permitió fomentar su bando y parcialidad, y él mismo procuró ganar las voluntades de wazires y caudillos de la guardia, honrando á los amigos de Abdilbar con su especial favor, con oficios y gobiernos, y familiarizándose con toda clase de gentes. Nadie estrañaba que el príncipe visitase á los hombres doctos, y á los que recomendaba la fama de sus ingenios y erudicion, y que estos frecuentasen el palacio Meruan en donde vivia: siempre habia manifestado igual humanidad y aficion á las letras. Aben Abdilbar menos discreto de lo que convenia, ó sea que falta el consejo cuando falta la fortuna, confió su secreto á quien mas leal que él lo rebeló al rey Abderahman, y le descubrió, aun mas de lo que sabia de la conjuracion que se tramaba á favor de su hijo Abdala, por muchos parciales suyos que intentaban una revolucion contra su soberanía, y quitar la vida al príncipe Alhakem su futuro sucesor, que el dia debia ser el de la fiesta de las Víctimas, que ya se acercaba (1).

Abderahman, aun en la incertidumbre de esta delacion, consideró que ni todo se habia de creer ni temer, ni en estas cosas hay ninguna por leve que parezca, que deba despreciarse: con mucho secreto con-

(1) Edobi cuenta en pocas palabras esta desgracia de la familia de Abderahman, diciendo: Abdala hijo de Anasir, mancebo muy erudito y virtuoso, fue muerto por órden de su padre por causa del gran séquito que tenia de gentes, por su humanidad y excelentes prendas; como si á los reyes descontentáran sus hijos cuando son buenos y bien acostumbrados.

sultó á su tio Almudafar, y de su acuerdo envió un wazir de sus guardias de caballeria para que á media noche prendiera á su hijo el príncipe Abdala, y á buen recaudo con secreto y diligencia aquella misma noche le condujera á Zahra donde estaba la corte, y hechas las convenientes prevenciones al wazir para desempeñar su encargo: éste partió á Córdoba, y á nombre del rey entró en el palacio Meruan, que esta fuera de la ciudad, y sorprendió al príncipe, y hallando en su compañía al alfaqui Aben Abdibar, y á un caballero amigo suyo conocido por el Señor de la Rosa, llamado Ahmed ben Abdala ben Alatar, que pasaban con el príncipe aquella noche, como á sospechosos los prendió tambien, y separados los llevó presos á Zahra y los encarceló sin comunicacion. Cuando llegó Abdala á la presencia del rey su padre, éste le dijo: ¿te tienes por ofendido porque no reinas? y con la turbacion Abdala no acertó á decir nada, sino llorar; y su padre con mucha severidad mandó que se le encerrase en su estancia, y así se hizo. Ordenó el rey que dos wazires de su consejo de estado averiguasen de Abdala lo que supiese de la conjuracion. Los wazires aclararon cuanto se deseaba saber, porque Abdala con ingénua verdad descubrió cuanto habia en el caso hasta el momento de su prision: que las sugestiones de Aben Abdilbar le habian inducido y escitado á conspirar contra su hermano, que él mismo exornaba y facilitaba los medios para este atrevido intento; pero que no conocia otras personas determinadas á servirle en este mal hadado enredo: que aun el señor de la Rosa Aben Alatar en su concepto era inocente y no habia tenido parte en estas maquinaciones por incauto y poco secreto: que solo sabía del mal consejo de Aben Abdilbar y de sus tramas, que el principio de ellas habia sido que Abdilbar deseaba el cargo de cadi de los cadies de España, y

que á pesar de su favor no lo habia logrado, que este descontento le habia perdido, que él daba gracias á Dios porque su divina bondad habia desconcertado tan perniciosas maquinaciones. Mandó el rey Abderahman que se convenciese á Abdilbar con lo que Abdalá habia declarado, y que se le descabezase el dia de la Pascua de las (1) Víctimas, el mismo en que él meditaba poner por obra sus malvados intentos.

Sabiendo Aben Abdilbar que el dia de la pascua de las Víctimas habia de ser descabezado, la noche precedente se quitó la vida, y amaneció muerto en su prision: entregóse su cadáver á sus parientes, y lo enterraron en el cementerio del Arrabál. Fué esto en la luna dilhagia del año trescientos treinta y ocho. La fama, como suele, levantó cosas atroces acerca de las
949 circunstancias de estos acaecimientos, y aun estando fresca la memoria de esta desventura se contaba ya con variedad la muerte del príncipe Abdala. Se dice que Alhakem pidió á su padre el perdon de su hermano Abdala, y que Abderahman le respondió: de tu parte están bien los ruegos y la intercesion, y si yo tuviese ahora la suerte de un hombre privado haría lo que tú quieres, y como reclama mi corazon; pero como rey debo poner los ojos en la posteridad, y dar á mis pueblos ejemplos de justicia, y así yo lloro amargamente á mi hijo, y le lloraré mientras me dure la vida; pero me es forzoso ser justo imitando el ejemplo (2) del gran

(1) Tenian los Muslimes de España cuatro pascuas al año, la primera el dia noveno de la luna de muharram, y se llamaba pascua de Ataucia, la segunda el dia doceno de la luna de rebie primera, y se llamaba pascua de Annabi, la tercera el primero de la luna de jawal, y se llamaba de Alfitra ó de salida de ramazan, y la cuarta el deceno de la luna dilhagia, y se llamaba pascua de Carneros ó de las Víctimas.

(2) Alude al Hadiz de Abu Yahma cuando le mandó azotar su pa-

califa Omar ben Alchitab: así que ni tus lágrimas ni mi desconsuelo y el de toda nuestra casa pueden librar á mi desgraciado hijo de la pena de su cierto delito. Dicen que escribió el príncipe Abdala á su padre rogándole por el señor de la Rosa, diciéndole: señor, que no padezca un inocente por mi culpa: y el triste fue muerto aquella noche en su estancia, y enterrado al dia siguiente en el cementerio de la Rusafa: acompañaron su pompa fúnebre sus hermanos Alhakem, Abdelaziz Abulasbag, Abdelmelic Abu Muhamad, Almondhir y otros Meruanes con toda la nobleza de la ciudad. Como las desgracias no vienen solas, poco despues falleció el príncipe Almudafar, tio del rey, con grande sentimiento de éste, que le amaba como á padre.

CAPITULO LXXV.

De la venida de los mensageros de Grecia, y otros sucesos.

En este tiempo vinieron á Córdoba enviados del rey de los Griegos al rey Abderahman, fueron recibidos con mucha ostentacion en el magnífico pabellon del jardin grande, que estaba cubierto de preciosos velos de seda verde y oro, el rey estaba acompañado de su hagib, wazires y alcatibes, y de una brillante guardia de Eslavos. El rey de los Griegos enviaba sus cartas escri-

dre el califa Omar con ejemplar severidad. La muerte de Abdala fue, segun Alcodai ben Alabar, dia mártes segundo ú tercero de la fiesta de las Víctimas, año trescientos treinta y nueve; pero Edobi y otros antiguos dicen que fue el año anterior.

tas en vitela de oro y azul, cerradas en una caja de oro, y en sus estremos grabadas unas imágenes de Jesús bendito sea y del emperador Constantino: pedia en ellas que renovasen los antiguos tratos de amistad y alianza que habian tenido sus antepasados contra los califas de Bagdad: mandó el rey á su hagib que hospedase á los enviados Griegos, los cuales despues de haberse detenido algunos dias en Córdoba se despidieron del rey Abderahman; y envió con ellos un wazir de su casa para que saludase al rey de los Griegos de su parte, y le asegurase de su amistad, y le llevase un rico presente de caballos de Andalucía, armas y preciosos jaezes de Toledo y de Córdoba.

En Almagreb el wali Abu Alaixi Ahmed Alfadil, hijo de Alcasim Edris, por consejo de los caudillos Zenetes y Andaluces se puso bajo la proteccion de Abderahman Anasir, y le hizo aclamar en todas sus ciudades: holgó mucho Abderahman de esta confianza de Abu Alaixi, y le escribió asegurándole que le ampararía contra todos sus enemigos, y le ayudaría con todo su poder, y envió tropas de Andalucía para reforzar los presidios de Cebta y de Tanja. Aclamaron al rey Abderahman Anasir de Córdoba en Medina Tahart y en Fez, donde gobernaba bajo su proteccion el wali Muhamad ben el Chair Yaferini, el Zenete, cuyos antepasados fueron muy afectos á los Omeyas de España. Entre los buenos ingenios que florecian en este tiempo en España, y merecieron la estimacion del rey Abderahman, fueron dos de la Amelia ó gobierno de Segovia, el uno llamado Edris ben Yemen conocido por el Sabini, del nombre de su patria Cariat Sabin, por las Sabinas que abundan en aquella sierra, que son especie del Saniber ó enebro, de que se hacen buenas adargas: solo Aben Derag le podia disputar el mérito de sus poesías: el otro era Abderahman ben Otman el Oxami, de la an-

tigua Oxama, que se distinguía en esta provincia por su ingenio y erudicion.

El rey de Galicia hizo entrada en tierras de Zamora y en la Lusitania: el wali de Mérida y los caudillos de la frontera de Duero avisaron de estas cavalgadas: luego mandó el rey Abderahman publicar algihed para entrar la tierra de Galicia, y se allegaron las banderas de todas las provincias, y vino el gobernador de Fez Muhamad ben el Chair ben Muhamad el Jaferini el Zenete con muy escogida taifa de caballería, y con licencia del rey Abderahman dejó en aquel gobierno á su primo Ahmed ben Abi Becri ben Ahmed ben Otman ben Said el Zenete, y luego que llegó á Córdoba partió á la santa guerra: tambien vino de Zaragoza Muhamad ben Haxem el Tegibi por obligacion de pacto que otorgó al rey cuando le depuso del mando de aquella ciudad; y con numerosa hueste entró el wali Ahmed ben Said Abu Amer en tierras de los Cristianos, y los echó de Setmanica y otros fuertes de aquella comarca con atroz matanza, y corrió con sus algaras hasta los montes, y peleó con los Cristianos, y los venció, y hubo de ellos grandes despojos, cautivos y ganados: fue esta célebre entrada el año trescientos treinta y nueve:
950 los fronteros repitieron su entrada al año siguiente, y fue tambien harto venturosa. En este año falleció en Córdoba Dwila ben Hafas el Meruani, hombre muy poderoso, que contribuyó con sus grandes riquezas á que en este año se restituyese á Meca la piedra negra, y él fué á recibir las eternas recompensas de su generosidad: en principio del año trescientos y cuarenta falleció en Córdoba Casim ben Asbag, el de Baena, insigne por su sabiduría, sus obras eran la admiracion y estudio de todas las academias de Oriente y de Africa, en muchos siglos no se hallará quien escriba tantas y tan preciosas: cuentan que los

dos años últimos de su vida no habló una palabra. En el año trescientos treinta y nueve cayó granizo grande como piedras de peso de mas de libra, mataba las aves y ganados, y á los hombres tambien, y destruyó las mieses y los frutos de los árboles, y fue causa de carestía en algunas provincias de España.

Cuando vino á Córdoba el wali Ahmed ben Said Abu Amer de su expedicion de Galicia, fue recibido con aclamaciones de triunfo, y el rey Abderahman le hizo grandes honras, y dió á su hermano Abdelmelic el cargo de wazir de su consejo de estado, y ademas del quinto que entregaron á Abdelwahib, tesorero del rey, hicieron estos walíes un rico presente al rey Abderahman que acreditó su opulencia. Consistia, segun refiere Aben Chalican, en estas cosas: cuatrocientas libras de oro puro de Tibar, valor de cuatrocientos veinte mil zequíes en plata en barras, cuatrocientas libras de linaloe, quinientas onzas de ámbar, trescientas onzas de alcanfora preciosa, treinta piezas de tela de oro y seda, ciento y diez aforros de martas finas de Corasan, cuarenta y ocho cubiertas ó caparazones de oro y seda para caballos, tegidos en Bagdad, cuatro mil libras de seda en madejas, treinta alfombras de Persia, ochocientas armaduras de hierro bruñido para caballos de pelea, mil escudos, cien mil flechas, quince caballos árabes de raza con ricos jaezes recamados de oro, cien caballos de Africa y de España bien enjaezados, veinte acémilas con sillones y cubiertas largas, cuarenta esclavos jóvenes, y veinte esclavas bien parecidas, todas con preciosos vestidos, y una casida ó composicion larga de elegantes versos en elogio del rey, obra del wali Ahmed ben Said. En el año trescientos cuarenta y uno murió el señor de Africa Mansur Bila el Fatemi, y le sucedió su hijo Moezledinala Abu Temim Maad, y habia reinado siete años y diez y

seis dias, tenia treinta y nueve años. El año trescientos cuarenta y dos cayó granizo muy grande, que nunca se vió tal, mató fieras y ganados, y destruyó los frutos de toda especie: se siguió una inundacion, que se ahogó mucha gente en ella, y los rios y avenidas destruyeron muchos edificios así en Almagreb como en España, continuaron nubes espantosas por muchos dias con truenos y relámpagos y bravos huracanes, que destruian casas y arrancaban árboles robustos. En la luna de safar del año trescientos cuarenta y tres el wali de Toledo Obeidala ben Ahmed ben Yali, que tanto se habia distinguido en la entrada al Guf de Badalyox y sus comarcas, entró en tierra de Galicia y derrotó á los Cristianos, que le llamaban el Caid Alaina por su valor, y sacó de aquella tierra muchas provisiones y despojos, y manifestó bien que era hijo de su padre Ahmed.

El wali de Fez escribió al rey comunicándole los progresos de sus armas en Almagreb, y pidiéndole licencia para edificar el domo ú cúpula de la aljama de los Cairvanes, y el rey se la dió, y envió una gran cantía de doblas de oro para la obra, del quinto de los despojos de la expedicion de Galicia: así se engrandeció la aljama, se derribó el domo antiguo, y se puso encima del nuevo la espada de Edris el fundador del estado de Fez, y se acabó esta obra el año trescientos
955 cuarenta y cuatro. En este mismo año ocuparon las tropas del rey de España Abderahman Anasir la ciudad de Telencen, y fue aclamado en ella como protector de los Edrises. En el principio del mismo hubo pestilencia en Africa, en Almagreb y en España, y causó gran mortandad en todas estas regiones.

CAPITULO LXXXV.

De la presa de una nave de Africa y otros sucesos.

En este tiempo una nave grande que habia mandado el rey labrar en Sevilla, para conducir mercancías de España á Egipto y Syria, encontró en su navegacion cerca de Sicilia una nave de Africa en que venía un enviado de Moez Daula Soldan de Egipto con cartas para el wali que tenia en aquella isla: el Arraez Andaluz trabó combate con la nave africana, y la venció, y se apoderó de ella, continuó su viaje y vendió en Alejandría sus mercancías, y cargó otras, y se tornó á España. Cuando el Soldan tuvo noticia de la presa de su nave mandó salir de sus puertos naves armadas, y tambien de Sicilia, y vinieron siguiendo á las de España: mandaba las naves del Soldan Alhasan ben Ali, wali de Sicilia, y con sus naves armadas entró en el puerto de Almería, y se apoderó de la nave grande que todavía no pudo salvar su carga, y quemó otras pequeñas que estaban en el puerto, y huyó contento con esta presa y venganza. Esta nueva causó mucho disgusto al rey Abderahman porque venian en aquella nave muchas doncellas hermosas y cantoras de Grecia y de Asia. El hagib Ahmed ben Said ofreció al rey dejarle bien vengado, mandó allegar las naves de las costas de España, y con mucha gente de pelea pasó á Wahran, reunió las tropas de Andalucía que estaban en Almagreb, y untó veinte y cinco mil caballos, y entró en la provin-

cia de Africa: salió contra ellos Alhasan ben Ali, y trabaron sangrienta batalla, y vencieron los Andaluces á los de Sanhaga y Ketama con atroz matanza, siguieron á los Africanos, y corrieron la tierra, quemando los aduares de aquellas tribus hasta llegar á cercanías de Medina Tunez, que distaba dos largas jornadas: en ella, por su situacion en la costa, habia muchos ricos traficantes y Judíos, y por causa del comercio tenia fama de grandes riquezas. Con la esperanza del saqueo se animaron los Andaluces y Zenetes, y le dieron recios combates por mar y por tierra, pues habia mandado Ahmed ben Said que sus naves fuesen siguiendo la costa: los de la ciudad, viendo el peligro que les amenazaba de ser entrados por fuerza, y estando sin esperanza de ser socorridos, movieron tratos de avenencia ofreciendo gran suma de doblas de oro: Ahmed ben Said les impuso una grande contribucion en dinero, y ademas les sacó ricos paños, muy preciosas mercaderías, inestimables joyas, vestidos y cierto número de esclavos y esclavas, armas y caballos, y las naves que tenian en su puerto, y con estas y las suyas envió la presa á España, y volvió á Sevilla muy bien vengado. Las riquezas ganadas en esta expedicion fueron tantas que despues de sacado el quinto, y el resarcimiento de la nave del rey, quedó gran suma al hagib y á los arraezes, caudillos y tropas de la hueste, que todos quedaron contentos Andaluces y Zenetes. Hizo el rey grandes honras á su hagib Ahmed ben Said, y le señaló para su mantenimiento cien mil doblas de oro al año.

Cuenta ben Alathir, escritor muy diligente de sucesos prodigiosos, que en este año trescientos
957 cuarenta y seis el mar menguó ochenta brazas, descubriéndose islas, montes y escollos nunca vistos ni conocidos en los pasados tiempos: asimismo en este año se acabaron de labrar unas fuentes y ornatos

del patio de la aljama de Córdoba, y se puso una bella inscripcion grabada en mármol cárdeno, (1) que en trece líneas dice así: « En el nombre de Dios clemente y misericordioso: mandó Abdala Abderahman, príncipe de los fieles, amparador de la ley de Dios, prolongue Dios su permanencia, construir esta pila, proveyendo á su conservacion, para engrandecimiento del lugar consagrado á Dios, por su cuidado de la reverencia de sus casas y de la (2) invocacion de Dios, para que en ellas se ensalce y celebre su nombre, esperando recibir por esto grandes premios y copiosas recompensas con permamente gloria, prosperidad y buena fama; y se acabó esto con ayuda de Dios en la luna dilhagia año trescientos cuarenta y seis por manos de su siervo wazir y hagib de su palacio Abdala ben Batú y del arquitecto Said ben Ayub.» Este patio es harto espacioso, y está plantado de palmas y naranjos con hermosas fuentes de agua pura que corre entre flores y apacible verdura debajo de los planteles, para recuerdo de las amenidades del paraiso. El geógrafo Alwardi compara la aljama de Jerusalen á esta de Córdoba, dice así: al oriente de la ciudad está la gran mezquita llamada Alaksa, que no tiene par en el mundo en grandeza sino la aljama de Córdoba en Andalucía: la longitud de la mezquita Alaksa es de doscientas varas, y de anchura tiene ciento y ochenta: en medio de ella está la Alcoba Asahara ó capilla de la peña, se dice que

(1) Véase la lámina 3ª.

(2) El Idhan de Alá que dice la inscripcion significa propiamente la pregonacion que se hace en las torres de las mezquitas para que las gentes acudan á las horas de Zala, y como esta consiste en ciertas invocaciones del nombre de Dios he traducido así: nuestros antiguos Moriscos la llamaban el Aliden, y traducian el pergueno ó pregón.

el techo de la aljama de Córdoba es mas alto que el techo de la Alaksa, y el patio de la Alaksa mayor que el patio de la aljama de Córdoba.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO.

PARTE SEGUNDA.

FIN DEL INDICE DEL TOMO PRIMERO.

Obras publicadas en esta Coleccion.

EL PEREGRINO, por D'ARLINCOURT. 1 tomo de 446 páginas con lám. Para los suscriptores. . . . . 12 rs.

HISTORIA DE LOS MOVIMIENTOS, SEPARACION Y GUERRA DE CATALUÑA EN TIEMPO DE FELIPE IV (contiene hasta la batalla de Monjuich), escrita por D. FRANCISCO MANUEL DE MELO, y terminada por D. Jaime Tió; 1 t. de 400 pág. lám. . . . . 12 rs.

EXPEDICION DE LOS CATALANES Y ARAGONESES CONTRA TURCOS Y GRIEGOS, por D. FRANCISCO DE MONCADA, conde de Osona; con un prólogo y notas por D. Jaime Tió; 1 t. de 260 pág. lám. . . 10 rs.

GUERRA DE GRANADA, HECHA POR EL REY D. FELIPE II CONTRA LOS MORISCOS DE AQUEL REINO, SUS REBELDES; historia escrita por D. D. HURTADO DE MENDOZA; seguida de **LA VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES, SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES**, por el mismo autor; 1 t. de 270 pág. lám. . . . . 10 rs.

SATANIEL. Novela histórica por SOULIÉ, 1 t. de 350 pág. lám. 12 rs.

OBRAS EN PROSA DE SILVIO PELLICO. — MIS PRISIONES. Memorias del autor. — DEBERES DEL HOMBRE. 1 t. de 325 pág. lám. . . 12. rs.

LA ESTRELLA POLAR, segundo viaje del *Peregrino* por el vizconde D'ARLINCOURT. 1 t. de 446 pág. lám. . . . . 12 rs.

LELIA — ESPIRIDION. Por JORGE SAND. 2 t. el primero de 333 pág. y el segundo de 354 lám. Cada uno. . . . . 12 rs.

VIDA Y AVENTURAS DEL PICARO GUZMAN DE ALFARACHE. Por ALEMAN. Dos tomos de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.

LA TORRE DE LONDRES, por W. HARRISON. 2 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.

MASANIELLO, ó los ocho dias de revolucion en Nápoles. Por DEFAUCONPRET. 1 t. de 253 pág. lám. . . . . 10 rs.

HISTORIA DE LA HERMOSA CORDELERA Y DE SUS TRES AMANTES.— EL MUTILADO. Por SAINTINE. Traducidas y adicionadas con las biografías del Petrarca y de Laura. 1 t. de 300 pág. lám. . . . . . 12 rs.

LOS TRES REINOS, tercer viaje del *Peregrino*, por el vizconde D'ARLINCOURT. 1 t. de 382 pág. lám. . . . . 12 rs.

TEATRO DE ALEJANDRO DUMAS. Primera serie: contiene: *Enrique III.— Cristina de Suecia.— Margarita de Borgoña.— Catalina Howard.* 1 t. de 480 pág. lám. . . . . 12 rs.

NOVELAS DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA. 2 t. de 270 pág. lám. Cada uno. . . . . 10 rs.

HISTORIA DE LOS ARABES Y DE LOS MOROS DE ESPAÑA. Por LUIS VIARDOT. 1 t. de 300 pág. lám. . . . . 12 rs.

LOS MISTERIOS DE PARIS, por EUGENIO SUE. 5 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . . 12 rs.

ARTURO. Por EUGENIO SUE. 2 t. de 300 pág. lám. Cada uno. . . . 12 rs.

EL JUDIO ERRANTE del mismo autor. (Lo tenemos en prensa).

FS

